

• COLECCION •
CLAVES
DE
AMERICA

P
AGINAS
ESCOGIDAS



JUAN MONTALVO

Juan Montalvo

PAGINAS ESCOGIDAS

FUNDACIÓN
BIBLIOTECA AYACUCHO

CONSEJO DIRECTIVO

José Ramón Medina (Presidente)
Simón Alberto Consalvi
Pedro Francisco Lizardo
Oscar Sambrano Urdaneta
Oswaldo Trejo
Ramón J. Velásquez
Pascual Venegas Filardo

DIRECTOR LITERARIO

José Ramón Medina

JUAN MONTALVO

PAGINAS ESCOGIDAS

Prólogo de
LUPE RUMAZO

BIBLIOTECA



AYACUCHO

© de esta edición
BIBLIOTECA AYACUCHO, 1993
Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010
Derechos reservados
conforme a la ley
ISBN 980-276-230-X

Diseño: Luis E. Ruiz Lossada
y Tutty García Benfele
Fotocomposición y Montaje:
Ediguías, C.A.
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

VIVIR EN EL EXILIO, TALLAR EN NUBES

En la Divina Comedia el mundo es
el primer galán.

MONTALVO "Quinta Catilinaria"

DE MONTALVO justiciero y andante; polemista y panfletario; romántico; socrático y estoico —así lo uno y lo otro alcanzan vértices paradójales— interesa menos escribir. Es ropaje de reiterado uso, para la misma figura, siempre la misma. Ropaje naturalmente que corresponde a Historia y análisis, ya no arbitrario, pero que no desentraña tampoco esencia. Es lo esencial lo que se ha de buscar, y si a ello no se arriba —el variado sustrato rechaza el ingreso— acercarse al escritor desde los estudios últimos o desde lo no dicho. Para tornarlo contemporáneo y actual, su figura permite las sucesivas decantaciones y el progreso crítico también, así se lo sepa a éste mutable, pero otorgador por lo menos de alguna faz nueva, otra. Las dimensiones del autor cubridoras de sucesiva centuria, en manto que se alarga, permitirán ese ingreso.

Montalvo es un extranjero y así hay que verlo: en su palabra, en su *moriencia*, en su actitud vital. Extranjero ante su Ecuador, país por el que lucha osada, bizarramente contra regímenes dictatoriales —García Moreno, Veintemilla, Urbina—; contra la Iglesia —el arzobispo José Ignacio Ordóñez—; “sacerdotes de odio y muerte, ¿lo serán de religión y piedad?”; “En el Ecuador, todo lo que no sea postrarse vilmente ante el saco negro de pecados que anda echando a un lado y a otro excomuniones y maldiciones, es impiedad, reprobación y muerte”; contra una concepción ideológica entelerida incapaz de novaciones; contra un pueblo de sumiso pecho, osificado como figura arqueológica. Y es extranjero no sólo porque se lo expulsa y él ha de partir, o porque él mismo se aleje, extranjero porque se lo sabe distinto, extraño, con el pecado original de la diferencia, que es pecado mayor. Y de parte de él, el afectado, distanciamiento anímico que le permite mirar por encima de, y por dentro y debajo, pues siendo toda esa realidad suya, no lo es completamente. Puede describirla, recusarla, descarnarla. Hay allí una propiedad pero nunca total, nunca absoluta, y jamás con todas sus prerrogativas. La distancia impuesta y sentida, el doble desempeño de fustigador y mártir, lo sádico y lo masoquista juntos, conducen a su don mayor: saberse

libre. Concibe por ello su patria —ajena y propia— en todas las patrias; ata la historia antigua y su “grande antigüedad” con la historia que le toca vivir; recrea el idioma americano y continúa el recado de Cervantes; permite que “la virtud se junte con la virtud a pesar de tiempos y distancias”; que la “Historia y el Año Cristiano” coexistan; halla un “liberalismo” en Grecia y en Roma, y un conservadorismo en Fenicia para destajo de modernidades; despontifica a los Pontífices Romanos si es necesario, en aras de un cristianismo mayor; ataca; desbarbariza; soporta insulto —“malvado, rencoroso, soberbio, empecinado, injusto, egoísta, hereje y otros y otros más, todos sobre él hundiéndolo”—; educa; civiliza.

Es la libertad perpetua que se opone a las dictaduras perpetuas, políticas o no, y es la soledad también, con rasgos de perennidad, si ésta es la consecuencia de la otra. Solo, ingrino se sabe, cuando exclama en el “Nuevo Junius”: “Allí veo una figura hermosa: la majestad la eleva, la inocencia la mantiene respetable. —Hombres, dice, ¡oidme! —¿Quién es?— Soy aquella a quien debéis seguir. Pero como no trae vestido de seda, como no le resplandecen al pecho condecoraciones ni cadenas, como no ha entrado insolente con sonoro tacón, le tienen por mendigo, y le gritan que se vaya. Su voz es armoniosa, y no hay quien la oiga; su mirada serena y dulce, y no hay quien la goce; sus ademanes regios, y no hay quien la estime; en la casa resuena el oro; la seda va susurrando vanidosa por los corredores, y dentro del pecho de esos habitantes chacotea el corazón libertino, o se retuerce el envidioso y sanguinario. Que se vaya, que se vaya: la Razón nada puede en esa casa, no hay qué darle, molestan sus clamores”. O: “Borrero es algo, luego no vale para nada. Este es nuestro sistema, y lo tenemos por acertado y sabio, quedamos satisfechos de nuestro modo de pensar. ¿Tiene usted ingenio, es hombre de bien? ¿ha prestado servicios a la patria, la defendió con su espada, sin mancilla, con su pluma elocuente? Puf! a un lado; usted se mete mucho, puede obrar en favor de la república: lo que necesitamos es uno que no sirviendo para nada, no haga nada. En este pueblo donde el ingenio descollante es un pecado mortal; donde la instrucción es una peste de cuyo contagio se huye con pavor; donde las aptitudes para el mundo, y la inteligencia adornada con los grandes ejemplos de la historia son defectos, razones poderosas de insignificancia, por fuerza tenemos que escoger entre lo ruin”. “Proscrito, cosa rara; rara y en honra mía, que lejos de pesadumbre me sirve de consuelo, en poco está que no me cause orgullo. Yo soy advenedizo en mi patria, me lo han dicho”.

Es la soledad del “condenado a pena de vida”, que no obstante sabe que al final de cuentas son otros los que realmente partirán y para siempre, ellos sí rumiantes de su menguada corporeidad, inflada y hueca, trashumante para nada, sólo para perderse. Soledad de dioses idolillos: “Se fueron de la Francia, se fueron de la España, se fueron de Roma, se fueron de Nápoles: emperadores, reyes, papas, ¡a la edad media! ¡Vade retro! Del Paraguay, se fueron; de Buenos Aires, se fueron; el doctor Francia, Melgarejo, Carrera, Dueñas, dioses de menor cuantía, títeres del Olimpo ¡se fueron! y no así

como quiera sino marcados la frente con el hierro con que los pueblos señalan a los tiranos para que sean reconocidos en las regiones infernales”.

Soledad que conlleva ira y deseo de muerte —también a ella se ha querido aniquilarla— viene de un submundo psicológico, debidamente explicado. Montalvo matará no sólo a los tiranos, de mayor o menor cuantía —conoce de exégesis axiológicas y hará por ello distingo entre anarquía y tiranía— sino a todo aquello que encuentre proclive de descenso, inauténtico, falaz, arbitrario. Hace su antítesis y su contraparte, vale denunciarlo. Pero en forma alta, aunque lo ridiculice, o lo lleve al espectáculo grotesco. Para ello se cuenta con las armas mayores, las de la verdadera lucha, las que quizá permitan el reencuentro de origen perdido o inalcanzable, las que señalan la efectiva justificación de lo propio ante el “otro”; son las armas de la cultura y del trabajo, así se las ofrezca como reto y descarga: “el extranjero lanza a la identidad del grupo como a su propia identidad un desafío que pocos de nosotros aceptamos revelar. Desafío de violencia: “No soy como ustedes”, dice¹. ¿Puede serlo, si “los otros” carecen de su preparación?

Alejado pues de la paridad, de la homogeneización, justifica su extrañamiento en la varia disposición: es valioso, es “cosmopolita” y es civilizador. *El Cosmopolita* de Montalvo, obra de juventud y ya de entereza suma, inicia la palestra desafiante, la no xenofobia y sobre todo la americanidad. Lo señala, esto último, Benjamín Carrión: “lo que pretendo remarcar, es la preocupación americanista, continentalista de Montalvo, poco tiempo después de las guerras de liberación de la metrópoli europea —España o Portugal”.

El Cosmopolita que muy justamente corresponde a una ética estoica, en la que la comunidad universal proviene de la “comunidad de la razón” y en la que los extranjeros “son aquellos que no acceden a la virtud, que no viven según la ley o que no entran en razón”. Todas, en fin, tesis de Montalvo, distantes sin embargo de Zenón y su *La República* en la que el cosmopolitismo es vendaval ajeno a preceptos, por aquello de lo utópico desbordado, de la teoría que no alcanza compuerta. Pero el cosmopolitismo estoico —en fin— según advierte Julia Kristeva, “como nueva religión en la que se confunden el individualismo griego, la introspección de la piedad egipcia, los banquetes de las comunidades sirias, la moralidad judía”. Algo o mucho de lo montalvino, sobre todo si se lo entiende como “realidad religiosa, que no pudo convertirse en realidad política”.

La realidad política montalvina tampoco llegó a fraguar siempre; se produjo el deceso del tirano —García Moreno— pero no la tala de la plaga sucedánea. “En el Ecuador no ha habido revolución hasta ahora; el espíritu de García Moreno, vuela sobre él, le hace sombra; sombra maléfica, profunda, bajo la cual no puede ni debe vivir un hombre libre”. Era mal de eterna cauda que apremiaba por lo mismo a las grandes aspiraciones radicales: de mejoramiento, de civilización, de fervor cuasi religioso. El auspiciador de

¹ Julia Kristeva “Etrangers a nous-memes” - Fayard

Los Siete Tratados, hombre puro y grande, General Eloy Alfaro, creador de la revolución liberal de 1895 morirá después asesinado y su cadáver será arrastrado. ¿Se había contextualizado en vano? La adhesión del escritor a una teoría de los valores, sobre la que he expuesto en mi ensayo "La negatividad creadora de Montalvo", su Don Quijote necesario —el simbólico de encarnación de verdad y virtud—, sus teorías de la risa —ríe aun la desdicha— y de la imaginación —"no es más que la memoria en forma de otra facultad"—, su creación de un como curso de moral, que permite hallar aun la superioridad desde la trivialidad, la proposición atrevida desde la perogrullada y aludir a las cosas grandes como si se hablara de paso —todo presente en "El Buscapié"—, le permitieron encontrar lo que él llamó "la flor del género humano: grandes poetas, filósofos sublimes, héroes magnánimos, patriotas también sublimes". Esa flor le haría soportable su extranjería: "desdichas, pesadumbres, dolores son herencia de la flor del género humano", había escrito.

II

La extranjería no basta para hablar de una esencia montalvina. Explica el derrotero y rumbo de su literatura y de su actitud vital, de heroicidad inapeable. Trae, ya hemos anotado, trasunto psicológico, y es acción que se enfrenta a un verbo creado por el propio escritor: halconear. Halconeando están los bárbaros, aun los mayores, que pretenden liquidarlo. Otean la presa, picanla, hallan manera de destrozarla, sobrevuelan al despojo esperado. No pueden con él. En exilio Montalvo, fuera o dentro del país, pero siempre en destierro interior de intensa soledad creadora, ofrece el muro por el cual, de posarse esos innombrables, resbalan para casi yacer. Han caído pero no han desaparecido; esos espantos goyescos dieron con Montalvo. Fija él sus rostros en la página escrita y quedan estampados para siempre.

Se ha hallado la segunda y muy real "esencia" montalvina, esa sí netamente literaria: la polifonía, según el principio musical. Polifonía que corresponde a una estructural —trabajo del contrapunto; relación de unos planos con otros— y a una ideológica —hay voces muy sólidas; algunas absurdas, pero plenas de sentido para un punto de vista particular, el suyo propio, para una situación dentro del mundo, también la de cada una, para las conciencias monológicas que las distinguen, para su posición de "héroes", o en realidad de anti-héroes. Claro que el héroe mayor es el propio Montalvo capaz de juzgar a esos otros, de desnudarlos, de retacearlos, de hacerlos cecina. Son lo observable, lo analizable, el compuesto químico y sus varias aleaciones. Montalvo al comprender su alteridad estima, y con justeza, que también han de tratarlo como a espécimen cuantificable. Miramos, pero también se nos mira. Es el "hombre del subsuelo", como estudia Bajtin, de Dostoievski: "piensa más que nada lo que piensan y pueden pensar de él los otros, trata de adelantarse a cualquier conciencia ajena, a cada pensamiento

sobre su persona, a cada punto de vista acerca de sí mismo. Trata de anticipar una posible definición y valoración de su persona por los otros, de adivinar el sentido y el tono de esta valoración e intenta formular todos estos posibles discursos ajenos sobre su persona, interrumpiendo sus palabras con las réplicas ajenas imaginadas". En el "Nuevo Junius III", dirigido a Don Gabriel García Moreno y después de exaltar para destruir la trinidad herética de "Sumisión a la Santa Sede, el Sílabus y el cadalso" —también programa de gobierno de ese fenómeno de la naturaleza— entrecruza dos cartas forjadas: la que le dirige a él aparentemente García Moreno, allí pseudo civilizador, allí exhibidor de una bienandanza culpable —"Ah, Señor, la esperanza es la comodidad del alma"— pero allí además en acción de darle normas: insulte usted, le pide, no exhiba cartas y elogios de defensa a su obra —se refiere a las que escribieron Caro y Cuervo en homenaje del ambateño—, no humilde: "el desprecio humilla, con esa humillación irritada y vengativa de las almas de marca menor". Pero ¿ha hablado García Moreno o lo ha hecho Montalvo consigo mismo? Montalvo en trance de justificación, de explicación, de autoanálisis. La respuesta, que es un contracanto, viene a reiterar aquello de la extranjería: "No las di a luz por vanidad, sino por necesidad, como que fuera de cuatro hombres de entendimiento despabilado y recto corazón, todos me han tenido por loco, y el que me ha remitido la locura, no me ha perdonado la tontera. Conque si no publico esas cartas, vivo y muero idiota en el Ecuador: ¡pobre Ecuador! Hasta ahora, ni una palabra de benevolencia o animación de parte de mis conciudadanos; antes les ha irritado el dictamen de extranjeros competentes que me sacan del hospicio. ¡Bendita sea la tierra donde nace un hombre justo! ¡Desgraciado el suelo donde nada le recomienda a un hombre sino es la iniquidad y la insolencia!" Al final y como en aleluya magno, Montalvo, consciente de su inmortalidad, augura: "Los venideros no me tendrán por delincuente: la tumba es un crisol maravilloso: ella me purificará, y aunque no viva en el mundo, viviré en el cielo". Ha dado con "la última palabra del héroe acerca de sí mismo y de su mando". Y en reiteración de acorde —Montalvo trabaja musicalmente—: "Y sea jactancia, tontera o desvanecimiento, digo y afirmo que el pueblo donde se asesinara al Cosmopolita, sería borrado del padrón de las naciones civilizadas". Más tarde morirá asesinado García Moreno, pero no así Montalvo.

En *Las Catilinas*, doce, de peldaños doce, que suben poco a poco hasta desde la máxima altura aplastar y a la vez erigir Catilinas contra Ignacio de Veintemilla —"un azotador de calles puesto en el Solio por asalto nocturno, y sostenido allí por una banda de gente hampesca... bárbaro que ha descendido a la República con su cola de trogloditas, y en nombre del pecado y por autoridad del crimen ha planteado en ella las instituciones y costumbres de Sodoma; padre e hijo de la pereza, por obra de un misterio cuyo esclarecimiento quedará hecho cuando la ecuación entre los siete pecados capitales y las siete virtudes que los contrarían quede resuelta"; ese personaje rabelaisiano, de humanidad tejida con los retazos más increíbles

de lo grotesco, esa fábula desmedidamente crecida de lo luciferiano desprestigiado, ese exabrupto de la naturaleza; y a Urbina, el delator, el traidor, el lujurioso, el cobarde— lo polifónico alcanza las más increíbles fragmentaciones. Piénsese que la polifonía trabaja con planos y trabaja con voces, ha de tallar por lo mismo, como se burilan las piedras finas. Para que reluzcan, para que entreguen las polaridades múltiples del matiz, para que encandilen.

Debió aprender del Montalvo mayor toda la literatura última del “boom”, y ya no muy última, pero así en su momento considerada: Vargas Llosa sobre todo con sus conversaciones circulares, y Cabrera Infante, y García Márquez con sus elocubraciones también de capilla mayor, y Fuentes en sus recorridos mexicanos, de densa hora de siesta, atiborrados sin embargo, empedrados, también de fognazos múltiples y así otros, y otros más. No había necesidad, aunque también se acudió, de ir a Joyce, con su despampante monólogo y disquisiciones ya de ironía máxima, ya de filosófico andar. Montalvo es el Maestro, de los nuestros americanos. Y no sólo por *Las Catilinas*. Don Juan Valera, en el prólogo póstumo que puso a la *Geometría Moral*, con escrúpulos enguantados frente a lo que llamó “la doctrina misteriosa, la enseñanza esotérica que puede haber en ese tratado” y “ando a tientas por este dédalo o intrincado laberinto”, ya hubo de descubrir “al más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado e inaudito de todos los prosistas del siglo XIX”. El propio Montalvo explica su tapiz: “Por dicha la prosa se acomoda a salidas de todo linaje, y bien como episodio, bien en forma digresiva, podemos echar una cana al aire”. Zaldumbide a su vez, en análisis magnífico, hablaba de “quien enhebraba como al azar los flotantes hilos de su discurso, seguro de que concurrirán a la impresión de conjunto”, o, “extremó ahí de casualidad —se refiere a la *Geometría Moral*— aquel su acostumbrado holgar a la vera de cualquier sendero que se le cruzaba al paso como una ilusión”. Todo, sin embargo, por no nombrar la polifonía que ahora encontramos. Polifonía realizada dialógicamente, en varios discursos—el del autor, el de los otros, el del narrador— y de intensísima vitalidad. No concluye sino en ciertos especiales casos monológicamente; no es hecha en ausencia—las varias voces escuchan y están prestas a responder— y tiene duración interminable, como en los cuentos de las noches que se añaden unas a otras. Polifonía menor, por supuesto, en *Los Siete Tratados* en los que no obstante se conversa con la antigüedad griega y romana y con el Renacimiento, como ahora, en arte, lo hace el postmodernismo: retoque nuevo del ayer, ceja que se añade, ideología que se introduce. Y polifonía en la que el discurso del autor no es en ningún momento objetual, es decir pasiva, simplemente *voyeur* de lo que sucede, pasadora de espejo por el vario camino. ¿Podía en algún momento serlo con Montalvo?

La rectitud montalvina contribuyó a su polifonía ideológica. Dio derecho de palabra y de idea a los otros, así los hallara en disfraz de carnestolendas perpetuo, en cómodo asentamiento falso, en nefando desmán y acción. Hay, vale aclarar—ya lo he señalado—, en cierto momento una actitud monológica monista, que destruye lo polifónico, cuando el escritor se va por cierto maniqueísmo de probada vera. Es el instante en que las estocadas de

ida y de vuelta siguen un movimiento de uno por uno. Te digo esto, y tú me contestas lo otro; o muy claramente se observan y se las oye sonar las teclas negras y blancas de un piano: es el "Sermón del Padre Juan, Predicado en la Basílica de San Juan Mártir", que aparece en "El Regenerador". "Oh tú que... Oh tú que..." y así una y otra vez, hasta que la culpable, viene a morir. "No ha podido recobrase de la accesión que sufrió en San Juan Mártir, y ha muerto ejemplarmente en el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia", termina el relato dentro del ensayo.

La monologización montalvina salvada en algunas instancias se derrumba sin embargo como pesada peña que cayera de altura. No se sostiene. O es lo volumétrico que se desmorona al ser pulverizado en la interacción. La polifonía del escritor ecuatoriano, tanto como la dostoiévskiana, vive de las aguas encontradas, de los afluentes que hacen río, de los hombres que se identifican por sus ideas. Pero no hay ideas soberanas, prevalecientes; actúan juntas unas y otras, van tornándose, entran en la espiral de sumada vuelta. Lo ideológico liberal está junto a lo conservador; lo escolástico se adosa a un socialismo por Montalvo repudiado; lo escolástico que recibe su memorial de agravios. Hay un pensamiento socrático, un sofista, un estoico y también un epicureista de rozagantes carnosidades —véase la "Séptima Catilinaria" o el "Tratado de los Banquetes"—. El cuestionamiento de civilización y barbarie se entronca con justicia e ilustración y con revolución educativa y económica; todo es unidad, todo es resonancia mutua. Estatuye un tiempo plural en el que la Historia es tumba y cuna de civilización, "enseñanza del porvenir". Hace grafismo de una ideología del poder: la del tirano, la del dominador, la del ruin; se adentra en el temor y en la corrupción; llama más que nada a todo por su nombre. La grafía se asienta en un terreno escritural de innumerables páginas. Repunta, como en ventana que se abre al horizonte futuro, un humanismo que la América reencontrará después. O sea un cambio de vigencias desde una ideología que acepta como principios el de la autotelia kantiana —todo hombre ha de ser considerado como un fin en sí, y no como un medio—; el de una sociedad libre; y aquel que considera que las jerarquías han de ser establecidas según la capacidad de quienes las sirven. Y siempre al fondo de ese texto montalvino, denso, numeroso, un enciclopedismo algo volteriano —Montalvo no aprueba a Voltaire, pero lo sigue más allá de sí mismo—, bastante rousseauiano: "las leyes de la naturaleza —escribe Montalvo— son todas justas, blandas, cumplideras; leyes de Dios al fin, y como tales, buenas y caritativas. El hombre las escatima, las pervierte, e investido de un derecho que no tiene, se dispara con sus armas a acometer al hombre". Es la diferencia entre el "estado natural" y el "estado social", o entre el "hombre natural" y "el hombre del hombre". Afinidad electiva además en la búsqueda de la soledad y en el hallazgo del tercer camino, única solución a la dicotomía entre los otros dos, el social y el natural: el del individuo moral. Vía ancha y única para hallar una "frágil felicidad"².

² "Frágil felicidad - Un ensayo sobre Rousseau", por Tzvetan Todorov, Gedisa.

III

Esta plural polifonía, aventura de por sí, da como es lógico en la aventura real. No se piense que “los capítulos que se le olvidaron a Cervantes” sean lo único explícito de una literatura si no necesariamente fantástica, en trance de serlo. Montalvo mismo si desfaze la posibilidad de lo imaginario —“no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas; las por nosotros referidas son historias pasadas a nuestra vista o de las cuales tenemos conocimiento”— vase en realidad por dentro y por fuera de las veras de la fantasía mayor. Ya lo había hecho Cervantes antes, como para que lo fantástico tuviera la corroboración de lo que da textura, encarnadura y linfa a tales devaneos: vale decir la vida, matriz de lo otro. Y es así como Montalvo resulta corroborando lo cervantino y más que eso, lo esencial del hecho fantástico; en ambos casos tratos con la existencia, de por sí nutrida de misterio, ambigüedad, orilla conocida y desconocida, Todorov definirá lo fantástico a base de algunas condiciones: “necesidad de que el texto obligue al lector a considerar el mundo de los personajes como un mundo de personas reales, y a vacilar entre una explicación natural y una explicación sobrenatural de los acontecimientos evocados; esta vacilación puede ser también sentida por un personaje; de tal modo, el papel del lector está por así decirlo, confiado a un personaje y, al mismo tiempo la vacilación está representada, se convierte en uno de los temas de la obra; finalmente, es importante que el lector adopte una determinada actitud frente al texto: deberá rechazar tanto la interpretación alegórica como la interpretación “poética”. Montalvo en sus *Capítulos...* y en *Las Catilinarias* y en los relatos incrustados en los *Siete Tratados* anticipa en sus andanzas, en sus “de cómo” pasa tal o cual cosa, esa triple virtualidad de lo fantástico. No se puede creer y sin embargo se cree tanta trapacería, tanto desmán, tanto hecho imposible, tanto confin ilusorio, tanto mundo increíble, tanto personaje desmesurado. Pobre sería, por menguada manera de catar, quien no entendiera ya no lo obvio de un Montalvo-Quijote y un Montalvo-Sancho en contraluz, sino lo otro fidedigno que a lo fantástico se llega por manera de sufrimiento, de muy hondo trepidar; y no es casual que en “El Buscapié”, prólogo de esos capítulos, se haga, ya no porque sí, el elogio del sufrimiento: “Sufrir es ejercitar el ánimo en la filosofía, romperlo a la guerra del mundo y burlarnos santamente de los rigores de la injusticia; sufrir es levantarse sobre el pantano donde están hirviendo cólera, desaliento, desesperación, quejas amargas, propósitos malignos. Sufrimiento es filosofía: Sócrates sabe sufrir; Sufrimiento es santidad: San Bartolomé sabe sufrir; Sufrimiento es sabiduría: Galileo sabe sufrir; Sufrimiento es grandeza de alma. No sufren sino los fuertes; los bajos, los cobardes, los pobres de espíritu padecen; su estrella es padecer; pero no sufren, pues si suyo fuera el sufrir, elevaríanse sobre sí mismos, y padecieran menos, y fueran grandes por el sufrimiento”. Montalvo sufre, Cervantes sufre, las víctimas de García Moreno, Veintemilla, Urbina, sufren. Pero algunos de esos acosados, acorralados, humillados también saben reír. “La espada de Cervantes fue la risa”, sentencia Montalvo y “la risa no está mal

con la desgracia: suele mostrarse hasta en los umbrales de la miseria". Y se pregunta: "¿Todos los que se ríen son alegres? Ríe el dolor, ríe la desdicha". Extranjería, anti-barbarie, polifonía, literatura de lo fantástico, apuntan a una catarsis carnavalesca.

IV

Se cura en salud Montalvo anticipando ya no las caracterizaciones de esos bárbaros, verdaderas catedrales de sólo carne, fofas y bamboleantes, suerte de ogros renacidos, o de los otros que les acompañan enanos de actitud, liliputienses de obra, trecho y consigna —los de la patria chiquita, la mira que no traspasa comarca, la santidad pacata y el pecadillo venial; los del diminutivo para todos y en todo porque no se atreven a más—. Se limpia más bien de tan nefanda escoria entrando justamente en lo más íntimo de ellos, en el "hombre en el hombre", hablando de tales especímenes, eunucos morales, en dialogismo completo, desde una vertiente y desde diez más; descompone para crear, así después, ya en proceder monologizante, los deje como esculturas compactas, tremendas, casi de reino fabulatorio. Pero sobre todo los ha visto como seres prospecto, trasunto de otros. Están en un hoy pero también tienen atrás a alguien o a muchos; los seres del ayer, los que les tocan las espaldas son los de la historia o los de la mitología o los de la cultura. Valen estos de contraste: acentúan una descalificación, dan el golpe de martillo que sentencia en un tribunal. Y no son tampoco el negativo de esos rostros; no podrían serlo jamás. Hacen de sombra que antecede y sombra augusta. Y todos, no sólo ellos, exhorta el escritor, deben asumir la historia grande, para respetarla. Montalvo cree en esa genealogía —sus *Siete Tratados* lo prueban—. No va a hacer únicamente el elogio de la belleza, del genio, de la nobleza, de la verdadera religión, de tanto más; va a situar un escenario para lo actual, un proscenio en el que las carnestolendas se sientan incómodas, repudiadas. No hay artista mayor en ese sentido, ni escritor que no haya pensado su obra toda como un gran conjunto. De lo serio a lo cómico-serio. No es gratuito que quien, conocedor de la Antigüedad clásica, no supiera que en ese dominio último estaban "el diálogo socrático, la vasta literatura de los banquetes, los panfletos, la sátira menipea". Su "Los Banquetes de los Filósofos" —uno de los *Siete Tratados*— viene a probarlo; de Rabelais nutrido y para sus lectores con él nutriente —invita como Patrick a "convites a oler" y a gustar, en despensa inimaginable— va a defender las ideas eje de una teoría de los valores: el deber, la verdad, la justicia: "¿Pensáis, vosotros dueños de los secretos de mi pensamiento y mi conciencia, que el filósofo sucumbe a los combates de los perversos? La verdad es ciudadela inexpugnable: puédesela acometer; batirla en ruina, no es posible"; "Aborrezcamos aquí, si la virtud ofendida tiene sed de santos odios; aborrezcamos, si la corrupción tiene hambre de las virtudes"; "Si ser abogado del pueblo cuando va de sus derechos y su suerte es ser demagogo,

XV

lo soy: Junius, Cormenin, Pablo Luis Courier fueron demagogos; demagogos son todos los que abrigan en el pecho el amor de la justicia y el fuego que devora a malvados y opresores". "Cumpro con el mío (el deber), sin tener advertencia al puñal, la estricnina, el libelo, nada! Me afronto con los tiranos, pongo el pecho a los tiros de la calumnia, me les voy a fondo a los ladrones, y, aunque no soy un Teseo, los ahogo a mis plantas. Que me insulten, que me ofendan, no me perjudica. La mala maña de perseguir con la injuria y la difamación a los enemigos a quienes temen, no es de ahora en los tiranos".

Ese ir "a buscar entre las ruinas de la antigua Roma" y de otras par de aquellas, ya lo hemos dicho, es un colocar a unos frente de otros: los del hoy ante los del ayer y viceversa. Roma, por ejemplo, le hablará de la libertad, que por desgracia —señala— "no conocemos en la mayor parte de las naciones modernas" ("Réplica a un sofista seudocatólico"); el hoy, da la presencia impía del libertinaje; o de la libertad estrangulada, enceldada, vejada. "Pretensas repúblicas" llamará Montalvo a las actuales, como "pretenso hombres", ni siquiera ciudadanos serán los de su convivio y de su ataque. Y si da en la tornavuelta de retroceder camino para ir en esa forma contra los muy actuales antiderechos, prebendazgos, clases de lanza en ristre, ya civiles, ya eclesiásticos, ya militares —"donde el soldado es dueño del caballo, el burro que encuentra en el camino, y el indio o el chagra pagan, con la vida quizá, su imprudente reclamo"— viénenle en ello de elaborar un montaje si de hermosura y altura sumas, también agonístico, macabro y monstruoso. Es la paridad contrastante de unas y otras realidades presentes en el carnaval. Y la alteración en el escritor americano —vale explicar— frente a cierto criticismo con que los géneros cómico-serios analizan la antigüedad. No es de Montalvo mofarse de lo valedero; es auténtico, no se permite mentirse. Muy rousseauniano equipara verdad y justicia; no se ha de herir a la una sin ofender a la otra. Pero vive no obstante su carnaval y lo hace a plenitud. Esa alteración e intercalación de géneros tan suya —hay ensayo, y hay relato, y hay apólogo, y hay discurso y hay panfleto, todo en uno— trae la maleabilidad y la relatividad de la sátira menipea. "Se destaca ésta —explica Bajtin— por una excepcional libertad de la invención temática y filosófica, lo cual no impide que sus héroes principales sean figuras históricas o legendarias (Diógenes, Menipo y otros). Quizá, en toda la literatura universal no hallemos un género tan libre en cuanto a la invención y a la fantasía como ella". Y no podía ser de otra manera, si se trata de hallar la verdad y al buscarla hurgar sin empacho: —del bajo fondo al muy encumbrado; de lo sagrado a lo obsceno, en la vida y en la muerte. Y no se olvide que es género de diatriba y de polémica. Pero quien mire a Montalvo como el polemista, se queda sólo en la observación menor, la epitelial; vale saber mejor de dónde proviene o a qué se refiere tan entonado talante justo, tanto alzar la vista para fijar el reflejo de los otros, inferiores, a la altura suya. Han de empinarse para mirarlo. Es la literatura del que ha llegado a captarlo todo y que arriba a las supremas estaciones vitales; a las zonas en que ya

todo tiene un significado. Y por ello, "más allá del bien y del mal" —así se los agote a ambos— se permite disponer el espectáculo. Suerte de Shakespeare por el conocimiento de los filtros vitales todos, está autorizado para manejar las iconoclasias, para entrar en profanaciones literarias, para expresar los ritualismos de coronación y destronamiento. Nada se lo veta y es lo propio además de los géneros literarios carnavalizados. Carnaval que lo agita al propio Montalvo. Si no fuera desacato se podría pensar que tanto Veintemilla como Urbina como García Moreno hacen su contrafigura; ya Bajtin había advertido la presencia de los dobles en la parodia y en el propio carnaval. Tan adentro tiene a esos monstruos para integral, válidamente mostrarlos; tan partícipes se han vuelto de su encarnadura —así los lleve a besar el polvo o los sitúe en las antípodas de lo ético— que hacen su cohorte, su comparsa. Juntos caminan todos, juntos danzan; Montalvo está con ellos para berrarlos: "Las Catilnarias, he ahí las armas que han solicitado contra él mis parientes y mis amigos". No ha sucumbido todavía García Moreno y ya refiere Montalvo en "La Dictadura Perpetua" su podredumbre futura. Sabe que lo acompaña un muerto, por ello anticipa un brevísimo relato de la literatura de los umbrales: "Guerra sin manos y muda, guerra muerta; guerra de los gusanos contra el cadáver. Véis allí su cuerpo exangüe tirado sobre el fango: García Moreno, sus esbirros y sus jesuitas, sus italianos y sus españoles, sus monjas y sus desesperados: la guerra de los gusanos contra el cadáver". García Moreno está vestido de la muerte porque trae la muerte; pero como de carnaval se trata cabe siempre el mote, la befa: "hombre jocoso, que ha repartido su ejército en cuatro divisiones: "División del Niño Dios", "División del Buen Pastor", "División de las Cinco Llagas", "División de la Purísima"; divisiones de convento para entes militares. Muerto celestial, dispuesto al crimen siempre, antes y después de partir. Troglodita supremo, rey de los mismos y troglotón mayor es Ignacio de Veintemilla, pero más bien chagra-soldado con todas las taras de la soldadesca alta y baja, para quien la nación es predio propio y los hombres pavimento. Ignacio de la Cuchilla ni siquiera digno de la guillotina. Otro "hombre imperfecto, monte de carne echado en la cama, pesado como un galápago" —son calificativos del escritor—; más bien hombre de la corte de los milagros, con resoplidos de pseudo majestad. Hombre de la plástica de Botero, con posturas, actos y palabras de edémico vacío. General que también hace sus cabriolas de "tiranuelo de lodo" en el desfile de carnestolendas. O don Antonio Borrero, el menguado, el desafortado tras de su jarro, que hace versallesca entrada a Quito como para que la Biblia tiemble por sí a mala hora se compagina ese ingreso, de insultante espectáculo, con el otro, glorioso. O Urbina, el sicario y adulador, el de talento —"sólo para maldades le ha servido"—, el de la cópula moral con Veintemilla, que va juntando con todos los pasos. Montalvo salva su parte: "¡Tirano —les dice—, yo no soy de los tuyos!". No lo será nunca; jamás de los "hombres de dos caras y ni un corazón". Pero sábelos cerca, consigo: "Este don Antonio tiene la virtud de proporcionarme diversiones o apartarme de mis objetos principales, aun

en perjuicio de la unidad de acción". Al final sentado en "Palco de la Opera nueva, sillón delante en la Opera Cómica" decreta Montalvo, el Hacedor: "Entrarán esos a la historia, pero... a la de Gil Blas de Santillana". El, ya impertérritamente situado en la Historia Mayor; él que ha desollado verdugos, pícaros, ladrones, traidores, agiotistas, indignos, viles, tontos, mal intencionados, ingratos y "gracias a Dios, y a justo título es un monstruo" nos ha permitido —y en qué forma irrepetible, inigualable— que sepamos que "En la Divina Comedia el mundo es el primer galán".

V

"De novedades en nada" ha tratado Montalvo; vale decir de padecimiento, "indignidades, injusticias, deslealtades, envidia" y otras y otras más. "Novedades en nada", así nombradas por García Bacca, porque no son "simples privaciones o negaciones ontológicas de una realidad básica". Al contrario, "las novedades en nada" trasuntan crímenes, pesos luzbólicos, hueras en nada franciscanas, dolores, víctimas y especialmente son "afecciones del mismo ser, negaciones suyas, tanto más potentes y temibles cuanto que no lo aniquilan; lo anonadan". "El ser —continúa el filósofo explicando—, todo ser, es anonadable, de mil originales y positivas maneras, según novedades en nada. El ser no es aniquilable. Si se aniquilara por la negación, bien poco resistente fuera el ser en su ser". Del caos, materia de lo creativo, Montalvo extrae esas novedades en nada. Ve sus horripilantes máscaras, denúncialas, conduélese de quienes las han resistido y heroicos han podido más que ellas. Son los seres superiores, los de las impertérritas fijaciones propias. De ese mismo caos entrega Montalvo "las novedades en ser"; aquellas que sobrepasan los cualquierismos y aportan novedad, invento, palabra iluminadora. Con las dos novedades ha hecho su creación, puente a la vez hacia todas las épocas: acepta la varia mensura, trae largo paño, ingente se ofrece. Ahora en esta versión significa la agobiante extranjería, lo polifónico, lo civilizatorio, lo fantástico, lo paródico y las novedades en nada y en ser. Ese es el Montalvo otro, el desconocido que he querido sea admirado, pero, vale acentuar, desde "la inocencia de la admiración". La otra, la manida, la que nos dice la letanía que sobre Montalvo se ha forjado quede apenas para lo lineal de un Post Scriptum. ¿Escueto y válido?

LUPE RUMAZO

POST SCRIPTUM

La letanía dice:

Creo en Montalvo estilista, panfletista, polemista, insultador por manes de Tácito y Suetonio, pasional, castizo, émulo de Cervantes, "caballero del catolicismo", luchador, pensador y Don Juan.

Caracas, junio de 1991

EL NUEVO JUNIUS

I

A LOS PARTIDOS POLITICOS

LAS TRES antiguas partes del mundo reclaman cada una para sí la gloria de poseer en sus comarcas el paraíso terrenal, perdido para siempre desde la caída de nuestros padres: la Armenia respira todavía aquel ambiente delicioso del primer día de la creación, y sus frescas montañas se yerguen altivas, cual guardianes de la morada primitiva del género humano: el misterioso Nilo corre tal vez lamiendo las riberas encantadas de esos países donde resplandece la espada del ángel del Señor; y ni la fría Escandinavia cede un punto en orden al privilegio de haber sido la cuna de los primeros hombres. El árbol de la sabiduría da un fruto muy preciado, jugoso, refrigerante: dicen que es amargo, no importa; prolonga la existencia, y se lo disputan las naciones.

Y nosotros, hijos del Nuevo Mundo, fresca obra de la naturaleza, ¿no alzamos la voz en ese gran concurso donde los pueblos se disputan el árbol de la sabiduría? Sostengamos que el paraíso terrenal estuvo, y está aún, a orillas del Amazonas, en una encañada perdida para nosotros porque no acertamos a buscarla; no damos con ella, pero oímos el gorjeo de sus aves, percibimos las aromáticas exhalaciones de sus flores, aun vemos las formas de sus collados y colinas en las nubes que las figuran, plantadas en el firmamento, embebidas de esa luz purpúrea, riqueza de las horas en la zona tórrida. O ¿no estaría más bien en las impenetrables selvas del oriente, donde ruge el león, de donde el águila real se eleva y va gritando sublime por los aires, donde el Napo corre sobre su lecho de oro, murmurando profundo y majestuoso al pie de sus cedros y sus robles centenarios?

La sabiduría verdaderamente sabia no consiste en la posesión de las ciencias, de estas ciencias embrolladas que, a fuerza de desenvolverse han hecho la ignorancia de nuestros tiempos: Sócrates nada sabía, y era el más sabio de los hombres: no sabía combinar los principios elementales de la naturaleza, no seguía a los astros con vista artificial por sus órbitas inconmensurables, no hubiera podido romper las olas del mar por medio de un agente poderoso, y era sabio: no inventó la brújula ni el telescopio, y fue

sabio: no multiplicó la muerte con la pólvora, y fue sabio: no se burló de la distancia, como Fulton, no anuló el tiempo con el telégrafo eléctrico, y fue sabio: luego la sabiduría no consiste en saber, amigos míos, en saber cosas materiales. El sabio abrigaba a la Divinidad en su seno; una llamada celeste le lamía las entrañas, el fuego sagrado le mantenía puro el corazón, y por eso fue el más sabio de los hombres. La iluminación del pecho, la transparencia del alma, la tersura de la conciencia, la benignidad del genio, la alteza del carácter, ésta es la ciencia grande, el fruto que hace daño, pierde a los que no lo comen, y vuelve dioses a los que le atinan a coger y lo saborean deleitándose en su dulcísimo juego: ¿acaso la serpiente nos provoca a ese desliz?, ¿acaso nos tienta el espíritu maligno con ese celestial bocado? Seamos sabios sin miedo de perdersnos: ese pájaro divino que posado en la copa del frondoso mirto nos embelesa con sus simpáticas modulaciones, no abriga dentro de sí al eterno malqueriente de la especie humana; antes esa que suena grata y hechicera es la voz del Infinito que nos llama misteriosamente a su regazo y nos brinda con la inmortalidad: no la oímos muchas veces, porque somos sordos de conciencia; no la oímos, porque nuestro corazón insonoro no repite ese ruido angélico; no la oímos, porque entorpecemos voluntariamente nuestra contextura, que allá cuando salió de manos de nuestro artífice, fue delicada, fina, armoniosa. Si purificásemos el oído, la oiríamos; si abriésemos los ojos, la veríamos, porque la Sabiduría toma cuerpo cuando se hace a los hombres; si afinásemos el olfato, la oleríamos: la Sabiduría es una flor, olorosa, virtuosa, armoniosa, porque hasta música tiene:

There is music even in beauty

¿Y quién dijera que todo ese secreto está encerrado en una sola palabra? CORDURA, he aquí el emblema, que bien descifrado da de sí la felicidad del hombre. La piedra preciosa, en reducido volumen, abriga todos los colores: dueña de la luz, resplandece como quiere; amiga del sol, sonríe con él, vibra, palpita despidiendo mil pequeños iris que se entran por los ojos de los que la contemplan y se van por ellos a regocijar el espíritu. Pues la cordura es esa piedra, ese ónix prodigioso que simboliza un mundo, el mundo moral. La cordura trae consigo la prudencia, el tacto de las cosas, el acierto: por esto la cordura se llamaba sabiduría en los tiempos sabios: la cordura no se toma jamás en mala parte; de donde proviene que es una virtud muy enlazada con la conciencia y la pureza del alma. De un hábil perverso podrá decirse que es avisado, ladino; pero cuerdo, no será, porque falta a la mayor cordura que consiste en no infringir las leyes humanas y divinas, en no constituirse enemigo de sus semejantes, en no labrar su infelicidad con lo que él llama *triunfo*, *predominio*, *dicha*, llagas que devoran el corazón, cuando no son efecto de las virtudes. Triunfo, predominio, dicha alcanzados por medios inicuos y con malos fines, son la verdadera desgracia; el *predominante dichoso* tiene el corazón reventado, el pus le corre por enormes boquerones, y reabsorbido por la sangre, le pone a temblar en perpetua calen-

tura. ¿Por qué es tan miserable ese hombre feliz? Porque no fue cuerdo, no fue sabio, como que la sabiduría no es sino el bien en toda forma, revestido de todos los colores, camaleón divino, que variando siempre es siempre el mismo, y en sus misteriosas transformaciones indica la infinitud y la eternidad de Dios. El hombre cuerdo ejercita al propio tiempo las facultades intelectuales y morales, es un armonioso instrumento que está sonando de continuo, al cual jamás se le descompone una tecla: la cordura nace de una predisposición natural, pero se acaba y fortifica con la experiencia y la previsión, porque esto más tienen los cuerdos, que miran en lo porvenir: el demonio de Sócrates, la ninfa Egeria de Numa, la cierva de Sertorio no eran sino experiencia de lo pasado, previsión de lo venidero, esto es, cordura, acierto, sabiduría. ¿No se necesita en efecto una reconcentrada y maravillosa atención para ver las cosas antes de sucedidas? Pues esta virtud celestial es la cordura, resumen de todas las aptitudes. Lo primero del filósofo es la prudencia: filósofo desapoderado nunca se ha visto; lo primero del santo es la bondad; santo malvado nunca se ha visto: lo primero del héroe es la magnanimidad; héroe cruel y rencoroso, héroe mezquino, nunca se ha visto: y, ¿quién diría que el filósofo, el santo, el héroe no son cuerdos? y, ¿quién diría que puede haber filósofos, santos, héroes sin cordura?

Pues si ésta es una tan grande y noble cosa, maravillame de veras el que jamás seamos cuerdos: nos quejamos, lloramos, somos desgraciados; luego hay entre nosotros víctimas y verdugos, luego se empeñan unos por el mal, otros son incapaces de evitarlo: ¿quién se atreve a llamarse cuerdo, quién lo es en hecho de verdad? No los que arrancan lágrimas con la tiranía, nos obligan a quejarnos con las iniquidades, se hacen aborrecer con las violencias, se vuelven despreciables con las infamias, porque nada de esto es obra de cordura: no los que gimen sin remedio, teniéndolo en la mano; se quejan afeminadamente, siendo hombres; aborrecen, debiendo despreciar; desprecian, debiendo castigar, porque tampoco esto es obra de cordura.

El hombre sin prudencia está a punto de perderse a cada instante; el pueblo sin prudencia está de continuo desplomado hacia un abismo, si es que ya no gime adentro bregando con los monstruos de la oscuridad. De este globo de cosas y de principios generales, tomemos lo que nos corresponde: ¿somos prudentes, cuerdos, sabios? No lo creo, supuesto que después de tantos años de esclavitud, nos vemos otra vez en vísperas de pasar de los suspiros a los ayes, de las sombras a las tinieblas, de las lágrimas a la sangre: ¿es posible, ecuatorianos? Si un impulso de generosidad nos moviese el corazón a todos, y cada cual rindiese algo de lo suyo al procomún, todavía pudiéramos salvarnos. Los extremos entrañan peligros; pues la seguridad está en el término medio, busquémosla. Si hay quienes se rehúsan a este avenimiento, esos son malos hijos de la patria, gente inclinada a la servitud, que vive y se engorda con el llanto y la sangre de los que sacrifican. Nosotros los que hablamos ya dimos una prueba de patriotismo y abnegación, cuando a votos conformes elegimos presidente a un ciudadano que entonces teníamos por imparcial y amigo de las leyes. La buena acción se premia por sí

misma, y su mérito sube de punto cuando ella nos acarrea desengaños. Harto hemos dejado conocer que no queremos sobreponernos a los demás a todo trance, que la venganza no es la estrella que nos guía, ni abrigamos propósitos indignos en el alma. Nuestro enemigo, comprendiendo un gesto fraternal y a modo de quien se arrepentía de sus gravísimos pecados, nos propuso un hombre, como prenda de reconciliación y paz: ¡qué gustosos le aceptamos, nosotros los inexpertos! Inexpertos, pues ni las sangrientas lecciones recibidas nos hicieron ver en el porvenir el azote infamador serpenteando en el aire cual víbora pestilente, instrumento de vilipendio, *estilo* con que todavía se graba la infamia del género humano!

Comerás con el sudor de tu frente, dijo el Señor al hombre, y ésta fue toda su maldición. Y aun cuando nuestros padres salieron desterrados del paraíso, abrumados con el peso de su desgracia, asidos por las manos y con lento paso en busca de la inmensa soledad del mundo, salieron con toda la majestad con que Dios les había engrandecido.

Mira ese ente hermoso cómo se mueve en sus varoniles actitudes, rey de la creación, a pesar de su caída: su cabeza, descollando sobre los hombros, tiende para el cielo: su frente abovedada resplandece, y en su diminuta comba encierra el pensamiento, esto es, un mundo perdurable; con la vista es dueño de la luz, atraviesa las regiones superiores, se pasea en el firmamento, mide los astros, y en poco está que no se engolfe en el océano de la claridad infinita: por el oído goza de la música del universo, este laúd que suena en la infinidad del tiempo, llena el aire y el vacío, y sin ser oído por nosotros, nos tiene embelesados con su armonía sempiterna: la palabra es la expresión de sus afectos, pues en su pecho hierven muchas y muy variadas sensaciones que se llaman afectos —impulsos misteriosos que nos elevan a nuestro alto origen, por lo divino de la criatura, o nos abisman en la inmortalidad siniestra, por lo que tenemos de malditos.

Maldecido o perdonado, inocente o criminal, impoluto o con mancha, el hombre siempre es la obra de Dios, hecho a su semejanza, y como tal, digno de respeto. Hay obras que los pueblos todos tienen por horribles, inusitadas aun entre bárbaros, llevadas adelante por la extremada tiranía, y tan solamente por ella, esa tiranía corrompida y soez que infama así a los verdugos como a las víctimas, así a los que la ejercitan como a los que la sufren. La ferocidad no es lo peor en los tiranos, demonios de la tierra; la corrupción, esa invencible propensión a lo imperfecto, lo deforme, lo repulsivo, esto es lo peor. La sabiduría del tirano consiste en descubrir la fealdad del alma; su dicha es saborear los más repugnantes bocados. Estos grandes hombres son inmortales, se acercan mucho a la inmortalidad del infierno: ¿Satanás no es inmortal? Caín mató a su hermano, pero no le azotó. Aquel abominable ejemplo que ahora veinte siglos nos dieron los más desgraciados de los hombres, no lo siguen sino los que ahora son tan desgraciados como ellos. Seamos lestrigones, tártaros, hunos, vándalos, chinos, iroqueses, trogloditas; pero no seamos hebreos...

Ese ente que señorea el mundo, en cuyo rostro se distinguen las huellas de la perfección divina, cuya mirada sigue a Dios hasta cerca de su trono,

y sale del Paraíso, todavía grande y majestuoso, es el hombre: ¿a ése le azotas? ¿a tu padre, a tu hermano, a tu hijo? Azotadores, ¿qué sería de vosotros si llegase el día de ser azotados? Ojo por ojo, diente por diente, dice talión...

Nosotros no haremos eso ni lo mandaremos hacer. Presidente, hombre piadoso, ¿qué dices de todo esto? Yo no azoté, dices; pero mandaste quien azote, digo yo. Yo no juré, Señor, dice trémulo el culpable. Pero juró tu sometido a quien debías refrenar, grita indignado el juez. Vosotros *los cristianos*, ceñíos a la Escritura.

Ahora pues, nosotros los *malvados* sufragamos por la hombría de bien; nosotros los *herejes* nos inclinamos a la religiosidad encarnada en un hombre harto conocido por piadoso; nosotros los *bandidos* nos proponemos sacar a la honradez sobre los hombros, o morir en la lucha, si nos rechazan con las armas; nosotros los rencorosos pensamos perdonar, supuesto que elegimos al de manso corazón; nosotros los soberbios invocamos la modestia; nosotros los rapaces no queremos nada para nosotros, ya que dejamos al amigo, amigo íntimo tal vez, y llamamos al que no nos conoce, aquel de cuyo favor nada esperamos; nosotros los empecinados cedemos al instante; nosotros los partidarios ciegos no reconocemos caudillo; nosotros los revolucionarios obramos como pacíficos; nosotros los ambiciosos no tenemos ambición; nosotros los injustos nos acogemos a la justicia; nosotros los egoístas proponemos la generosidad y la abnegación a nuestros enemigos. Achácanos ustedes de empeñarnos en la elección del *antirreligioso y provincialista*, o del *militar amigo de los fueros*, o del *impopular y enemigo* de vuestro jeque: el *antirreligioso*, el *amigo de los fueros*, el *impopular* se apartan generosamente, y nosotros, sin mala intención, ni obstinación, renunciamos esperanzas, despreciamos *probabilidades*, y proclamamos al que no conocemos sino por sus virtudes públicas. *Tal sujeto* ha dicho con frecuencia, que si los liberales se obstinaban por el *hereje*, él se combatiría con nosotros; pero que si preferían un moderado, un tercero en discordia, estaría con ellos. Helos allí a esos buenos liberales decididos por el moderado, el tercero en discordia, el hombre religioso: ¿qué dice ahora el ministro-emperador, católico, apostólico, romano? Nosotros hemos cedido, amigos míos, cedan ustedes a su vez: no seamos güelfos y gibelinos, Abencerrajes y Segríes, moros y cristianos; seamos amigos, hijos de una madre, ciudadanos de una misma patria, que al fin abren los ojos, extirpan la gangrena del corazón, bruñen y acicalan el alma, desembarazándola de su espesa empañadura. Que nosotros no deseamos la muerte, el destierro ni la infamia de ustedes, claro se ve, cuando escogemos un hombre más conservador que liberal, de maduro juicio, de ilustrado entendimiento, de sano corazón: si ustedes se obstinan en elegir a su caudillo, manifiestan sin rebozo que anhelan nuestra ruina. Cuando uno de nosotros caiga fusilado; cuando otro perezca en el suplicio de la *barra*; cuando éste gima lastimosamente al menudeo del azote; cuando ése vaya amarrado, a pie por los desiertos, ¿sentirán ustedes bailar alegre el corazón

en el pecho? No me lo digan, porque me muero de lástima de ustedes. Y aun no tan malo si eso fuera todo; pero su candidato tiene graves, insuperables obstáculos para la presidencia: ese auto motivado del Perú, amigos míos, ¿no es una terrible cosa? El Perú, nación amiga, aliada nuestra, ¡recibir de nosotros un bofetón! ¿Y qué sería sino bofetón elevar a un reo de sus tribunales? Ya dimos un grande motivo de queja a otra nación hermana, eligiendo diputado al que acababa de ofenderla: ¿dónde hemos de ir a parar con estas provocaciones repetidas? El Perú jamás reconocería el Gobierno de uno a quien tiene en juicio criminal; Colombia jamás reconocería a uno que le ha hecho tanta guerra, que tanto la ha molestado, que tan ninguna seguridad le ofrece para lo venidero. ¡Y nosotros encajados aquí en medio de dos repúblicas que no reconocen ni pueden reconocer nuestro gobierno! ¿con quién tratamos, con quién comerciamos? ¿cómo vivimos nuestra vida política? ¿nos avendremos a ser una tribu ignorada en un rincón perdido del mundo?

Atajados les miro de razones; responderán ustedes, si las tienen provenientes de la filosofía, la sana política, la justicia, la virtud en fin. Ahora si llegamos a *la insuficiencia de las leyes*, no sé cómo levanten ustedes con sus débiles cabezas ese peñasco de Sisifo. Hay un ciudadano que ha declarado de un modo oficial que las leyes son insuficientes, y las ha transgredido todas. Conviene saber desde luego si la constitución de la república autoriza al presidente a hacer esa declaración en algún caso: ¿no? pues ¿cómo se las anula por el ejecutivo? Estas leyes son insuficientes para uno; viene otro, y halla que las nuevas no le bastan para gobernar: llega el tercero, y todo lo tiene por escaso y todo lo vuelca: ¡despotismo atroz y ridículo, que causaría risa en la Sublime Puerta! Si la voluntad del gobernante es la ley suprema, hagamos una hoguera de todos nuestros códigos, y sentados alrededor, veámonos esas caras, si no de salvajes, de esclavos azotados por lo menos. ¿Y qué necesidad, qué empeño es éste de ir en busca del que *no puede mandar con nuestras leyes*? ¿Hemos de hacer leyes acomodadas al carácter de un hombre, o un presidente para que haga ejecutar las leyes? Un tal no puede mandar con las que la Nación, de años atrás, ha dictado y sancionado por medio de sus legisladores; pues ese tal ha de ser el presidente, a fin de que derroque el edificio social, rasgue el contrato público de los hombres reunidos en civil, política asociación, y ande sobre ellos con el látigo en la mano! ¿Cosa necesaria es ésta? Pues si aquel *no puede mandar*, que no mande; hay hombres modestos, juiciosos, buenos, que no se juzgan superiores a los códigos, y tienen hartos con ellos para labrar la felicidad de sus conciudadanos.

Proclamar la candidatura del que tiene protestado no mandar con leyes, es dar el grito de una revolución extravagante: ¿entienden ustedes? Revolución a la faz del Gobierno, revolución a la faz de pueblos libres, revolución a la faz de la América republicana. Proclamar una dictadura perpetua en medio de la paz, sería un absurdo de muy amargas consecuencias.

Mediten ustedes, y vean si hablamos con fundamento, si obramos con desinterés y justicia. Que don Francisco Aguirre sea el candidato de la

nación: demos una prueba de grandeza de alma, seamos al fin hombres de bien y no bribones, ilustrados y no bárbaros; cristianos y no feroces tártaros, sedientos de la sangre de nuestros propios hermanos. Si no gustan ustedes de ir a un paso con nosotros, propongan cualquier otro hombre notable de su partido; ¿no tienen más que uno? ¡Qué vergüenza! El Azuay acaba de presentarse egregio, con esa reconciliación de los partidos, ese voto común que excluye la tiranía y proclama la mansedumbre, se aleja de la barbarie y tiende los brazos a la civilización, ahoga en su pecho los afectos duros, y da ejemplo de fraternidad. El Azuay ha merecido bien de la patria: debe servir de ejemplo.

EL NUEVO JUNIUS

II

LOS PARTIDOS POLITICOS

¿HABÉIS DADO con el árbol de la sabiduría, amigos míos? Ya os dije dónde descollaba; y verle descollante es una muy grande cosa: su cumbre desaloja las nubes, sus ramas se extienden alrededor entrelazadas con admirable simetría, y dan una vasta sombra. Este árbol florentísimo produce el fruto de la vida: los que aciertan a cogerle y gustan de su raro sabor, han dado con el secreto del género humano, si la felicidad es su secreto. Oigo de continuo que el dolor es nuestra herencia; mas pienso que para todos los males hay remedio, y que no es obligatorio ese legado. El dolor es nuestra herencia; mas podemos renunciarla, y desembarazados de ese gravamen, quedamos aptos para la felicidad. Felicidad, dolor, éstos son los ejes sobre los que rueda el mundo, los términos que componen esta música estrepitosa que nos acorda sin intermisión, a la cual cada uno de nosotros contribuimos con nuestro ¡ay! o nuestra carcajada. La paz del corazón, la serenidad del ánimo, la satisfacción de la conciencia, la grandeza del carácter, la mansedumbre del genio, la rectitud de la conducta son las condiciones de la verdadera felicidad; y como todo aquello es obra y efecto de la sabiduría, resulta que la dicha es el fruto de ese árbol misterioso.

Luego no es tan fácil ser felices, me dirán. ¡Qué ha de ser fácil! antes no hay más intrincada senda que la del Paraíso, siendo así que le tenemos perdido hace ya setenta siglos. Pero no tan perdido que algunos hombres no hubiesen dado con esa deliciosa comarca guiados por el gorjeo lejano de sus aves, por el olor que despiden sus flores siempre abiertas. El filósofo cuyo sistema y cuyo anhelo es la tranquilidad del alma, y que a fuerza de profundizar en ese estudio cumple al fin su objeto, dio con el árbol de la sabiduría: vedle allí sentado majestuosamente a su sombra, hojeando el libro de la ciencia, satisfecho del cielo y de la tierra. El santo que distingue la materia del espíritu; que ve la luz divina rompiendo la bóveda celeste con su clara vista; que permanece suspendido de la mano de Dios y oye apenas el rebullido de los hombres, dio con el árbol de la sabiduría: vedle allí a su sombra sentado majestuosamente al lado del filósofo. El regidor de pueblos que se

consagra a su felicidad, gobernando a lo grande, obrando a lo virtuoso, respetado, querido por sus semejantes, dio con el árbol de la sabiduría: vedlo allí a su sombra sentado majestuosamente al lado del, santo y del filósofo. Filosofía, santidad, sana política, forman el acompañamiento más respetable, el grupo más significativo del mundo, sublime caríatide que sostiene el trono del Omnipotente, mirando a la tierra con sus adorables rostros.

Alto es el árbol de la sabiduría, y no le vemos; sonoro es el árbol de la sabiduría, y no le oímos; fragante es el árbol de la sabiduría, y no le olemos; empañada la vista, embotado el olfato, entorpecido el oído, no podemos aprovecharnos de esa magnífica obra de la naturaleza, cuyo fruto robustece purificando la sangre, aclarando la inteligencia, dando armonía a las afecciones. Maestros no nos faltan; pero somos malos discípulos, y por eso vivimos en esta ignorancia del bien, en esta crasitud del alma que nos mantiene tan desgraciados y pequeños. Nuestro ahínco se cifra en nuestro mal, porque anhelar el mal ajeno es labrar el propio, supuesto que los hombres somos una cadena que viene resonando al través de los siglos y ciñe la tierra en todas direcciones. Nos perseguimos, nos robamos, nos matamos, y andamos diciéndonos hermanos: ¡qué insolente ineptitud! Hermanos, descendientes de Caín: hermanos, y por eso gimen unos en profundas mazmorras, otros corren el lúgubre cerrojo: hermanos, y por eso va uno al patíbulo con trémulo paso, otros le vuelan la tapa de los sesos; hermanos, y por eso unos amarran, otros tienen la soga al cuello: hermanos, y por eso unos deshonoran, otros pierden el honor: hermanos, y por eso unos apañan la hacienda ajena, otros quedan en la mendiguez: hermanos, y por eso unos se elevan, otros sucumben; unos blanden ensangrentada maza, otros ruedan a sus pies; unos vociferan, otros gimen; unos viven repletos de sangre, otros caen al sepulcro exánimes. El sello de Caín viene impreso en nuestra frente: la raza del maldito se ha multiplicado en términos que compone la especie humana: víctimas y verdugos somos todos: deshonor, persecución, infamia, los lazos que nos ligan —nuestra fraternidad, nuestra felicidad, nuestra gloria.

Tú que difamas al vecino, le calumnias, le hieres en el corazón, ¿eres su hermano? Tú que preponderas por la fuerza, y puesto arriba despliegas tu genio destructor; tú que cierras con los que no te adoran como a los dioses de los Druidas, persigues, coges, matas, husmeas la sangre de la víctima y bailas sobre su cadáver, ¿eres su hermano? Tú que anulas los derechos, huellas la justicia, te mofas de la dignidad del hombre y te empeñas en su ruina, ¿eres su hermano? Tú que trabajas por la ignorancia, y en tu sabiduría propagas las sombras, verificando una impía y tenebrosa operación, ¿eres su hermano? Su hermano eres, hermano a lo Caín.

Cuando digo *tú*, no hablo con uno solo, con éste ni con ése; hablo con todos los malvados; ni tengo por buenos a los de un partido, por malos a los de otro. Los buenos son muy raros; los perversos abundan en todo tiempo y lugar. Los que padecen se tienen por inocentes, los que hacen padecer piensan que obran en justicia: si las víctimas se sobreponen a los verdugos, los verdugos vienen a ser inocentes; los inocentes, verdugos. El laberinto de la

especie humana, donde imperan la razón y la equidad, es la cosa más intrincada y oscura del mundo. La razón está en el triunfo, la equidad en el poder: el que manda se desafuera y atropella por todo, siempre con derecho para sus descompasadas acciones: de aquí proviene que el tirano vive persuadido de que todas sus obras son laudables, y sus esclavos se quejan amargamente de la oposición de sus contrarios. Ninguna virtud se practica menos que la fraternidad: reina entre los hombres el odio por los hombres: vivir es combatir, ya lo dijo un filósofo. La vida es la guerra: peleando vivimos, peleando morimos, y si fuera por nosotros, la tumba sería un campo de batalla.

Pero allí los valientes son cobardes, los grandes pequeños, flacos los fuertes, feos los hermosos, ruines los magníficos, bajos los nobles. Tú, héroe, ¿te dejas comer de los gusanos? ¿y qué es de tu impetuosidad, tu superioridad, tu grandeza? Tú, déspota, ¿te dejas podrir y sufres que la carne se te caiga en pedazos? ¿y qué es de tu poder, de aquel imperio irresistible, de aquel mandar ejecutivo? Tú, sabio, ¿no sabes que el cerebro te está corriendo por la nariz y las orejas, ese cerebro donde se había imprimido el universo, ese órgano sublime por cuyo medio te subías hasta la esencia soberana? Tú, militar apuesto y valeroso, brillante con la argentería del vestido, rico de tu sueldo, insolente con tu espada, ¿no la desenvainas y destruyes esa legión de insectos atrevidos que te chupan los ojos? Tú, empleado grandioso, personaje excelso, ministro, presidente, emperador, ¿no mandas prender y poner grillos, no haces fusilar a esos conspiradores que te andan por la cara y el pecho, te comen los carrillos, te ultrajan y van contra tu autoridad? Tú, clérigo condecorado, prelado inmune, alto sacerdote, ¿no excomulgas, no anatematizas, no echas al infierno esa turba de sacrilegos que te dejan al aire el caparazón, te sacan a pedazos la lengua, te perforan la corona? Tú, gentil mancebo, amor de las doncellas, preciosa muestra del linaje humano, de rubia y ensortijada cabellera, de ojos conquistadores, de dulces e irresistibles labios, ¿sufres que te ensucien la ropa, te aren el rostro, te descompongan y afeen entecillos despreciables? ¡Lástima que los potentes no tengan allí vasallos, esclavos los tiranos, partidarios los políticos, fanáticos los sacerdotes, soldados los capitanes, para que les defiendan a todo trance, griten, insulten, amenacen, persigan, cojan, destruyan a *sus enemigos!*

Vivir es combatir; pero morir es sucumbir; y la vida es un fuego fatuo, una rápida y misteriosa exhalación, una ráfaga de pesadumbre: no vale pues la pena de ser tan insolentes y perversos. ¿No sería mejor que fuésemos pasando asidos de las manos amistosamente, desahogándonos con tiernos suspiros, consolándonos con fraternales palabras, protegiéndonos con suaves movimientos, y desembocando en la eternidad cual sombras apacibles, y no cual bravios fantasmas que van en busca del infierno? Si no vivimos más que un día, sepámoslo vivir, y sepámoslo de veras: esa ciencia no es la crueldad, la codicia, la altivez opresora, la infamia; todo esto es ignorancia: esa ciencia consiste en la mansedumbre, el perdón, la protección mutua:

sobre estas ruedas adelanta la sabiduría, y el que va en su carro, va más pomposo y majestuoso que Sesostris.

La armonía del corazón y la palabra es el más embelesante acuerdo, si el corazón suena benigno echando afuera las gratas voces del amor, los graves acentos de la justicia. Indigno sería que hablásemos bien, si obrásemos mal; empero si las acciones son conjuntas con la expresión, si nuestra manera de decir es acomodada a la concordia, ¿por qué no nos oirán ustedes, los que se llaman nuestros enemigos? El porvenir que proponemos no viene cargado de nubes tempestuosas, no vislumbra allí la electricidad mortífera, no cruzan relámpagos siniestros: limpio es ese firmamento, clara esa atmósfera, y cuando anochece y amanece, una amable estrella surge del vacío y se pone sobre el horizonte a mirarnos cariñosa. Ustedes quieren la tempestad, concitan el rayo, supuesto que no caiga sobre sus cabezas, evocan el terremoto. Hartos estamos de terremotos: déjennos ustedes en pie las habitaciones, sosegado el ánimo, sin pesadilla el sueño, segura la vida, ya que la Providencia ha querido preservarnos hasta ahora. ¿Qué empeño es éste, amigos míos, qué empeño es éste de ver perturbada la paz, en peligro la nación, perdidos muchos ciudadanos, y acaso los mejores? ¡Ah, si *ese hombre* diese con el árbol de la sabiduría, y se sentase majestuosamente a su sombra... ¡El valor de la desesperación suele ser funesto, el heroísmo de la muerte se dispara en mil centellas destructoras: una nación oprimidísima, revienta al fin como una bomba, jay de los opresores! Si os empeñáis en exterminarnos, puede llegar el día en que seáis exterminados. Entre vosotros no hay sino un hombre, uno solo: puede éste desaparecer por la ira de Dios, por la justicia de las leyes, por la venganza de los hombres: ¿qué será de vosotros en ese trance? Si tan encarnizados, si tan irreconocibles os manifestáis, tal vez sea necesario enrojecer un poco la clemencia... Labrad para el porvenir, y sabed que la herramienta que fecunda no es el puñal, la bala ni el azote; éstos esterilizan: la benigna azada dispone la tierra para que reciba el germen de la vida; el látigo y el palo siembran lágrimas...

DE LA INEFICACIA DE LA RAZON

EN VANO echa fuera sus celestiales llamas el ardoroso pecho, si el de los demás no arde a su vez en el fuego sagrado: la insensibilidad y la ignorancia son los escollos insuperables del ingenio: la fuerza de la razón, la efervescencia del corazón pierden su eficacia en un pueblo poco instruido y menos apasionado. Cuentan de Massillón que en un discurso fúnebre hizo alzarse de repente al auditorio, cual si le hubiera movido por un resorte mágico, y que salió de la iglesia un inmenso grito colectivo que asordó la ciudad. El orador había extendido su largo brazo, y arrancando el infierno de las entrañas del universo, lo puso chispeante y vivo a la vista de los hombres. Los hombres lo vieron, oyeron ese chirrido aterrador, porque veían y oían con el alma. La sensibilidad es la sabiduría de la ignorancia; y muchas veces la sabiduría suele servir de sensibilidad: paradojas profundas que no las desenvuelven sino los confidentes más íntimos de la naturaleza, en cuyas contradicciones se ocultan la desgracia y la felicidad del género humano.

La fuerza física es el numen de los bárbaros: ellos no conocen otra ninfa Egeria que su maza, ni dominio les inspira sino es su envenenada chonta. ¿Qué habría podido Massillón en una junta de orejones o de záparos? Por los efectos de la elocuencia puede medirse el grado de civilización de un pueblo; porque al fin, la verdad puesta a la vista en su desnudez embelesante, enamora, rinde a los que la contemplan, cuando éstos no son de aquellos que tienen resuelto irrevocablemente negar las cosas y revolverlas en ese infernal trastrueque, tan satisfactorio para la corrupción. ¿Qué nos valiera a nosotros la elocuencia? en vano hablaríamos como grandes, en vano escribiríamos como sabios, si sabiduría y elocuencia fueran nuestras dotes. La razón es una pobre vergonzante a quien echan de puerta afuera la perversidad y la ignorancia; la filosofía clama sin fruto a nuestros umbrales, y si la verdad profiere una palabra, le soltamos los perros, y la despedimos bien mordida.

Allí veo una figura hermosa: la majestad la eleva, la inocencia la mantiene respetable. —Hombres, dice, ¡oidme! —¿Quién es? —Soy aquella a

quien debéis seguir. Pero como no trae vestido de seda, como no le resplandecen al pecho condecoraciones ni cadenas, como no ha entrado insolente con sonoro tacón, le tienen por mendigo, y le gritan que se vaya. Su voz es armoniosa, y no hay quien la oiga; su mirada serena y dulce, y no hay quien la goce; sus ademanes regios, y no hay quien la estime: en la casa resuena el oro; la seda va susurrando vanidosa por los corredores, y dentro del pecho de esos habitantes chacotea el corazón libertino, o se retuerce el envidioso y sanguinario. Que se vaya, que se vaya: la Razón nada puede en esa casa, no hay qué darle, molestan sus clamores.

Otro personaje llega vestido con modestia; trae en la mano una balanza; sus ojos encierran un océano de luz, y la austeridad de su porte infunde cierto respetuoso pavor. —¡Hombres, oídmel!, exclama. —¿Quién eres? —¡Justicia! —Vete: nada tenemos que hacer contigo.

Salió la Justicia y entró el Ingenio. Este nada pide, pero quiere que le oigan, le conozco: su mirada resplandece, una aureola le ilumina, y sin que se sepa por qué arte recóndita, crece, y sube, y cual gigante atraviesa el espacio, y hiere con la cabeza el firmamento: su voz es metálica, grandiosa; su paso firme, su continente divino. Los que le ven se asombran: no le entienden, y le juzgan monstruo; llegan a conocerle, y quieren matarle. —Brujo, ente infernal, demonio, ¿qué buscas? ¿qué pides? —Nada pido, traigo mucho; mirad mis tesoros. Y esos tesoros brillan con resplandor vivísimo, y hieren los ojos de los profanos, y los profanos pierden la vista y exhalan pavorosos alaridos. El huésped no tuvo acogida: se unieron todos, y le echaron a empellones.

Ahora viene otra: ésta es una joven fresca y rozagante; sus mejillas arden en el fuego de la aurora; sus ojos rasgados, negros y purísimos miran con un mirar alegre y cariñoso; su cabellera ondea por la espalda en rubias espirales, cobijándola como se cobijan los ángeles: sus miembros llenos y perfectos cautivan con los declives más esféricos y seductores: su alomado pecho sobresale, y tras su blancura sonrosada, se ven y se oyen las palpitaciones de su ardiente corazón: viste de púrpura; trae arracadas al tobillo, y ceñida la frente de una olorosa guirnalda, se presenta entonando un himno suave y tierno, cual si lo cantaran serafines. Pero la casa a que ha llegado es una fragua: monstruosos operarios, tiznado el rostro, sucia la mano, forjan el hierro en grillos y cadenas. Su ama es terrible: allí está en su trono de bronce, echando fuego por los ojos, haciendo rechinar los dientes. Es la tiranía. Libertad había llamado a malas puertas: esos demonios, lejos de enamorarse de la hechicera niña, dan sobre ella, y quieren aherrojarle: huye, corre, vuela la intrusa. En casa de tiranos, la libertad es un contrabandista.

En casa de esclavos, la libertad es un enemigo; en casa de viles, la dignidad es un elefanciaco; en casa de impostores, la verdad es un testigo falso; en casa de crueles, la misericordia es un advenedizo; en casa de perdidos, la honradez es un idiota; en casa de bribones el honor es un espía; en casa de verdugos, la inocencia es un criminal; en casa de bárbaros, la civilización es un alevoso; en casa de ignorantes, la sabiduría es imperti-

nente; en casa de tontos, el ingenio es un loco; en casa de cobardes, el valor es un atrevido. Atrevidos, tontos, impertinentes, ignorantes, alevosos, criminales, espías, idiotas, advenedizos, crueles, testigos falsos, alefanciacos, enemigos perversos, todos somos en esta tierra los que hablamos de valor, ingenio, sabiduría, civilización, inocencia, honor, honradez, misericordia, verdad, dignidad y libertad. ¡Qué jerigonza tan desbaratada e incomprensible la de los esclavos!

Quiero hablar de nuestras cosas.

García Moreno está fuera de combate en el campo del honor y de la justicia, no puede ser presidente de un pueblo regido por leyes emanadas del sufragio popular, porque ha declarado oficialmente que no puede mandar con leyes, y las ha infringido todas. García Moreno no puede ser presidente, porque para serlo ha de presentar el juramento constitucional de observar y hacer observar las leyes, y él tiene jurado que no las observará: si en el templo de Dios, ante el Juez Supremo jura que obedecerá la Constitución, perjura; pues en su ánimo tiene resuelto no obedecerla. Si jura de buena fe, condena su conducta pasada, y en el mismo juramento manifiesta que esas leyes que está jurando obedecer, son y han sido bastantes para gobernar un pueblo. El las ha declarado *insuficientes*; ahora las reconoce por suficientes: en uno de los dos casos ha faltado a la verdad, y no se escapa del perjurio. ¡Presidente que principia perjurando! ¡Señor Dios de los ejércitos! Ninguna necesidad tenemos de irnos al infierno en junta suya.

García Moreno no puede ser presidente, porque está en juicio criminal en una nación aliada: cuando el Gobierno del Perú pida la extradición *del candidato*, ¿qué hará el del Ecuador? ¿qué hará usted, hermano Ponce? ¿le hará elegir a pesar de eso? La extradición es de derecho perfecto, en ciertos delitos, según los principios del derecho internacional; están pues obligados ustedes a entregar al reo; pero no lo entregarán: García Moreno, en vez de ir a la cárcel de Lima, se alzará con el poder absoluto, pues tendrá por menos malo fugar del Ecuador vencido en la guerra; y guerra habrá. En este caso, bien sabemos que nuestras cabezas rodarán en el patíbulo o moriremos a lanzadas; y con todo hablamos así, porque el noble afecto de libertad comunica heroísmo al hombre que nació para ella. ¿Pero usted, Señor Don Camilo? ¿usted? ¡Ah! usted verá correr nuestra sangre, y se sonreirá, y pensará que la religión triunfa, y conversará con Jesucristo, el enemigo de la sangre. Su cabeza quedará sobre sus hombros, pero sus mejillas perderán su palidez... y bien colorado, se irá para su hacienda. Ayude usted a matar a sus amigos, a perder su patria; ayude.

García Moreno no puede ser presidente, porque la América republicana no confía en él: este hombre en ninguna ocasión ha podido ni ha querido ocultar sus simpatías por los enemigos de América.

García Moreno no puede ser presidente, porque tiene azar con las repúblicas vecinas; aborrece a Colombia, Colombia no le quiere; detesta al

Perú, el Perú no se muere por él; la elección de este sujeto sería la declaratoria de guerra a Colombia, y acaso al Perú. ¿Estamos en situación de abrir una campaña? pobres ecuatorianos, malos sacerdotes que pedís a García Moreno; vuestro Señor y Maestro divino era dulce y caritativo; no se lavó las manos con sangre, no sufragó por el poder absoluto y tiránico, no persiguió a los pueblos unido a sus opresores.

García Moreno no puede ser presidente, porque las tres cuartas partes de la nación ven en él su ruina: para unos, es la tumba: helado y tético, García Moreno se les presenta como un espectro horripilante: para otros, es el destierro: García Moreno se les aparece en forma de hambre, cual fantasma lívido y pavoroso. Para otros, es la infamia: García Moreno zumba a sus oídos y serpentea como el látigo. Para otros es el martirio: García Moreno retiene con el chis chas funesto de los grillos y la barra. Yo sé muy bien que todos estos inconvenientes son títulos para sus partidarios, y que se sonríen satisfechos cuando contemplan en el terror que infunde su amo. Mas para la razón, no es así: motivos no son esos de regocijo, ni cabe que el alma salte de alegría al ver que una gran porción de hombres se horripila en presencia de una horrenda muerte.

García Moreno no puede ser presidente, por esas razones y por otras muchas. A todos los cargos de la imprenta ha respondido diciendo en una mortaja de papel, que ha hecho bien de comprar bueyes en Imbabura, porque *no había ley que se lo prohibiese*. Si anduvo o no decente en mercadear en medio de las ruinas; si es o no justo y digno de un buen magistrado obligar con severas penas a los ciudadanos a vender barato, y comprar él los efectos a *cómodo* precio, no es materia que quiero tratar por ahora; lo que sí me llama la atención es el desentendimiento a las objeciones puestas a su candidatura: la *insuficiencia de las leyes* declarada por él; el auto motivado del Perú; sus guerras inconsultas y mal verificadas a Colombia, son cosas graves. Pero como no ha comprado bueyes baratos en Imbabura, las razones que contra su ansiada presidencia militan, quedan por nada, y puede y debe ser presidente. Yo tampoco he comprado bueyes baratos; ¿debo abalanzarme al despotismo por esta sola consideración?

Don Antonio Borrero le dirige una ajustada carta: Don Gabriel García contesta que está en Guachalá curándose las pestilencias de Imbabura. Don Antonio no había preguntado eso, ni le iba un ardite en saber de qué se curaba su benemérito corresponsal. Usted, Señor García, dijo ese merecedor y generoso ciudadano, ha sostenido que no puede gobernar con nuestras leyes: hoy se vuelve a presentar por candidato; ¿varía de opinión o proclama su candidatura? Don Gabriel contesta que está en Guachalá, como si esa fuera razón para proclamarse dictador perpetuo. Donde quiera que esté, ya el Señor Aguirre ha aceptado su candidatura: pero el negocio era presentar la de Don Gabriel, antes de que la contestación de Don Francisco Javier fuese notoria. Señor García Moreno, usted eludió las interpelaciones de su amigo del Azuay, y ha faltado a su palabra, cuando ha dicho: ¡Aquí estoy! sin esperar la respuesta del Guayas, como había ofrecido. En *eludir*, le faltó

franqueza; y donde falta franqueza, falta valor: en anticiparse a lo mismo que se había propuesto esperar, no hay mucha formalidad. Ahora diga usted que a *ruegos de los pueblos* ha consentido en prestar su nombre. El Guayas, el Azuay, el Tungurahua, León, Pichincha son pueblos, y ellos no le han rogado para presidente: la flor de esas provincias firma contra usted: algunos clérigos y mucha gente infeliz que no sabe lo que se hace, firman por usted. Buena diferencia reina entre los dos candidatos. El principal título que se alega en favor del uno es su apego a la religión:

“¿Qué religión? ¿la de Jesús? ¡blasfemos!”. Pobre Don Francisco, hèle allí *hereje* de la noche a la mañana: antes de que fuese candidato, no había católico más apostólico, apostólico más romano que él: y era así en efecto, y lo es todavía, y lo será hasta la consumación de los siglos. Pero mientras pase esta potencia propinqua de ser presidente en lugar de su amable compatriota, debe avenirse a ser protestante, o cuando menos maniqueo. Señor Don Gabriel, ¿no tiene usted vergüenza de no alegar otra cosa para su ambición que su católica, apostólica romanidad? ¿no somos todos de la misma calaña, unos como idólatras muy despreciables? Si los romanos de Cayambe tuvieran noticia de lo que es la pura religión cristiana, se les trabaría la lengua cuando quisieran llamar *heresiarcas* a los que piensan y sienten más caritativamente que ellos. No se jueguen ustedes con Dios y sus cosas, porque puede salir de su indiferencia, y allí quedan consumidos como una paja. El terremoto de Imbabura aconteció porque allí se había elegido diputado a un *ateo*. —Si el Todopoderoso se digna alguna vez mirar a este bajo mundo, ¡cuán grande será su indignación! Si la risa fuera de su naturaleza, sus calumniantes abrieran la tierra y se enterrarán vivos. En teniendo ustedes algo que ganar en el Perú, irían a decir que la ruina de Arequipa ha sucedido porque la ganga no ha estado pronta: si hubiera cómo ser presidente en Francia, irían a gritar que el espantoso huracán de agosto ha sido obra y castigo de Dios, porque no se han acordado los franceses de García Moreno. Todo el que no les calienta la mano a ustedes, es *hereje* y *delincuente*, y asunto concluido.

Usted, Doctor Ariza, que ha llamado *crimen reprimido* a otros sacerdotes, tan sacerdotes como usted; usted que se sienta en el coro al lado de los venerables canónigos que elevan su voz al cielo en junta de la suya, ¿cómo no les ha denunciado cuanto antes a la justicia, si sabía que eran unos bribones? El *crimen reprimido* no debe estar en la casa del Señor: Rodríguez, Martínez, Rivadeneira, ¡fuera! Ariza os ha condenado, ¡fuera! Si hubierais firmado en favor de García Moreno, seriais *patriotismo*, *cristianismo*, *virtud*, y como tales, bien venidos a la diestra del clérigo Ariza y de sus *pongos*.

Vicente, mi querido amigo, ayer me abrazaste en la calle y me estrechaste a tu seno: el día anterior me habías llamado *hereje* y *crimen reprimido*: ¿no te hace conjurar? el olor del diablo se te ha quedado en la sotana; no lo sufras. ¿Yo pertenezco al *crimen reprimido*? ¿y por qué me abrazaste? ¿no temías que reviente en tus brazos y te inunde en sangre y baba pestilente?

Joaquín Yerovi, tú habitas la misma casa, comes a la misma mesa que tu hermano: en el hogar, le respetas, le quieres; es tu hermano y es bueno: sujeto sin mancilla, de índole admirable, de buena conducta, excelente ciudadano, hombre casi virtuoso, y sobre todo buen hermano para contigo. Sales a la calle, y firmas que tu hermano es *ensalzador del asesino, enemigo de la religión, empleo-maniaco y perverso demagogo*: ¿es posible, amigo mío? ¿tú contra tu hermano? El tiene más talento que tú; debes deferir a su concepto: es más predispuesto al bien que tú; debes quererle: es mayor en edad, en luces, en consideración; debes respetarle: si no le respetas, ni le quieres, ni difieres a su concepto, no afirmes siquiera que pertenece al *crimen reprimido*.

En la guerra civil de Vitelio contra Vespasiano, sucedió que dos hombres quedaron muertos atravesados del pecho con sus espadas, y en ademán fiero se amenazaban todavía. ¡Reconocidos estos hombres, eran padre e hijo! El capitán lloró, lloraron los soldados en el campo de batalla, y arrojaron lejos las armas. Si principiamos a matarnos entre hermanos, entre padres e hijos, ¿qué será de nosotros? Ponce, amigo, mira tus obras.

Tras Aguirre viene Urbina, dicen los romanos. El ánimo del partido liberal fue presentar por candidato al Señor Don Pedro Carbo, y ésta ha sido antigua idea: la conspiración del clero y de los soldados volvía imposible, de todo punto imposible por ahora su elección. Necesitábamos salvarnos, y hemos acogido la candidatura del Señor Aguirre, teniéndole por sujeto no menos merecedor que el otro: la moderación, la ilustración de Don Francisco; su casi clerecía, por subido en lo piadoso, le ponían a salvo de la tacha de *ateo*. Pero tras él vienen Urbina y Franco; ¿y por qué al fin no vendrían estos hombres? ¿qué autoridad habría legítima que les borrara para siempre de la lista de la patria? ¿la proscripción es un crimen? ¿la desgracia imprime carácter? Pero demos que no vuelvan: los *caritativos cristianos* no lo quieren. Renuncien ellos a su tétrico caudillo, únense a nosotros, y elijamos otro diferente por unanimidad de votos: éste sería un acto de cordura, una prueba de benevolencia, una virtud que Dios y la patria os agradecerían. Don Antonio Borrero: ¿qué dicen ustedes? ni es antirreligioso, ni liberal desaforado, ni hierva en su pecho la venganza: hombre de luces y virtudes, ciudadano generoso, patriota desprendido, sería buen presidente: tras él no viene Urbina, tras él no viene el anticristo, tras él no llueve fuego ni se caen reventadas las estrellas: amigo de García Moreno, amigo de los liberales; enemigo, de nadie: ni sangre, ni guerras internacionales, ni destierros, ni peligros para la religión: paz, concordia, progreso moderado con Borrero: ¡elijámosle! No quieren ustedes; bien.

Y Borrero tiene de conservador y liberal: se lleva bien con Pío IX, cumple los preceptos de la santa madre Iglesia, y no azota a Jesucristo. Pero tiene talento; es ilustrado, ilustradísimo: tal vez no mataría tantos cuantos conviene para el triunfo de la religión de los Druidas; protegería la instrucción pública, y acaso clavara los cañones para que no dispare nuestro amigo Don Gabriel. Pues a un lado Borrero; no es lo que necesitamos: ¿faltará una

máquina de matar y desterrar? ¿faltará un autómatas, un maniquí? ¿faltará otro Don Jerónimo, otro Don Manuel, otro Don Cosme? Borrero es algo, luego no vale para nada. Este es nuestro sistema, y lo tenemos por acertado y sabio, quedamos satisfechos de nuestro modo de pensar. ¿Tiene usted ingenio, es hombre de bien? ¿ha prestado servicios a la patria, la defiende con su espada sin mancilla, con su pluma elocuente? ¡Puf! a un lado; usted se mete mucho, y puede obrar en favor de la república: lo que necesitamos es uno que no sirviendo para nada, no haga nada: sólo éste puede entrar en lugar de Don Gabriel, que hace más de lo que debe, porque sirve para más de lo que nos conviniera.

En este pueblo donde el ingenio descollante es un pecado mortal; donde la instrucción es una peste de cuyo contagio se huye con pavor; donde las aptitudes para el mando, y la inteligencia adornada con los grandes ejemplos de la historia son defectos, razones poderosas de insignificancia, por fuerza tenemos que escoger entre lo ruin: ¡Borrero, Carbo, Aguirre, a un lado!

Elijamos a un Gómez de la Torre, a un Chiriboga, a un Malo, a un Moncayo, a cualquier otro hombre de bien y de importancia: no quieren ustedes; nada quieren ustedes. Honor, valor, instrucción, religión, todo está en García Moreno; fuera de él, no hay sino herejía y crimen.

¡Oh Dios! ¿para qué hablo? ¿quién me oye? ¿quién me entiende? ¿quién me sigue? Señor Don Gabriel, déle usted una vuelta a su corazón; mejor colocado, quizá de mejores visos: si siente usted una lucecilla en las entrañas, diga que le alumbrá el Cielo, y que se salva usted y nos salvamos todos. Y sepa, que si se empeña en su propia candidatura, la nuestra será irrevocablemente el Señor Aguirre, y tendrá que matarnos o morir a nuestras manos. Pero si se renuncia usted la suya, por mis razones, o por las de usted, no vaya a proponernos uno de sus esclavos, ni un Don Jerónimo III, ¡qué caramba!

Si el discurso no basta, veamos los ejemplos.

*En las hermosas vegas
"Donde dormita el Plata silencioso"*

se oye de repente un vocerío que asorda las ciudades argentinas: se cruzan las espadas, las lanzas crujen, las bocas de fuego centellean y rehíchan de humo el firmamento. Un hijo se ha levantado contra su padre: Absalón demente, procura su ruina, y en su conjuración maldita, va escandalizando el mundo. El cielo volvió por el anciano; sucumbe el desnaturalizado conspirador, pero el crimen ha echado raíces en la infortunada república. El viejo Flores cae muerto en la calle; la bala no le respeta, el puñal le busca el corazón y allí se regocija. ¿Qué horrible saña no sería la de esos hombres, cuando los hijos conspiran contra los padres?

Pues su cordura superó su enajenamiento; y donde todo iba a quedar ahogado en un mar de sangre, la concordia se levanta majestuosa y reina en todos los ánimos. Dos partidos profundamente enconados están para elegir

en la República Argentina el sucesor del presidente muerto en la tragedia: el acero viene oculto en el pecho de los electores, mil desastres van luego a suceder, la muerte será dueña del campo. Pero el ángel del Señor tendió la espada, en señal de reconciliación, y aquellos hombres fieros que iban a despedazarse, eligen a una voz a uno en quien nadie había pensado. Batlle, actual presidente de Uruguay, no fue candidato sino la víspera de ser electo; y lo fue por unanimidad de votos.

Si no somos la hez del género humano, sigamos ese ejemplo.

Don Francisco Aguirre es ese tercero en discordia, ese Batlle ecuatoriano, ese término medio, lago apacible donde se apagan los rayos de la política. Bien sabido es que no ha sido cabeza de partido, ni ha manifestado ambición desahogada, ni *los herejes* han fincado en él sus esperanzas: rechazarlo, es declarar guerra a muerte a la razón, la libertad, el progreso de nuestras sociedades. La República entera alza la voz, no en favor de un hombre, sino de un principio, el principio de la paz y la concordia, cimientos de la felicidad. El fraude es mal agente; el fraude no populariza sino la infamia: ¿qué adelanta García Moreno en que niños escolares e indios zafios, gañanes de las haciendas firmen por él sin saber firmar? La gente de pro está por el bien, del uno al otro extremo de la República; la que nada vale, está por el mal, y esto sin que de ello tenga noticia; pues hasta la ignorancia es sabia, cuando se trata de la vida o muerte de los pueblos, y en sabiendo lo que hace, hace lo que debe. No pretendo que todos los que proclaman al enemigo público sean del todo insignificantes, no Señor: los que vienen *pesant lourd et trébuchant clair*, no dejan de ser personas, porque el oro tiene alma; mas por desgracia esa alma suele ser de arcilla, y la arcilla vale poco. El alma inmortal, la imagen de Dios, es la que resplandece con la aureola de la inteligencia: ésta es sutil, pura, transparente, ligera; se alza como una llama invisible y va a embeberse en la divina esencia.

Tampoco afirmo que todos sean rapazuelos; hay entre ellos gente vieja: lo sensible es que los años no les hubiesen aprovechado, y que la experiencia, esta mina de sabiduría, no les hubiese descubierto ni un grano de oro puro. Desde Hall (Jol), colgado en la plaza de San Francisco como un racimo del patíbulo, arrastrado por las calles como un perro; Hall, el patriota ilustre, el filósofo liberal, el inglés sabio, hasta Maldonado y Juan Borja, buen trecho mide la experiencia: pues cabalmente a favor suyo son tan cuerdos y virtuosos los ecuatorianos: Aguirre, Borrero, Carbo no darán esos espectáculos a la ciudad: un cuerpo blanco, desnudo de los pies a la cabeza, columpiando a medio día en una picota, es cosa deleitable para los buenos, y sobre todo si ese fue un hombre ilustre. Un difunto agarrado del tobillo por una argolla de hierro; que muere en el calabozo sin que se sepa cuándo; un cadáver preso, la muerte en manos del verdugo, la eternidad cogida y mordida por un hombre, es cosa deleitable para los buenos, y sobre todo para los buenos sacerdotes. Aguirre, Borrero, Carbo no nos regalarán con esas embelesantes distracciones, ese *Pré-Catelan* mágico, ese baile de ángeles que giran armoniosos al son de una encantada música. Aguirre, Borrero, Carbo, aprended ese arte de cautivar corazones, si queréis ser presidentes.

EL NUEVO JUNIUS

III

A DON GABRIEL GARCIA MORENO

TODO EL que entra a su casa por la tarde, sin haber hecho algún bien a sus semejantes, ha perdido el día. Esta máxima sublime de gobierno lleva a la gloria cuando se la verifica, y al paso que de un hombre forma un rey ilustre, un egregio presidente, forma también un santo. La caridad es la madre de las virtudes: la misericordia, de ella nace; la bonancible lástima, de ella nace; la benevolencia, de ella nace: y esta familia maravillosa habita un paraíso invisible situado en el centro del corazón: abrigar el paraíso en el corazón, es como si el que le abriga fuese una divinidad; y por esto habrán dicho los filósofos, que el hombre está más cerca de ella mientras menos males obra, y se aleja tanto más de la divina esencia cuanto más perjudicial es en el mundo.

Cada cual gira una órbita, y en su esfera, algo puede hacer por los demás: no hay grandeza ni pequeñez fuera de Dios: "Sólo Dios es grande, hermanos míos", decía un gran sacerdote en presencia del cadáver de un gran monarca; y decía bien: en esas cuatro palabras queda perfectamente averiguada la naturaleza del Hacedor y de la criatura. Arruinar pueblos, cautivar naciones, matar gente, no es grandeza; infringir leyes, erguirse como gigante y sacudir una serpiente amenazando al universo, no es grandeza; destruir el templo santo de la República, en cuyos altares permanecen ley, justicia, libertad, no es grandeza. Sobre las ruinas de esa sacrosanta fábrica se quiere elevar un edificio tenebroso y horrible: EL CADALSO. En esta obra se emplean cabezas de ciudadanos; el corazón y la sangre sirven de argamasa, y el alarife pasa su palustre, que es la cucharilla del verdugo. ¿Dónde van las divinidades que habitan ese templo? Ley, justicia, libertad ¿caisteis también junto con vuestros adoradores? ¿el hacha impía os derriba muertas en el suelo? ¡Los dioses se van, se van los dioses!

Había en Méjico un edificio público llamado *la casa del dolor*: negro por dentro y fuera, no recibía luz interiormente sino por los estrechos resquicios dejados para el aire necesario: era la casa la construcción más funesta que se puede imaginar, y en verdad parecía que la angustia la hubiera

edificado. A ella se acogían los desgraciados, las viudas y los huérfanos de las víctimas del sanguinario príncipe, y sus lágrimas corrían invisibles en ese oscuro silencio. La casa del dolor es una sucursal indispensable del cadalso: el cadalso está trazado en nuestras plazas, deliniennos por allí cerca la casa del dolor. ¿Adónde han de ir a llorar nuestras viudas? ¿Adónde han de ir a quejarse nuestros hijos? La casa del dolor es una sucursal indispensable del cadalso.

Padre, Hijo y Espíritu Santo es la trinidad que simboliza las potencias eternas creadoras y conservadoras del universo: Padre, Hijo y Espíritu Santo es el misterio que mantiene absortos a los hombres, que se van por la ley de la naturaleza en silenciosos raudales a perderse en la eternidad, habiendo atravesado el mundo como sombras: Padre, Hijo y Espíritu Santo proclama la religión cristiana, y embebida en este incomprensible arcano, se desenvuelve maravillosamente en la santa ignorancia de esos recónditos secretos. No puede haber Trinidad sin misterio; y misterio que no abrigue un bien en sus entrañas, misterio es de Satanás. Padre, Hijo y Espíritu Santo, dice la ley del Cristo. Sumisión a la Santa Sede, el *Silabus* y el cadalso, proclaman *los católicos* de estas oscuras y perdidas comarcas. Francia, tierra de la sabiduría ¿oyes? Sumisión a la Santa Sede, el *silabus* y el cadalso. Gran Bretaña, tierra de la libertad, ¿oyes? Sumisión a la Santa Sede, el *Silabus* y el cadalso. Estados Unidos de América, tierra de la sabiduría, la libertad y la clemencia, ¿ois? ¡Sumisión a la Santa Sede, el *Silabus* y el cadalso!

Y vosotros, pueblos hermanos y vecinos, pueblos libres, pueblos dignos, pueblos republicanos y demócratas, pueblos religiosos verdaderamente, ¿habéis oído? Sumisión a la Santa Sede, el *Silabus* y el cadalso, nada más. Constitución, leyes patrias, seguridad personal, justicia, clemencia, progreso, todo cae y desaparece en las cóncavas profundidades de esa trinidad monstruosa. Y esta proclamación ha resonado en la cumbre de los Andes, al pie del venerable monte donde Sucre y los campeones de la independencia redimieron con su sangre el nuevo mundo.

Pichincha, montaña sagrada, ¿cómo no te desplomas sobre nosotros y nos cubres para siempre, por bárbaros e impíos? Los que oyen y sufren esas blasfemias son tan criminales como los que las profieren. Pichincha, montaña sagrada, tú que viste las huestes libertadoras caer desgranadas al fuego de los tiranos; tú que las viste desflecharse sin miedo y clavar el pabellón bendito en las colinas que circundan esta ciudad, virtuosa en otro tiempo; tú que oíste las voces inmortales de los heroicos capitanes que sellaban la libertad de un continente; ¿llevas en paciencia ese horrible guirigay en que murmuran la tiranía y la esclavitud juntadas en infernal consorcio? Míranos con tus centellas, háblanos con tus truenos, tiembla de cólera y ábrete en un abismo donde desaparezcamos para siempre esclavos y verdugos.

¿Qué dirá la Santa Sede cuando se vea al lado del cadalso? He allí a San Pedro junto con los derramadores de sangre, a Pío IX armado de lanza bebedora de sangre. Jesucristo fue bueno, compasivo, santo: a nadie mató en el patíbulo ni de otro modo; no mató con su mano, ni mandó matar:

—Pedro, ¿qué haces? dijo a su discípulo cuando éste dio una herida a un perverso, llevado de la justa indignación; y lo que el discípulo dañó, lo remedió el Maestro. La religión católica es común a todos los pueblos sudamericanos; si en algunos de ellos se *tolera* por la ley, la inclinación y la práctica prevalecen, y todos se acogen a su gremio: ¿qué guerras de religión se han verificado en esta República? ¿qué cisma se lleva adelante? ¿qué herejías se sostienen? Digan nuestros enemigos que van a matarnos, porque su comodidad está en nuestra muerte; ¡pero no digan que van a salvar la religión cristiana! Esta de suyo está salva, aun en el mundo, no digamos en este triste rincón, donde este puñado de hombres malos todos se parecen en vicios y preocupaciones.

¡Ay de mí! si es necesario morir porque digo la verdad, aquí estoy: las amenazas no bastan, deben verificarse; ¡caso es amable la vida cuando se la vive tan odiosa? odiosa es la que se lleva adelante en las tinieblas de la barbarie, respirando el hálito pestilente de la esclavitud, oyendo los alaridos de la corrupción. Hablar del bien, predicar la moral, clamar por la libertad, propagar la ilustración, no a lo grande, sino como puedo, son crímenes que me deben castigar de muerte mis compatriotas, mis hermanos. Jesucristo también murió, y murió en la cruz, y fue azotado: ¿qué maravilla que un triste mortal, una pobre criatura acabe en las garras de un tropel furioso? A pesar de los malos, el Bueno se apiadará; y en vez de precipitarme a los infiernos, me extenderá la mano, y yo, cogido de ella, subiré blanco y ligero, y sabré qué es inmortalidad y gloria. Y como todo lo que hay inicuo en mi naturaleza se quedará en el mundo, y como lo que en ella hay avieso quedará cernido, no iré rencoroso a pedir venganza, sino humilde ante el Señor pediré por todos, amigos y enemigos. Ah, la muerte es la operación más sabia de la vida; el sepulcro es la cátedra donde se enseña y se aprende a perdonar y olvidar, y el que rinde el aliento es ya otro diferente del que respira todavía.

García Moreno, Gabriel os llamáis: hombre dulce y puro, nombre de ángel, que suena armonioso en los labios de Dios cuando nombra a su predilecto: Gabriel, amigo mío, ¿no eres mi hermano en Adán? ¿por qué quieres matarme? ¿por qué quieres matar a tantos hermanos tuyos? Gabriel te llamas; nombre dulce, nombre de ángel, que suena armonioso cuando el Señor nombra a su predilecto. El ángel Gabriel no mata; el ángel Gabriel tiene la espada del Señor, espada que no derrama sangre; el ángel Gabriel no levanta el cadalso y se pone a su lado simbolizando la muerte en forma de aterrante espectro. Apártate, ese lugar es malo; toma otra forma adecuada para la simpatía y el amor: mira que el cariño santifica; el odio corrompe las entrañas del odio, porque obra como basilisco, y su influencia traspasa cuerpo y alma. Después de tantos años de dominación absoluta, con tantos medios para popularizarte, con tantos arbitrios y recursos para obrar la felicidad de tus semejantes, ¿venimos otra vez con que no hay más lugar para los hombres que el cadalso? Estas iglesias hundidas, estas torres fracasadas, estos palacios vacilantes, estas casas ruinosas ¿no pedirían una mirada del gobernante filantrópico, del hombre caritativo? Si no os proponéis edificar

sino esa monstruosa fábrica, decid que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os ha dejado de su mano, y que vais por la intrincada senda que lleva a la mansión del dolor eterno. Gabriel, nombre de ángel, nombre dulce y puro, que suena armonioso cuando Dios quiere llamar a su predilecto, ¿por qué te llamas así? León se llama el león, paloma la paloma; ¿por qué te llamas Gabriel? Tú no tienes en la diestra la espada del Señor; tú andas con lanza y edificas el cadalso. Gabriel nombre dulce y puro, que suena armonioso cuando el Señor quiere llamar a su predilecto.

El programa es horrible, Señor García Moreno: Sumisión a la Santa Sede, el Sílabus, y el cadalso. Voy a que Vd. se ha arrepentido vivamente de haberlo publicado, quizás en un instante de ira; y si no se ha arrepentido, ¿dónde está su talento? ¿dónde su ilustración? Poner la soberanía de un pueblo en manos de una nación extranjera; sujetar el aprendizaje de una vasta porción de asociados a un índice no seguido por ninguna nación culta; apoyar estos desafueros y afirmarlos con una máquina maldita, no es obrar como grande, como bueno. *Calumnias*, dice usted. Ciudadano, hermano, amigo, ¿cómo os llamaré? ¿ha salido hasta ahora de mis labios una falsedad? Digo lo que todos saben, alego lo que a todos consta: hechos son, positivos y palpantes, no vanas acusaciones, inicuas conjeturas. Y no lo hago por mal, sino por bien, supuestas, que la paz, la libertad, la concordia de los hombres no son males. ¿Piensa usted que habláramos en estos términos si temiéramos? Al fin la muerte viene a ser un regalo, amigo mío: tiene usted cuarteles a su disposición, peones obedientes, amigos disponibles; y con todo, la verdad se sale por nuestros labios empapada en ese aromático fluido que embriaga a los hombres no del todo corrompidos. Nosotros también tenemos algo de nuestra parte: desde luego la justicia, campeón fuerte algunas veces; en seguida la resolución; después, la resignación; y en medio de todo, la potencia oculta de la popularidad, que puede tomar formas de repente, y a manera de gigante levantarse y exclamar: ¡Aquí estoy! Ah, Señor Don Gabriel, usted, por graves que sean los cargos que pesan sobre usted, es al fin hombre de representación: provóqueme usted, máteme usted, si Dios le ayuda; pero no me suelte sus perros. Insolente no soy, como decís; pues la verdad estampada en expresiones, no se llama insolencia. Las virtudes merecen todo el respeto del hombre de bien: cuando habla de los vicios, manifiesta indignación; cuando recuerda las desgracias, lástima fluye de sus labios, undosa y clara, que aprovecha a los pacientes: cuando los crímenes le saltan a la vista, justo es que hierva en esa santa cólera con que el Señor mismo echó de su templo a los malvados. Decídme, ¿aborrecemos las virtudes en vosotros? decídme, ¿detestáis los crímenes en nosotros? Ni uno ni otro es verdad. ¡Ah, si nos pusiéramos al crisol de la filosofía, y bien hervidos y purificados, saliésemos resplandeciendo como el oro sin escoria! No digo yo que todos nosotros seamos buenos; al contrario, hay entre los de acá hombres dignos de pertenecerlos; pero no digáis tampoco que todos vuestros enemigos son criminales y perversos. De unión hemos hablado, transacción hemos propuesto, término

medio hemos querido: os cerráis a la banda y a nuestras fraternales invitaciones, contestáis, enfurecidos: ¡EL CADALSO! El cadalso, amigos míos, el cadalso... Cuando esa maquinilla esté en servicio activo, ¿os tendréis por civilizados, por libres ciudadanos, por católicos, por felices y por grandes? Ese procedimiento nada tiene de seductor: sale un hombre armado: una angustiada muchedumbre le rodea; sube las gradas tembloroso; le vendan los ojos; el oficial alza la espada; suenan ocho o diez tiros; la multitud lanza un quejido involuntario; la víctima está echando los sesos revueltos en sangre; doblan las campanas; llega la noche y todo lo cubre con su negro manto. El cadalso, amigos míos, el cadalso ¿qué religión, qué fraternidad, qué virtud, qué programa? Jefferson Davis está vivo todavía, y va a ser perdonado: ¿os creéis más sabios y republicanos que los Estados Unidos? Los traidores, los *herejes*, los *enemigos del orden* perecerán dice *el programa*; y como enemigos del orden, herejes y traidores son todos los que no toman parte con el mal gobierno, resulta que más de media nación está condenada a muerte. Sacerdotes que firmáis esa sentencia, ministros de Jesucristo, ¿nos negaréis también la absolución? Firmad, negad: el día llegará, y el Juez os interrogará, y pálidos y trémulos no acertaréis a negar ni a disculparos, porque la luz eterna ahoga la mentira, y Dios fulgura deslumbrante, y la trompeta suena en la eternidad, y la sentencia va a consumarse por los siglos de los siglos.

Con Aguirre viene Urbina, repetís. Es inexacto, pero lo concedo: ¿quién viene tras Borrero? A esto no hay quien responda, sino con el *Silabos* y el *cadalso*. Luego no nos teméis; vuestro anhelo es el exterminio de vuestros semejantes. ¿Y por qué, amigos míos? ¿tan solamente por tener asegurada vuestra comodidad? Horrible cosa es esto de alimentarse con las lágrimas ajenas: alimentarse con la sangre, ¿qué será? Reina una desigualdad monstruosa entre los dos partidos: el uno propone un hombre manso y bonancible, no aspira a la ruina de sus enemigos, no tiene en su ánimo sino su vida propia y la vuelta a la libertad y la civilización; el otro con nada menos se contenta que con *el cadalso*. Según los devotos y honoríficos términos en que habláis de este fatídico aparato, no estáis lejos de entrarlo a la Iglesia y colocarlo en un altar: mirad, mirad a Dios... se indigna y os rehúsa la abominable ofrenda.

Convengámonos, Señores: hablemos y obremos como buenos: ceda vuestro caudillo, propóngase otro candidato por su parte, y vosotros por el vuestro, nosotros por el nuestro, lucharemos en paz, como gente y como amigos. Hagamos de manera que cualquiera que sea el triunfante, no sucumba nadie. Proponed a Vicente Piedrahíta, por ejemplo; no puede ser más vuestro: hombre de ingenio, conservador rematado, con dotes de gobernante, antiliberal y amigo de hacer demostraciones religiosas, que es todo lo que exigís. Proponed a ese *general ilustre* de que habla García Moreno; entre nosotros es de lo mejor. El no ha *rehusado* candidatura chica ni grande, yo lo sé: ¡proponedlo! Proponed a cualquier otro, y en blanda compe-

tencia sostendremos cada cual nuestro dictamen. Nada: ¡el cadalso, el cadalso! ¡Oh Dios, al fin te enojarás, y perecerán los malos: alúmbrales, sálvalos!

Muy Señor mío:

Si la efervescencia de los ánimos, proveniente de causas transitorias, nos hace mirar como enemigos a los que no son nuestros auxiliares, no dejará de haber instantes de serenidad, en que el alma salga de ese envoltorio de humo, y se espacie pura y limpia en las regiones de la luz: ¡dichoso yo si cada día tomase un baño de sabiduría, y con el alma curada del odio me fuera dable extender la mano al hombre de bien como a mi hermano propio! Escuche usted algo que quiero decirle, y ved que no habla el enemigo, ni lengua viperina le lame el pecho, corroyéndole con sus humores ponzoñosos.

Si mis facultades fueran para decidir en el asunto, yo abriría los brazos a los que por *ese término* se expresan, y columbraría allá en el horizonte un iris ancho y dilatado. Ah, Señor, la esperanza es la comodidad del alma; y cuando la concordia une los corazones, los hombres son capaces del cielo y de la tierra, visto que la paz es el océano transparente por donde se navega viento en popa hacia la perfección y la felicidad de las humanas sociedades. También nosotros hablamos de este modo; pero como la fuerza del destino es incontrastable, el nuestro es bregar en la discordia y bebernos la sangre como fieras. Triste cosa, amigo mío; y tanto más triste cuanto más verdadera.

Todos convienen en la justedad de sus principios; sus ideas no parecen mal a todos. Pero se habla de vanagloria, de soberbia. El desprecio humilla, con esa humillación irritada y vengativa de las almas de marca menor: insulte usted a sus enemigos, pero no manifieste esa abrumadora desestima. Han llevado también muy a mal el que usted hubiese publicado las cartas de esos literatos colombianos, y sobre todo *un literato* que pretendía haberlas recibido de Caro y Cuervo riéndose del Cosmopolita.

Yo no dejo de reconocer alguna injusticia por acá: recibir con piedras a los que hablan de unidad; desflemarse contra los que tratan de principios tomando en la mano la sustancia de las cosas; insultar atrocemente a los que profesan la moderación, no es de gente cristiana y civilizada, y no veo yo por dónde puedan ser sagradas esas personas. ¿No valiera más prevalecer por la decencia y la modestia, manifestarse superiores en virtudes y no en vicios? Así es; pero el partido no tiene vista, es un ciego mal intencionado, que nada ve, y habla de belleza y fealdad; un sordo que nada oye, y contesta sin vacilar. El terreno de nuestra política no produce sino cardo y ortiga: arémosle, abonémosle, sembremos cosa de provecho.

De este modo pienso yo; los otros están muy irritados. No me parece imposible una provocación, y usted debe estar muy sobre sí para cualquier evento.

CONTESTACION

Muy Señor mío

Tras ese inocente anónimo distingo al hombre de bien, y seducido por las ideas como por las afecciones, no puedo menos que dirigirle estas, si no bien concertadas cláusulas, bien sentidas expresiones. Ya habéis visto que mi anhelo no es inicuo, ni desvergonzadas mis maneras. "El periodismo", "El liberalismo" no merecían esta babaza con que han querido ensuciar *mi cedro del Libano*, hollar *mi albahaca*, *desflorar mi naranjo*. ¿Qué he de hacer si a esas lecciones me contestan con venenosas escupidas? Yo pienso, amigo, que si la naturaleza me hubiera favorecido con más larga mano, ya no viviera: me habrían matado sin duda como a un monstruo. ¡Bendita sea la prudente parcitud con que me puso fuera del peligro!

Mal les ha parecido el que hubiese yo publicado las cartas de los literatos de Colombia, a pesar de su autorización. Desde luego, éste es un título que yo estimo; pero no las di a luz por vanidad, sino por necesidad, como que fuera de cuatro hombres de entendimiento despabilado y recto corazón, todos me han tenido por loco, y el que me ha remitido la locura, no me ha perdonado la tontera. Conque si no publico esas cartas, vivo y muero idiota en el Ecuador: ¡pobre Ecuador! Hasta ahora, ni una palabra de benevolencia o animación de parte de mis conciudadanos; antes les ha irritado el dictamen de extranjeros competentes que me sacan del hospicio. ¡Bendita sea la tierra donde nace un hombre justo! ¡Desgraciado el suelo donde nada le recomienda a un hombre sino es la iniquidad y la insolencia!

Si yo fuera tan vano como dicen los malos, aunque no lo piensan, publicaría cartas de hombres ilustres; pero como probablemente eso me acarrearía una muerte desastrada, ni mis amigos tienen noticia de ellas.

Un día entró el cartero a mi aposento, en París, y me entregó una carta. ¡Cuál no fue mi sorpresa cuando la vi firmada por Lamartine! Un hombre que allí estaba, se abalanzó al papel al oír ese nombre, y juntos desciframos el sublime jeroglífico. Ese hombre está presente, y no es mi amigo: diga si miento. ¿Quién ha sabido esta honrosa circunstancia? ¿cuándo he hablado de ella? Y yo no había dirigido carta ninguna a don Alfonso, para que me la contestara *por puro comedimiento*, y *por reírse de mí*, como dijo un sensato viajero ecuatoriano. Lamartine no dirige cartas a nadie para reírse de sus corresponsales, siendo como es el más bien intencionado y grave de los hombres. El que hubiese llegado a manos de ese poeta algún escrito, que me produjo la gloria de ver sus letras, no es culpa mía. Este es motivo de odio hacia mí para mis malos compatriotas, no para los buenos: los venideros no me tendrán por delincuente: la tumba es un crisol maravilloso: ella me purificará, y aunque no viva en el mundo, viviré en el cielo.

El que duda de mi palabra, pase luego a ésta su casa, y verá esos autógrafos: si soy terrible cuando debo, soy el más llano y comedido *fellow* con los que a ella se presentan, aun para matarme.

De los que vienen con este objeto, esperándoles estoy. Si el que me busque es igual o superior a mí, hallará un adversario muy puesto en el punto del honor: *aquel resabio* de la barbarie, tan detestado por los cobardes, es sabiduría para la caprichosa, y acaso errada civilización moderna. Si pertenece a la canalla, si es perdido indigno, o mentecato, vea cómo asesinar-me. Y sea jactancia, tontera o desvanecimiento, digo y afirmo que el pueblo donde se asesinara al Cosmopolita, sería borrado del padrón de las naciones civilizadas.

Digo esto, porque como no todos son inicuos, los buenos me hacen bondadosas advertencias; y no sería ésta temeraria manera de decir, cuando vemos que la seguridad individual es una ley derogada entre nosotros. Esos piquetes de caballería moscovita, esas guardias de honor de Dionisio que andan tempestuosas por las calles atropellando y estropeando a la gente, gritando *¡muera!* a la faz del sol y del Gobierno, advertidos nos tienen de que no hay más resguardo en esta tierra que la defensa personal. Si éstos dan con un hombre, lo que hará éste será volar la tapa de los sesos al más insolente y más cercano; en seguida le matan a él, y la acción va derecho a la balanza en que se han de pesar las de aquellos que han de responder por la seguridad de los ciudadanos puestos al amparo de las leyes. Yo he sabido que durante el despotismo de García Moreno, por ejemplo, se fusilaba, se tenía hombres sumergidos en las tinieblas de los calabozos, se azotaba; pero no he sabido que la gente fuese hollada en la ciudad por torbellinos de caballos. ¡Viva! se puede gritar, amigos míos: pero este bárbaro y tenebroso *¡muera!* no se oye al presente ni en las regiones infernales, porque hasta los diablos se civilizan. Tenemos en esta capital representantes de las naciones más civilizadas del mundo: Francia e Inglaterra nos están viendo por los ojos de sus ministros; Colombia y el Perú nos espían para compadecernos por de pronto y reírse después: cuando estos hombres oyen por las calles esos tropeles mitológicos, esos *¡vivas!* cristianos, esos *¡muera!* católicos, apostólicos, romanos, mandan sin duda cerrar sus puertas y se están quedos en sus casas. Doctor Espinosa, ¿no se muere usted de pena, cuando recapacita en que en su tiempo estaban para suceder cosas no sucedidas ni durante la más cruda tiranía? La tiranía tiene su mérito, y es que ella lo hace todo; pero donde los demás obran de por sí, la anarquía sacude sus cien cabezas y grita insolente: —¡Yo soy! Cuando contemplan las cosas a la luz de la razón, *esos pobres jóvenes* se ruborizan sin duda y quieren esconderse de sí mismos: y yo me alegro por ellos; pues la vergüenza es una túnica limpiísima que arropa al alma con esos pliegues vastos y pomposos con que se viste a los ángeles. Si un hombre tiene vergüenza, el honor, aunque ahilado y raquítico, conserva raíces en su corazón. ¡Desgraciado del que ha perdido esa prenda de la hombría de bien y la dignidad humana! Yo gusto mucho de unas mejillas donde la sangre tiene su flujo y reflujo; esas avenidas purpúreas traen consigo al rostro las virtudes, y el colorado pasajero de una cara es título de recomendación para la estima. La palidez invariable es un color terrible: cuando Satanás deja de ser negro, es lívido: mejillas donde jamás

la imagen de Dios. Yo sé muy bien que Este fue abofeteado, azotado, escarnecido, por los hombres; pero El subió al cielo satisfecho de sus acciones, y a la diestra del Padre resplandece circundado de gloria; sus perseguidores, son todavía la lepra del género humano. La inocencia se corona de por sí; la malicia se está quemando allá en el centro de un negro corazón: padecer y acercarse a la Divinidad nos importa más que hacer padecer y tener ya el un pie en el infierno.

EL NUEVO JUNIUS

IV

A LA CLASE MILITAR

EL PUEBLO donde todos los ciudadanos fueran soldados, en requiriéndolo la patria, y los soldados ciudadanos, sería un gran pueblo. Esta separación tan absoluta de los miembros de la asociación civil, es uno de los errores, y por el mismo caso, de los males de la civilización moderna; y aun en las naciones cultas y de veras cristianas, no digamos en nuestros pobres aduares de la América Española, donde las cosas vienen de manera, que si por convención graciosa entre nosotros no fuéramos instruidos en la sabiduría y más católicos que el Papa, bien pudiéramos llamarnos moscovitas. Veis al clero abrazado con el clero tirar una línea entre el globo de la sociedad humana y él mismo, y tenerse por *clase*, de intereses, de conveniencias, de propósitos especiales y diferentes; veis a los militares poner de punta su espada, y no sufrir se les acerquen sus conciudadanos, teniéndose por extraños, y muchas veces por superiores a ellos. Un cuartel es un templo; a su alrededor se siembra cicuta, y prospera la planta mejor que en torno al edificio de Minerva: el sacerdote permanece adusto en su altar de hierro; su corona la tiene en los hombros, y son dos: coronas amarillas y resplandecientes; la casulla le empaqueta hasta el cuello y le comunica ese talante seco y amenazador con que infunde desconfianza a todos, y miedo a los cortos de ánimo: el cíngulo viene colgante y sonoro, tiene alma de acero, fila e irritada; de ella se desprenden sanguinolentos visos que pueblan el aire de horribles figurillas que se enredan en infernal combate. El copón es la caja; ella guarda en sus crueles entrañas las formas de su Cristo, que es la muerte. Y esa caja no se abre una sola vez, como la de Pandora; se abre siempre, se abre cada día, y de su seno salen en estrepitosas bandadas los males de los hombres.

El soldado es el guardián de la patria y de la ley: con la espada al hombro, cuadrado en grandiosa postura, permanece en la puerta del templo de la libertad: cuando las bombas enemigas revientan a sus pies hace un ademán intrépido, y exclama: ¡Viva la patria! El soldado es un ciudadano armado: los eclesiásticos, los civiles le delegan sus fuerzas, y confían en su valor; las

mujeres, los niños se amparan tras su fornido y elegante cuerpo, y saben que no morirán ni perderán la honra sino cuando caiga esa muralla. El soldado es el brazo de la nación: cuando ésta corre peligro, lo estira, lo levanta, y de la hoja que empuña vuelan por el aire reflejos deslumbrantes. El soldado es el escudo de la nación: la ciñe, la acoraza, es loriga de bruñido acero por cuyas láminas resbalan las armas enemigas. El soldado es la fuerza de la ley: alza la cabeza, pone su imperioso entrecejo, y sin menear la espada, aterra al desobediente. El soldado es el amigo del pueblo: custodio fiel, hace sombra a las artes, la industria se desenvuelve segura, la reja surca la tierra y el grano germina y sale fuera en gorda espiga. Un ejército de hombres libres e ilustrados, presta más a la honra y la seguridad de la nación, que a la China sus murallas: el tártaro feroz atraviesa al galope sus fríos desiertos, y no hay parapetos que resistan a la impetuosidad de su caballo y su templada lanza: las paredes nada pueden contra la conquista: soldado para el soldado, ejército para el ejército. El militar libre e ilustrado es el personaje más simpático y estimable: en su pecho el honor, en su corazón el valor, en su brazo la fuerza, henchido de nobles afecciones camina excelso en defensa de la patria, y su sangre derramada en el campo de batalla, confundida con las lágrimas de las vírgenes que lloran en el hogar, componen ese abono que fecundiza el porvenir.

¡Soldado! ¡soldado! tus ojos arden en el fuego de la guerra, tus cejas se encorvan y amenazan al agresor injusto, tu espada resuena con ese ruido bélico que enardece al animoso: mira, tú eres ciudadano, y nadie debe estar más lejos de la servitud que el militar que todo lo trae consigo, honor, valor y dignidad. ¡Soldado! ¡soldado! el acero que empuñas es bendito, supuesto que en la mano te lo ponen las leyes, y no es cosa de grandes corazones ni de espíritus refulgentes convertirlo en cuchilla de verdugo. Esa hoja esplendorosa, esa empuñadura de oro, ese talabarte que te ciñe la cintura no son insignias de ejecutor infame: si obedeces la ley, cumples con tu deber; si obedeces a la tiranía, faltas a tu obligación. La obediencia ciega toca al esclavo: el militar no es esclavo, es hombre libre, y de lo mejor. La obediencia ciega es propiedad mecánica; la máquina obedece ciegamente: el militar no es máquina; es hombre libre, y de lo mejor. Si el tirano le hubiera instituido, si fuera obra y efecto de la tiranía, pudiera cerrar los ojos y seguirle hasta el abismo hiriendo y matando en sus semejantes; pero si su existencia, sus títulos, su fuerza están en la soberanía, en la nación, no veo yo por dónde pueda ser buen hijo de la patria, si falta a todos sus deberes.

¡Soldado! ¡soldado! abre los ojos y mira, escucha puesto el oído. Si eres hombre, tienes razón y voluntad; si tienes razón, discurre y distingues lo bueno de lo malo: si distingues lo bueno de lo malo, quédate a lo primero, supuesto que no eres verdugo, sino personaje ilustre. Cuando te dicen: ¡Mata! no mates, si no es en la refriega, o cuando la justicia te señala la víctima con su imperioso dedo. Cuando te dicen: —Alzate, derriba el poder legítimo, degüella a tus iguales; no te alces, ni derribes ni degüelles, porque la parte del soldado no es la del forajido, sino la del hombre pundonoroso y valiente.

Cuando te dicen: —Oprime al pueblo, frustra sus derechos, prepondera por la violencia sobre la mayoría; no oprimas, ni frustres cosas legítimas ni degüelles inocentes, porque el soldado es protección del indefenso, ejecución de leyes, timbre de la patria, cuando su tizona se mueve como la del Cid, y triunfante en la batalla, la estira por el suelo ante los códigos. En la obediencia ciega se encierra el despotismo; los oficiales del despotismo no son ciudadanos; el verdugo tiene víctimas, no semejantes. Vosotros los valientes, no hagáis oficios de cobardes; vosotros los de fieras almas, no os humilléis como ruines; vosotros los gloriosos, no busquéis la oscuridad del crimen.

¡Soldado! ¡soldado! a tu profesión no se oponen la filosofía, la ciencia ni la virtud: Sócrates fue soldado: en Mantinea peleó en junta de Alcibiades, y le salvó la vida; en el campo de batalla resplandeció cual Marte; después, obró como Minerva. ¡Soldado! ¡soldado! resplandece, obra como esos dioses. Yo que te hablo, mira, no tengo espada, pero no me falta corazón, y con mi pluma me voy para adentro el tuyo, si lo tienes sensible y grande. ¿Me matarás porque digo que Sócrates fue soldado? ¿me matarás porque digo que el soldado es el personaje más simpático y brillante? ¿me matarás porque quiero que la espada sea un instrumento sacrosanto? Si me matas, matas a la razón; si me matas, matas a la justicia; si me matas, matas al honor: honor, razón y justicia pueden muy bien tocar a la espada tanto como a la pluma: la pluma y la espada son hermanas en los pueblos libres y cultos: Palas y Minerva son la misma diosa en la sagrada Atenas. ¡Soldado! ¡soldado!

Un rey perverso quiere sangre; harto de ella, quiere sangre todavía: la capital de su imperio está inundada, las iglesias rebosan en sangre, y por las calles yacen millares de cuerpos muertos, caídos todos al propio instante bajo el puñal del asesino. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó: y esos hombres eran hermanos de las víctimas, vivían en las mismas casas, componían las mismas ciudades, amigos eran y parientes. Pero el demonio se le llegó al oído a una mujer, y dijo: ¡Extermina! Esa mujer se le llegó al rey, y dijo: ¡Extermina! El Rey tomó al verdugo, y le dijo al oído: ¡Extermina! Y el puñal rugió en infinitas manos y casi media nación cayó herida por la espalda. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó. Satanás está triunfante y tiene baile en el infierno; pero la religión, a cuyo nombre se ha consumado ese horrendo crimen, se estremece, y da una voz angustiada que va conmoviendo el mundo. Iglesia, santa Iglesia, madre casta, madre pura, madre tierna, tú no lo mandaste; tú lloraste ese extravío, y esa monstruosa carnicería es una de las llagas incurables de tu pecho. Iglesia, santa Iglesia, madre casta, madre pura, madre tierna, tú no lo mandaste; tú lloraste ese extravío, y ese infernal degüello es una de las pesadillas de tu sueño. El demonio inspiró al tirano, el tirano mandó al verdugo, y verdugos y tiranos consumaron la obra. Los soldados lo han hecho, porque el rey se lo mandó: ¿eran soldados o verdugos?

El soldado es el apóstol de la libertad, el guardián de la ley, persona que ennoblece la patria y la defiende. El soldado verdadero, el gran soldado

es aquel sublime conde Dorte, que alza la frente y no obedece orden injusta; que abraza en su pecho un grande corazón, y no toma parte con el crimen; que vive señoreado por los más nobles afectos, y prefiere la muerte a una villana crueldad, a una torpe disposición de un frenético monarca: “Degollad el mismo día a todos los hugonotes de Tolosa. — *Carlos*”.

El soldado valiente, el ciudadano ilustre no degüella, y contesta al tirano: “He hallado en el ejército muchos hombres de bien y soldados valerosos; verdugos, ni uno solo. Suplico a vuestra majestad emplee nuestros brazos en cosa más hacendera”.

Cuando en nuestros cuarteles hallemos muchos hombres de bien y soldados valerosos, y ni un solo verdugo, diremos que tenemos ejército, y que los militares son los custodios de la ley, la gloria de la patria. Pero si un hombre les dice: ¡Matad! y matan; si un hombre les dice: ¡Conspirad! y conspiran, cuando la justicia y el honor les prohíbe conspirar y matar, los generales y coroneles no podrán dar al tirano la contestación del conde Dorte.

Oye, tú eres joven: la satisfacción de tu alma sale fuera y se espacia en tu rostro, mientras el erizado labio se levanta en bélica sonrisa. Tu pecho es un firmamento tachonado de estrellas; si en la guerra las ganaste, en buena hora; esas estrellas relumbran con no robada luz. Tus hombros están pomposos, altos, sobresaliendo con la esponjada charretera: ese espiral poético se te descuelga al brazo y ondea cual rizada cabellera de hechicera niña: si en la guerra los ganaste, en buena hora; tus cañutillos brillan con no robada luz. Por la espalda se te cruzan cordones retorcidos, grandiosas borlas te embellecen; el cinturón te comunica esa marcial postura que te recomienda ante las bellas: si en la guerra los ganaste, en buena hora: adornos son que por merecidos sientan bien a los valientes. Pero si toda aquella argentería proviene de haber obedecido ciegamente a un hombre, errado vas, si piensas que eres ilustre ni estimable. Valor sin dignidad, es un defecto: del valor indigno puede aprovecharse cualquiera para un crimen o una infamia: el que halla su gusto en obedecer sin discernimiento, no es para mandar: el que sienta hervir en su seno la ambición, la ambición regia, la ambición de la preponderancia legítima, piense y obre como el Gobernador de Tolosa. La recompensa de la patria vale más que la paga del tirano; la estima universal es preferible al sanguinario afecto de un corazón bravío. ¡Soldado! ¡soldado! Sócrates peleó en Mantinea junto con Alcibiades y le salvó la vida. Puedes ser sabio sin dejar de ser valiente, cuerdo al mismo tiempo que arrojado, piadoso junto con enérgico. ¿Por qué piensas que todo el que no arrastra sable es tu enemigo? Del pueblo sales, al pueblo perteneces; tú y el pueblo formáis el pueblo: no le oprimas, no le hostilices, no le impidas el ejercicio de sus derechos, ni te prepares a conspirar cuando él puede triunfar. Si el pueblo pierde, tú pierdes; si el pueblo sucumbe, tú sucumbes, dado que tú y el pueblo componen la nación. Cuando el tirano triunfa, no triunfan sino él y el verdugo: soldado honesto, soldado libre, soldado digno, tú no eres verdugo.

Un hombre de por ahí toma un anciano envejecido en el campo de batalla, condecorado por el Libertador de un continente, general de ejército, benemérito de la patria, y manda se le den azotes: los conmlitones de ese capitán profanan las canas venerables, violan el pudor del vestido, echan por tierra a su general, y le dan los azotes: ¿quién fue el azotado? ¿el general o su corporación? Si un hombre azota un arzobispo, el clero es el azotado; si azota un general, la milicia es la azotada; ¿y qué razón sufre que el clero y la milicia adoren al azotador y le ofrezcan de rodillas triunfar sobre sus enemigos? Los cristianos no adoran a Pilatos que mandó azotar a Jesucristo. La víctima fue un negro, dicen: pero ¿se azotaba acaso la negrura? el general, el hombre, el género humano padecía. Cuartel donde se azotan generales, ¿podrá llamarse templo del honor? soldados que azotan a sus caudillos, ¿serán sus compañeros de armas? Julio César, Napoleón, Simón Bolívar fueron generales: si estos capitanes hubieran caído en manos de un *abogado*, hubieran sido desnudados, azotados, infamados por sus conmlitones. Cuando la víctima sea uno de vosotros, los negros dirán: la víctima fue un blanco. ¿Disminuye por esto la atrocidad de la acción? ¿la infamia viene a ser timbre para la clase militar, porque la víctima fue más o menos rozagante? Soldado fue, general fue, y además hombre de bien y viejo, en cuyo favor hablaban las cicatrices de la santa guerra y esas bordaduras ganadas en Colombia. ¿Este es el orgullo de vuestra clase? ¿éste el valor del soldado? ¿éste el pundonor y la soberbia del valiente? Julio César, Napoleón, Simón Bolívar no azotaron a sus ilustres compañeros por orden de un oscuro Melvius. Si no mandaban, aspiraban a mandar: su diestra empuña la espada, y no el plebeyo rejo; capitanes son, no ejecutores indignos. ¡Soldado! ¡soldado!

Honor, valor, importancia no están a disposición de cualquiera: militares valientes, oficiales pundonorosos, hombres libres, ¿sufrió que una persona particular disponga de vosotros como de sus esclavos, como de sus animales? Si no es electo presidente, lo será por medio de las armas: es decir que cuenta con vosotros para todo. ¿Es justo, honesto, digno de una clase tan principal y honrosa, que salga un hombre de una escribanía, alce el brazo y os ordene degollar al pueblo? Bien sabéis que la ley es la expresión de la voluntad general: si por la voluntad general sale de la urna santa otro ciudadano, este ciudadano será el presidente de la ley: ¿con qué derecho, con qué razón volcar de una estocada y echar por tierra la voluntad común, para que reine la de un solo habitante, sin ningún título para el mando perpetuo? El hombre de bien es buen ciudadano en cualquier gobierno, el capitán pundonoroso sirve de columna a cualquier estado, el militar valiente halla cabida en el antiguo como en el nuevo orden de cosas.

¡Soldado! nada os pedimos, sino la equidad; nada os aconsejamos, sino el honor; nada os suplicamos, sino la adhesión a la patria y la protección a la libertad. El que un hombre cuente con vosotros para un fin siniestro, no quiere decir que estéis prontos a obedecerle. La estima general, la gratitud de la nación, y sobre todo lo satisfecho de vuestra conciencia, son títulos y riquezas más apreciables a vuestros ojos y a los de vuestros semejantes. La

tiranía siempre cae, y los que caen con la tiranía, caen infamados; ¿por qué queréis caer con ella?

No lo queréis no caeréis: si hay en el ejército generales, coroneles, oficiales y soldados buenos para esclavos y verdugos, no lo sé, o no lo quiero decir; pero sí sé que entre tantos jefes de renombre, entre tantos jóvenes de clara sangre, dilatado corazón y despabilado entendimiento habrá muchos que tengan que ver con la honra, y empleen su brazo en defensa y no en ruina de la patria. Militares, no soy vuestro enemigo: en una gran nación, habría sido yo soldado: me gusta el ruido de las armas, y el caballo jamás es tan simpático para mí como cuando relincha imitando el clarín guerrero. Darío fue rey a causa de su caballo: cuando relincha el mío, me tengo por emperador. ¡Soldados! la pluma se os extiende; a ver acá esa espada: manos que se estrechan no se matan. ¡Viva la patria!

LA DICTADURA PERPETUA
1874

LA DICTADURA PERPETUA

(Error del *Star and Herald*)

A los señores redactores del Star and Herald

SEÑORES redactores:

Entre los títulos con que en su estimable periódico se recomienda al pueblo ecuatoriano la reelección de García Moreno, se les pasó por alto el rasgo que más ilustra el carácter de su héroe y los hechos que más simpático le vuelven a ojos americanos; digo las públicas y reiteradas tentativas por vender su patria a las monarquías europeas, sin contar con la guerra que fue a buscar al Perú y llevó al Ecuador en la memorable expedición del general Castilla, que en paz descansa. Esta hazaña no le recomienda, al fin y al cabo, sino a los ecuatorianos; mas lo que son sus nobles ofertas al emperador de los franceses; sus puras intenciones en sus tratos con Pinzón y Mazarredo, le vuelven acreedor al aprecio universal y digno de reinar perpetuamente. Si se tratara de Almonte, Lavastida y Santana, de seguro que ustedes hablarían como buenos hijos de América; pero en ese ente fatídico que se llama García Moreno, va la fortuna hasta el punto de convertir a un traidor en patriota benemérito, un azote en instrumento saludable, un satanás en un dios. Si los milagros de esa santa prostituta son tan grandes ¿cómo no ha de tener quien los admire? La ciega, torpe y bestial fortuna tiene hijos, y los diviniza; tiene sectarios, y la adoran. ¿O es que ustedes, campeones de la independencia y la libertad, aplauden asimismo las obras de Almonte, Lavastida y Santana, y les tienen por necesarios para el orden y la bienandanza de Méjico y Santo Domingo? Los franceses bendicen a Lafayette y maldicen a Bazaine; los españoles bendicen a las víctimas del 2 de mayo y maldicen a Godoy; los cubanos bendicen a Céspedes y ahorcan en los árboles del campo de la libertad a los traidores a la patria. Los ecuatorianos no bendicen a García Moreno, sabedlo, escritores sabios, periodistas de conciencia que lleváis sobre los hombros la máquina de Gutenberg, y que ojalá llevaseis dentro del pecho el alma de Washington y Bolívar. Galalón y el conde don Julián, clavados a una picota inmortal, son los eternos representantes de la infamia y nosotros hemos de erigir estatuas a un García Moreno en este nuevo mundo que se gallardea en su gloriosa autonomía? Si ustedes intentaren

traer a la duda las acciones de ese don Julián falsificado, llegaron tarde a la disputa; son cosas bien averiguadas, constan en públicos documentos nunca desmentidos. Si por el contrario piensan que nadie merece más de su patria que el que la vende una y mil veces, y que aun los periódicos de la libre y liberal Colombia deben conspirar a la perpetuidad de ese tiranuelo, nada tengo que decir: piense cada uno como quiera, y Dios nos ayude a todos.

Mas no puedo apartarme de este punto sin hacer una reflexión: Jefferson Davis fue disidente, no traidor: si Jefferson Davis hubiera corrido a Inglaterra a ofrecer los Estados Unidos a lord Palmerton, Jefferson Davis estuviera colgado del pescuezo a una horca más alta que las pirámides de Egipto, para que le contemple el universo, en vez de estar gozando tranquilamente del generoso perdón de sus compatriotas. Ustedes tienen creida la misma cosa; mas visto que una triste nación del sur no es los Estados Unidos, entréguesela de nuevo a su verdugo. "Verdad a este lado de los Pirineos, error al otro lado". Como Pascal era un *sublime tonto*, bien podía decir tan sutiles necedades. Lo único que yo sé es que Jorge Washington pagó con una suma de oro y otra mayor de vilipendio al traidor que se le atravesó en su camino: "Toma —le dijo— y vete". El traidor desechó el oro, y corrió a volarse la tapa de los sesos: tenía más vergüenza que García Moreno. A éste no le echamos la puerta afuera: antes le llamamos al mando perpetuo. Con justicia, pues si el de Washington había hecho traición en favor de América, el otro las ha hecho en contra suya: éste merece la becerra. Quisiera yo ser tan tonto como Pascal para decirme aquí alguna cosa digna de la posteridad; pero como Dios no ha querido tanto, lo que hago es morirme de silencio.

"Los mayores enemigos de García Moreno, *great enemies*, dicen ustedes, se ven obligados a confesar que durante su gobierno la República ha gozado de paz, y que monta mucho el progreso material no menos que el moral". Yo lo niego, y negarlo ha todo el que tenga conocimiento y guarde memoria de las cosas. Dos guerras exteriores y cien revoluciones no son documentos de la paz, amigos míos: los huesos que están blanqueando en las colinas de Cuaspud, no acreditan el espíritu pacífico de García Moreno, se invaden los campos inocentes, se arranca al labriego del arado: paz. Se amarra al artesano, se despueblan los talleres: paz. Se echan pelotones de gente innumerable por esos derrumbaderos, se los entrega casi indefensos al hierro destructor: paz. Huye el caudillo, vuelan los jefes, mueren los soldados: ¡paz! ¡paz! Vidas sin cuento, riquezas, honra, todo ha quedado en el lugar de la ignominia: paz. ¿Esta es la paz por cuyo motivo el tiranuelo debe ser dictador perpetuo? Esta, sí, ésta y la de Tulcán en que Julio Arboleda le molió a palos, son las barraganías que le llaman a la dominación vitalicia a ese mancebo generoso. Sus pretensiones no eran tan levantadas cuando, prisionero, con lágrimas en los ojos, voz de vieja, *abrazado de un Cristo en que no cree*, repetía: "Mañana nos fusilan, compañeros", y ensartaba letanía tras letanía: Virgo veneranda, Virgo predicanda.

Quedamos en que dos guerras inicuas, promovidas sin razón patriótica, llevadas adelante con ineptitud, concluidas con vergüenza, cuyo efecto no

ha sido sino la deshonra, no tanto de ese pueblo cuanto su opresor, no son la paz de ningún modo. Pues si contemplamos en las revoluciones que el tiranuelo ha ahogado en sangre; en las que ha desbaratado por obra de algún Judas; en la medrosa vigilancia con que pasa días y noches; en el despilfarro de la hacienda pública por acumular de vicio elementos de guerra, vendremos a concluir que ella es el estado normal de esa desventurada comarca. Guerra *sin manos y muda*, guerra muerta; guerra de los gusanos contra el cadáver. Veis allí un cuerpo exangüe tirado sobre el fango: García Moreno, sus esbirros y sus jesuitas, sus italianos y sus españoles, sus monjas y sus hermanas en muchedumbre infinita andan por dentro y por fuera comiéndole desesperados: la guerra de los gusanos contra el cadáver. ¡Feliz estado que los hombres filantrópicos y libres llaman paz!

¡Desdichado, por otra parte, el pueblo donde la revolución viniese a ser imposible! Esa sería la canonización de Dionisio Oenobardo, del Melgarejo, de García Moreno. El derecho de conspirar contra la tiranía es de los más respetables para los hombres libres. ¡No! no es así: Quiroga, Salinas, Morales, mártires sagrados del Pichincha; Pombo, Caldas, Torres, víctimas del Funza, la tierra os come hace más de medio siglo, y ahora se os declara criminales. Y vosotras, sombras de Miranda y Madariaga, huid avergonzadas, que los hijos de la libertad os llaman de felones, porque la fundasteis a costa de la vida.

¿Cómo es esto? no pasa día sin que la prensa de todas las naciones harte de injurias a los ecuatorianos, con decir que no conspiran contra su tirano, que no le echan a los perros hecho trizas. Esclavos, cobardes, viles, todo, porque le sufren: vuelve uno la cabeza, y oye por ahí que uno de los timbres de García Moreno es haber vuelto imposible la revolución, y que sería una desgracia que dejase de *reinar*. Reinar: la lengua inglesa, lengua de la única monarquía donde reina la libertad; lengua de los Estados Unidos, no esperaba que en una República libre e ilustrada se la emplease para abogar por un cruel tirano. Reinar: ¿no es verdad que García Moreno ha *reinado*, *has reigned*, y debe reinar para siempre en el Ecuador? ¡Después de quince años de un nefando despotismo, de unas presidencias ganadas con puñal en mano, hay en Colombia quien litigue por él y crea necesaria la continuación de su *reinado*!

No ha mucho, un americano que promete ser de los más notables; que está ya recomendado a vuestras repúblicas por su acendrado patriotismo y su talento; el señor Adriano Páez, dijo en París que el día de hoy no había en la América hispana sino un pueblo que tenía no sólo el derecho, sino también el deber de conspirar; y que este pueblo era el Ecuador. En efecto, el Ecuador es el único que ahora tiene ese derecho, porque es el único esclavo: los pueblos libres y felices no lo tienen. Chile, el Perú, Colombia, Venezuela, Guatemala, Buenos Aires, están a su sabor, los menos al de la mayoría: sus gobiernos tienen oposición; la oposición tiene palabra, pluma, y esto habla por la minoría. Si sus gobiernos conspirasen contras las instituciones democráticas; si las *circunstancias* fueran tales que sus presidentes se

viesen en la necesidad de perpetuarse por el bien de la patria; si la tiranía con su séquito de espectros pavorosos saliese por las calles pompeando y halconeando, esos pueblos se revestirían del derecho de conspiración a su vez y si no conspirasen merecerían la censura de las otras naciones.

García Moreno ha hecho mal en volver imposible la revolución. Quiteles a los ecuatorianos el derecho de conspirar, manteniéndolos libres como lo habían sido, labrando su felicidad por medio de la ilustración, fomentando las virtudes públicas y privadas, y conspirar contra su gobierno habría sido acción ilícita. Pero si vuelve imposible la revolución matando a unos, expatriando a otros, envileciendo, entorpeciendo a los demás, ¿qué alabanza merece del filósofo, del patriota, del hombre bueno y generoso? Miles de proscritos en un puño de habitantes, ¡oh excelso, oh sumo gobernante! El publica en sus periódicos oficiales que todos esos son ladrones, bandidos, prófugos de las cárceles, incendiarios y otras cosas: no les persigue él sino la justicia; huyen de los tribunales, no de su gobierno. Yo digo, que pueblo donde mayor sea el número de criminales que el de hombres de bien, no ha conseguido una gran suma de progreso moral, *a great amount of moral progress*. ¿Y ustedes qué dicen, señores redactores del *Star and Herald*?

Desengañense ustedes, en el seno del fanatismo no se desenvuelve sino la ignorancia; en el de la hipocresía, el crimen. ¿Cómo ha de ser feliz el pueblo a donde acude en riadas pestilentes la hez de los conventos de Italia, España y otras partes; donde la instrucción pública es asunto de convento puramente; donde un obispo, un pobre fraile, un lego ignorante es el contralor celoso de la lectura en todos sus ramos? Los libros son artículo de comiso: de la aduana han de ir a la curia, a carga cerrada, y no pasan sino los que aprueba el familiar, el cocinero: ¿qué tiempo tiene el obispo para examinar libros? y obispos de García Moreno ¿qué luces, qué conciencia? La oscuridad matadora de los tiempos coloniales no era más ciega. ¡Y digan ustedes que el Ecuador, reinando García Moreno, ha alcanzado una gran suma de progreso moral! Sin libros, sin lectura ¿quién se civiliza, quién se instruye? ¡El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano, todo nadando en un océano de sombras corrompidas! *A great amount of moral progress*.

García Moreno dividió el pueblo ecuatoriano en tres partes iguales; la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro, la última a la servidumbre. Los muertos no pueden conspirar, los esclavos no se atreven, los desterrados han conspirado mil veces. Injusto era el granadino que se proponía ir desde la gran Cundinamarca a libertar a los ecuatorianos, para tener luego la satisfacción de abrir al mundo en Guayaquil "un mercado de un millón de eunucos". No ha cumplido su palabra; pero siempre queda en su favor lo filantrópico de la intención y lo púdico del pensamiento.

Había en el nuevo mundo un pueblo donde el rey era el soberano, el pontífice, el juez, el padre de familia: ni contrato, ni empresa, ni cosa que se verificase sin su anuencia: domina en la nación, reina en el templo,

resuelve en el tribunal, penetra en el hogar doméstico, y todo lo inquiere, todo lo sabe, todo lo fiscaliza. El rey no era tirano, y la nación había llegado a una suma de progreso material: *a great amount of material progress*. Entre varias obras portentosas, una carretera cual nunca la vio Roma, une las dos capitales del imperio, otra maravilla del mundo, dicen los historiadores. Y con todo, el pueblo vivía en la tristeza, porque no era libre, ni cabe la felicidad en el seno del despotismo. ¿Cómo sucede que tan gran suma de progreso material no bastó para que nuestros padres dejaran de conquistarlo por arrancarle de la barbarie? El pueblo no había alcanzado aún el progreso moral, y de aquí viene a suceder que era bárbaro en medio de sus grandezas materiales.

García Moreno ha emprendido, es cierto, en cuatro o cinco caminos: después de gastos ingentes y miles de vidas perdidas en ellos, todos los ha abandonado. No tenía ni el aliento ni la capacidad intelectual necesarios para saber qué se debía hacer y hasta dónde se podía dar impulso al progreso material. El miserable trecho que recorre el viajero, obra de quince años, obra hecha para el enriquecimiento de cien hombres sin fe ni probidad, vale uno y cuesta diez. Ha construido asimismo dos Bastillas, una para sus prójimos, otra para su familia. Cuando visita esa casa del dolor, ese presidio horrible, les dice a sus amigos: Aquí he de morir yo. El sabe que lo merece y espera la justicia del cielo.

El estreno de esa tumba de los vivos fue lastimoso: una mujer, una pobre niña descarriada: subió las funestas escaleras en medio de gendarmes, el lúgubre edificio cayó sobre su corazón con toda su pesadumbre, corrió hacia una ventana inconclusa, y se arrojó al patio de cabeza. García Moreno, triunfante, solemnizó esa fecha con un almuerzo singular: hizo freír los sesos de esa niña en la sangre de Maldonado, y se hartó hasta la borrachera. El piensa que lo tiene digerido, y no sabe que la indigestión se hará sentir el día de la cuenta: esos manjares no se descomponen sino al fuego del infierno. Dios castiga el crimen no arrepentido ni expiado: con el pecado, con el vicio es indulgente, porque tienen remedio. ¿Qué fuera del género humano si toda mujer que sufre un desliz fuera encerrada para siempre? Las casas de reclusión no son casas de desesperación en ninguna parte del mundo; y ni rey ni presidente ejercen el triste cargo de andar por las calles aprehendiendo mujeres y despeñándolas. Despotismo, en todo despotismo y tiranía. El bien es moderado, la virtud mansa: las malas costumbres se corrigen, no se castigan como crímenes. Exhortación, dulzura, ejemplo valen más que la ferocidad. Si a Venus se le encierra en el mismo calabozo que a Nerón, se comete una insensatez: el parricidio y el descarrío son cosas muy diversas. El agua con que la Magdalena lavó los pies a Jesús, es el remedio de la deshonestidad. García Moreno, cristiano, pruébalo en tu persona, pruébalo en tus frailes, y sobre mí si no mejoran hombres y mujeres.

No ha mucho pasó por este puente del mundo un extranjero que llevaba consigo una muestra de la piadosa civilización de este santo hombre, y como la cosa más curiosa del mundo la iba enseñando a todos. Era un

papel del jefe de policía de Guayaquil, que rezaba: "Al que dé noticia del paradero de la prostituta tal, 50 pesos de gratificación". Aquí tienen ustedes puesta a talla la cabeza de un ente miserable. ¿Es posible que sistema semejante rija en el corazón de la América civilizada? ¡Los altos magistrados pregonando a son de trompetas las culpas de una mujer, y fomentando con dinero la infame delación! García Moreno que sabe muchas cosas malas, no sabe ni una buena: si hubiera llegado a su noticia que "la ropa sucia se lava en casa", no pusiera carteles en el Chimborazo, para que por medio de este embajador sublime aprehendan las naciones a "la prostituta" que se le había ido de las garras, y se la entreguen a buen recaudo. Ultimamente ha enviado a Europa un ministro plenipotenciario a celebrar con Francia, la Gran Bretaña y el Imperio Alemán un tratado de extradición de terceras en concordia y mozas del partido; cuyo tratado se propone cumplir con toda religiosidad enviándole algunas hasta de las suyas propias¹. No sabemos si la maldad que pasa a delirio, merece la cólera o la risa de los hombres. ¡Un presidente ocupado de día y de noche en coger niñas alegres y viejas tristes, persiguiéndolas hasta más allá de la frontera! ¿Y creerán ustedes que él de su persona es un San Jerónimo? No señor: pone sus carteles, y mama la cabra. ¡Vaya un país donde la madre Celestina merece los honores de ser reclamada por medio de una legación de primera clase! Parece que, en este particular, el amigo don Gabriel no piensa como el galeote "corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo", que iba a galeras por haber querido que todo el mundo se huelgue y viva bien. A García Moreno le habremos de hacer pintar ahogando bajo su planta poderosa a la madre Celestina; pues montas que en su estatua ecuestre ha de ir al anca el corredor de todo el cuerpo.

Estos son los progresos materiales y morales de García Moreno. Pero demos que perforase los Andes y pusiese en contacto los dos mares: ha contagiado a sus esclavos con la lepra de su alma, y en tanto que esos chorros de pus apestan al Nuevo Mundo, no podemos decir que hay salud en ese pueblo.

El espíritu de Samuel Morse no desciende sino sobre las naciones luminosas: hoy que sus alambres encantados unen los dos polos, el oriente y el occidente, y envuelven la tierra, comunicándole al oído los secretos de las ciencias, los sucesos de la política, los vaivenes del comercio ¿cuál es el cacique ignorante que se atreve a decir que su tribu ha superado a todas las repúblicas suramericanas en adelantos físicos y morales, cuando no tiene un jeme de telégrafo eléctrico, ni sabe quién ha sido Sirius Field? El istmo de Panamá está viendo pasar desde tiempo inmemorial esas mangas de fantasmas tenebrosos que van a oscurecer el Ecuador, frailes de uno y otro sexo, jesuitas repelidos de todo el mundo, carlistas trashumantes, y aquí, aquí es

¹ Montalvo no asentó nunca una calumnia: públicos y notorios eran en Quito los comercios indecentes de García Moreno con la cajonera Dorotea y algunas mujeres de copete, una de las cuales había sido antes madre de uno que es ahora apologista del tirano. (N. del E.)

donde se publica que el despotismo de García Moreno ha dotado al Ecuador con una gran suma de progreso físico y moral.

“Más vale un malo conocido que un bueno por conocer”. Este es el ruin adagio que ustedes han ido a mendigar a otra lengua, para ponerlo por fundamento filosófico de una infame usurpación, de una perpetuidad que es ya, no solamente la ignominia del Ecuador, pero también la vergüenza de la América republicana. ¿A dónde van a parar los principios democráticos, a dónde las instituciones liberales, a dónde los derechos de los pueblos, a dónde la justicia, a dónde el pundonor, a dónde la dignidad humana, a dónde la libertad, a dónde la esperanza? “Más vale un malo conocido que un bueno por conocer”. ¡Ah, señores, si las sentencias de la trascasa han de salir ahora a echar por tierra las máximas de la filosofía, los fundamentos del gobierno, las bases de la república, llorad, llorad conmigo la calamidad de los tiempos, la negra desdicha del género humano. Senado de los lores, Cámara de los Comunes; Cuerpo legislativo de la ilustre Francia; legisladores de los Estados Unidos: Gladstone, Beales; Thiers, Gambetta; y tú, Carlos Summer, el más sabio, el más filantrópico de los norteamericanos, salid, huid, el mundo no os necesita ni os aprecia: el galopín de montera blanca y delantal manchado de carbón es el que reina, el que legisla! “Más vale un malo conocido que un bueno por conocer”: ¡viva la dictadura perpetua del verdugo!

“Lo que García Moreno ha hecho por el progreso y adelanto de su país, es patente para todo”. Veamos lo que es patente para Colombia donde se publican estas cosas. Para Mosquera es patente que García Moreno le molestó con enviarle nueve mil labriegos para que los degüelle a orillas del Carchi: para Arboleda es patente que García Moreno le frustró sus planes, le destruyó su partido, le causó la muerte, yendo en persona a hacerse apalear a orillas del Carchi. En tanto que ese fiero colombiano meneaba la cachiporra sobre la cabeza de sus correligionarios, el amigo don Tomás Cipriano iba ganando terreno y apoderándose de todo, como quien no dice nada.

Lo que es patente para Colombia es el alzamiento de Nicolás Martínez contra los colombianos; ese horrendo somatén donde hombres, mujeres y niños fueron destrozados o puestos en huida a media noche. Bien es verdad que este suceso debe ser pura fábula, ya que el asesino recibió un alto ascenso en las barbas del Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario que fue a pedir satisfacciones y entró a Quito como una tromba marina, oscuro, amenazante. La tempestad fue al punto convertida en calma chicha, el que había venido rugiendo como león, salió arrullando como paloma. Vengados fueron sus compatriotas, puesto a salvo el honor de la nación, ya que él, un asesino, subió a ministro de la Corte Suprema donde se padea todavía, y el otro a gobernador del lugar del crimen. García Moreno, donde no vale la fuerza, echa mano por la magia: es Atlante en cuerpo de Polifemo. Tiene además un colegio de Circes que hacen raras transmutaciones. Poco fue que no le hizo confesar y comulgar a *su hombre*. *C'est mon homme*, dicen los franceses: García Moreno tiene *sus hombres*.

¡Qué es, mi Dios, ver un empleado público, un agente de la autoridad suprema, un gobernador alzar el pueblo, asaltar, a media noche a una colonia extranjera, romper, herir, destrozar a diestra y a siniestra! Estos son los sostenedores de García Moreno, a éstos asciende a ministros de la Corte Suprema, éstos piden su reelección, éstos escriben las manifestaciones que tanto han podido en el ánimo de ustedes, señores redactores del *Star and Herald*. Aquí tienen ustedes una cosa tan mala como el acontecimiento de Bolivia que se ha querido convertir en provecho del tiranuelo del Ecuador, sin más efecto que el daño de estos recuerdos. Sin ocasión, no conviene llevar la memoria a los casos horribles: mas la oportunidad, la necesidad... Si la página más brillante de García Moreno es no haber hecho lo que Iriondo, yo siento y pruebo que en el Ecuador han ocurrido crímenes públicos mucho más trascendentales. Al fin los bolivianos se están pelando las barbas entre ellos; pero la hospitalidad, esa diosa de los bárbaros que adoran también los pueblos civilizados, no ha visto caer sus templos en Bolivia. García Moreno hace juzgar a los extranjeros por herejes, y a otros los echan a palos de sus pueblos. ¡Ese, ese hombre debe ser dictador vitalicio del país donde acontecen hechos semejantes!

Ya oigo la argumentación de García Moreno: los reos fueron juzgados, dice; absueltos los delincuentes, ¿qué culpa tengo? Fueron juzgados, no por orden suya; fueron absueltos, por su orden. El trató con el Ministro de Colombia, él premió a los asesinos. La revolución es el mayor de los crímenes en siendo contra su tiranía: las que él hace contra hombres buenos, mansos, sencillos, inocentes, simples, beatos, infelices como Carrión, como Espinosa, son cosas grandes, cosas bellas. Espinosa los hacía juzgar; García Moreno le bota, usurpa el mando, y hace ministros de la Corte Suprema y gobernadores a los asesinos; y el señor don Teodoro¹, muy satisfecho de sí mismo, piensa que se ha echado a la faltriquera a Talleyrand y Metternich.

¿Qué otra cosa es patente para Colombia? Cosa patente —los cinco colombianos azotados en Esmeraldas, uno de los cuales llevó su queja hasta las altas regiones del gobierno.

¿Qué otra cosa es patente para Colombia? Cosa patente —los robos oficiales que cada día se hacen a colombianos en el Ecuador, quitándoles hasta los céntimos del bolsillo. Los robados se desahogan con hartar de insultos a los ecuatorianos: ¡Dios de bondad! ¿son ellos que les saltean? Es García Moreno el jesuita, hombre sin patria: no la tiene el que no la ama y la deshonorra; no la tiene el que la escarnece y la embrutece; no la tiene el que la oprime y la mata. La hospitalidad, la benevolencia, el cariño que los colombianos han hallado siempre en el Ecuador, ¿en dónde los hubieran hallado? Amor, riqueza, preponderancia, todo. Las mejores casas siempre abiertas para los vecinos; las mejores manos, a su alcance; las mejores haciendas, para ellos: en buenahora, si ha sabido merecerlas. Cuando García

¹ Teodoro Valenzuela, el mismo de Colombia en Quito.

Moreno y su pandilla les roban, les persiguen, les ultrajan, él es el delincuente, él merece el castigo; ¿por qué vengarse de sus víctimas? Por qué le sufren, exclaman en Bogotá; por qué no le derriban, añaden en Popayán; por qué no le matan, gritan en la brava Pasto. La prensa de Panamá ha tomado sobre sí el oponerse a esas ciudades: ella no quiere que le derriben ni le maten; antes proclama la dictadura perpetua del verdugo. ¡No, señores! no he dicho la prensa de Panamá; digo un periódico, periódico escrito en lengua extraña. El pueblo panameño que se levanta en globo a vitorear a Páez; que festeja en la alegría de la libertad y el patriotismo al último de nuestros libertadores, no aplaude las obras de un oscuro tiranuelo, las supercherías de un traidor consuetudinario. La estatua de Herrera está ahí que le instruye y le amenaza: en faltando sus hermanos a los deberes del hombre libre y fiero, ella alza la voz y les contiene; la voz de la tumba, solemne en todo caso, terrible cuando se queja y se lamenta. Y vosotros, campeones de la ley, soldados de la inteligencia, propagadores de las luces, diarios del alta Bogotá, ¿no estáis desmintiendo cada día los asertos de este cofrade descarriado? “La Ilustración”, “La América”, el “Diario de Cundinamarca” y otros cientos, no piden la tercera, la cuarta, la quinta reelección de García Moreno, ni piensan que sea necesaria *una mano de fierro* para ese pueblo de corderos. ¿Cuál más suave, más blando, más fácil de gobernar, y aun de oprimir en todo tiempo? Pues necesita *una mano de fierro. Potestas tenebrarum.*

¿Qué otra cosa es patente para Colombia? Les sobra fundamento a ciertos colombianos y muy particularmente al Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario para pedir satisfacciones de la sangre derramada por Nicolás Martínez; les sobra fundamento para llamar de “matachines” y de “viles” a los ecuatorianos, y venderlos al mundo por “eunucos”. Es cierto que en los dominios del Gran Señor de la Puerta Otomana los eunucos corren con el azotar; ¿a quiénes? A los de Esmeraldas: ¡gran Dios!

Ahora veamos lo que es patente para el Perú, otro de los vecinos. El Perú sabe y ha visto la persecución de García Moreno a los miembros del concejo municipal de Guayaquil que protestaron patriótica, noble, altamente contra la ocupación de las islas guaneras por los españoles. El Perú sabe que García Moreno es reo de sus tribunales, preso legítimo de sus cárceles; sabe que tiene allí causa criminal declarada con lugar a proceder; sabe que sus jueces le han juzgado por tentativa de homicidio. Sabe y ha visto que el pueblo de Lima le seguía por las calles cuando huía medroso, a las voces de: “¡No hay quien mate a ese traidor!” “¡No hay quien mate a ese tirano!”

¿Qué más sabe y ha visto el Perú? Sabe y ha visto que en Piura le fusilaron en estatua por la espalda. El Perú y Bolivia y Colombia y Venezuela y Chile y Buenos Aires y todo el continente sabe que García Moreno propuso al señor Heriberto García de Quevedo entregar el Ecuador a España; sabe que escribió varias cartas al señor Trinité ofreciéndoselo a Francia, y ha leído esas cartas. ¿Qué más sabe y ha visto la América del Sur? García Moreno contesta, no para negar estos delitos, sino para decir que

son cosas *traqueadas, antiguas*, y que los que se las recuerdan son ladrones, bribones, estafadores, pillos, bandidos, prófugos, infames calumniantes y otras santidades de las que acostumbra. Contesta, no que no ha cometido esas felonías, sino que son cosas *traqueadas, antiguas*. Con ser buen leguleyo no sabe que los crímenes no prescriben; y con ser no mal físico, no sabe que la infamia tiene aceite de patíbulo, no se seca jamás, y está oliendo sin fin, como el almizcle.

Traqueadas, antiguas... Y cabalmente por esto debe ser dictador perpetuo. Quisiera yo saber si los franceses elegirán presidente de la República a Bazaine dentro de catorce años: su traición será entonces cosa traqueada, antigua, y tendrá derecho al primer puesto. Hay acciones que imprimen carácter: los traidores son sacerdotes ordenados por Satanás, y con cerquillo y corona se van a los infiernos, aun cuando viva cien años. Cosas *traqueadas, antiguas...* ¿Y quién nos guarda de que no las renueve, refresque y pulimente en la primera ocasión? Como su poder viniera a riesgo de perderse, verían ustedes que aquel presbítero hacía lo posible por darle retoque a lo traqueado, novedad a lo antiguo. *Res sacra reus*, decían los romanos; el reo es cosa sagrada. Pero esto era cuando iba hacia el cadalso: cuando se contonea en la gloria mundana, el reo es cosa maldita.

García Moreno debe ser dictador perpetuo por estas razones positivas; ahora vienen las negativas. Debe hacerlo, porque él no ha hecho lo que el gobierno de Bolivia acaba de hacer con un distinguido boliviano, romper con su casa a cañonazos, invadirla, saquearla, llevarse presos a sus moradores. Y no debe serlo también porque no ha puesto fuego al templo de Delfos; porque no ha destruido la biblioteca alejandrina; porque no ha matado a su madre *ni a su esposa*; porque no ha entrado Roma a sangre y fuego; porque no ha asesinado a Enrique IV; porque no ha fusilado a monseñor Darboy; porque no ha entregado la nación francesa a los alemanes; porque no ha desorejado a los generales enemigos, como don Manuel Rosas. Sobran razones para elegir por tercera vez a García Moreno.

Un anciano agobiado con el peso de los años y los males se halla en el calabozo de un cuartel: cano, enfermo, triste, no dice nada ni se mueve. Llegan los verdugos, le toman, le arrastran al patio, le templan, le azotan. ¿Oyen ustedes? ¡le azotan! ¿Han oído? ¡le azotan! Y ese hombre es militar general, veterano de la independencia. Después de azotado, le echan fuera. A pocos días, como iba por la calle despacio, taciturno, cayó muerto. El corolario del azote debía ser el veneno: el tiranuelo temió la venganza del soldado. Justo es que en Colombia, en Panamá se proclame la dictadura perpetua de García Moreno: el general Ayarza fue hijo de Panamá, colombiano. ¿A dónde sois idos, justicia y honor de las naciones?

¡Al honor y la justicia de Colombia no seré yo quien toque, por Dios vivo! Las virtudes de un gran pueblo son cosas muy elevadas, para que vengan a tierra por desvíos solitarios que él no disimula. Pero me llena de asombro el ver cómo de la cuna del general Fernando Ayarza salga la única voz quizás que en Colombia canonice al traidor y azotador García Moreno.

Cinco años de destierro son para cualquiera cinco muertes: cinco años vividos en un desierto hermoso donde la mano de Dios está extendida sobre la Naturaleza y los pocos hombres que le habitan, me enseñaron a quererla a esta Colombia, heroica por sus hechos, libre por su querer, clara por sus luces, cuando al pie del Chiles y el Cumbal pasaba yo mis días tristes en esa felicidad misteriosa de que sólo son capaces ciertos corazones.

Cuando el crimen de haber azotado a un general, un veterano de la independencia fue a resonar en las naciones vecinas, don Pedro Pablo García Moreno, hermano del delincuente, desmintió en Lima con laudable prontitud el desafuero que se atribuía a su hermano, y dijo en "El Comercio", que de ser verdadera semejante atrocidad se seguiría que ese hombre muriese abrumado bajo el peso de la execración del mundo. El hecho era positivo, auténtica la noticia. Los hermanos de aquel bárbaro protestan junto con todos los suramericanos contra sus insensatas tropelías; y habrá un escritor, un periodista, un encargado de los intereses generales, un guardián de la moral pública, un vigilante de la libertad, un oficial de la democracia que alce la voz y llame a la dominación vitalicia al ser infausto que está condenado a muerte por el tribunal del Nuevo Mundo, a las penas eternas por la justicia del Todopoderoso!

¡Qué doctrinas! La republicana desecha la de los hombres necesarios, y la de los providenciales es impiedad entre nosotros, cuando no fue sino sandez en Napoleón III. La elección de Grant para un tercer período no sería admisible en los Estados Unidos, porque olería a *cesarismo*; la de García Moreno es necesaria en el Ecuador, porque "difieren las circunstancias". ¿Qué circunstancias? ¡ah, señores! este vago, hueco, fantástico vocablo no entraña muchas veces sino la nada; pero una nada malévola, nociva; vientecillo apenas sensible que causa la muerte, como esos aires disimulados que en ciertos países soplan a modo de Céfito y matan a modo de Simún. Las circunstancias no quieren que Grant se perpetúe en los Estados Unidos, Sarmiento en la República Argentina, Murillo en Colombia, y exigen que García Moreno sea eterno en el Ecuador. Estos suben por elección libre, gobiernan con rectitud, concluyen con honor, descienden con modestia, y no incurrir en fatuidad y vanistorio afirmando que sólo ellos son capaces de regir sus naciones respectivas. Que García Moreno piense y aun diga que en la suya no hay sino él, aun no tan malo; que mande a sus Eutropios pensar y decir lo mismo, es natural: ya otro de su calaña mandó que se le tenga por Cibeles, madre de los dioses; y el que tal no creía y confesaba, incurría en delito de lesa majestad. Pero que hijo de otros padres, escritores de luces, periodistas acreditados hagan a un pueblo todo el sumo agravio de no concederle sino un hombre, es cosa que no sufre el corazón. ¿Conocen ellos a ese pueblo? ¿Conocen a esos hombres? Piensen, confiesen y sostengan que García Moreno es Cibeles, madre de los dioses; pero no cierren a palos con los que no lo confiesan porque no lo creen. Pueblo donde no hubiese más que un hombre, estaría condenado a la conquista o a la barbarie. Bien es que los dioses no mueren; y si el viejo Saturno se los

iba comiendo conforme le iban naciendo, la madre Cibeles le parió tal hijo que se llamó Júpiter. Pero si no mueren se van, amigos míos; ¿no saben ustedes que los dioses se van? Se fueron de la Francia, se fueron de la España, se fueron de Roma, se fueron de Nápoles: emperadores, reyes, papas, ¡a la edad media *Vade retro!*

Del Paraguay, se fueron; de Buenos Aires, se fueron; de Bolivia, se fueron; de Guatemala, se fueron; de El Salvador, se fueron; el doctor Francia, Melgarejo, Carrera, Dueñas, dioses de menor cuantía, títeres del Olimpo, ¡se fueron! y no así como quiera sino marcados en la frente con el hierro con que los pueblos señalan a los tiranos para que sean reconocidos en las regiones infernales.

García Moreno no se va todavía, el esfinge no se mueve: su castigo está madurando en el seno de la Providencia; mas yo pienso que se ha de ir cuando menos acordemos, y sin ruido: ha de dar dos piruetas en el aire, y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo. Los jesuitas le han cortado el rabo para cuando lo hayan menester: ¿les valdrá la reliquia? Los dioses se van, amigos míos: se van también los diablos: Jesús es el que viene: Jesús nos trae la redención, la libertad, la democracia.

Volvamos a la política. *Las circunstancias* suenan a motivo transitorio, que no data de quince años, ni se extiende por el porvenir durante la vida de un hombre: reina ya quince años ese tiranuelo, ¿y todavía alega las circunstancias para no apearse? Pues si es de condición que en tanto tiempo no ha podido ordenar las cosas de manera que entregue honradamente el mando, y sin temor, a otro ciudadano, de presumir es, seguro es que las circunstancias durarán tanto cuanto esa alma de diablo mueva ese cuerpo de bruto. Tiene en su persona todos los caracteres de la longevivencia: bien repartido, pecho espacioso, osamenta gruesa, sólida; el temperamento, ígneo; las extremidades, enormes; cabeza, pies y manos de gigante. Cuando algún geólogo averiguador, rebuscando en provecho de las ciencias las ruinas de Quito después de algunos siglos, halle sus restos fósiles, ha de componer con ellos un mastodonte. Frisa con los sesenta años nuestro hidalgo el día de hoy; por la parte que menos, se vive sus treinta más; ¿y hemos de esperar a que se muera? ¡Justicia del cielo! ¿Quién no legitimaría la usurpación, el régimen tiránico, si todo fuera alegar las circunstancias? Fundadnos la política en la filosofía, las razones en la razón, si queréis reducirnos a vuestros pensamientos: en tanto que las circunstancias vuelan con el humo, no hay que palpar ni que apreciar en ellas. La gran circunstancia de los pueblos es la libertad; la de los hombres, el honor: oscurantismo, tiranía, servidumbre son malas circunstancias, amigos y señores.

Si va a la hacienda, ¿quién no sabe la ruina vergonzosa del Ecuador, bien así en lo tocante a la riqueza pública como a la particular? La moneda es desconocida, el ruin papel es el símbolo de los valores; y el pueblo, el pueblo que trabaja, el pueblo que suda, el pueblo que da de comer, no come: el pueblo tiene hambre, tiene hambre el pueblo, ¡cosa horrible, cosa inaudita en Suramérica! Los diez mil italianos de capilla, los veinte mil

jesuitas, las cien mil genízaras que con nombres variados y pintorescos han importado del viejo mundo, se comen lo poco que alcanza a producir un pueblo aherrojado: sabido es que el trabajo libre es el productivo. Los frailes son los únicos que tienen dinero. "Cuando lo he menester —acaba de decirme un notable comerciante—, no voy a tal ni a cual casa mercantil; voy a una celda; los padres me sacan de cualquier apuro, por mi dinero". La usura ha nacido y vivido en el convento; ojalá muriese en el patíbulo. Cada fraile extranjero es una ventosa pegada a las carnes de ese pueblo desdichado: todos tienen rentas cuantiosas, todos tienen industrias, todos hacen milagros, desde el enviado del Papa, y a la sombra del tiranuelo: las iglesias están saqueadas, las custodias falsificadas, las imágenes desnudas. Un tal Tavani, internuncio, hizo tanto en Quito, que de vuelta a Roma, Antonelli le suscitó tres causas criminales, y una de ellas la de simonía. Pero como había llevado medio millón de pesos, él tuvo la justicia de su parte, y hoy vive a lo cardenal en un palacio. Esos quinientos mil duros, ¿para cuántas necesidades no hubieran servido en el Ecuador? El *Star and Herald* acaba de anunciar que el reverendo Padre Potter, de la Compañía de Jesús, ha sido nombrado ministro de Instrucción Pública en el Ecuador. "Este parece ser —añade el respetable periódico— el paraíso de los jesuitas; y está muy bien que los humildes secuaces de Jesús a quienes la civilización de nuestro siglo insiste en perseguir, hallen un lugar de descanso, aun cuando sea en las costas del Pacífico". La ironía no puede ser más en favor nuestro: los hombres a quienes la civilización repele, hallan su paraíso en el Ecuador, que naturalmente será más civilizado que Europa y que toda América. Aquí tienen ustedes, señores del *Star and Herald*, confesada y pregonada por ustedes la barbarie de García Moreno. En su conciencia, ustedes están de acuerdo con nosotros; ¿pues cómo sostienen lo contrario? Cuando aún no acaba de reírse el Nuevo Mundo de ver a ese ingenioso Cayo dedicar por un acto solemne la República al Sagrado Corazón de Jesús, ¿cómo se ha de maravillar de que los jesuitas compongan su Ministerio? Hombre jocoso: ha repartido su ejército en cuatro divisiones: "División del Niño Dios", "División del Buen Pastor", "División de las Cinco Llagas", "División de La Purísima". Y donde los regimientos se llaman en otras partes "Húsares de Apure", "Dragones de a caballo", "Granaderos de la guardia", "Lanceros de la muerte", en el ejército de García Moreno se llaman "Hermanos Católicos", "Hijos de Su Santidad", "Guardianes de la Virgen", "Ejercitantes voluntarios". Pues han de saber ustedes que el ejército de García Moreno entra a ejercicios, confiesan y comulgan desde los generales. Si no estuviera tan manoseada, tan vulgarizada, tan opacada esta palabra de Cicerón, *risum teneatis*, aquí me la decía yo, porque aquí encaja.

Parece que la clerigalla extranjera ha recogido ya el último centavo: para salir de apuros, García Moreno ha recurrido al empréstito, ese yugo tan pesado bajo el cual gimen los gobiernos poco advertidos, bajo del cual medran los de escasa probidad. ¿Cuándo llegará el día de que el mal del empréstito no sea necesario porque lo rehuyamos con el trabajo y la econo-

mía? El empréstito, molestia del presente, azote del porvenir, espectro que aterra a los gobiernos probos. García Moreno ha recurrido al empréstito: ha de ofrecer cinco por uno, y lo ha de conseguir: ¿qué le importa? él sabe que no será él quien pague. El empréstito, cucaña para los prestamistas, ganga para los negociadores, boda, jolgorio para los jesuitas. Pronto, pronto esos millones: el Padre Alfarache los exige, la madre Labrusca los reclama.

No concluiré sin suplicar a mis lectores no tomen a la letra un principio consignado en este escrito y ligeramente desenvuelto; hablo del derecho de insurrección, que sería sobrado atrevido si no se le encerrase en los límites que piden la razón y "un derecho superior", cual es el que tiene la República de existir; "principio que domina todo el edificio social y político", según acaba de sentar el hombre más consumado en materias políticas y sociales de los Estados Unidos. Este es el honorable Reverdy Johnson, quien acaba de decidir que Mc Enery no tenía derecho para derribar el gobierno del usurpador Kellogg, y que la revolución de la Luisiana ha sido un acto ilícito, aun cuando el electo legítimo hubiese sido el dicho Mc Enery; y que todo lo que le cumplía al pueblo luisianés era *esperar con paciencia*. Reverdy Johnson ha juzgado en un solo punto de vista; ni había otros en los cuales se presentase la materia: Kellogg entrampó las elecciones y se declaró gobernador de la Luisiana; Mc Enery reunió la mayoría de sufragios, y fue burlado por su competidor: ¿tuvo derecho para tomar por la fuerza lo que sus conciudadanos le habían concedido de su buena gracia? Un juez competente, anciano en quien concurren la experiencia, la sabiduría y la probidad, ha decidido que no, porque del principio contrario se seguiría la anarquía. Pero si a la usurpación hubiera añadido el dicho Kellogg el crimen de atentar contra las instituciones democráticas, de imponer su pura voluntad con vilipendio de las leyes, de erigir el cadalso como el altar de la patria, de ahogar a los hijos de ella bajo un sinnúmero de frailes ávidos de su sangre, de plantear el fanatismo como principio filosófico, de declarar el *Syllabus* la ley de la república, después de haberla vendido varias veces a las naciones europeas; y si sobre esto se añadiese la resolución de perpetuarse y aun nombrar su sucesor después de sus días: el sabio, el justo, el patriota Reverdy Johnson hubiera decidido que el pueblo de Luisiana no había tenido derecho para derribar al usurpador? ¡No! Y si tal lo decidiera, hubiéramos dudado de su sabiduría.

Con harto fundamento esperamos, señores redactores del *Star and Herald*, que ustedes rectifiquen los conceptos del artículo que ha motivado el presente opusculillo; y mucho más si hacen memoria de los tan contrarios que más de una vez han consignado en su periódico, obedeciendo a la ley de la justicia. Para la popularidad y el buen nombre de que gozan el *Star and Herald* sobran razones: un periódico no cobra tanto crédito sino por la elevación con que trata las cosas y la rectitud con las que deslinda: ¿de dónde ha podido suceder que hoy salga a cuestras con la apología de un tiranuelo cuya extravagancia raya en locura, tiranuelo unánimemente aborrecido en las naciones suramericanas? El escritor se atiene a los hechos

públicos, y no a las adulaciones con que un hombre de escaso pudor se recomienda él mismo. ¿Qué son los papeles que él manda escribir, los informes de sus agentes, para con las traiciones a América, los azotes a generales de la independencia y otros crímenes grandes y espantosos que puestos sobre el Pichincha están gritando al mundo: juzgadle, juzgadle? Obra será del autor de su vida sacar a luz los negros secretos de esa tiranía; un transeúnte le ha salido al paso la ocasión, y tomándola en globo, no tiene tiempo ni humor de entrar en esas particularidades que disgustan como una muchedumbre de sabandijas. Pero es un deber de todo americano señalar los traidores a la patria común; de todo republicano combatir el despotismo y la perpetuidad; de todo hombre de bien levantarse contra lo inicuo y poner la voz en lo alto de los cielos. No es tiempo perdido el que se emplea en favor de nuestros semejantes, ni el camino es malo porque se gaste una jornada en volver por los derechos de los pueblos. No desmayar en ningún tiempo ante la muerte ni ante la calumnia, este es el secreto por cuyo medio hemos alcanzado la venganza de la tiranía, título glorioso al respeto de los hombres libres.

Panamá, 28 de octubre de 1874.

LECCIONES AL PUEBLO

Quito, lunes 7 de agosto de 1876

ENTRE LAS sectas en que se halla dividida la religión cristiana, hay una que profesa este principio: Trabajar es alabar a Dios: *Laborare est orare*. Ocupados de continuo en el trabajo, alaban a Dios continuamente esos hijos de Jesús que, si no le imitan de todo en todo, procuran imitarle en la humildad y la pureza de vida. Imitar a Jesús, ¿quién lo podría? Ese modelo es para visto y admirado, no para reproducido: el mérito de los buenos será tanto mayor, cuanto más se aproximen a él en sus acciones. Por el amor, su corazón es más que humano: ama, y diviniza al objeto de su predilección. ¿Predilección he dicho? A nadie prefiere Jesucristo, cuando todos son de su gremio merecen por las virtudes su cariño. El amor de Dios, el que El nos tiene, es llama de fuego eterno que destruye hasta las cenizas de lo malo, y nos deja livianos, puros, invisibles; espíritus adheridos a la inmortalidad, a pesar de esta armazón mezquina y deleznable que llamamos cuerpo. Cuando él se cae en pedazos y se convierte en tierra, obrando el fluido poderoso de la sepultura, ya el hombre justo ha devorado santamente una eternidad de gloria.

Por el amor, Jesús diviniza a los buenos; por la caridad, da vista a los ciegos, oído a los sordos, movimiento a los tullidos. ¿Qué ser extraordinario es ése cuya mirada está rompiendo las oscuras regiones de la muerte e ingiriendo vida en un difunto? “¡Oh tú, que duermes el sueño eterno, despierta, levántate!” “¡Señor, me llamáis? Aquí estoy”, responde el difunto, y se levanta lleno de vida y amor. Jesús, por la caridad, rescita muertos.

Por la mansedumbre vuelve santos a los pecadores, humedece con lágrimas celestiales los ojos enjutos de vicio, y cura ese horrible mal de la prostitución sin más que una sonrisa: sonrisa de lástima, de benevolencia, de promesa: sonrisa milagrosa, sonrisa eterna, que formándose de un rayo de luz en el seno de la gloria, atraviesa invisible el universo, y viene a estamparse en los labios del que sonrío y con ella hace virtudes.

Por la terneza, se infantiliza, en cierto modo. Con los ancianos anciano, con los niños niño; ámales por menor, a proporción de la correspondencia; pero ese amor de menor cuantía les vuelve grandes a ellos, y les da

cordura y juicio con los cuales miden el mundo de gratitud que deben a ése que les acaricia.

Por la humildad, vuelve inmortales a los que alcanzan sus servicios. ¿Cuán limpios, sanos, ligeros no serán los pies lavados por él? ¿A dónde no irá uno, a dónde no llegará con pies así divinizados? Si él me lava los mios, yo me siento con alas: alas de águila que se bota de la cumbre de una montaña, y va disparada como flecha hacia el abismo; que se levanta, y sube como rayo a la bóveda celeste; que rompe el aire, y cruza el mundo de oriente a occidente. Si él me lava los mios, yo me siento con alas: alas de ángel que se presenta en una hermosa rotura del firmamento, y se tira hacia el mundo cargado de las santas órdenes de Dios. Alas de ángel, que vuela cual ave nunca vista, resonando por los aires y dejando tras sí una dulce estela de armonía. Alas de ángel que hacen viento sobre el mundo, y le purifican; que hacen fuego sobre la tierra, y la encienden; que hacen luz, y la iluminan; que hacen sombra, y la sepultan en tinieblas. El ángel del Señor puede todo esto; y los pies lavados por sus manos, son las alas de ese ángel.

¿Quién alcanzaría, pues, a imitar al que por el amor, la mansedumbre, la terneza, la caridad hace cosas tantas y tan grandes? Los que sienten en el pecho más fuerza de virtud, no le imitan; procuran imitarle; y esto es ya lo sumo de la santidad en la humana criatura.

Pueblo, si no podéis imitarle, procuradlo siquiera; si ni esto alcanzan vuestras fuerzas, alabadle con el trabajo. Trabajar es alabar a Dios: *Laborare est orare*. El trabajo tiene cautiva la atención siendo lícita la obra en que estáis ocupado, vuestras potencias se están ejercitando en noble empleo. Vosotros, hijos de la tierra, seres buenos, humildes que os llamáis gañanes; vosotros que la rompéis con la reja del arado y echáis en el surco la simiente de la vida; vosotros que acariciáis la plantita recién nacida, arrojando a sus lados el limo bienhechor, humedeciéndola con un hilo de agua que pasa haciendo la rueda; vosotros que segáis las mieses, mondáis el haza con la barra, hacéis leña con el hacha; vosotros, estáis acaso pensando, cuando dais vuestros golpes sobre el tronco, cuando corréis la hoz, cuando traéis el agua con el azadón; ¿estáis acaso pensando en la manera como seduciréis a la mujer de vuestro vecino, como hurtaréis la oveja a vuestro amigo, como levantaréis una quimera al inocente? No: la imaginación no se corrompe sino en el ocio: el trabajo libra de la muerte, porque libra de los vicios. ¿Sabíais que los vicios son la muerte? La ociosidad es la fragua de los pecados: manos que nada hacen, se están afilando para el robo. La imaginación bien dirigida, obrando bajo el peso santificador de los buenos pensamientos, es la más brillante de las facultades del hombre: corcel lleno de vida y fuerza, que en noble fuego va saltando y haciendo escarceos por vastos y risueños campos, siempre que un bocado de oro asido a riendas de seda le contenga y le guíe blandamente. La imaginación está de continuo trabajando así en las buenas como en las malas obras: en siendo bueno el objeto, la obra es sublime; en siendo malo, es reprobada. La ociosidad es el lugar desierto adonde se dan cita crímenes y vicios: el trabajo es el padre de

las virtudes. Por eso los puritanos siguen esta máxima: *Laborare est orare*. Pueblo, trabajando alabamos a Dios: trabajad y alabadle.

¡Oh vosotros, hombres modestos, útiles, que os llamáis artesanos!, ¿pensáis en mal cuando vuestro cuerpo va y viene sobre el madero, asidos los brazos al cepillo, viendo desaparecer vuestros pies bajo la crespa, olorosa viruta que sobre ellos se amontona? ¿Pensáis en mal cuando estáis levantándoos al firmamento junto con la sagrada torre que va creciendo debajo de vosotros? ¿Pensáis en mal cuando la fragua gime y chispea a vuestra vista, ardiendo colérica en su avidez por devorar el fierro? ¿Pensáis en mal cuando alzáis el martillo tiránico y dais el horrible golpe sobre el demonio que en forma de ascua está aherrojado entre vuestras tenazas? ¿Pensáis en mal cuando aparejáis el telar, cuando hacéis gemir las tijeras en vuestra mano poderosa, cuando el barro va tomando entre vuestros dedos esas formas graciosas y elegantes que imprimís, criadores mortales, a vuestros utensilios? Si sois malos, no lo sois en cuanto trabajáis. Trabajad de día, y el cansancio será fianza de la noche. El sueño es otro salvador, siempre que venga en pos de la tarea. El sueño medido, lícito, necesario, es el amigo más tierno y socorrido que reconocemos: el que está trabajando, no está robando; el que está durmiendo, no está mintiendo ni quitando la mujer al prójimo. Pueblo, trabajad, dormid; todo a su tiempo, todo con medida. Trabajar es alabar a Dios: *laborare est orare*. Trabajad y alabadle. ¿Por qué no sería también alabar a Dios dormir en el seno de la inocencia ese sueño santo, profundo, viajando por cuyas regiones llegamos sin saberlo hasta las puertas de la eternidad, esto es, de la inmortalidad? *Dormire est orare*. Pueblo, dormid cansados del trabajo, dormid santamente, y vuestro sueño os será recibido como una oración hermosa.

¡Oh vosotros, hombres hábiles, admirables, que dais formas humanas, o más bien divinas, a esa piedra agria de genio que decimos mármol!; ¿tenéis acaso el pensamiento puesto en un proyecto de delito, en una bastardía cuando ese cuerpo bruto vuela en astillas por obra del cincel, y va saliendo poco a poco un dios o un hombre grande debajo de vuestras manos? ¿Cuando el triste lienzo empieza a animarse, iluminarse, tocado apenas por ese instrumentito prodigioso que corre a la paleta, mete la cabeza, como el cisne, en esa fuente del ingenio, toma un baño de inspiración, y vuelve a dar sus toques de poesía en las líneas acompasadas que ya están dando importancia a la humilde tela? ¿Cuando los metales preciosos, vueltos amable cera en vuestras manos, cobran vida, sintiéndose animados por el rayo de inteligencia que les habéis puesto de alma en las entrañas? ¿Cuando acomodáis las ruedas debajo de las cuales yace a su pesar el tiempo, sujeto a una pesita ruin que la tiraniza y desmenuza, como burlándose de la cosa mayor y más inexplicable que contiene el universo? Oh vosotros los estatuarios, los pintores, los relojeros, artistas maravillosos que tenéis el pensamiento absorbido por el dios de vuestras artes, el dios del trabajo, vosotros os halláis menos dispuestos al crimen, a los vicios, que esos infortunados cuya ocupación es la ociosidad, cuyo timbre es la insigni-

ficancia. Miguel Angel, levantando la cúpula de San Pedro, no piensa sino en la inmortalidad: trabaja y alaba a Dios. Rafael Cenzi, pintando la *Transfiguración* en el Vaticano, no piensa sino en la gloria. Trabaja y alaba a Dios. Pueblo, trabajad y alabadle. *Laborare est orare*.

Hubo en la antigüedad un pueblo para quien el trabajo vino a ser cosa imposible, porque había llegado a persuadirse de que él era enemigo de los placeres. Ese pueblo andaba descarriado: sin trabajo no hay placer, sin dolor no hay alegría. Dios ha querido para nuestro bien que del seno de la amargura nazcan las cosas más dulces para nosotros; del seno del trabajo los gustos más cumplidos. El hambre es una de las sensaciones más dolorosas y tristes a que vive sujeta la organización del cuerpo humano; el hambre es un mal, un cruel tormento cuando la extrema la miseria, y viene a convertirse en peligro de muerte; sin este mal, ¿existiría el bien del comer con agrado? Sin este dolor, ¿conoceríamos el placer de satisfacernos frugalmente? Bien así como las pasiones tienen su encadenamiento misterioso, naciendo las buenas de las malas, apoyando las malas a las buenas, así las cosas que parecen divergentes, y aun opuestas, están unidas por eslabones invisibles que rechinan armoniosos donde nadie les oye. El trabajo fatiga: ahora decidme, sin la fatiga, ¿tendríamos idea de ese deleite pacífico que llamamos descanso? Molido el cuerpo, estropeados los huesos, floja y desquiciada la máquina toda, ¡mirad si no es un bien, un gusto indescriptible, tirarse por ahí debajo de un árbol, sobre su hojarasca resonante, y poner el cuello al dulce yugo de ese tirano delicado que desciende poco a poco del cielo y nos ciñe la frente con su corona de adormideras! El loto era sagrado entre los antiguos, porque en sus entrañas venía dormido el sueño.

En cierto modo, los sibaritas tenían razón. No, no la tenían: su sueño no era hijo del trabajo; sus placeres no estaban eslabonados con los dolores, siendo como eran casi brutales. Sardanápalo, en medio de su felicidad, no fue feliz ni un instante: "Come, bebe, todo lo demás no es nada"; ¿quién se tendría por dichoso con seguir esta máxima a la letra?

Ese pueblo, digo, había desterrado de la ciudad molestias y dolores, sin dejar en ella sino logros y placeres. El se lo creía así, pero se engañaba por la mitad de la barba. Abolió todo género de oficios que produjesen algún ruido, sin caer en la cuenta de que el martillo dando sobre el yunque, está forjando el sueño: ¿hay soporífero más delicioso y eficaz que un martillo monótono que gime a la distancia en su riña nocturna con el yunque? Pues los sibaritas abolieron la herrería, para dormir con más gusto. Glotones como ellos, no alcanzaban gran cosa de la gaja ciencia.

Abolieron la carpintería, como si hubiera ruido más armonioso y seductor que el de la sierra mordiendo las entrañas de una gruesa viga. Esa culebra de mil dientes es músico divino para los que tienen el oído lleno de poesías. ¿Pues el hacha? Cuando se la oye allá en el monte, cebándose en el árbol con su ferocidad casi mediatibunda, le parece a uno que el poema de las selvas se abre paso por el silencio inmortal de la naturaleza, y da esos gruesos ayes que se estrellan blandamente en el alma del poeta.

Con decir que los sibaritas desterraron al gallo para que no cantara, dicho se está que esos idiotas no temían dar ni tomar con el dios de la melodía. ¿Hay son más grato, suave, misterioso, profundo, conmovedor que el canto de un gallo que rompe la media noche, allá, lejos, muy lejos, de manera que apenas llegue a nuestros oídos desvelados cual nota moribunda de esa entonación que sin saber en dónde eleva el genio de las sombras? Entre las reminiscencias que de repente me hacen estremecer, yo no tengo una más inefable que el canto de un gallo que a las dos de la mañana llegaba a mis oídos cual un delicioso suspiro de la eternidad que se estuviese quejando amorosamente de los rigores del tiempo.

Tonto soy: estas cosas son buenas para dichas donde pueden ser entendidas y sentidas. Vosotros, buena gente, gente honrada, amigos y enemigos, contentaos con saber que los sibaritas desterraron al gallo. Y vos, oh pueblo, sabed que en el martillo, la sierra, os salváis del negro mar de los vicios, porque en los instrumentos del trabajo está obrando de continuo un milagro del cielo, y ellos os sirven de tabla de salvación. Trabajad, salvaos: trabajar es alabar a Dios: *laborare est orare*.

LIBERALES Y CONSERVADORES

Parece invención moderna esto de llamar liberales a los que impulsan al género humano hacia el progreso representado por el adelanto físico y moral, y conservadores a los que se oponen a él, creídos de que cumplen con lo que manda Dios, o cometiendo por malicia el grave error con el cual tanto perjudican a sus semejantes. Empero si los vocablos son modernos, la esencia de la cosa es antigua, y muy antigua. Los sacerdotes de Osiris que en los subterráneos de sus templos estampan el escarabajo sagrado en la lengua del buey Apis, son conservadores. Les importa que el pueblo tenga fe ciega en sus imposturas, y le mantienen religiosamente en el engaño y la ignorancia. ¡Oh vosotros, conservadores de nuestros tiempos!, ¿creéis de buena fe en la divinidad del buey Apis? El dios del Nilo no es el de Abrahán, el de Jacob; no es el de Juan Bautista, el de Jesús; y con todo, los conservadores creen en el dios del Nilo, porque no abrigan duda acerca de lo que les conviene; hay quien dude de lo que necesita, lo que le gusta. Fuerza, poderío, tesoro, triunfos de todo linaje, buena mesa, buena cama; respeto de los humildes, miedo de los ignorantes, amor de las hermosas, ¿a qué ambicioso no le convendrá? El dios del Nilo proporciona todo esto, y es preciso que el pueblo vea en su lengua el sello de la divinidad. En vano piensan algunos que los conservadores no han inventado la pólvora: bobos son, pero no para su negocio.

Thales, Pitágoras y más filósofos, viajeros conversando con los sabios del Egipto, y aventando a dos manos al mundo las verdades aprendidas de esos ancianos misteriosos, son liberales. Liberal es Sócrates, cuando enseña el progreso y la virtud a sus discípulos: los treinta tiranos que le condenan a

muerte, porque corrompe, según ellos, a los jóvenes, son conservadores. Están bien hallados con Venus y Mercurio, y castigan rigurosamente al que pone en duda la pluralidad de dioses. Liberal es Platón cuando rompe por la muchedumbre del Olimpo, y a paso largo va y se postra ante el Creador de cielos y tierra, en presencia de Júpiter que le mira asombrado con el rayo muerto en la mano. Los que llaman loco a este filósofo, y le venden como a esclavo, son conservadores.

Tiberio Graco ofreciendo en lo alto del Capitolio la libertad al pueblo, es liberal: los decenviros repartiéndose entre ellos los despojos de Roma; teniendo asida la cadena con que le arrastran por las oscuras regiones de la servidumbre, son conservadores. Estos necesitan un horrible, crimen sublime, crimen santo de un viejo tribuno, para aflojar esos eslabones. Virginia muere a manos de su padre por la honra y la virtud; y el puñal que abre esas entrañas vírgenes restituye la libertad a su patria. La muchacha Virginia y su santo matador son liberales. Liberal es Lucrecia, liberal Junio Bruto; los Tarquinos son conservadores.

En el siglo decimotercio hubo en la ciudad eterna un hijo del pueblo, que habiendo nacido en la furia de la esclavitud, vino por el valor y las virtudes a ser libertador y padre de la patria. Llamábase Rienzi ese plebeyo. Tiemblan los tiranos, los nobles caen de rodillas ante el héroe justiciero. Vicios horrendos, crímenes inauditos ennegrecen la mansión de las virtudes: Rienzi se levanta, sopla sobre los perversos, y todo queda limpio. Robo, prostitución, asesinato, huyen despavoridos, o se encierran y fortifican en sus torres. Rienzi tiene en la diestra la espada de la justicia: juzga y condena; no castiga de mano poderosa. La antigua Roma, la Roma de los grandes hechos, la de Escipión, la de Catón ha resucitado por un instante. Rienzi es liberal.

Los que salen de sus castillos de improviso, cual bocanada pestilente del averno, y le sofocan, y vuelven a la ciudad a vengarse del pueblo, proclamando el imperio del hambre y el azote, son conservadores.

El señor feudal encerrado en su castillo entre murallas de piedra viva, rodeado por defuera de vasallos a quienes manda con el látigo, es el emblema del partido conservador de la edad media. El conde o barón se viste de acero: el arma del enemigo ha de ser el hacha que le rompa los huesos con defensa y todo: la coraza no da paso a la espada; el morrión fornido se ríe del sable. Monta su bridón el caballero, y resonando las piezas de su cuerpo, sale por una puerta que no se abre para otra cosa, en medio de las chispas que sacan de las piedras las herraduras de su feroz caballo. A cuatro pasos de sus posesiones ha dado con la hueste del vecino: estréllanse los dos, combátense, degüéllanse, sin motivo ni declaración de guerra. Cuando la esposa esperaba a su dueño y señor con el fruto de la caza, un fiero jabali atravesado en las ancas de su cabalgadura, ve entrar un cuerpo humano cruzado en la negra silla. Es su esposo que ha muerto a manos del barón de la montaña.

Los señores feudales eran conservadores; vivían apasionados a sus leyes y costumbres.

Los caballeros andantes que armados de todas armas recorrían el mundo amparando huérfanos, socorriendo viudos y menesterosos, desfaciendo agravios, castigando malandrines y follones, eran liberales. Justicia, generosidad, sacrificio, noble pasión por el progreso humano, esto profesaban esos locos sublimes, que en su tiempo eran muy cuerdos.

Durante las repúblicas de Italia, los güelfos son conservadores, los gibelinos liberales: los güelfos se atienen a la aristocracia de la sangre, y quieren prevalecer por ella; los gibelinos no reconocen más nobleza que la de la honra y de los grandes hechos. Los güelfos le ponen el yugo al pueblo y le declaran esclavo; los gibelinos se lo quitan y le proclaman libre. Los güelfos lo allegan todo para sí, coma o no coma el pueblo; los gibelinos miran por él, lo defienden, le protegen. Los güelfos le niegan la instrucción, le abruman con trabajos inmoderados; los gibelinos le enseñan como pueden, le dan tarea medida y razonable. Los güelfos son conservadores, los gibelinos liberales.

Toda innovación es un error, y todo error lleva al infierno, dice el Corán. Mahoma es conservador. Jesús, mandando a sus discípulos a predicar por el mundo las nuevas verdades que él les había enseñado, es liberal. El liberalismo consiste en la ilustración, el progreso humano, y por aquí, en las virtudes; ni puede haberlas en medio de la ignorancia y el estancamiento de las ideas. Aguas que no se mueven se corrompen. Los conservadores beben del Mar Muerto.

El ferrocarril, el telégrafo, la navegación por vapor son liberales. La vida está en el movimiento: la tumba es inmóvil.

Sucedió que el inventor de la locomotora estuviese haciendo sus ensayos por menor en un país de Inglaterra. Acertó a pasar un clérigo presbiteriano, y recibió en la pierna un choque de la maquinilla, que se iba de por sí, rugiendo como enojada con el diablo. *Fugite partis adversae!* exclamó el sacerdote, juzgando que fuese cosa del enemigo malo. Los conservadores hasta ahora tienen el ferrocarril por invento del demonio, y lo que es peor, de los demonios. Su religión es no salir del círculo en donde alcanzan a oler sus narices. Paréceles que un buen cristiano, cristiano viejo, no puede, sin mostrarse antipapista y heresiarca, dejarse arrastrar, subir a bordo de un buque de vapor, y menos ir a esconder la cabeza en las nubes en ese globo encantado a quien espolea un braserillo. No, señor: un católico a lo Fernando VII ha de andar en mula, con su buen jaquimón de chapas de plata, petral, retranca y tapanca de borlas coloradas. Y el sombrero es pequeñito en gracia de Dios: bajo su ala puede sestear un rebaño, o desollar el lobo media docena de borrachos. El rostro va sujeto a la cabeza con un tercio de sábana: se echa a cuestras dos o tres piezas ridículas de esas que llaman ponchos, y tran tran, se va por esos trigos, muy pagado de sí mismo y de su santa religión. ¿Pues no la conjuraba a la locomotora aquel buen eclesiástico? El pasado, dice un gran autor aludiendo a este suceso, chocaba con el porvenir. Y bramaba de cólera y despecho, agregamos nosotros.

Stephenson es liberal; el clérigo presbiteriano, conservador.

Sabido es que los conservadores de las selvas americanas persiguen tenazmente la electricidad que vuela por sus negros hilos a lo largo del de-

sierto. Los Estados Unidos les aterran con la muerte o les aplacan por medio de regalos, para que no rompan los hilos telegráficos ni corten los rieles del ferrocarril del Pacífico. ¡Quién lo creyera!; hemos visto en algunas naciones de América al partido conservador oponerse tenazmente a los proyectos de ferrocarriles, y empeñarse en manifestar, no solamente lo inútil, sino también lo perjudicial de estas empresas! El Gobierno inglés, mandando el partido conservador con Palmerston o con Derby, hizo una guerra cruda al proyecto de Fernando Lesseps, que hoy es una de las obras mayores y más admirables de los tiempos modernos. El virrey de Egipto, bárbaro generoso que civiliza las pirámides y llueve sobre la ardiente arena, no disimula su apego a la civilización europea ni sus simpatías por el partido liberal. Los conservadores de Persia se han opuesto con amenazas terribles a que el sha introduzca en el imperio las reformas que le hubieran sacado de la barbarie, y enviado un magnífico saludo al gran Ciro en sus palacios de la eternidad.

Los sesudos, los conservadores de Francia, echaron a pasear a Fulton, cuando se presentó con el proyecto de la navegación por vapor en la mano. Dijeron lo que el profeta: Toda innovación es un error, y todo error lleva al infierno. Temieron los sesudos irse a los infiernos más prontito de lo que se habían de ir en sus pontones carcomidos, lepra de los puertos. Fulton, Samuel Morse, Sirius Field, todo el que se mueve, se agita, discurre, imagina, crea, da vida y poder al mundo, corriendo en uno como frenesí bienhechor, impelido por el espíritu de la perfectibilidad humana, todos son liberales. La esencia del liberalismo es el movimiento. El liberalismo devora mares y ríos; rompe las entrañas de los montes, y pasa de una nación a otra en un instante; dos minutos necesita para comunicar al mundo entero lo que ocurre en un lugar, y está ya en camino de adueñarse del reino de la atmósfera, en su flujo por conocer y averiguarlo todo. El dios de los conservadores es un gigante sin pies, que está sentado en el centro de un profundo valle. Semejante a Visnú, el genio de las pagodas de la India, carece de la facultad del movimiento; no se mueve, y tiene crispadura de nervios cuando ve encumbrarse el águila o dispararse enardecido el león del hosco monte a la llanura. Gigante perpetuamente hambreado, su mesa es el patíbulo; vive de carne humana; la pena de muerte el renglón que le sustenta, y no le harta; él quisiera matar dos veces a sus víctimas, y comérselas dos veces. No se mueve, y es temible; allana el hogar doméstico arrastrándose; la inviolabilidad del domicilio es una burla para él. No se mueve, y nadie puede huir de sus garras; todos son sus tributarios. No se mueve; mas con sus ojos inmóviles escudriña, no solamente las acciones, sino también los pensamientos de sus esclavos. No se mueve; mas el prestigio infernal que se levanta de su cuerpo entorpece aun a los que andan lejos, les atrae, les echa como muertos a sus plantas. El dios de los conservadores es terrible; ve tinieblas, oye silencio fatídico, huele azufre, gusta sangre, se la bebe, se emborracha con ella, y salta sin pies en satánica alegría.

Don Alfonso el Sabio fue liberal; con la vista fija en el porvenir, daba trancadas descomunales, cuatro siglos adelante de sus contemporáneos. En-

rique IV era liberal; Enrique, el mayor, el mejor de los reyes de Francia; uno de los pocos que han alcanzado el cariño de sus súbditos, la admiración de cuantas son las gentes. Los que le quitaron la vida fueron conservadores, católicos, apostólicos, romanos. Carlos IX, el de la jornada de San Bartolomé; Fernando VII, el restaurador de la inquisición, conservadores.

El liberalismo anda soplando por el mundo en forma de viento fresco y oloroso; de cuando en cuando cobra proporciones de huracán, y se precipita sobre los pueblos echando por tierra furiosamente los alcázares del fanatismo y la tiranía. La Bastilla, esa cárcel estupenda donde yacen encarceladas libertad, dignidad humana, facultades del hombre, tiembla sobre sus cimientos de granito, y se viene al suelo un día de tormenta.

El príncipe de Bismarck, enemigo mortal de los católicos; ése a quien estos caritativos cristianos tienen destinado para las llamas infernales, es conservador; conservador a todo trance; conservador irreconciliable con los pueblos libres; de esos que sostienen el derecho divino de los reyes, y aporrecantan creer en la predestinación de los tiranos y sus víctimas. Para que se vea si ser conservador y católico, liberal y disidente son una misma cosa. El liberalismo es el principio de la salud; Nicolás, emperador de Rusia, mandó a su heredero en artículo de muerte, que no diese libertad a los siervos, ni hiciese la paz con las naciones con las cuales murió en guerra. Alejandro hizo la paz, y ha dado libertad a los hijos del terruño. Nicolás era conservador, Alejandro propende al liberalismo.

Los españoles, liberales en España, combaten la esclavitud por la imprenta, en la tribuna; cuando hacen oraciones remiradas acerca de la libertad de Cuba, son conservadores, y no lo niegan. Castelar dijo que primero era español que republicano; y por tanto sostuvo la servidumbre perpetua de la isla. Castelar, enemigo de la libertad de Cuba, es conservador; abogado de los sanos principios, en teoría, es liberal. No hay a quien no le suene bien esta palabra; todos los hombres de talento quieren ser liberales; si a su negocio conviene que sean lo contrario, lo son, sin dejar de adornarse por escrito con ese hermoso nombre. Distinguid, ruégoos; una es la mala fe, y otros los principios mismos. No digo que la inteligencia, la sabiduría, el don de progreso sean patrimonio exclusivo de los liberales en el mundo; ¡cómo lo diría sin acreditar me de necio! Entre los hombres grandes, los hay que son conservadores; pero ellos se atienen a la esencia de la cosa, no a los términos vagos; a la sustancia, no a la zupia; Guizot, Thiers han sido siempre liberales en ideas; cuando fueron conservadores, no lo fueron sino de partido. Pero ni esto le ha gustado al fin a este admirable viejo, y hoy tiene a gloria llamarse liberal, cabeza y guía del gran partido francés republicano. Luis Veuillot es conservador; ¿no es lástima que el ingenio de ese camandulero se desagüe por el canal del fanatismo? Veuillot es uno como De Maistre, menos sanguinario, pero más tenebroso. Los pueblos no tienen derecho ni facultades; todo sale de Roma, todo va a dar a Roma. Una ocasión que este desafortado papista había recibido de Su Santidad una reprimenda, a causa de sus exageraciones curiales, se puso rostrituerto y desabrido. Los periódicos

burlescos de París publicaron entonces una caricatura, que consistía en un Monsieur Veuillot entregando su delantal al papa como quien deja la cocina.

No sabemos qué influjo misterioso tiene este que se llama partido liberal, para que en el día esté predominando en casi todo el mundo civilizado, a pesar de la oposición formidable que le hacen el Vaticano y sus ejércitos; el hecho es que predomina, en Europa mismo. El Asia, el Africa son todavía conservadoras; los cuero-colorado o *peau rouge*, los esquimales lo son también en América. Estos sabios profesan también el principio del Corán: Toda innovación es un error, y todo error lleva al infierno. Francia, Inglaterra, Italia, gran parte de España, como naciones son liberales. Prusia, enemiga del papa; la Sublime Puerta, son conservadoras. En Sud-América no hay sino un oscuro rincón, éste que Humboldt llamó "el templo de la luz", que viva bajo el yugo de los principios conservadores; esto es, bajo el poder del verdugo, material y formalmente. Todas las demás repúblicas son liberales por inclinación y por institución, inclusive Chile, la cual, según las reformas que tiene entre manos, lo será por completo no muy tarde; reformas que constituyen los derechos y los deberes del siglo decimonono.

Que no me he propuesto hablar de los conservadores y los liberales de la tierra, lo habéis visto, compatriotas. Pueblo envejecido bajo el régimen del látigo, no tiene derecho a llamarse conservador ni liberal. Los que, mientras vosotros estabais de barriga, andábamos la frente erguida, respirando con abiertas fauces aires libres y salubres, podemos hablar de estas cosas, porque nos hallamos en posesión de distinguirlas. ¿Tenéis realmente idea de los principios, oh vosotros, los ajusticiadores y los ajusticiados de García Moreno? ¿profesáis alguno de ellos de buena fe, por convencimiento? Yo pienso que no. Y me fundo en que un liberal se vuelve conservador de la noche a la mañana, como consigo atrapar un empleillo; y un conservador se convierte en liberal furioso, si el Gobierno se lo quita. No es puramente asunto de palabras, como oigo cada día; es más asunto de pan y carne; *Panis et circencis*. Las excepciones quedan en pie, sin que les toque mi viento; son palmas hermosas y solitarias que se elevan en un desierto; tristes, pero majestuosas. Buenos amigos, ahorremos las injurias; yo no quiero deprimir a nadie; lo que trato es ilustraros, ilustrándome yo mismo.

He dicho.

LA CLASE MILITAR

Quito, martes 16 de octubre de 1877

EN LAS repúblicas sudamericanas la clase militar suele vivir en pugna interminable con la civil y la eclesiástica, prevaleciendo por el sable siempre que la Nación huye de ella vencida e intimidada. La emancipación del Nuevo Mundo les debe mucho a los soldados; pero este recuerdo no puede ser el yugo debajo del cual gimen sin término las demás clases sociales. Militares fueron, por otra parte, en la guerra de la independencia, no solamente los de la profesión, más aún todos los ciudadanos. Sabido es que los clérigos patriotas no se desdeñaron de concurrir muchas veces a los campos de batalla. En cuanto a los civiles, no hubo quien no acudiese a tomar las armas; los estudiantes fueron soldados rasos, los abogados oficiales, los hombres proyectos por la edad y las virtudes se convirtieron en jefes y caudillos. La clase militar no ha de tener en cuenta sus servicios a la república; todos la sirvieron según el caudal de sus facultades. ¿Y acaso ellos peleaban como quienes hacían un favor a los demás? Combatieron por motivos propios; las ventajas de la victoria no deben, pues, redundar exclusivamente en provecho de los que siguen su carrera. Puesto punto final a la guerra de la emancipación, los que tenían empuñada la espada fueron dueños de todo; preeminencia justa, si consideramos que esos guerreros sin miedo y sin tacha, semejantes a Bayardo, reunían en sus augustas personas el patriotismo, el valor, la inteligencia; las luces, en una palabra, y las virtudes. ¿Quién sería osado a disputarle el mando a Bolívar? Para soldado, Bolívar fue un sabio. Soldado, no de hecho, sino por principios, supo cuanto debe saber un hombre grande. Filosofía, ciencias políticas, diplomacia, todos los ramos del saber humano estaban dentro de la jurisdicción de su vasta capacidad intelectual. La espada no fue en Bolívar el primer título a la consideración de los sudamericanos; como guerrero, infunde miedo; como hombre de estudios, admira; como orador, conmueve; como escritor, cautiva; como libertador, tiene derecho a la veneración del Nuevo Mundo. Simón Bolívar, el hombre más completo que ha producido la raza hispanoamericana, debe ser un ejemplar sagrado para los que ansían la preponderancia en la república. Bolívar tiene en mu-

cho el acero; pero lo tiene echado humildemente a los pies de su inteligencia. Los valerosos a lo tigre no pasan de la nombradía de Farfán. Ningún soldado más pujante, más audaz, más impertérrito, más temible que este hijo de la fuerza. Farfán hace prodigios en el campo de batalla; miedo, no lo conoce; todo lo acomete, nada le resiste. Farfán muere en el olvido; la falta de inteligencia le roba la inmortalidad; no le resucitamos sino para matar la fuerza bruta. El valor, virtud tan respetable, no vive para la gloria, a menos que no implore el auxilio del estudio. Los héroes, los grandes capitanes van pasando de siglo en siglo al mundo de la fama guiados por esa antorcha mágica que la diosa de la sabiduría lleva delante de ellos. La gloria es un universo poco poblado; a él llegan los hombres que cultivan relaciones secretas con los espíritus eternos; el que camina precedido por el dios de la luz, ése es el grande, ése es el genio. Hombre grande no puede haber si no concurren en él las luces y las virtudes. Soldados, oh soldados, no basta que empuñéis espada de oro; preciso es que os guíe esa lumbré celestial, que cuando toma cuerpo hermoso suele llamarse genio. Inteligencia, estudio, fuerte propensión a lo justo, lo grande; valor, pundonor, audacia, voluntad soberana, ímpetu y buena fortuna, todo reunido en miembros de gigante, esto se llama genio. ¿Pensáis que César vive después de muerto, solamente por la fuerza de su brazo? Julio César, en medio de la guerra, tuvo comodidad hasta para ser científico; reformó el calendario; obra romana que vive todavía. Cicerón le había ofendido en un libro acerca de Catón; César no le hizo prender, no le sepultó en prisiones, no le mandó al destierro; escribió el *Anti-Catón*, y venció por la elocuencia. Soldados, ser rayos en la guerra, como César; pero si no escribís, si no habláis como él, no seréis hombre de genio. Los grandes capitanes todos han sido al propio tiempo grandes hombres. Jenofonte, dueño de una de las hazañas antiguas más sorprendentes, más hermosas, fue el escritor más remirado y ameno de los griegos. El mismo César, vencedor del gran Pompeyo, escribió sus *Comentarios*, monumento precioso de las buenas letras de Roma. En los tiempos modernos, Cromwell, prodigio de sagacidad y buena fortuna en la guerra, ha sido el hombre más entregado al estudio y la meditación. Bonaparte sabe todo, es varón completo; filósofo, escritor, estadista, diplomático, su pluma se hombréa con su espada. Sabido es que entre los libros que llevaba consigo cuando salía a los combates, las obras de Homero iban juntas con las de Bernardino de Saint-Pierre; los dioses al lado de los mortales, los héroes al lado de los niños enamorados; Pablo y Virginia sestean seguros a la sombra de Ajax y el hijo de Peleo. Napoleón hubiera tenido por pobre y triste su diadema sin las preseas de las humanidades. Palas anda de arriba abajo en la *Iliada*; pero sin Venus no hubiera *Eneida*. Amor, valor, sabiduría, éstas son las tres almas de Minerva. Si pueden más con nosotros los ejemplos familiares, ahí está Sucre, dechado de virtudes; ahí está Páez, que pulió su áspera corteza de llanero con ese mágico instrumento que se llama educación. Páez, el hijo del Apure, el padre de la lanza, sacó de su corona una rama de laurel, y la convirtió en pluma bien cortada. Si salimos del Nuevo

Mundo, hallamos sabios en todos los capitanes afamados de Europa. Garibaldi, ese como Roldán antiguo, pronuncia discursos, da a la estampa libros de todo género. Von Moltke es autor de primera clase; el general Trochu, gobernador de París durante el sitio, es uno de los escritores científicos más autorizados. Entre los periodistas franceses, Saint-Genest, redactor de *El Figaro*, pasa por uno de los más hábiles, siendo al propio tiempo uno de los oficiales más valientes del ejército. La guerra es una ciencia; *sin estudio, no hay adquirirla*. Entre nosotros, la sabiduría no entra en la morada de los militares; al estudio le echan a empellones. La carrera militar, en pueblos grandes, es la más ilustre: a ella entran los nobles; para entrar a ella se ha menester escuela, colegio, exámenes, premios honoríficos, medallas excelsas. Un oficial, en Europa, no tiene derecho de ir al campo de batalla si no pasa por las aulas: en la frontera está de pie, adusto, severo pero hermoso, el genio de la guerra: los que van en defensa de la patria, han de poner en sus manos el certificado de la madre ciencia. Este es el modo.

Andando yo una vez por los alrededores de una casa de campo, me columbró desde lejos el dueño de ella, y se vino para mí. Dios sabe si venía con las manos vacías. Nos tiramos debajo de un árbol frondoso, y el amigo, coronel efectivo del ejército, se puso a regalarme con la lectura de varios poemas a lo Byron, en uno de los cuales figuraba, por más señas, un Mauti el Bubuna, personaje más sombrío que Manfredo. Julio Zaldumbide me ha contado que a él también le leyó una ocasión una tragedia titulada "Masinisa". Si las obras fueron maestras, no sé; mas no puedo dejar de aplaudir en ese militar su aplicación a la lectura y la escritura. Las dotes naturales de los sudamericanos nadie ha puesto en duda: inteligencia, no les falta; valor, les sobra: educación es lo que necesitan. La desgracia de nuestros militares es que su carrera ha venido a ser mecánica, dejando de ser científica. Ellos no tienen la culpa. ¿Cuántos de estos gallardos oficiales no tratarían de emular a los generales de la primera república francesa, si tuvieran colegios, estímulos, recompensas, oportunidades? Un buen legislador, un buen gobernante harán suyo el empeño de dar realce y timbre a la clase militar, proporcionándole medios de estudio y aprendizaje. La tela es buena; preciso es que el bordado sea superior. Jefes y oficiales hay muy distinguidos; las cortan en el aire en esto del hablar culto. Pero sus conocimientos los deben a esfuerzos personales; lo que importa es generalizar la educación de los militares por medio de sabias disposiciones. Dos soldados se han presentado en mi casa con el morrión en la mano, y en delicada manera me han pedido "El Regenerador". Este es el caso que me convida a escribir el presente artículo. El que infunda en los nuestros el alma del soldado francés, ése será el benemérito de la patria. ¿Cuántos alferoces no he visto yo de brazo por las calles con duques y marqueses, con autores ilustres y hombres grandes? Esos alferoces son jóvenes cultos, instruidos, llenos de méritos, amigos y, si es posible, protectores de los que no ciñen espada. Para que la fuerza sea un poder bienhechor, preciso es que esté girando eternamente por la órbita de la luz, y pase por esas constelaciones celestiales que se llaman filosofía, moral,

política, diplomacia, legislación y más signos en que se halla dividida la esfera del saber humano.

DEFECTOS DE NUESTRA RAZA

Un viajero de mucho nombre se anduvo por Sud-América buenos años, viéndola de arriba abajo, observándola con anteojo de graduación, de tal suerte y con tal prolijidad, que si no le midió las arrugas, porque aún no es vieja, le contó las pecas y los hoyos de la cara. Vuelto a su tierra, el sabio dio a la estampa un libro que decía: "En las repúblicas sudamericanas todo es bambolla". ¿Qué tal, vecinos del Rimac? ¿qué tal amigos del Funza? ¿qué tal, hermanos del Guayas y el Machángara? ¿Cómo les queda a ustedes el cuerpo después de esta sentencia de Salomón, este dístico de Homero, este aforismo de Hipócrates, este apotegma de Aristipo, esta *Partida* del rey Alfonso, esta orden del día del Cambronne, esta receta de Moscorroffio? Como les ha de quedar: a los de tierra caliente, sudando y correoso; a los de tierra fría, helado y escamoso, según le tienen por costumbre: el alma, si no es de cántaro, es la que debe sufrir en ustedes una modificación dolorosísima a esta verdad incontestable de aquel tudesco sin entrañas. Los hombres de la Selva Negra, hasta los poetas son observadores y científicos: Goethe escribió un tratado de los colores al propio tiempo que el *Juan Fausto*. No sé si será poeta estotro cimbrío; pero sí sé que no hubo memoria de ministro que no leyese, proyecto de ley que no examinase, empresa que no siguiese punto por punto y cuando se convenció de que nuestros montes, después de bramar como Encélados heridos, no parían sino ratones, se fue a Europa, y en laconismo digno de santa Teresa, dijo: en las repúblicas hispanoamericanas todo es bambolla.

Dicen que los romanos antiguos enviaron una comisión de senadores a recoger las buenas leyes que hallasen por el mundo, a fin de formar un código que abrigase en su seno su futura grandeza. Las Doce Tablas fueron el fruto de ese viaje de legislador. Franceses, ingleses, italianos, en vez de estarse calentando la mollera en sus parlamentos, y dándose de las astas sobre cuáles son las mejores leyes, deberían mandar comisiones al Perú, al Ecuador, a Colombia, y aun a Chile, en donde recogieran a dos manos leyes como diamantes de Pernambuco, gruesos, puros, admirables. Para leyes sabias, generosas, aquí estamos nosotros: libertad de imprenta, garantías individuales, derecho irrestricto de sufragio, maravillas. Escribe uno cuatro disparates llenos de justicia; ¡pau! venga usted, so picaro: ¿conque se pone a escribir contra el gobierno? ¿no sabe usted que estamos en plena regeneración?

Independencia de los poderes, tolerancia, liberalismo ilustrado: llega el cumpleaños del presidente, del ministro, del archivero; ¡hola, clérigos! a repicar las campanas, a cantar *Te Deum*, o vean lo que se hacen. Cae el día de San Crispín, de Santa Rita; allá van notas del obispo, del vicario al gobierno sobre que haya salvas, sobre que asistan los empleados, sobre que

la Iglesia necesita una subvención para las fiestas. No hay cosas más entremetidas una con otra que la Iglesia y el Gobierno: le ocurre a éste necesidad de la cruz alta, el hisopo, las andas; ahí está ésa para contestar que nada tiene que ver con ella el poder civil. Si no le piden la cruz alta, el hisopo, las andas, pone la Iglesia el grito en el cielo, llama impío al Gobierno, fulmina excomunión "latæ sententiæ", cita el canon *siquis suadente diabolo*. El Gobierno por su parte no se mete en las ritualidades eclesiásticas, ni ha menester las campanas para maldita de Dios la cosa: hagan los frailes lo que quieran en su iglesia, y lo que no quieran no hagan; pero tengan mucho cuidado con sus rentas, si no repican como unos Cuasimodos el día aniversario de la revolución que hicimos contra su partido. Es de ver la furia con que nuestros prelados vuelven por su independencia, al mismo tiempo que no quieren pasar un santo sin hacerle cargar las andas al Gobierno. Se muere un fraile; pague usted los derechos. Se huye una monja; mande usted una escolta tras ella. Los pobres cañones son los que pagan el pato: toma el hábito un ocioso, los cañones; se ordena un monigote, los cañones; profesa una novicia, los cañones; vuelve el obispo de un paseo, los cañones; hace un milagro una beata, los cañones: no le hace daño al cura la morcilla que cenó con mucho miedo, los cañones. Dios le dé a mi amigo Veintemilla el corazón de no pedir ametralladoras a Francia, porque los clérigos, a fuer de independientes, no han de querer hacer nada sin ametralladoras, y nos han de estar ametrallando el alma de día y noche. ¿Por qué no siguen estos demonios el ejemplo del gobierno liberal, que no les molesta en lo más mínimo ni se mete con ellos para nada? Entra a la capital una partida de milicianos de poncho, las campanas. Tenemos ministro nuevo, subsecretario de repuesto, las campanas. El teniente Alifanfarrón de Trapobana ha sido ascendido a brigadier, las campanas. Se casa la hija del cabo segundo Calmenares, las campanas. Llega una recua de pertrechos, las campanas. *De profundis*, aunque nadie se haya muerto; encuentro eclesiástico de orden de gobierno, aun cuando no venga N^a S^a del Puiñche. *Te Deum*, aun cuando no haya emperador que coronar. El uno con las campanas, la otra con los cañones, la Iglesia y el Estado cultivan las más fraternales relaciones y hacen perpetuamente la felicidad de la República. Entretanto es de oír con la gracia que cada uno sostiene sus derechos, protestando su prescindencia en los asuntos de la parte contraria. Si mi alemán, el de la bombolla, estuviera presente, aquí le diera yo un ósculo de amor.

En cuanto a progresos, vamos a punto el postre con nuestros vecinos del Carchi y del Macará: ferrocarriles a la luna, telégrafos a las siete cabrillas, carreteras a la vía láctea. Los franceses y los italianos han perforado los Alpes, viajan por las entrañas de los montes del uno al otro reino: nosotros les vamos a destripar a los Andes; saldremos del uno al otro océano en monitores de guerra. Entretanto Dios sabe si es flaca, desvencijada, lerda, garrapata y muerta de hambre la mula en que vamos cojín cojeando por esas cuevas y esos llanos, con más zamarros que un vaquero del Pedregal, y más corbata que un prior de Santo Domingo. Ciencias morales y políticas,

hacienda pública, religión son cosas nuestras; son *nuestro hombre*, como dicen en el Sena. Acuérdomo haber leído con más gusto que el *Quijote* una carta de doscientas páginas que un ministro de García Moreno había dirigido a Pío IX. Las más cultas naciones de Europa no habían dado, según ella, pasos tan largos en el campo de las ciencias como nuestro gracioso Ecuador: colegios a celemines; escuelas politécnicas, planteles de sabiduría, fundaciones de caridad, casas de religión; inclusas, hospicios, hospitales, conventos, monasterios, capillas; oratorios, observatorios, conservatorios y reclinatorios; rosarios, vicarios y canarios; monjas, lonjas y esponjas; frailes y frailejones, canónigos y hongos; plegarias y boticarias; capuchinos y cachupines, ¿de qué no había, Dios eterno, qué no había traído el invicto, el infatigable don Gabriel? Filósofos, teólogos, matemáticos, oradores, químicos, músicos, sacapotras, argonautas, prestidigitadores, volatineros, titiriteros, ventrílocuos; sabios de todo linaje, héroes de todas dimensiones, no tenía ya donde guardar ese grande hombre. Y esa epístola papal concluía con esta firma pontifical:

Quien tú ya sabes, Javier León

Los hijos a los padres, los nietos a los abuelos, los chicos a los grandes, los criados a los amos, los jóvenes a los viejos (y aun a las viejas), los militares a los civiles, a todos he oído tutear en este tiempo de tuteo general; pero hasta la edad que tengo no había oído a un ministro tutear al papa. ¡Y qué tuteo! Quien tú ya sabes... Así firman los jaques en Andalucía cuando escriben a sus coimas.

Esta es la bambolla de la sabiduría; ¿ahora qué dijera nuestro teutón de la bambolla de los derechos sociales? Notas, circulares, oficios del gobierno acerca de recomendar plena libertad en el sufragio: los jefes civiles y militares de las provincias contestan de este modo: "Tengo el honor de ofrecer al supremo gobierno que ganaré las elecciones a patadas"; "Tengo la satisfacción de comprometerme con el supremo gobierno a ganar las elecciones a palos"; "Tengo gloria de prometer que ganaré las elecciones a balazos". Y lo cumplen. ¡Buen ganar y buenas elecciones! Esto sí que no es bambolla. No vayan ustedes a decir que estoy haciendo cargos a la nación ecuatoriana: las elecciones, en el Perú, son combates donde ocurren muchas muertes; las llevan adelante a sangre y fuego. En Colombia, más orejas caen al suelo que votos en las urnas; y acaba de suceder en la más ordenada y pacífica de las repúblicas del Nuevo Mundo, que un zapatero sale de su taller, como iba pasando el más ilustre de los candidatos, y con una horma de botas le saluda de manera de abrirle un jeme de cabeza. ¡Y digan los alemanes que en las repúblicas hispanoamericanas todo es bambolla!

LA GUERRA CIVIL

Quito, lunes 7 de enero de 1878

LOS ROMANOS pasaban a cuchillo a todos los prisioneros de guerra, en las civiles; no había cuartel para los compatriotas convertidos en enemigos. Tan gran delito era éste entre esos hombres sabios, que donde los extranjeros merecían perdón, los dueños de casa, fuera de la muerte, no pensaban en otra cosa, si perdían el combate. El derecho de gentes moderno las tiene ordenadas de otro modo: son más justicia, cordura y humanidad, a nadie autoriza para quitar la vida a rendidos ni prisioneros: si éstos son extranjeros, quedan salvos; si compatriotas de los vencedores, salvos quedan. La sabiduría de las naciones será siempre tanto más subida de punto cuanto más acendrado su respeto por la vida humana. Matamos en la guerra puesta la mira en la victoria; alcanzada ésta, no nos es dable destruir al enemigo, porque ya está imposibilitado. Si por vía de pena, no somos jueces; si de mano poderosa, somos bárbaros. Tiranos hay que fundan su poder en el terror: sagrada para éstos, cosa ninguna. El derecho de sangre les pertenece; si alguien viene a disputárselo, todo es ruinas. En pueblos razonables los tiranos no dan la ley por mucho tiempo: tiranía se llama cabalmente la transgresión de las leyes, el abuso de la fuerza en perjuicio de los asociados. Pues, me dirán los partidarios de la mano de fierro, ¿cómo ponemos a raya a los conspiradores y les infundimos ese miedo saludable con que salvamos la República? El terror es ilegal; la rectitud y la justicia girando majestuosas en la órbita de la constitución y las leyes, la salvan como se debe, en paz y amor entre las gentes. Los conspiradores de profesión, esa turba hampesca de la política que busca el cebo de sus vicios en río revuelto; esos pícaros para quienes conspiración es pan, revolución trabajo; a éstos que los cuelguen; nada pierde la República con una baja de cuatro zánganos bribones. Que los cuelgue el verdugo, previa sentencia judicial: de lo que nunca seremos partidarios es de la dictadura cuyo poder se extiende a quitarle a uno de sus haberes y a cavarle la sepultura. Todo poder tiene límite; sólo el de Dios no sufre contrarresto.

Tras la conspiración viene la guerra: mirad esa muchedumbre que se aproxima por allí: mal vestidos, mal armados, se les prende en el pecho la

alegría, si han de salir con la victoria; se les caen las alas del corazón, si temen la derrota. Vienen a combatir por la Iglesia, Dios les ha pedido auxilio: cristianos son, y reniegan de Cristo; piadosos, y no tiene término en sus labios el blasfemar impío. Para hombres de bien, patriotas, libres, buenos ciudadanos, allí están ellos: la humanidad, la caridad en ellos, sus víctimas lo están probando; el patriotismo, los extranjeros a quienes han puesto el puñal en la mano, con advertencia de acertarle en el corazón a su querida patria. En cuanto a su amor vehemente por la libertad, ahí están las cadenas que vienen arrastrando para sus propios hermanos: selvas inhabitadas, calabozos, grillos, símbolos augustos de ese afecto que hierve en pechos nobles y sube a lo alto convertido en oloroso incienso. Vienen por la libertad... de vengarse, matar, confiscar bienes, arrancar lágrimas. Esta libertad es para en uno con su celo por la religión: si hay guerra santa, es la que hacemos por ella: los conventos son cuarteles, los altares depósitos de pólvora, las torres atalayas, las ventanas de las iglesias troneras por donde salen con infernal silbido las balas que van contra los herejes. Los herejes son valientes, hacen su deber, pelean, degüellan, a punta de lanza echan a los infiernos a los soldados de la religión: decidme, insensatos, si Dios estaba por vosotros, con vosotros, ¿cómo habéis perdido la batalla? Si Dios peleara ¿podría ser vencido? En habiendo impíos en el mundo, sois vosotros: en cuanto a malos hijos de la patria, nadie más que los que van en demanda de cómplices, de otras naciones. Ahora pues, para esclavos, ¿quién más que los que vienen sobre la ciudad de su cuna bajo el estandarte de ese difunto horrible cuya profesión era el comercio de carne humana, viva y muerta?

Entrar una ciudad por fuerza de armas, es tomarla a sangre y fuego. Los enemigos han entrado a ella, pero no la han entrado: sus defensores están allí, de pie, la frente erguida. Deslumbra el fuego, asorda el ruido, el humo oscurece la atmósfera: pelean los aventureros, y con tenacidad los mantenedores los tienen a raya. Una noche ha transcurrido, noche infausta, noche horrible: vuelve el sol al firmamento pacífico y sereno: a él no le perturba la ira de los hombres. ¿Dónde está el jefe de los libertadores, el enviado de la religión? Ha huido, ha desaparecido, y los suyos siguen combatiendo. ¿Era para uno como él el mando de un ejército? Combate de veinte horas, largo es: o una y otra parte son leones, o una y otra parte tienen miedo. Las trincheras son la vergüenza de los héroes: dos oficiales saltan sobre ellas, tiranse fuera seguidos de un puñado de valientes. Toro Moreno, Moncayo, Nicolalde, así, así vuelven por la honra nacional los militares de punto, así combate la gente valerosa. Corre sangre por las calles, el pavimento está cuajado de cuerpos humanos tendidos allí cuán largos son. Huyen los restos de la atroz carnicería... ¡Victoria! ¿Victoria, por quién? ¿por los soldados de la religión o por los impíos? Oh Dios, por ahora, Dios estuvo con los impíos, les dio el triunfo: los varones justificados sucumben, fallidas sus negras esperanzas.

Pobre mujer, ¿tanto pudo contigo la curiosidad, que fuiste a recibir esta bala en el campo de batalla? Alza la cabeza: ¿vives? ¿respiras? Si tienes

habla todavía. llamaré un sacerdote para que te confiese; si no la tienes, para que te absuelva y bendiga. Dios perdona; pídele a Dios, mujer. La desventurada abre los ojos y pregunta: "¡Mi hijo!, ¿dónde está mi hijo?" "Había entreabierto su puerta para ver a su hijo que estaba peleando en la calle: de la casa del frente, una emboscada hizo fuego. Fusil aleve, bala infame que sales del escondite y te apuntas a la espalda del enemigo, no merecías matar a un soldado, a un valiente: mira tu víctima, ésta es; esta pobre mujer que ni acometía, ni se defendía. Va a expirar, expiró: la bala le ha herido el costado: sus vestidos están chorreando sangre; su cabellera, en lastimoso desorden, comunica al cadáver un fatídico semblante. Su hijo no vendrá a alzarla, porque a su vez está tendido en la calle, oculta la cabeza en un pozo de sangre. Esta es la guerra civil.

En otro barrio, otra casa, un niño de dos años, medio desnudo el cuerpo gordo, blanco, sin más que su camisita hasta el muslo, andaba pasando de un lado a otro del aposento, sin caer en la cuenta del peligro. Su madre, una joven hermosa, aterrada, se precipita sobre él, a tiempo que él huía. En sus brazos ya, al correr al rincón, silba una bala, pasa la vidriera y le descalabra al angelito. La tapa del cráneo voló y se estrelló contra la pared: los sesos empezaron a correr por las mejillas revueltos en sangre. La madre se quedó petrificada: cuando le volvió la sensibilidad, cayó sin sentido, hasta cuando el espanto le dio fuerzas para salir gritando por las calles. Estaba loca. Esta es la guerra civil, guerra en la ciudad. Católicos, patriotas, hombres humanos, hombres libres, provocadla, repetidla.

SERMON DEL PADRE JUAN, PREDICADO
EN LA BASILICA DE SAN JUAN MARTIR

Quito, lunes 28 de enero de 1878

HALLÁNDOSE EN Roma el autor de estos opúsculos avino un caso singular que dio en que se ocupe la Ciudad Eterna por más de quince días. Y fue que un viernes debía haber sermón en la basílica de San Juan Mártir; sermón anunciado de antemano, con el aliciente de ser nuevo, desconocido y misterioso el orador. Decían unos que era el tal un fraile extranjero de mucho nombre que andaba viajando incógnito: el padre Jacinto, el padre Félix, o alguno de los oradores sagrados de más fama en Europa. Otros pensaban que había venido exprofeso un clérigo toscano que estaba dando golpe en Italia; y otros querían sostener que era un prodigio brotado del huevo del ruiseñor, como Tenorini, que se había aparecido de repente por los huertos de Sorrento y Castellamare. La iglesia estaba llena de gente principal; la flor y nata de la Ciudad Eterna estaba allí, junto con ilustres viajeros y potentados de otras naciones. La reina Cristina, madre de doña Isabel II; la princesa Borghese; su eminencia el cardenal Bonaparte, su eminencia el cardenal Antonelli; el general de Goyón, comandante de las tropas francesas que entonces ocupaban a Roma en vía de protección al papa; el Gran Duque de Baden; la célebre trágica Ristori, y otros personajes de los que suelen acudir a la capital del mundo católico en ciertas épocas del año. Salió del presbiterio el predicador y subió al púlpito en medio de un profundo silencio. Era un fraile de la orden del seráfico padre; fraile altísimo, calada la capilla, la barba pegada al pecho, el andar lento y majestuoso. De pie se estuvo un cuarto de hora sin descubrirse ni decir palabra, cabizbajo, inmóvil como una estatua sobre una tumba. Diez mil ojos estaban en ese instante sobre el hermoso fantasma, y cinco mil almas colgadas de ese amenazante silencio. El más desconocido de los circunstantes, de hombro contra una columna de mármol, tenía fijo el espíritu en ese fraile, que antes de hablar ya era sublime; y le oyó con tal amor, que su oración se le quedó grabada punto por punto en el pecho y la memoria.

Surge, et invoca Deum tuum. Hermanos míos, dijo al fin, echando la capilla a la espalda y sacando los brazos; hermanos míos, el asunto de que voy

a tratar es el más vasto, fecundo, tierno y respetable de cuantos se pueden ofrecer a la palabra. Amor de Dios es afección compuesta de todas las afecciones puras, amor de Dios es conjunto de virtudes y bellezas que por sí solo compone el mundo invisible que en armonioso mutismo está girando en la órbita de los espíritus celestiales. En noche despejada, cuando los astros resplandecen en el firmamento, y las estrellas pestañean y se mueven como ángeles recién nacidos, y la atmósfera transparente da paso a la vista hasta las nebulosas, y la naturaleza está recogida, y el mundo duerme arrullado por la música que proviene de los mil silencios del cielo y de la tierra, una criatura se halla embebecida en la obra del Todopoderoso, contemplando el universo sin que nadie le vea. Los velos de su pensamiento hacia la altura infinita, las sensaciones de su corazón, la maravilla de que se siente poseído, la fruición inefable que conmueve santamente su alma, todo es amor, amor de Dios. Poesía es un vehemente amor de Dios. Los antiguos simbolizaron las pasiones en esos genios o deidades que llamaron Musas: el numen o inspirador supremo es el amor, amor de Dios. Porque amor de Dios es amor a la verdad, amor a la virtud, amor al prójimo, amor a la naturaleza. El reinado del amor no tiene fin. *El regni ejus non erit finis.*

Un hombre viene por allí a paso lento, majestuoso en porte y ademán. Se para, no se mueve, es un dios de mármol de los que adornan los pórticos de Atenas. Sobre ese hombre ha bajado el espíritu divino, su corazón está inundado por el amor: es el santo gentil a quien, como después a Saulo, sale Dios al camino y le asalta, y le roba para la gloria. Saulo, dije, hermanos míos, el pagano que se iba para Damasco a cumplir sus propósitos contra los adoradores de Cristo, y allí se queda a media jornada, deslumbrado por la luz eterna, herido por el amor, amor de Dios. *Factum est cor eum tanquam cera liquescens.* El amor de Dios convierte el hierro en oro, el pedernal en diamante, el hielo en fuego. El amor de Dios descende sobre los escogidos, y de gentiles hace cristianos, de perversos santos, de esbirros mártires. El amor de Dios purifica las entrañas, cura las llagas del pecho, y concilia una tal sensación de bienestar, que es como una vaga sospecha de la bienaventuranza infinita. El amor de Dios enciende, consume, anonada. Ved esa mujer puesta de rodillas, las manos en el pecho, la frente arriba, los ojos clavados en el cielo. No hay vida en ella: sus miembros han perdido el movimiento, sus carnes la sensibilidad: ni ve con la vista, ni oye con el oído: esa mujer está encendida en el amor de Dios, consumida, anonadada por él: es Teresa de Jesús en éxtasis, esto es, en arrebatos de amor, amor de Dios. Está velando y orando para la eternidad. *Vigilate et orate.*

Las virtudes son todas hijas del amor de Dios; y este amor comunica fuerzas superiores a la naturaleza humana. Y si no decidme ¿cómo pudiera san Carlos Borromeo andarse día y noche por las calles de Milán, entrando a todas las casas, alzando a todos los enfermos, sirviendo y socorriendo a todos los necesitados, sin desfallecer jamás y sin temor en medio de la peste que devora al pueblo? El santo obispo se echa a la espalda un saco lleno de vestidos, medicamentos, comestibles, y a paso firme sale a cumplir con su

encargo. Este encargo lo ha recibido del cielo, y es visitar a los enfermos, dar de comer a los que han hambre, de beber a los que han sed, vestir a los desnudos y consolar a los afligidos. El amor de Dios le sirve de alas: vuela de un extremo a otro de la ciudad. El amor de Dios es esencia salutífera: los malos olores, las pestilencias de los desgraciados no le ofenden. El amor de Dios es antídoto: el cólera no le toca. El amor de Dios es máquina de armonía: los ayes, los alaridos de los espirantes no le horripilan. El amor de Dios es fuerza: el santo obispo alza él solo un moribundo, del patio donde ha caído lo transporta al lecho que allí le prepara él mismo; levanta un cuerpo muerto, y lo pone en la carreta que está pasando al cementerio. El amor de Dios es pan: el santo obispo no come veinticuatro horas, y no siente necesidad. El amor de Dios es agua pura: el santo obispo no bebe, y tiene frescas las entrañas, jugosa la garganta. La caridad, hermanos míos, esta virtud humilde, silenciosa, desconocida, es un aspecto del amor de Dios. Pues habéis de saber que el amor de Dios es un prisma de muchas caras que da reflejos variados y produce colores que iluminan el espíritu de los que saben ponerlo al viso. Cuando movidos por él visitamos a los enfermos, vestimos a los desnudos, consolamos a los tristes, el amor de Dios se llama caridad. Cuando sufrimos y perdonamos, se llama paciencia, mansedumbre. Cuando sofrenamos las pasiones y las tenemos encadenadas a nuestros pies, se llama fortaleza. Cuando ponemos medida a nuestros apetitos y deseos, se llama templanza. Todas nuestras afecciones, bien dirigidas, puestas en movimiento con fines laudables, encierran el amor de Dios. La inclinación del juez recto a la justicia, la pasión del filósofo por la verdad, las conexiones invisibles del poeta con la hermosura, el bello ideal de mundo, todo es amor de Dios; y este amor tanta cabida tiene en pechos de reyes y emperadores, como en el de rústicos y gañanes. El monarca que ama a su pueblo y le rige según las leyes de la razón, ama a Dios. El pastor que cuida la ovejita recién nacida, ama a Dios. El amor de Dios es luz: donde él falta, las tinieblas fundan su imperio. Odio, venganza, mentira, envidia, incredulidad insensata, ira feroz, soberbia, son negros personajes de ese reino profundo, negro, donde no penetra el amor de Dios.

Oh tú que disimulas agravios, perdonas insultos, sufres y callas por mansedumbre, por bondad, tú amas a Dios.

Oh tú que no miras con desdén al pobre, alargas la mano al caído, socorres al necesitado, tú amas a Dios.

Oh tú que no le hieres en su buena fama al prójimo, no urdes quimeras, no levantas falsos testimonios, tú amas a Dios.

Oh tú que honras a tus padres, velas por tus hijos, respetas a tus semejantes, tú amas a Dios.

Oh tú que no quitas la vida a tu hermano ni con cuchillo ni con lengua; que no le arrebatas sus haberes ni le promueves litigios inicuos, tú amas a Dios.

Oh tú que no profanas la inocencia con miradas y pensamientos infernales, no codicias la mujer de tu vecino, repeles a esta furia de ojos encendidos que te asalta por la noche, tú amas a Dios.

Oh tú que no propagas nociones perniciosas, no inculcas en el pueblo doctrinas subversivas, no le ensoberbeces ni le exaltas contra las demás clases sociales, tú amas a Dios. Hombre manso, modesto, diligente que hablas la verdad y gustas del trabajo, tú amas a Dios.

¿Qué estoy viendo por allí?, exclamó el predicador variando el tono, en voz casi estridente. Unos labios se han abierto, y de ellos ha salido el santo nombre de Dios en vano. Ese no le ama. Unos ojos se han dirigido adonde no debieran; unos oídos se han pegado a una puerta, han oído y han corrido a hacer denuncia. Ese no le ama. Un corazón se ha hinchado de cólera, ha rugido de venganza; una lengua ha jurado perder a un hombre, beber sangre. Ese no le ama. Unas manos se han alargado sobre los bienes ajenos, han apañado y han desaparecido. Ese no le ama. Un hombre ha bebido hiel y emponzoñado sus entrañas con la mortal sustancia de la envidia. Ese no le ama.

¡Tirano!, gritó de repente el fraile en voz furibunda que causó estremecimiento en el auditorio; tú, con tu soberbia insensata, tu corazón empedernido, tu lengua envenenada, tus uñas largas, tus ojos inyectados en sangre, tu alma llena de lacras y costurones, tus palabras envueltas en mentiras, ¿tú, dices que amas a Dios? Y en esto se quedó el predicador mirando al concurso con unos ojos, una cara, una inclinación del cuerpo, una posición de los brazos, que eran sin duda las de Isaías apostrofando y amenazando al pueblo. Rodeados de sus cómplices, tornó a decir, se beben los tiranos las iniquidades como el agua. *Bibunt iniquitatem quasi aquam.*

¡Impostor!, dijo, ¿tú que perviertes y desfiguras la verdad, vuelves negro lo blanco, disparas tus saetas y hieres en corazones puros; que difamas y perjudicas a tus semejantes, reniegas de la virtud y quemas incienso en aras del demonio, tú dices que amas a Dios? La lengua de un vil adulador es muchas veces más sanguinaria que la mano del verdugo, dice nuestro padre san Agustín. *Plus persequitur lingua adulatoris quam manus interfectoris.*

¡Ebrio consuetudinario! que te echas furioso sobre la imagen del Criador, y le arañas y lastimas las facciones; que te sales de la razón y corres enloquecido por breñas y malezas; que te arrebatas y pones las manos en tu padre; que echas escorpiones por la boca y ofendes a tu propia esposa; que muestras medio desnudas las macilentas carnes; que miras con ojos desviados y nublados; que vacilas sobre tus plantas y vas causando risa en el vulgo; que encharcas las entrañas con licores incendiarios, y ardes en el fuego corruptor de los vicios más terrenos; que blasfemas y amenazas a los hombres; ¿tú dices que amas a Dios?

¡Adúltera! ah... Yo veo una mujer que huye por ahí. ¿A dónde corres, infelice? ¡Detente! Voy tras ti, te alcanzo, te echo mano... Con que el lecho nupcial, el lugar sagrado de la casa, el altar de la familia... ¡Indigna! ¡Perversa! ¡Alza los ojos, mírame! Y tu esposo, el compañero que recibiste del Altísimo, ese hombre crédulo y bueno está matándose por darte de comer, por vestirse como a reina. El sudor del trabajo, santo sudor, corre por su frente. Tiene el pecho fatigado, el brazo rendido. Sus afecciones todas tiran

a un centro, y ese eres tú; sus deseos todos se cifran en uno, y es el de agradarte. Compareció contigo en el templo, ante el ministro de la Iglesia: el juró, juraste tú: ¿cómo has cumplido tu juramento? ¿Piensas que con huir huyes de Dios? ¿piensas que con negar le engañas? ¿piensas que con callar la satisfaces? ¿No amas a tu marido, no amas a tus hijos, y dices que amas a Dios? ¡Responde! No respondes. *Illa autem tacebat, et nihil respondit.* No amas a Dios, no le amas. Y si no le amas, ¿qué será de ti, traidora? No amar a Dios, es no tener fe. No amar a Dios, es no decir verdad. No amar a Dios, es no ser honesta. No amar a Dios, es mirar con vilipendio la virtud. No amar a Dios, es no cumplir con tus deberes. No amar a Dios, es no confesarle. No amar a Dios, es ser pecadora incorregible, condenada en los juicios del Eterno!

Calló un instante el padre, y en acento lúgubre, prosiguió: Mira, de noche, tarde de la noche un espectro se presenta, y te pones a dar diente con diente. Viene desnudo, las costillas al aire, crujéndole los huesos. Su cabeza no tiene pelo, su cara no tiene mejillas: los ojos se le han ido, y en su lugar están dos oscuros agujeros: la nariz es un huesecillo miserable, la boca una espantosa abertura: los brazos largos y secos: las piernas se le mueven desgonzadas: trae una flecha en la mano, y viene a caballo. Cerrada está tu puerta, y ha entrado; oscuro está tu cuarto, y le estás viendo. ¡Es la muerte, desdichada!

Un grito agudísimo sonó tras mí. Volví la cabeza, y vi una señora que caía de espaldas. “¡Santísima Virgen!, exclamaron dos mujeres echándose sobre ella: ¡señora condesa! ¡señora condesa!”. La condesa estaba arrojando una espuma verdosa por los labios; un estertor de agonía le estaba hirviendo en la garganta. Luego perdió hasta la respiración; una lividez horrorosa se difundió por sus facciones, y quedó muda en brazos de sus siervas. El predicador había callado. Echando de ver su golpe mortal, cortó el sermón, se caló la capilla, bajó del púlpito y desapareció. No ha mucho de esto, un periódico de Nápoles nos puso al corriente de su paradero: “El jueves, decía, predicará en San Javier el reverendo padre Juan acerca de las vanidades del mundo. Roma está palpitando aún a la palabra de este insigne orador, etc., etc.”. La misma tarde un diario de la Ciudad Eterna daba esta noticia: “Hoy a las cinco de la mañana falleció la señora condesa Fedelina Mardinoff, noble dama rusa que andaba viajando por Italia. No ha podido recobrar de la accesión que sufrió en San Juan Mártir, y ha muerto ejemplarmente en el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia”.

DE LA PENA DE MUERTE, CON UNA DIGRESION

No es nuestro ánimo tocar ahora de propósito esta materia de derecho público; queremos solamente hacer ver en pocas palabras que no hemos caído en contradicción, como pretenden algunos lectores, no por falta de inteligencia, sino por este prurito de hacer la guerra que a todos nos anima.

“Se contradice, respondió una señora, habiéndosele preguntado acerca de “El Regenerador”. En “El Consejo de guerra” combate la pena de muerte; aquí la admite, y aun la aconseja”. *Distinguo*: pena de muerte por delitos políticos, *nego*; pena de muerte por delitos comunes, concedo. Cuando consentimos en que los cuelguen, previa sentencia judicial, a esos zánganos bribones que buscan el cebo de sus vicios en río revuelto, hablamos de los malhechores que ponen la revolución al servicio del crimen, y con achaque de conspirar se abalanzan a cometer toda clase de acciones reprobadas. Así nosotros castigaríamos con la horca en los conspiradores, no la conspiración, sino la violencia, el latrocinio, el asesinato y más prosas que los héroes de los bochinchos suelen poner por obra en tanto que dan la ley desorden y libertinaje. A un desgraciado que en un arranque de celos, de ira, de venganza da muerte a su ofensor, siendo quizá hombre bueno, le condenamos sin misericordia al último suplicio; y a un pícaro que llamándose soldado de la religión o liberal propagandista rompe puertas, roba casas, fuerza mujeres, mata hombres, ¿le hemos de mirar con respeto su negra vida? Miles de comunistas han sido ajusticiados en Francia, no por el delito de conspiración, sino por las atrocidades sin cuento que cometieron en ella. Los palacios incendiados, los templos saqueados, los obispos asesinados no fueron revolución simplemente; fueron crímenes de más de marca; fueron incendio, sacrilegio, homicidio. Estas delicadas acciones no son política, ni el marqués de Beccaria está orando *pro Ferre, pro Lutz, pro Lolive* y más facinerosos que en todo tiempo son la vergüenza del género humano. Una revolución legítima, decente, humana, Monsieur Thiers y el Parlamento la hubieran perdonado; mas esa infernal bolina, esas bacanales a mediodía, esas fiestas de la diosa Razón donde hombres perversos van cantando por las calles con sendas cabezas en sus picas; donde mujeres infames arbolan en el brazo la tea destructora y dan alaridos de furor; estos acontecimientos del infierno que ocurren en los negros días de las naciones, requieren fuerza de parte del espíritu bienhechor, el genio invisible que salva a los pueblos del abismo adonde corren a sabiendas. La espada de la ley rompe por el medio, y la razón da fuerza al brazo de la patria. A un pícaro que ha hecho muertes, no en funciones de armas, no en enemigos puestos a la ofensiva, sino en el hogar pacífico, en el ciudadano civil, condenadle a pena de la vida, no por el delito de sedición, más aún por el asesinato. Si no ha cometido ni éste ni otro crimen, castigad en él la sedición, humana, suavemente. Nuestra doctrina queda en limpio. Si nos ha faltado habilidad para darnos a entender, censuren en nosotros las personas competentes la confusión y el mal escrito; duda en nuestro ánimo respecto de materias como ésta, y contradicción maliciosa, no han de hallar. Puede uno ser menguado escritor: sea él hombre de bien, sincero consigo mismo y los demás, y no se muera de que le echen la casa encima.

Los liberales a todo trance van sin duda a poner en cuarentena nuestros principios. Los que son liberales, no por meditación, no por convicción, sino por ese flujo de serlo que trae dementados a los jóvenes de ciertas repúblicas

argonautas, éstos, decimos, no sufren que uno sea liberal conforme con los dictados de la razón y los consejos de la experiencia: lo ha de ser rompiendo por todo género de consideraciones, o pasa por retrógrado, clerical y confesador, aun cuando no se confiese. Por repúblicas argonautas entendemos esas que andan viajando por el aire antes de que Montgolfier hubiese perfeccionado su descubrimiento. Naves sin timón, se van por el espacio, subiendo y bajando según los vaivenes de la atmósfera, sin saber cuándo ni a dónde han de llegar. Bueno sería que nos remontásemos al sol, y semejantes al filósofo que pedía a los dioses le concediesen ver la luz en su origen, fuéramos llevados al foco de la claridad por camino cierto, conducidos por el genio de la sabiduría; pero si cuando imaginamos estarnos entrando por las puertas del cielo, nos hallamos perdidos en un arenal donde arrecian los vientos, ¿no hubiera sido mejor que permaneciésemos juiciosamente en casa? Un majadero de mucha fama, de esos que embotan a los frívolos y allegan buenos cuartos en el país de las *marionettes* (decid títeres), ha inventado el modo de llegar a la luna; y es un cañón monstruo en el cual entráis de proyectil con vuestra familia y un par de toda especie de animales, y vais a parar entre los selenitas. El liberalismo sin ojos es el cañón de Julio Verne; los liberales sin caletre son el dichoso proyectil de ese gabacho desvanecido. ¡Y quién dijera que con tan sandias invenciones se hubiese vuelto gran señor ese escritorzuelo!

Si disimulasen la figura, todavía les traeríamos nosotros un caso a los viajeros a la luna o liberales voladores; y es el viaje de los dos andantes en busca de los palacios encantados de las Melisas y las Circes de los aires. Clavileño es el liberalismo rojo candente; los liberales candentes son esos buenos aventureros que se ponen a horcajadillas sobre un palo, vendados los ojos, y piensan que están quemándose en las regiones solares, cuando no hay sino que los duques les están haciendo chamuscar las orejas con papeles y trapos encendidos. Abren los ojos los valerosos caballeros, si es que los abren ni el día del juicio, y ven que su corcel es de madera, y no se han movido del patio del castillo. ¿Qué importa? Ellos se dan a entender que vuelan en alas de águila. Pegaso hacía brotar fuentes de agua pura donde hería con el casco; Clavileño no sabe herir el suelo; y si lo hiriera, no brotara de allí sino asafétida. “El partido”, “los principios”, “la causa”, y arrempuje, y meta la cabeza, y échese usted a los infiernos: lo que conviene es ser liberal a todo trance. No ha mucho, por ser conservadores a todo trance, mataron los colombianos treinta mil de sus compatriotas; hoy, por ser liberales a todo trance, acaban de matar veinte mil de sus compatriotas. La separación de la Iglesia y el Estado, la libertad absoluta de imprenta y de palabra han producido esta espantosa revolución. Los obispos gritando en el púlpito: ¡A las armas! han puesto a la vista los inconvenientes de la libertad ilimitada. El general Mosquera dio cuenta al gobierno de la Unión Colombiana de esta conspiración pública en la iglesia; don Manuel Murillo, presidente, contestó: “Los obispos están en su derecho: en Colombia el uso de la palabra no tiene restricción”. Sí la tiene: Los Chancos, Garrapata, Manizales

son los términos legales de la libertad irrestricta de palabra. En cuanto a la independencia absoluta de la Iglesia, la establece la ley; mas para impedir sus efectos, los legisladores han tenido a bien dictar otra ley que la destruya: ley de tuición, inspección de cultos, u otro término ingenioso. He aquí pues, que los colombianos, cuando pensaban haber dado un tranco sublime con la separación de la Iglesia y el Estado, se hallan en el mismo sitio con la ley de inspección de cultos, que destruye la independencia de la Iglesia. Los gigantes de Homero dan pasos descomunales; y como no tienen vista, se vuelven sin saberlo al mismo puesto. Disputando nosotros una vez con un rojo candente de Bogotá, le dimos un tapaboca con estas observaciones; y él salió de apuros con decir: "Usted no es liberal". Liberal de Homero, no lo somos. Liberal de Dante Alighieri que interroga severamente a los réprobos de los nueve círculos, y sube al paraíso en busca de las almas puras, lo somos.

Bien es verdad que cuando pasamos del infierno candente al infierno helado, estamos por atenernos a las llamas de los rojos. Hay un pueblo en el mundo, una república democrática en la América del Sur, donde hemos visto sostener en certámenes solemnes que el sufragio universal es una usurpación de los demagogos; que la enseñanza laica es un atentado contra la religión; que el Santo Oficio fue tribunal verdaderamente santo, y debe ser restablecido, que la Iglesia tiene derecho de vida y muerte sobre los habitantes de la tierra, y otras impiedades y crímenes hablados que sobrarian para atraer sobre esta nación el fuego de Sodoma. Por donde podemos ver que la sabiduría no se desenvuelve jamás fuera de la verdad, y que solamente la moderación es capaz de obras sólidas y provechosas. No será fuera de propósito añadir cuatro palabras respecto de la separación de la Iglesia y el Estado, reforma que los liberales voladores tienen por necesaria, y aun urgente, en las cinco partes de la tierra, enseñando con el dedo a los Estados Unidos. El principio, será bueno o malo; no queremos discurrir en él ahora; hacemos notar solamente a nuestros excelentes amigos, que los americanos del Norte fueron pueblo de largo tiempo civilizado antes de su emancipación de la metrópoli; que el temperamento de la raza anglosajona es la paz y el orden; que la tolerancia está en sus leyes y en sus costumbres; que ella es moderada en la ambición, suave en la obediencia; que sus luces son muy superiores a las nuestras; que ha tenido entre los fundadores de su independencia hombres como Franklin, Adams, Jéfferson, dechados de buen juicio y altamente autorizados; que los católicos son un puñado de individuos en esa gran nación donde tienen cabida todas las religiones del mundo. Nosotros, buenas piezas, que si somos obispos queremos ser generales al mismo tiempo, y si somos generales no dejamos de ser obispos, ¿cuándo diablos nos hemos de convenir en que la Iglesia y el Estado vayan cada cual por su camino? Ni el uno renuncia las campanas, ni la otra quiere aflojar los cañones; pues cañones y campanas vayan juntos como buenos consortes, dándose de codazos y pisándose en los pies adrede a cada paso. Matrimonio es ayuntamiento de varón y de fembra, para vivir siempre en uno e non se departir, dice don Alfonso el Sabio en las Siete Partidas; y nosotros añadi-

mos: e para llamar el home vieja a la mujer, e la mujer bellaco e robador al home; e cuando estén en el lecho volver la espalda el uno al otro, e tirar coces, e llamar al enemigo malo, e facerlo venir a entre ellos. E plañir la fembra, e decir que en mala hora fuera nacida; e irse el masculino a la calle, e non tornar pasados cuatros días; e la fembra a pagar el foego, e romper los platos, e non dar de comer al marido.

Dura lex, sed lex: si esta es la ley, de obedecerla tenemos. El Patronato, amigos, ¿qué decís? ¿No? Esa ley es ley *cismática* para vosotros, eclesiásticos. Cismáticos fueron vuestros padres, cismáticos habéis sido vosotros mismos, puesto que la habéis admitido y observado durante cuarenta años. El Patronato, amigos, ¿qué decís? ¿No? Pues un concordato digno de un pueblo libre e ilustrado. La separación e independencia absoluta de las dos potestades, civil y eclesiástica, sería, atento el escaso caudal de nuestras luces, atentas nuestras costumbres, fuente de disensiones y disturbios que acabarían por una espantosa revolución. Quitadle al clero sus rentas habituales, su modo de vivir conocido, y él hallará modo de enriquecerse desmedidamente, legislando, como ha sucedido en Colombia. Si es tan ganso que no acierte con la vena de oro, cae en la miseria, se envilece; y de una clase respetable, habremos hecho una gavilla de mendigos despreciables. ¿Y el confesionario...? ¿Y las excomuniones...? Podemos hacer leyes para los pueblos; no nos es dable hacer pueblos para las leyes. Atemperándose al principio del legislador de los atenienses, las naciones más juiciosas han venido a ser las más felices.

DE LA PENA DE MUERTE

César Bonesano, marqués de Beccaria, es una de las figuras más hermosas de nuestros tiempos: inteligencia sublime, corazón puro, vida limpia, no podían los miseros del mundo hallar abogado más propio ni mejor. El quiere la abolición de la pena capital; pero no llega a la elocuencia sino por una de sus caras: conmueve, no convence. Los sabios del Arcópagos discutían a oscuras, porque el orador no acudiese a los arbitrios de la retórica. Para salir bien con ellos se habían menester tres cosas: razón, razón y más razón: gestos y suspiros no hallaban cabida en ese recinto de la austeridad: las lágrimas no son atributo de Minerva. Los areopagitas le hubieran puesto en la puerta al marqués de Beccaria coronado de flores, y lo propio hubieran hecho los ingleses, entre los cuales los recursos oratorios estaban prohibidos. La sociedad humana, dicen Beccaria y sus prosélitos, no tiene derecho de quitar la vida, porque nadie lo tiene para quitar lo que no puede dar. La sociedad humana no puede tampoco dar libertad, y la quita. Si para suplir el patíbulo han inventado los novadores la penitenciaría o cárcel reglamentada, para suplir esta invención ¿por qué no inventan otra cosa?

Había en la clase principal de Francia una mujer noble llamada marquesa de Branvilliers. Hermosa era, y de talento, rica además y muy bien puesta en la aristocracia de Luis XIV.

Había por el mismo tiempo un mancebo noble llamado Sainte-Croix, que acababa de salir de la Bastilla. En esta prisión de Estado conoció a Elixí, el famoso envenenador, y le aprendió su arte en grado tal, que llegó a competir con su maestro. El y la Branvilliers se trabaron de amores tan luego como se vieron. Las personas de la familia de esta noble dama principiaron a irse a la eternidad unas tras otras, varones y hembras, viejos y niños, cual si el cólera asiático hubiese invadido todas las cosas a ella pertenecientes. Desde el deudo más remoto hasta sus hermanos, a todos los envenenó la bella marquesita. No teniendo ya sobrinos, tías, abuelas, amasaba en su casa y mandaba el pan a los hospitales: los enfermos que lo comían dando gracias a la buena señora, pasaban luego a mejor vida. Quedaba su padre, un buen anciano temeroso de Dios y adorador de su hija. Amaneció un día y el viejo murió por la noche, de veneno. María Rabutin Chantal, marquesa de Sevigné, cuenta en sus cartas que ella vio el cuerpecito de la Branvilliers columpiando en la horca, desnudo, gordo, hermoso: *son petit corps mignon*, dice. ¡Lástima! quitar la vida a la marquesita, tan donosa, tan achispada, tan amable... en vez de ponerla en un palacio rodeada de amigos que la cortejen y la cuiden. ¿Qué tal, señores liberales?

En un pueblo de Alsacia, cerca del Rin, vivía no ha mucho una familia cristiana, en cuyo hogar se practicaban las virtudes. Llegó una tarde un muchacho pobre, y pidió pan por trabajo. El padre, la madre de esa familia fueron los suyos; los hijos le miraron como hermano, y vivieron en un largo tiempo. Miembro era ya de la familia: para con él, excusada la reserva. Un día el viejo tuvo que hacer un viaje industrial: abrazó a su esposa, a los niños y se fue con su hijo adoptivo. Al cabo de días, vuelve éste solo, trae orden de su padre de llevar la familia a tal ciudad, a tal casa de parientes donde está esperando. La buena mujer no pierde tiempo de dar gusto a su marido: carga con los muchachitos, y sale guiada por el compañero de su esposo. La noche es oscura, relampaguea y llueve, los perros ladran siniestramente. El guía los conduce a una cueva, fuera del camino, y los extermina: de un golpe súbito, cae muerto el hermano mayor: cierra a puñaladas con su madre, ahorca a dos niñas y un niño, todo por apoderarse de los escasos bienes de fortuna de sus benefactores. En cuanto al padre, lo había dejado enterrado debajo de una piedra. Liberales, ah liberales, hagamos jaula de oro para conservar este raro y hermoso pajarillo; mantengámoslo con bizcochuelos, vino, albaricoques y chirimoyas. La sociedad humana no tiene derecho de quitar esa preciosa vida; él sí tuvo el de exterminar una familia entera. La nación más civilizada del mundo no piensa como vosotros: si no dais asenso a mis palabras, salid por la madrugada en la ciudad de París, y veréis por vuestros ojos. Entre la Roquette y la Bastilla está alzado el trono de la muerte, negro y terrible: la víctima y el sacerdote se hallan encima. Ese hombre de sombrero de picos es el verdugo; ese que él tiene del pelo mancornado contra la guillotina, es el reo. Cayó la cuchilla; un ruido seco hizo estremecer a los circunstantes: el sacrificio estaba consumado. El verdugo levantó la cabeza del difunto caliente, y sonriendo la hizo ver en alto a los curiosos del patíbulo.

La cabeza de Tropmann no protestó contra la iniquidad de la sentencia; y eso que *Monsieur de Paris* no le tapaba la boca.

Lo que podrán hacer legisladores sabios será graduar la pena, graduar la muerte, si decimos. Un homicidio no premeditado, que resulta allí luego de enfurecimiento súbito, de una atroz injuria, un arrebato de celos, una venganza fundada, es, sin duda, delito mucho menor que las obras de los criminales de profesión, los malvados reincidentes, los bribones enemigos de Dios y de los hombres. Prisión para los primeros y no perpetua; muerte para los segundos, irremisiblemente. Las naciones que cuentan mil años de civilización y experiencia no han abolido la pena capital: Francia, Alemania, la Gran Bretaña, todas la tienen consignada en sus códigos para los grandes crímenes. Los Estados Unidos casi todos la abolieron en sus constituciones particulares: fuera de dos o tres, todos la han restablecido después de un doloroso desengaño; y nadie dirá que los Estados del Norte no son liberales. Si carecemos de sabiduría propia, atengámonos a la de los pueblos más aptos que nosotros. La ninfa Egeria de Numa era un genio que resultaba del buen juicio y la experiencia.

Beccaria nada hubiera podido en el Areópago: se va derecho al corazón, y hieren en él, y las lágrimas saltan en brote sublime. Pero el juez no tiene entrañas: dentro de su cabeza está hirviendo la luz, de su brazo está pendiente la balanza de Astrea. Mal hemos dicho; tiene entrañas, y frescas, y puras, y suaves: quien no tiene derecho de entrar en ellas es esa deidad terrible cuyo rostro viene teñido en sangre. Némesis no halla lugar en el banquete de los dioses, y se anda solitaria y meditabunda entre las sombras de la noche. Terneza, compasión pueden ser avenideras con la justicia: el minimum de la pena es el amor del juez caritativo. La injusticia le mata, porque le infama.

Beccaria no hieren en la dificultad: echa mano por las pasiones delicadas del corazón, esas que pueden llamarse flaquezas celestiales; y saca sus argumentos no del centro, sino de la circunferencia del asunto. Vedlos aquí.

Una viuda del lugar de Icci, en Italia, había desaparecido, sin que nadie supiese de ella. El rumor de su muerte se difunde: los magistrados pesquistan el delito. Un hombre que andaba por el campo, así como ve comparecer por ahí los policiales, se oculta en un matorral. Hanle visto los ministriles: dan sobre él, y sin averiguación ninguna, le arrastran maniatado a la cárcel, donde le ponen grillos. El tribunal le condena a muerte como reo de homicidio. Dos años después de este asesinato jurídico, la difunta se presenta sana y buena en el lugar donde su matador había sido ajusticiado. El tribunal condenó al supuesto homicida sin que constara el homicidio. Annæus Robert y Pablo Rizzi han proporcionado estos argumentos al márques de Beccaria; pero estos argumentos no son contra el derecho de la sociedad humana para quitar la vida a un delincuente; no hacen ver sino que esos jueces faltaron a su deber, juzgando sin que constase el mal fecho, y condenando sin buscar el cuerpo del delito.

Lapivardièrre ha sido asesinado por orden de su mujer en su casa de campo. Dos criadas han visto la ejecución del crimen, y lo declaran con

juramento. Su hija misma le ha oído exclamar: ¡Gran Dios, tened piedad de mí! Otra criada depones en artículo de muerte, al recibir la Eucaristía, que su señora ha hecho y visto matar a su amo. Hay quien ha oído el tiro; hay quien ha visto la ropa teñida en sangre. Los jueces persiguen el crimen con gran actividad, condenan al último suplicio a la matadora. Lapivardière vuelve a su casa, y se presenta al tribunal como prueba viva de la inocencia de su esposa. El tribunal se llena de indignación: "¿Cómo, dice, pretendéis saber más que los magistrados? ¿os hemos declarado muerto, y tenéis la audacia de presentaros aquí vivo? ¿Qué importa que seáis el mismo Lapivardière, si Lapivardière no existe? Venid acá: ¿no es cierto que os hizo asesinar vuestra mujer? ¿pues cómo pensáis que estáis aquí, y sano y bueno? Hay pruebas irrefutables de vuestra muerte ¡retiraos!

El tribunal le declara impostor, y va a condenarle a la horca, en pena de no haber sido realmente asesinado.

¿Sabéis cuándo hemos de abolir la pena capital? Cuando a fuerza de luces y buenas costumbres, cuando a fuerza de enseñar y practicar las virtudes hayamos conseguido la extirpación de la traición, el incendio, el sacrilegio, el homicidio. Para entonces, oh liberales, contad con el voto de este vuestro servidor y amigo. Mas si cayere en vuestras manos el negro que mató al compañero de Bolívar en Jamaica, por matar a Bolívar mismo; el blanco que mandó asesinar en Berruecos a Antonio José de Sucre; el malvado que dio de puñaladas en París a Monseñor Sibour; el monstruo que envenenó al arzobispo de Quito, colgadlos, sin consultarnos: colgadlos, cual a otros Zuazolas, y recibid la bendición de la justicia.

SIN PARTIDO NO HAY GOBIERNO

Quito, lunes 2 de febrero de 1878

UN GOBIERNO, para dar la ley, ha de contar con media nación, por lo menos; de otro modo siempre estará en guerra con ella, y en la necesidad de destruirla para no ser destruido. Mientras la fuerza armada tenga que hacerlo todo, no habrá ni seguridad, ni dignidad; porque donde todos son enemigos del que está mandando, él es enemigo de todos, y tiene en sus manos el poder a pesar del mundo entero. En pueblos razonables nadie trata de reinar por las bayonetas exclusivamente; tratan sí de dar buena constitución y buenas leyes con la aquiescencia de la mayoría y las luces de los hombres de pro. Está visto que pueblos desarmados nada pueden contra ejércitos veteranos; pero cuando abuso y desgobierno suben de punto, por mil caminos el ejército mismo anda convirtiéndose en pueblo y el pueblo en ejército. En último caso los fanáticos de la religión, los fanáticos de la política, los ambiciosos sin reparo, los rivales a todo trance empiezan a cavilar, imaginar discurrir en cosas que es peor menallas. Cuando la aldea se pronuncia no menos que la capital, decid, amigos, que la tiranía sin freno o la dimisión vienen a ser indispensables. A menos que no os convirtáis súbitamente a la razón, y de menguados tiranuelos vengáis a ser superiores gobernantes. Los amigos de los cargos públicos, que raras veces lo son del que se los da, no son ese globo de hombres independientes pues profesan ideas y abrigan principios, que forman un partido, alzan bandera y se van camino del progreso general: inteligencia, luces, patriotismo, consideración necesitamos para fundar la paz, sostener el orden y regir un pueblo a guisa de hombres grandes. Unos cuantos personalistas o *yoístas* sin virtudes ni sabiduría no pueden ser como columna del Estado; y donde no hallamos apoyo ni en la aristocracia, ni en la plebe; donde el estudiante, el artesano; el rico, el pobre; el viejo, el niño; el hombre, la mujer nos son adversos y viven deseando nuestra ruina, ya podemos decir, no que somos depositarios de los poderes públicos, mas antes usurpadores y tiranos. Mientras uno derive su poder de fuente impura; mientras no se vuelva respetable por la dignidad, venerable por la justicia, temible por la rectitud y la energía, podrá mandar por obra y gracia

de la fuerza pero ni reinará sobre los corazones, ni vivirá tranquilo, ni estará seguro. Cualquiera puede ser presidente: basta para esto con una revolución y una Convención; no que haría al caso sería que lo fuese "legal y popular". La popularidad acredita virtudes y merecimientos en los que tienen la dicha de gozarla: poderoso, afortunado es un pícaro cualquiera: popular no es sino el hombre de bien que a fuerza de buenas obras conquista y posee la estimación pública. Cuando la estimación pública viene arrebolada con ciertos indefinibles sentimientos del ánimo que nos hacen ver en uno de nuestros semejantes un ente superior a nosotros, se llama admiración. Si la admiración es modesta, suave, tierna, está propendiendo al cariño; si es profunda, temerosa, ríspida, se convierte en miedo. El miedo santo de la virtud encarnada en miembros de gigante; no el miedo del mal, ese afecto ordinario, y aun vil, que andan sembrando por el mundo los perversos. El que ejerciendo facultades irrestrictas no alcanza a ser dueño de los corazones en largo tiempo de prueba, no nació para rey y señor de pueblos ni presidente de repúblicas. El mando no es para infundir terror ni granjear odio: los hombres suelen ser injustos, y aun inicuos, separadamente; cuando se reúnen todos y forman un pueblo, raro será que no juzguen a juicio de buen varón y no den sentencias a justicia. El aborrecimiento general no depone contra los que aborrecen, más aún contra el aborrecido; así como a un buen ciudadano le importará poco la tirria de cuatro pillos, puesto que disfrute del respeto y el amor de la equitativa mayoría. El gobernante que goza del talento necesario para indisponerse con todos los partidos, sin labrar el respeto de ninguno; que manifiesta desconfianza suma de los en quienes debiera tenerla, y pone los ojos y el corazón en los peores; que no alcanza el valor de la política sensata, madura, grande, ésa que, certificada con el sello de la verdad y la franqueza, salta montes, pasa mares y se bebe mundos; ése podrá volverse notable por las malas obras; ídolo del pueblo, gloria de la patria, nunca. Tirano, gran tirano, quizá, por desgracia; tiranuelo ruin que anda sacrificando a los vicios en sus negros altares, ¡no! Pícaro, ni como Bismarck, a lo grande; pícaro triunfador; genio impuro que deslumbra a Europa y se va echando pueblos al bolsillo; hombre de verdad y modestia, sí; hombre de estado cuyas amables supercherías consisten en captarse la estima y el amor de la República. Si no hay fuerza para lo primero, ni filosofía y gracia para lo segundo, seamos hombres comunes, de esos que no están muriendo en el desprecio ni condenándose en el odio de los que tienen la desgracia de vivir con ellos. El Gobierno, esta persona moral invisible, no ha de abrazar ciega-mente una parcialidad miserable; mas ni político ni diplomático negará que necesita de un partido que le apoye, le rodee, y lleve desplegada su bandera. El que no es liberal ni conservador, sea varón eminente, hombre de genio de esos que, imperando por la inteligencia y la sabiduría, saben poner las cosas en su punto y obligan a todos los partidos a descubrirse respetuosamente cuando pasan. El hijo de Saturno y Pericione, hijo de un dios y la más bella de las griegas, que fue llamado divino a causa de la sabiduría y la virtud, sentó este principio: Los pueblos serán felices cuando sus gobernantes

sean filósofos, o cuando los filósofos vengan a ser gobernantes. Puede un gobernante ser filósofo: esto no quita que cuando vea un pecado contra la ley frunza el entrecejo, y tiemble el mundo. Fuerza e inteligencia regidas por la bondad componen grandes hombres.

Los empleos, allí están; la Constitución, las leyes no las podemos ver con indiferencia sin injuria de la patria y riesgo de los intereses procomunales. Hacedlas buenas, oh vosotros legisladores; jurad la estricta observancia de ellas y cumplid vuestro juramento, oh vosotros elegidos, cualesquiera que seáis, y os acatarán los pueblos. Buena fe es obra maestra de política; y política es divinidad que debe estar siempre en la cumbre de la patria. Por la razón o la fuerza, cualquiera puede ser presidente; pero va mucho de ser presidente a pesar de todo el mundo, a serlo por obra de un gran partido, rodeado de una vasta porción de ciudadanos entre los cuales vienen campeando inteligencia, sabiduría, patriotismo y más prendas que vuelven respetables los Gobiernos. Vivir con la barba sobre el hombro, mirando hacia todas partes en inquietud continua; sin más apoyo que el fusil, ni más refugio que el cuartel; malquerido, maldecido; reprimiendo, persiguiendo de día y de noche, lejos de ser honra y gusto, debe de ser tarea de negros que lo convierte en presidiario al infelice que manda de ese modo. Entre ahogar la voz, romper la pluma de los representantes del pueblo, y dar asunto a esas puras caricias, esas melodiosas alabanzas con que los mágicos que benefician las minas del entendimiento suelen inmortalizar a los hombres buenos, los varones eminentes, ¿a qué se quedarán los de buen juicio? Los tontos casi siempre son indiferentes a las proezas del ingenio: tienen entendido que un ignorante con su chopo ofrece más que un publicista con su pluma, y tanto hay de cariño y miramientos por el primero, como de odio y desestima por el segundo. Los corrompidos, los canallas, esos grandes personajes que se defienden del desprecio y la execración pública con su cara de vaqueta, no hacen tampoco caso ninguno de la pluma: tanto valiera hablarle de probidad a un salteador de caminos. Pero a hombres en quienes la vergüenza está ardiendo allá adentro del alma, por atrevidos que sean, les queda siempre algo que respetar en sus semejantes, algo que temer en los campeones de la patria. Dicen de don Vicente Rocafuerte que subió al solio aborrecido de todos, y bajó querido y bendecido del mundo entero. Ese hombre sacrificó al amor de la patria: salió por cualquier camino adonde deseaba, mas fue para desenvolver su ardiente sed de civilización y progreso. El hombre justo le vio y le amó a Jesús: la República le conoció y le amó a ese su buen hijo. Raro y dichoso varón ha de ser el que en las hispanoamericanas se levante por la superioridad de las luces y la práctica de las virtudes. Estos son peligrosos: a la puerta los bribones, y no siquiera coronados de jazmín y siempreviva. El mando les corresponde por derecho natural a los peores, sin que afirmemos que nuestras repúblicas no hayan tenido ni tengan buenos presidentes. Decimos tan sólo que ésta es flaqueza común en nuestras naciones principiantes, en las cuales da la ley la fuerza irreflexiva. Ahora pues, seamos como don Vicente Rocafuerte, amigo don Ignacio: subamos como él

en medio de la execración general, y hagamos lo necesario para descender abrumados bajo la dulce pesadumbre del amor y las bendiciones de nuestros compatriotas. No infrinjam las leyes; no desesperemos al pueblo con persecuciones y contribuciones; no reduzcamos los colegios a cuarteles; no faltemos cínicamente a la verdad en nuestros mensajes; no nos levantemos a las tres de la tarde, ni nos acostemos a las cinco de la mañana; no llamemos granadinos ni aceptemos su intervención para nuestras *montoneras* domésticas; no le quitemos la mitad del sueldo a los maestros de escuela; no tengamos ni pidamos ejércitos superiores a nuestras rentas y nuestras necesidades; demos ejemplo de probidad y buenas costumbres; bebamos agua que nos refresque las entrañas: de este modo nos habrán aceptado los liberales, y los conservadores mismos habrán tenido que aceptarnos. Si es posible, suavizaremos a estos duros amigos, les convenceremos, les conmoveremos, y lejos de perseguirlos y destruirlos, los procuraremos ganar a nuestras ideas con la generosidad y la elocuencia. Este odio feroz, esta guerra a muerte entre hijos del mismo país es una maldición de la cual debemos redimirnos con la cordura y el amor. Benemérito de la patria y del género humano ha de ser el que algún día saque a este pueblo del abismo de sangre y tinieblas donde andamos tropezando unos con otros. ¿Será para tanto el don Ignacio? Esto no está en el orden natural de las cosas. Mas si por altos juicios de Dios vinieres a ser buen presidente, recibe, amigo, esta nuestra bendición, y cuenta con el amor del pueblo ecuatoriano.

COLEGIO, CUARTEL Y CONVENTO

La Nueva Granada a un colegio, Venezuela a un cuartel,
el Ecuador a un convento.

Quito, lunes 26 de agosto de 1878

EL NERVIO de la elocuencia está principalmente en la exactitud de los hechos y la verdad de las proposiciones. Marco Tulio Cicerón no es tan poderoso en la tribuna cuando habla contra Verres, sino porque los cargos que echa sobre el cuestor de Sicilia son evidentes y notorios; y de ninguna manera habría conseguido inclinar el ánimo del Senado a la ruina de Catilina, si la conjuración de este tremendo demagogo no hubiera sido proyecto en vísperas de ser puesto por obra, con sus respectivas pruebas y documentos. El ingenio más agudo, la inteligencia más elevada, el corazón más fuerte, la palabra más impetuosa se quiebran y desmochan cuando se quieren ejercitar desalentadamente en cosas que por falta de razón y verosimilitud no les dan donde hacer pie, y se aflojan y ceden, presentando al orador vía oscura hacia el abismo. No ha mucho un diputado sostuvo en el congreso de Bogotá que, disuelta Colombia con la defección de Páez y de Flores, la Nueva Granada se había retirado a un colegio, Venezuela a un cuartel y el Ecuador a un convento. Y lo dijo el *representante* como uno que compulsa los méritos de los tres pueblos, y en un toque oratorio coloca a su patria sobre sus hermanas inferiores: inferiores, supuesto que colegio está por educación, cuartel por licencia y convento por ignorancia. Desde luego nosotros, amantes apasionados de la lengua castellana, dejamos pasar con disgusto y pesadumbre esa pifia montaraz que a Capmany y Moratín les da dentera: *representante*, en la España de Hurtado de Mendoza, Moncada, Luis Vélez de Guevara, Jovellanos, Fernández Guerra, es cómico, histrión o miembro de farándula, como lo pueden ver los aficionados a las buenas letras en los Comentarios de Clemencín al Quijote, el Análisis de don Vicente de los Ríos, la Filosofía de la elocuencia y otras obras magistrales. Por desgracia los neogranadinos que profesan el principio de la libertad absoluta en religión, política, estudios, costumbres, no han querido tampoco rendir el cuello al yugo de las leyes del idioma, y cada cual habla como acierta y le parece,

sin que puedan nada con ellos los ingenios que muy de propósito se han dedicado a estudiarlo y enseñarlo, como Caro, Cuervo y otros excelentes hablistas y filósofos. Pero no es éste el asunto, sino el colegio, el cuartel y el convento. Desgraciados hemos de ser, y por extremo, cuando cuartel, entre nosotros, ha venido a ser sinónimo de fuerza bruta, violencia, anarquía; siendo así que los cuarteles en las naciones civilizadas del Viejo Mundo son universidades de donde salen esos héroes que al atrevimiento y la ambición acompañan el profundo conocimiento de las cosas adquirido a fuerza de estudios y desvelo. En Francia, del cuartel salen el gran Condé, Turenna: del cuartel Napoleón Bonaparte, Kleber; en Alemania, del cuartel salen el gran Federico, tan gran soldado como filósofo y escritor; del cuartel Guillermo I, Federico Carlos; del cuartel von Moltke, Manteuffel, y todos esos militares con quienes está sucediendo lo que con los romanos, entre los cuales los soldados eran sabios y los sabios soldados. La escuela de Saint-Cyr, en tiempo de Luis XIV, la politécnica en el Imperio han echado al mundo legiones de hombres grandes, que no lo hubieran sido sin los conocimientos profundos de que de esas escuelas salían abrumados. Hoy mismo el cuartel es una escuela en casi todas las naciones europeas: el soldado, en Alemania, en el cuartel aprende a leer, escribir y contar; aprende lenguas extranjeras, geografía: toma lecciones de historia y otros ramos del saber humano. De esos oficiales, el menor podría hacer oposición a una cátedra. Nuestra desventura consiste en que el cuartel no es escuela ni colegio entre nosotros; en este punto, por desgracia, estamos en un todo conformes con el senador de Bogotá. Cuando del cuartel salgan filósofos y hombres de saber, entonces el cuartel no será el dragón en cuyas mandíbulas abiertas caen y desaparecen así los bienes materiales como morales de la sociedad humana.

El convento... ¡ah, el convento! ¿De dónde ha salido pues la civilización moderna sino del convento? Hunos, vándalos y godos, quemando bibliotecas y arrasando ciudades, han dejado yerma la Europa: ciencias, artes, filosofía, todo es tierra y polvo debajo de los cascos del caballo de Atila. La torre cae fracasada, el alto cimborio se desploma, el templo vuela en llamas: el mundo es un sepulcro, los bárbaros se pasean triunfantes entre ruinas aterradas. Pero unos hombres perdidos en ropones pesados de burdas telas, que andan descalzos y en cabeza, han tenido tiempo de esconder en sótanos oscuros unos objetos que ellos tienen en mucho: no son joyas, no monedas; son libros *in folio*. Aplacados los vencedores, los monjes empiezan a sacar a luz su tesoro y componer bibliotecas. De esas bibliotecas han salido en la Edad Media, y van saliendo cada día, los poetas, los filósofos, los historiadores, los oradores de la civilización antigua. Del convento han salido Hesiodo, Homero: del convento Hipócrates, Asclepiades: del convento Platón, Aristóteles: del convento Herodoto, Tucídides: del convento Pericles, Demóstenes: Cicerón, cargado de cuanto puede saber el género humano, sale radioso del convento. El convento no es, pues, símbolo de ignorancia y barbarie: los monjes han prestado servicios inmensos a la civilización: a ellos, junto con los árabes, les debemos la sabiduría que al siglo decimonono le vuelve el rey

de los siglos. Hoy también del convento salen ingenios que le hubieran hecho temblar a Voltaire; entendiéndose por convento uno y otro clero, el secular y el regular. El primero de los sabios contemporáneos, esa águila maravillosa que se ha paseado por la bóveda celeste visitando los astros, pesándolos en su mano, averiguando el secreto de la luz, es un fraile. Acaba de morir el padre Sechi: el Instituto de Francia, las Academias científicas del mundo están de duelo. Dupanloup... Quitadle los resabios de la secta, y queda un grande hombre. El padre Jacinto... Los católicos rancios por nada consentirán en que este fraile ilustre sea nada ahora que se ha emancipado de Roma: cuando era pupilo sumiso, era el nuevo Agustín. ¿Quién más? De frailes, clérigos perínclitos lleno está el antiguo mundo. ¡Pero ay! tengo que convenir con el orador de Bogotá en que el convento ahora, entre nosotros, es el abismo siempre abierto donde se hunden la sabiduría y las virtudes. Moral, ciencia, buenas costumbres, apostolado, cuando en su alto vuelo aciertan a pasar sobre el convento, caen sin vida, como las aves que se elevan sobre las aguas del mar Muerto. Si algún día triunfamos los liberales en el Ecuador, no demoleremos los conventos: inscribiremos en ellos escuelas y colegios de donde salgan maestros que enseñen, apóstoles que prediquen, santos que avirtúen a los demás con el ejemplo, y por ventura padres Sechi que nos pongan en contacto con la Divinidad por medio de las maravillas del universo. Nosotros tenemos creído que la civilización no está requiriendo ni el abatimiento de la clase militar, ni la ruina de la eclesiástica: la sociedad humana se compone de ellas junto con la civil: el gran político, el benefactor de todos será el que acierte a ponerlas en armonía y mutua correspondencia, girando cada cual en su órbita, sin que tropiecen nunca en esos negros obstáculos que se llaman rivalidad, odio, guerra a muerte.

En cuanto al hecho general citado por el honorable diputado neogranadino, hay inexactitud; inexactitud clamorosa. Disuelta Colombia, Venezuela fue patrimonio de Páez y su partido, es verdad; por donde el orador pudo haber dicho, aunque no sin restricciones que Venezuela se retiró a un cuartel. Pero el Ecuador ¿de qué modo se retiró a un convento? ¿A un convento con Flores y sus Otamendis, sus Motas, sus Beriñas? ¿a un convento con sus Zulenes, sus Garcías del Río, sus Irizaris? ¿a un convento con esa falange de extranjeros descreídos, los cuales ora por ignorancia, ora por corrupción, ora por convicciones erróneas eran casta impía de advenedizos dictadores? ¿a un convento con sus llaneros, sus ebrios consuetudinarios de sangre, sus negros sin Dios ni ley que preferían la carne de caballo a los manjares de los dioses? El vulgo acusaba a Flores de hacer bailar figurillas a media noche y tener pacto con el diablo. Flores de nada tuvo menos que confesador y fanático; antes profesaba el filosofismo y hacía agua por la libertad del pensamiento. Flores fue dueño del Ecuador por quince años: con él reinaron sus ideas y sus costumbres; fue protector y declarado propagador de las logias masónicas: ¿cómo se había, pues, retirado el Ecuador a un convento? Flores cometió mil errores; pero fue hombre sensato en muchas cosas. El no salía, como ha hecho después García Mo-

reno, a cuestras con una viga descomunal en las procesiones: ¡y la crucecita era liviana en gracia de Dios! Una mitad de infantería eran los Cirineos: iba sudando el viejo, diciendo “¡ay!” y “¡ay; ¡Dios mío!” a cada paso; desmayándose, y bebiendo caldo en las esquinas; y riéndose todo el mundo, desde los soldados hasta los frailes mismos. Flores no fue tan majadero como todo eso. El cumplimiento de los deberes concernientes a la religión es en los gobernantes aún más necesario que en las personas particulares: desde el Bearnés que terciaba con Maquiavelo, hasta Napoleón el Grande oyendo misa con mucha devoción en la Santa Capilla, no hay Bismarck chico ni grande que no sepa que *Paris vaut bien une messe*. Tan fuera de camino anduvo Flores con darlas de nigromante, como García Moreno en haberse inscrito en el calendario, sin previa canonización: el cristiano sincero se elevará en éxtasis ante el cuerpo de Cristo oculto en las formas consagradas: el hombre hábil oirá misa con dignidad y humildad prosopopeya, sin ponerse en cruz ni besar el pavimento.

Después de Flores vino Roca, el hombre más juicioso del mundo: con él, los ecuatorianos fueron gente por cuatro años. No han dado en ayunar de día y comer puerco de noche, sino con García Moreno. Con éste sí, el Ecuador ha sido un convento: tinieblas, el jueves santo, y todos los demás días del año: abstinencia absoluta de patriotismo, pundonor, vergüenza: disciplina, más de lo necesario: otros ejercicios espirituales, como el clíster, que lo tenían los padres *velis nolis* cuando menos se lo pensaban. Metidos en sus capuces, con sus rosarios de abalorios como agallas de alcorcho, se andaban rezando por las calles como penitentes públicos de la procesión universal. Pero eso pasó: ahora este don Ignacio es un Littré, un Renán: los rojos de la Nueva Granada no tienen nada que decir; aunque por entre la boca del filosofante las orejas del beato están saliendo media vara: Veintemilla mandó decir una serie de responsos de último Finados: esta es la verdadera causa de la nueva invasión con que nos amenazan los herejes de Colombia.

En cuanto a la Nueva Granada, Dios sabe si se retiró a un colegio, como dicen. Santander, desde luego, fue hombre ilustrado y, en cierto modo, civil: *el hombre de la ley*, le llamaban ellos. Pero don Francisco de Paula pasó como una sombra, y la República ha sido en todo tiempo patrimonio de Mosquera y Herrán, hombres de palo y sable. Nació donde un Melo ha sido dictador, ¿se atreve a decir que su historia es el colegio? Colegio... Don Mariano Ospina no es colegio sino convento: los granadinos pueden blasonar, más bien, de haber visto su territorio cuajado de sociedades del Niño Jesús, la Niña María, San José, las Cinco Llagas, y otros admirables *meetings* donde se han metido hasta el occipucio en la mala fe o en el fanatismo. ¿En qué parte de la tierra ha tenido el clero más poder que en la Nueva Granada? ¿dónde la superstición ha consumado obras más negras? Pueblo en el cual un obispo levanta *legiones de la fe*, y las envía por el mundo a cerrar escuelas, no es todo colegio. Los granadinos no han triunfado aún; luchando están, no ya con la oligarquía militar, sino con la teocracia. Acaban

de tener una espantosa guerra de religión, ¡y vamos zahiriendo a los demás de poco civilizados! El mérito de los liberales neo colombianos está en esa lucha, y en haber civilizado, o vuelto civil, el cuartel: esos jóvenes que salieron de las universidades al campo de batalla han descollado súbitamente como buenos militares, y han vertido su sangre por sus convicciones, valen mucho, sin duda. Los granadinos son pueblo lleno de inteligencia y valor, apasionados a las grandes cosas: no tienen sino un defecto, y es el no querer que nadie sea nada fuera de ellos. Atenienses, espartanos, romanos, ellos: los otros, capadocios, beocios, trogloditas. Para ser instruidos, exigen que los vecinos sean ignorantes: valientes no pueden ser, si sus amigos no son cobardes; y por nada consentirían en que sus hermanos fuéramos civilizados, porque ellos correrían el peligro de ser bárbaros. Lo bueno, lo admirable sería ser superior entre grandes, excelso entre superiores; y no hay mérito ninguno en que la canalla que nos rodea, a fuerza de insignificancia, nos haga presumir algo de nosotros mismos.

EL TEMPLO DE EFESO Y EROSTRATO BOLIVAR Y RICARDO PALMA

Dos son los cargos que los envidiosos y los demagogos han hecho en todo tiempo a Bolívar, el haber pretendido coronarse emperador o rey de los Andes, y el haber después intentado dar la constitución boliviana a Colombia. El primero no tiene fundamento en hecho ninguno: Bolívar, al contrario, siempre miró un descenso el pasar de Libertador a monarca, y lo dijo cien veces en documentos oficiales. Restrepo confiesa que el Consejo de Estado se inclinó a la fundación de un vasto imperio, cuyo príncipe fuese don Simón; pero éste no solamente rechazó la honra personal, sino también combatió como filósofo y político la idea. Bolívar profesaba los grandes principios de la revolución francesa; revolución que había dado en tierra con las desigualdades que estaban causando de muy antiguo en el mundo este desnivel clamoroso por donde se precipitan los pueblos a crímenes y desgracias. Hay asimismo alguna verdad en las insinuaciones de las testas coronadas a Bolívar respecto de la creación de una vasta monarquía en la América del Sur; pero aún es más verdadera la repulsa del agraciado. Si pues los hechos están deponiendo por el desprendimiento, la buena fe, el republicanismo acendrado del Libertador, ¿en qué fundan sus detractores los achaques con que pretenden mancillar esa gran memoria, oscurecer esa gran luz, confundir esa gran imagen que está resplandeciendo a los ojos del Nuevo Mundo? Ambicioso, lo fue Bolívar; ambicioso a lo grande: si no lo hubiera sido, jamás hubiera llegado a la alta cumbre en donde le contemplamos llenos de amor y asombro. Ambición es globo encantado en el cual inteligencia, valor, ímpetu, audacia y más prendas que constituyen las naturalezas privilegiadas, levantan a los políticos y los héroes a las regiones inmortales. La ambición es afecto nobilísimo: ambición es sed de consideración, honra,

gloria; y consideración, honra y gloria no adquirimos entre buenos sino con las virtudes ejercidas en vastas, admirables proporciones. Ese anhelo por el mando que suelen abrigar los pequeños con propósitos ruines o perversos, no es ambición: si es apetito de sangre, será venganza; si de dinero, codicia; si de fútil esplendor, vanidad. Los honores no son la esencia de la grandeza: pundonor, honra solamente, arrebolados por el ingenio, alcanzan la pura y grata admiración con que los hombres elevan a esos sus semejantes que prevalecen por las grandes obras. Honores... los suelen disfrutar los más tristes de los nacidos: disfrutólos el hijo de Agripina, el parricida; disfrutólos el furioso Calígula; disfrutólos el torpe Heliogábalo: los ídolos antiguos, los fetiches de los salvajes, la cebolla han sido objeto de ceremonias deslumbrantes; y acabamos de ver con profunda pena festejos oficiales a un pobre hombre con ocasión de su natalicio, olvidando como adrede una de las fechas más respetables y felices de la América libre. Ciertamente el día de San Ignacio es más para las repúblicas del Nuevo Mundo que el 10 de agosto, día agosto en el cual vieron los hombres correr a los pies del viejo Pichincha la primera sangre de los apóstoles y mártires de la independencia. ¡Afortunados los que nos hallamos en víspera de huir, para siempre quizá, de pueblo donde ocurren tan vergonzosos escándalos!

Bolívar no ansió por los honores; se fue desalado tras la gloria; y gloria no puede haber donde no hay honra: ahora pues; ¿qué honra sin grandeza? ¿qué grandeza sin virtudes? Ambición es fluido precioso que impele hacia arriba a esos argonautas sublimes que se van, no pisando sobre sus semejantes, sino dejándoles el bien y prometiéndoles la lumbre de los astros. Bolívar abrigó en su pecho el fuego de la ambición, fuego prolífico, que engendra hazañas y está ardiendo en el Olimpo soplado por genios celestiales; por eso Bolívar se elevó a la bóveda celeste: amigo del vano poder, de los falsos resplandores, de la sonaja que embelesa y deslumbra a los pobres de espíritu, no lo fue; ni lo podía ser ese Alejandro republicano que andaba suspirando por la conquista de las estrellas, por si abrigasen en sus ámbitos cautivos que redimir, esclavos que libertar, hombres míseros a quienes poner en condición de género humano alto y grandioso.

El segundo cargo es justo; mas no podemos decir que por desgracia. La exasperación de los republicanos candentes tuvo su motivo; mas de puro aguzarla se desmochó en la muela. En cuanto a los reclamos que hoy hacen todavía los demócratas adentro de su fragua, con perdón sea dicho de tan respetables varones, unos pecan por ignorancia, otros por mala fe: la Constitución boliviana, tan difamada, contiene todos los principios republicanos, sin que la eche a perder sino la presidencia vitalicia. Fuera de esta excrecencia defectuosa y algunos otros lunares, los dogmas sacrosantos de la democracia están contenidos en su seno. Bolívar, es verdad, tenía tendencias a la forma aristocrática de gobierno, como una necesidad transitoria de nuestros pueblos y nuestras circunstancias, y acaso por convicción absoluta. Mas nunca pensó valerse de la fuerza para hacer que prevaleciesen sus opiniones. En cuanto a tenerlas, ¿por qué no las hubiera tenido él como cualquier otro

en pueblos que concluían una larga guerra por la libertad de opinión, de pensamiento, de palabra? Bolívar permaneció en París encerrado, vertiendo a oscuras lágrimas de cólera y dolor el día de la coronación de Napoleón I; y estamos seguros de que más fuerte hubiera sido el enojo de su espíritu los días de la Comuna. Entre Napoleón Bonaparte y Ferré se dilata un mundo infinito. No hay duda en que don Simón no admiraba sobradamente las repúblicas de los Rienzi y los Brancalones; pero aún se hallaba más inocente de aprobar y admirar los reinados de Carlos IX y Felipe II. Bolívar hubiera sido monarca republicano o presidente imperial: hombre superior, varón insigne en todo caso: amante apasionado del bien común, la ilustración, el progreso: desprendido, noble, generoso: ser admirable que a una inteligencia encumbradísima acompañaba un corazón delicado, bueno para todo lo grande, grande para todo lo bueno, depósito profundo de santas afecciones. A Bolívar no le falta sino el prestigio del tiempo: cuando los siglos, sacerdotes de la gloria, le hayan ungido con su óleo misterioso, Bolívar será grande para todos.

Fuera de estos dos cargos generales, no ha llegado a nuestra noticia que le hubiesen hecho imputaciones de vicios ni de crímenes: guardado estaba para la ingratitud llamar esclavizador al libertador, ambicioso ruin al magnánimo, codicioso al pródigo, vulgar al hombre raro, tonto al de claro entendimiento. Las niñas de Arequipa, cuando, vestidas de ángeles, se presentaban a Bolívar en medio de un pueblo inmenso, llevándole coronas en fuentes de plata a nombre de la nación peruana; llamándole libertador, protector, amigo y padre, no pensaban que en el Perú había de nacer el que le echase el cohombro infamatorio al caballero armado de todas armas, que había dado la vuelta a la América desafiando tiranos y venciendo héroes por la libertad de un mundo. Bolívar envenenador... envenenador, ¿no es esto? Simón Bolívar, andando por las naciones del antiguo continente, no vivió ocupado en estudiar la ciencia de Exilí, ni tuvo relaciones con la condesa Judiceli por los *mediums* espiritistas¹: en Inglaterra estudió las instituciones fundadas por Simón de Monfort y sus barones: en Francia rastreó las huellas de los girondinos: en Alemania trató con Humboldt acerca de la emancipación de la raza hispanoamericana: en Italia subió al Monte Sacro, se tiró de rodillas ante los dioses invisibles, y por los manes de Cincinato y Furio Camilo juró la libertad de su patria. Esto no es profesar la ciencia del crimen, oh tú que te has envenenado con llamar envenenador al mayor y más ilustre de los americanos. "Del mismo modo pensaban los hombres de ese tiempo", dice este desventurado. Washington, premiando las virtudes de Bolívar con una prenda sagrada, ofrecida a la orilla de la eternidad, pensaba del mismo modo; pensaba que Bolívar no era sino vulgar y torpe delincuente. La Fayette, rindiendo homenaje al héroe, rasgueando con su plu-

¹ La envenenadora Tofana vivía en la corte de Catalina de Médicis oculta con el nombre de condesa Judiceli.

ma de águila las proezas del guerrero libertador, pensaba del mismo modo. Daniel O'Connell, cuando se dirigía a Bolívar por escritos, rebosando en sus líneas la admiración y el amor, pensaba del mismo modo: del mismo modo los académicos franceses, del mismo modo los viajeros ilustres, del mismo modo los congresos y gobiernos que habían expedido decretos de honores al libertador de hombres y fundador de naciones!

Hay en una plaza de Lima una soberbia estatua que buscan los viajeros de todos los países: un soldado de grandiosa catadura está devorando el espacio con los ojos, enviando su alma al cielo con ímpetu inmortal. Su caballo tiene el brazo levantado, hiere el polvo, oye uno el ruido de esas pisadas belicosas. Esa estatua es de Bolívar, libertador de Colombia y el Perú. ¿Quién la erigió? *Los hombres de ese tiempo*. ¿Por qué? ¿por criminal o por hombre de bien? ¿por incapaz o por bueno para grandes cosas? ¿por envenenador o por sujeto de virtudes? Por sujeto de virtudes, ¡sí! virtudes privadas, virtudes políticas, virtudes sociales muy altas y muy grandes. Ahora bien, los peruanos de ese tiempo levantaban estatuas al crimen, y los de hoy las conservan y veneran, o las levantaban al mérito por la gratitud: si lo primero, Ricardo Palma es digno de sus compatriotas; si lo segundo, es indigno de ellos. El dictamen de un mal pensador no es el de una nación: desgraciado del Perú si juzgara como el más ingrato de sus hijos.

"Cruel", ¡Bolívar cruel! Cruel como Pizarro, cruel como Valverde. Digo más: cruel como Enrile, cruel como Sámano. Más aún: cruel como Zuazola, cruel como Cerveris. Más todavía: cruel como el doctor Francia, cruel como Rosas. Los únicos hechos en que se fundan los compasivos difamadores de Bolívar para imputarle crueldad, son el fusilamiento de Piar y el degüello de los prisioneros de La Guaira. El general, encerrado en su cuarto, estaba llorando amargamente mientras ejecutaban a su compañero de armas. Piar, cien veces perdonado y cien veces reincidente, era una amenaza mortal para la causa de la independencia con sus conspiraciones y su loca ambición. Interrogado al fin qué haría si le otorgasen la vida, respondió que seguiría conspirando. Sufre la pena este héroe rebelde, y Bolívar queda por hombre sin corazón!

Nadie ha llamado cruel a Bonaparte por haber hecho alancear diez mil prisioneros egipcios; en esta acción terrible consistía la vida de su ejército: la necesidad volvió natural y corriente lo que sin ella hubiera sido bárbaro y espantoso. Los 800 prisioneros de La Guaira, en las circunstancias en que el dictador mandó pasarlos por las armas, eran un abismo que se estaba abriendo a los pies de la República. Murieron: su muerte fue una triste necesidad. Bolívar habría faltado a su deber, si de miedo de que un pobrecito que estaba durmiendo en las entrañas de la nada le llamase cruel, hubiera puesto su grande obra a riesgo de venirse abajo, incurriendo en la censura de las generaciones venideras.

Un sargento ha sido condenado a muerte en consejo de guerra por una grave infracción. En capilla está: contrito, con santa pesadumbre, le pide a Dios misericordia. Una joven hermosa fuerza la guardia del dictador: deses-

perada, loca, penetra en sus habitaciones, cae a sus plantas, hiere los cielos con ayes de dolor amorosísimo. El general permanece inexorable: la sentencia será cumplida. La pobre muchacha, medio muerta, es arrastrada afuera. Su prometido va a morir: los santos esponsales van a ser rotos en las puertas del Himeneo.

Esa misma noche, a las dos de la mañana, cuando todos estaban durmiendo, una sombra comparecía misteriosamente en la sala del dictador: era una mujer vestida de negro, a quien seguía un oficial. El dictador tuvo con ella una corta plática, y la despidió. A la oración del día que estaba llegando, entre oscuro y claro, un piquete de soldados, con la caja fúnebre, salía por las murallas de Puerto Cabello: el sargento, pálido, pero firme, se hinca al borde de la sepultura cavada para él en ese mismo sitio, al pie del fuerte. "¡Pelotón, fuego!". El sentenciado cae cuan largo es dentro del agujero. Al otro día sus camaradas fueron a ver la tierra fresca que cubría el cadáver de su amigo, y lloraron, sin maldecir a su general.

Muchos años después, cuando se supo en Venezuela el fallecimiento de Bolívar, un viejo se dirigía una mañana a la iglesia de una aldea de los Llanos seguido de su mujer y sus hijos, todos de luto. Oyeron con profunda devoción la misa que él mismo había mandado decir por el alma del Libertador, y se volvieron a su casa, cuyas ventanas y puertas fueron cerradas. No comió ese día la familia, y la gente de la calle oyó adentro un lastimero llanto hasta la media noche. Era ese viejo el sargento fusilado al pie del fuerte. Así es como los grandes capitanes combinan las duras prescripciones de la política con las suaves exigencias de la humanidad. El culpado pasó por muerto para todos, y vivió feliz con otro nombre en un rincón oscuro, bendiciendo junto con su esposa la memoria de su general y salvador. Cuando éste hubo fallecido, le lloró como a padre idolatrado. He aquí el cruel, Ricardo Palma.

Los legisladores de los griegos mandaron que ningún escritor fuese osado a mentar a Eróstrato, loco que había prendido fuego al templo de Efeso, maravilla del mundo, por que su nombre pasase a la posteridad. ¡Santo Dios! yo he incurrido en la pena de los Anfictions: nuevo Teopompo, he nombrado al nuevo Eróstrato. Pero América tiene el consuelo de que su templo de Efeso no ha sido reducido a cenizas.

POST SCRIPTUM

Algunos preguntarán en qué fuente he bebido estas noticias, las cuales no se hallan en la historia ni en la vida del Libertador. Yo responderé que el que desea juzgar a juicio de buen varón ha de averiguar y saber hasta lo sepultado en la ignorancia, como sean datos de la verdad. Un anciano contemporáneo y conmilión de Bolívar, volviendo pluma bien tajada su espada libertadora, ha transmitido a la posteridad en linda manera los toques más brillantes del temperamento de su generación. El coronel López, soldado de

la independencia, publicó en Bogotá una serie de anécdotas o pasajes llenos de poesía y seducción. Uno de éstos es el del sargento condenado a muerte. Histórico es el hecho; mas como no fuese en mi memoria sino una reminiscencia, heme visto obligado a vestirlo según mi propia indumentaria, poniéndole al noble esqueleto no solamente la ropa sino también las carnes. En cuanto a la parte segunda donde figuran la iglesia de la aldea y la misa por el alma del Libertador, es un homenaje de la imaginación a ese elevado, puro sentimiento del ánimo que llamamos gratitud: la gratitud empapada en lágrimas es ciertamente una afección divina.

LAS CATILINARIAS
1880 - 1882

PRIMERA

Tanto monta.

MOTE DE LA EMPRESA DE FERNANDO EL CATOLICO

LOS PUEBLOS que viven dentro de la jurisdicción de las hadas infaustas, sean grandes o pequeños, tienen la facultad de atraer sobre sí la vista de las demás naciones. El poder de las lágrimas es un secreto de la naturaleza, y la desgracia, título de consideración para los que saben coronarse de ella, resplandeciendo en las virtudes. Llorar, mujer, y vencerás, dice el refrán. Harto ha llorado Polonia, y está llorando todavía, sin esperanza de redención, ni más consuelo que las lástimas del mundo, que a su vez llora la suerte de un pueblo ilustre. La mujer vence con las lágrimas; las naciones, mientras más lloran, menos acreedoras son al aprecio de los pueblos dignos. La libertad no es un bien sino cuando es fruto de nuestros afanes; la que proviene del favor o la conmiseración es ventaja infamante, a modo de esos bienes de fortuna mal habidos que envilecen al que goza de ellos sin que le sea dado endulzarlos con el orgullo que la inteligencia y el trabajo suelen traer consigo. Pueblo que no tiene desahogo sino la humilde queja, ni arbitrio sino el llanto, ni compasión merece, menos compasión de los demás. Para que el infortunio sea cosa interesante, ha de ser devorado por uno con dignidad y valor, sin que la esperanza se halle nunca fuera de sus afectos. Sucede que a una persona se le caen a pedazos carne y alma, y todavía la miramos con desdén, si no se levanta sobre su suerte y nos hace ver que el espíritu no está sujeto a la materia. Mientras más ruin, más infeliz un hombre: un pueblo no tiene derecho para llorar sus tribulaciones, cuando ellas no son enviadas inmediatamente y directamente por Dios, único caso en que debe sufrirlas con paciencia, pues contra él no valen furias, ni sus decretos adolecen de injusticia: los males que derivan de la tiranía, tienen remedio, y a la mano. Pueblo es un vasto conjunto de individuos cuyas fuerzas reunidas no sufren contrarresto: su voz es trueno, su brazo rayo. Emperadores y ejércitos, capitanes y soldados, tiranos y verdugos, todos caen, si ese gigante levanta su martillo. El pueblo es un cíclope; suda a torrentes en su inmensa fragua,

pero está forjando las armas de los dioses. Todo pueblo merece su suerte, dice un severo juzgador de la especie humana; y es así; pues si es mala y no hace por mejorarla, ¿no es claro que está bien hallado con el yugo? La regla es falsa, me dirán; Polonia ha dado vuelos sublimes hacia la libertad, y no ha salido con su empeño: Polonia no merece su suerte. Si la merece o no, las investigaciones de los filósofos acerca de las causas de su caída, lo dirán; en cuanto a sus esfuerzos por liberarse y emanciparse, ellos son su gloria, y sin ellos el mundo no contemplaría esas ruinas sagradas, temblando en su admiración y su dolor. Presa de tres leones, ¿a dónde se ha de volver? Blanco cisne en medio de tres águilas, ¿cómo se ha de escapar? Desde que Tadeo Kosciusko, cayendo en Podzance bajo una bala moscovita, trazaba sobre la nieve con la punta de su espada estas palabras: *Finis Polonia*, Polonia desapareció. Esta es una excepción terrible que no saca mentirosa la sentencia: Todo pueblo merece su suerte.

Si me preguntan cuál es el prurito que vuelve más vicioso y criminal a un gobernante, yo responderé que el abuso de las leyes. Leyes son los vínculos de la sociedad humana con los cuales viven los hombres formando un solo cuerpo, sujetos a unos mismos deberes, agraciados con unos mismos fueros. El que viola el código de esas reglas en provecho de sus orgullos, sus vanidades o sus iras, es impío que da un corte en el santo nudo que encierra los misterios de las naciones, y rompe el símbolo de la felicidad del pueblo. En razón de las leyes divinas reconocemos el poder de Dios, en razón de las naturales acatamos a la naturaleza, en razón de las humanas, dependemos los ciudadanos unos de otros, y todos juntos somos esclavos respetables del soberano invisible que está ahí erguido y majestuoso con nombre de Estado. Al que prescinde de los principios religiosos, la Iglesia le pone fuera de su gremio; al que los escarnece, le maldice y tacha de sacrilego: maldito es y sacrilego igualmente el insensato que se pone él mismo fuera de la comunión social con el traspaso de las leyes. La excomunión es pena de las grandes en todas las religiones: cuando los pueblos, cansados de padecer y tolerar, yerguen la cabeza y levantan el brazo en ese movimiento espantoso que se llama revolución, los malditos pierden el color y se ponen a dar diente con diente. Ese tribunal es inexorable: mentiste, engañaste, hiciste burla del pacto general y befa de la República: muere perverso; condénate, impío. El patíbulo, un feo cadáver en los brazos, está dando fe de la justicia de un pueblo, o las piedras de las calles teñidas en sangre del réprobo que ha concitado su justa ira.

Toda infracción es delito, y no hay delito sin pena: las infracciones repetidas son culpas multiplicadas que acreditan un gran pecador en el triste que así atropella los mandatos del Cielo como los de la tierra. El abuso triunfante, soberbio, inquebrantable, es tiranía: en las entrañas de esta Euménides se dan batalla las pasiones locas, los apetitos desordenados, los propósitos inicuos, y tomando cuerpo en forma de verdugo, comparece a un mismo tiempo en todas las ciudades de la República, condecorado con el hacha, la cuerda o el fusil pervertido, a llevar adelante sus obras de condenación.

Tiranía no es tan sólo derramamiento de sangre humana; tiranía es flujo por las acciones ilícitas de toda clase; tiranía es el robo a diestro y siniestro; tiranía son impuestos recargados e innecesarios; tiranía son atropellos, insultos, allanamientos; tiranía son bayonetas caladas de día y de noche contra los ciudadanos; tiranía son calabozos, grillos, selvas inhabitadas; tiranía es impudicia acometedora, codicia infatigable, soberbia gorda al pasto de las humillaciones de los oprimidos. La tiranía es fiera de cien ojos: ve a un lado y a otro, arriba y abajo, al frente y atrás: zahorí prodigioso, en el centro de la tierra descubre si una virtud prófuga está allí metida en su propio rubor; si una inteligencia, procurando apagarse ella misma para no morir, se ha escondido en las sombras que ilumina a pesar suyo; si un corazón grande y puro se ha puesto tras el olvido para no ser tomado por los sicarios que ciernen el mundo en busca de lo justo, lo grande y lo bueno. Patriotismo, amor a la libertad, deseo de ilustración pública, son enemigos de esa hija del demonio, a quien ofenden e irritan luces y virtudes.

Tiranía es monstruo de cien brazos: alárgalos en todas direcciones y toma lo que quiere: hombres, ideas, cosas, todo lo devora. Devora ideas ese monstruo: se come hasta la imprenta, degüella, o destierra filósofos, publicistas, filántropos; esto es comerse ideas y destruirlas. El tesoro nacional, suyo es; la hacienda de las personas particulares, suya es; la riqueza común, suya es: suyo lo superfluo del rico, suyo lo necesario del pobre. Si algo le gusta al tirano, es la oveja de Nahaán. Entre los antiguos mejicanos el tercio de los haberes de los súbditos pertenecía al Emperador: pueblos hay en estos tiempos de progreso y estos países de libertad irrestricta que habitamos, donde los ciudadanos libres y felices han llegado a pagar el quinto: a un paso están de los vasallos de Moctezuma. Pagar, ¿a quién? ¿al Gobierno? ¿al fisco? No; al presidente, ese magistrado republicano que se está allí resplandeciendo en la luz de las leyes, fijo el oído en los consejos de Minerva.

Leyes... vuelven a salir al paso, y me hago con ellas. Leyes son freno de oro que nos obliga a ir y venir mesurada, cuerdamente. Duro es el bocado, pero saludable: esos sabores mantienen la frescura de la boca, esas camas agarran las riendas, dan fianza para no soltar el nudo de la vida. Rotas las leyes, rota la caja de Pandora: los males salen en torbellinos y, braveando por la República, triste la dejan y arrasada. El que la suele romper es el depositario de ella: hombre desleal, ¿así agradeces la confianza hecha de ti por los que te las pusieron en las manos? Traidor, las rompes, hazlas roto: ¿cuál es tu pena? No la has de oír, la has de ver, cuando, las manos con empulgueras, la carlanca al cuello, vayas lento y aterrado por esas calles por donde paseabas tu soberbia teñida de oro y sangre.

La transgresión de las leyes no es sino favorecimiento inicuo a unos pocos, o quizá a uno, contra la mayor parte de los ciudadanos, contra la generalidad. Los tiranos suelen ser el todo ellos solos: divinidades animadas por el orgullo, échanse a los hombros el mantón de Demetrio, y salen paso entre paso contoneándose cual Genios superiores al linaje de los mortales. Sol, luna, astros, bordados de oro y pedrería fina en fondo primoroso, está

girando alrededor de Demetrio, cuyos decretos son divinos en concepto de los caídos atenienses. Los grandes tiranos, esos a quienes exaltan prendas y endiosan triunfos, todos suelen vestir el mantón sembrado de astros: éstos giran humildes en torno suyo, y ninguno los toca: héroes, nobles, barones y terratenientes poderosos son los astros que giran alrededor de los tiranos de gran porte, esos que con la cabeza dan en el firmamento, y con los pies están haciendo acto posesivo del infierno. Para ser gran tirano se ha de menester inteligencia superior, brazo fuerte, corazón capaz del cielo y de la tierra; los opresores vulgares no llaman la atención del mundo; los ruines, los bajos, son tiranuelos a quienes perdona el pueblo cuando se derruecan, y olvida por desprecio. Los bajos, ruines, pero criminales, pero ladrones, pero traidores, pero asesinos, pero infames, como Ignacio Veintemilla, no son ni tiranuelos: son malhechores con quienes tiene que hacer el verdugo, y nada más.

El conde de José de Maistre, apologista de este personaje, pone en sus garras con amable desenfado al revolucionario patriota, al amigo de la libertad y el bien común, al escritor luminoso y atrevido, al prócer, al apóstol, al hombre libre que levanta al cielo la frente y no reconoce vasallaje envilecedor: todos son presa natural del verdugo para ese gran teórico, émulo de Hobbes. El que mata a todos, con razón o sin ella; el que roba a todos; el que agravia a todos; el que oprime a todos, éste es el único que no ha de subir jamás los cuatro peldaños de esa escalera negra por donde los más desgraciados de los hombres se encaraman en el altar de la infamia. Pues yo digo, señor conde, que si alguien merece el patíbulo, es el hombre inicuo, tirano o malhechor, sobre quien pesan crímenes propios y desgracias de los pueblos.

Sin traspaso de las leyes no puede haber tiranía: habrá quizá despotismo; si la hay, no está ella en el que las ejecuta, sino en el legislador. Si hay traspaso, hay tiranía, por fuerza de razón. Pues ¿cómo sucede que uno que las traspasa no se pueda llamar tirano? Los bandoleros las infringen, y no se llaman tiranos; son malhechores. Y el que se alza con todo, sin facultades para distinguir el bien del mal, sin luz de razón ni principios de gobierno, a impulsos de su bestial naturaleza; que brilla por el veneno y el puñal; que infama la tiranía misma con la hez de los vicios; que aborrece la justicia, por maldad; desprecia la inteligencia, por ignorancia; un azotacalles puesto en el Solio por asalto nocturno, y sostenido allí por una banda de gente hampesca; un pobre diablo como éste, ¿alcanzará nombre y fama de tirano? De ninguna manera; y quedas, oh lector, remitido desde ahora a otro lugar donde más largamente se contiene esta materia.

Leyes... ¿para qué las quiere Ignacio de la Cuchilla? “¿Con qué derecho habéis descendido armados a estas tierras que no son vuestras?” le dijo un romano a Breno que se presentaba en Italia blandiendo la pica de los galos. “Nuestro derecho lo traemos en la punta de nuestra espada”, contestó el bárbaro. No le preguntemos a Ignacio de la Cuchilla con qué derecho está allí mandando a su manera sin Dios ni ley; con qué derecho está imponiendo contribuciones exorbitantes a los pueblos; con qué derecho se lleva a su gazapina las arcas públicas; con qué derecho proscribire a los patriotas, los

varones eminentes; con qué derecho manda a media noche asesinar a los mejores; con qué derecho suprime escuelas, quita rentas a los colegios, amenaza a las universidades; con qué derecho pone las aduanas y las administraciones en manos de hombres sin fe ni probidad; con qué derecho asigna rentas fabulosas a insignes pícaros, y capa o quita del todo las de útiles oficiales; con qué derecho se tira de rodillas y llama extranjeros en su auxilio cuando las ha con enemigos interiores; con qué derecho cubre de infamia a la nación y de ridiculidad al Gobierno; con qué derecho embriaga al Cuerpo legislativo por costumbre, y convierte en lupanar la casa presidencial; con qué derecho impone multa y castigo denigrante a la Corte Suprema de Justicia por un fallo de este Poder independiente; con qué derecho envilece y arruina al clero, obligando a sacerdotes encadenados a firmar documentos mentirosos de prostitución y esclavitud; con qué derecho acusa a los inocentes con cartas fingidas, fabricadas en su oficina de imposturas; con qué derecho busca a los más invisibles de los hombres, como sean los más corrompidos y perversos, para darles mando y dictadura en las provincias; con qué derecho retiene esas nefandas facultades extraordinarias sin término ni motivo; con qué derecho se anda por las calles seguido de una manga de sicarios, echando a tierra con el bastón el sombrero del que no le rinde vasallaje, y punzándole la barriga al tiempo que le harta de improperios: no le preguntemos nada de esto, porque él ha de responder: "Mi derecho está en la punta de mi puñal; mi derecho está en las puntas de mis uñas, largas como veis, sucias y retorcidas; mi derecho está en la punta de mi nariz, con la cual husmeo y descubro lo que cuadra con mi apetito; mi derecho está en mi negadéz; mi derecho está en mi ignorancia; mi derecho está en mi proclividad; mi derecho está en mi impudicia; mi derecho en este zurrón de vicios y perversidades que escondo en mi negro pecho". Este bárbaro ha descendido a la República con su cola de trogloditas, y en nombre del pecado y por autoridad del crimen ha planteado en ella las instituciones y costumbres de Sodoma.

Los trogloditas eran un pueblo sobre el cual la lluvia de fuego estaba en el disparador: hombres y mujeres, todos hundidos en un pozo de iniquidades y torpezas. Entre ellos la importancia personal de un individuo se graduaba por el número de acciones atroces, o por los actos que hacen temblar a la naturaleza. Pundonor en los unos, pudor en las otras, borrados de sus costumbres: sangre, rapiña, blasfemia, gula, incesto, pan de cada día para esos miserables. Viven sin gobierno: la anarquía, envolviéndose sobre ella misma, y soltándose luego cuan larga es, va serpenteando por la tierra, o se dispara veloz de un punto a otro: incendios, bacanales furiosas, adulterios, parricidios, ésta la vida de los trogloditas. Tan veleidosos como soberbios, un día les pasó por la cabeza ganar en consideración volviendo su estado monarquía: quisieron monarca, títulos y condecoraciones, con lo cual prevalecerían por la vanidad los principales llamándose condes, duques y hasta príncipes los más atrevidos y ambiciosos.

Había entre ellos uno que se dejaba estar en austero silencio, sin tomar parte ninguna en ese empeño general de crímenes y placeres indebidos: ora por corromperle, ora por ponerle al toque de las virtudes, proclámanle su rey: ¡al trono! ¡al trono! El rey electo se yergue, encapota la frente más y más, y en voz terrible dice: “¿Yo vuestro rey, pueblo infame? Los dioses castigarían en mí semejante condescendencia: vosotros los crímenes, yo las virtudes dentro de mi corazón: adoro al padre de los mundos, tiemblo de su justicia, y procuro no parecerme en nada a monstruos como vosotros. El más ladrón, el más torpe, el más lujurioso, el más borracho, el más inicuo de los trogloditas, ese es vuestro rey”. Les devuelve la espada y se va fuera de la ciudad a una cueva donde vive con una mujer casta y temerosa de Dios, cultivando la conciencia en comercio con la Divinidad por medio de los buenos pensamientos.

Los trogloditas no le matan: sorprendidos quedan, aturdidos. En tumulto inmenso van hacia el hombre justo, le toman en hombros y le traen a la ciudad por la razón o la fuerza. Sed nuestro rey, exclaman: guiadnos, corregidnos, curadnos esta lepra que nos devora el alma: os obedeceremos, os veneraremos. El hombre justo se pone a verter lágrimas. “¡Trogloditas! dice, del pueblo más perverso y corrompido de la tierra, seréis el más bueno y morigerado: el dedo de Dios está oprimiendo vuestros corazones, bien lo veo: llorad conmigo vuestras culpas, y seguidme por la carrera de las leyes: el cumplimiento de las divinas y las humanas será vuestra salvación”. Siguiéronle por allí al hombre justo los trogloditas, y vinieron a ser ejemplo de pueblos sabios y virtuosos.

Ecuatorianos, el troglodita que está sobre vosotros es el peor de todos, es el que designó el hombre justo: derribadle, buscad vuestra salvación en el cumplimiento de las leyes divinas y humanas; de otro modo seréis los trogloditas del Nuevo Mundo, y os devorará el alma esa lepra que corroe la del Gestas que tenéis sobre vosotros.

Hubo asimismo en un lugar una junta de hombres, no tanto malos cuanto viles, que se llamó Convención o Cuerpo legislativo. Van a dar leyes, y no tienen rudimentos del Derecho; a prescribir reglas de justicia, y son injustos. El legislador es sabio como Solón, austero como Licurgo: hez de cuarteles, gente del campo, soeces taberneros, vagos y vagamundos, ¿qué constitución, qué leyes? Ignacio de Veintemilla, jefe supremo, va cada día a un chiribitil contiguo a la sala de sesiones, y está sacando la cabeza y alargando el cuello, a ver quién da su parecer en contra de sus pretensiones. Por la noche los legisladores están en su casa, comen y beben, se embriagan, vociferan: son los trogloditas del troglotón supremo. En este vaivén de carne y aguardiente, de vilezas y fechorías, las leyes estuvieron hechas: gendarmes sin ley, payos sin letras, polizontes sin oficio, rúbulas sin equidad, sacerdotes sin Dios habían dictado leyes. El presidente de la Convención era un viejo ebrio consuetudinario: borracho iba a las sesiones; no contento con esto, levantábase a cada paso a hacer aguas y echar un trago: el botiquín de aguardiente está ahí, tras una puerta: allá se acoge a curarse a cada rato, a curarse...

Templanza, honra, majestad del hombre son enfermedades para ese viejo sátiro. Se levanta la sesión: borracho fue a ella, borracho sale y se va por esas calles en lastimoso tambaleo. Un hombre está de pie en el umbral de su tienda: el presidente de la Convención, que está viendo dos candiles, alza el palo, se le va encima: "¡Canalla! el que me toque un pelo a uno de mis soldados, al patíbulo". El no va al patíbulo todavía; va a la cama, y allí le está tocando el pelo toda la noche a su santa esposa: la botella. Al otro día se ha de levantar un Minos, y ha de ir a dar la ley de la prostitución y el escándalo.

Los legisladores han concluido las leyes; el último día revisten de facultades extraordinarias sin término al dios de los dioses: toma cada cual su mula de alquiler, y, el delito en el corazón, la infamia en el rostro, las alforjas al anca y el empleo en la faltriquera, se reparten por provincias y ciudades. Saliéndose aun de la órbita de ellas, el rey de los trogloditas no arrepentidos, es dictador: su dictadura, eso sí, modesta; para desterrar a los buenos; para sepultar a los mejores en prisiones; para llevarse a su casa los caudales públicos; para gravar con nuevos impuestos a la agricultura, la industria; para celebrar contratos en los cuales se favorece él mismo con medio millón de pesos; para quitar a los planteles de educación sus rentas naturales; para ceder las aduanas a los cómplices, como le manden su parte equitativamente; para ninguna cosa mala. Y este cumplido troglodita está haciendo cada día una cruel amenaza a los ecuatorianos. "Me he de ir, dice; me he de ir a Europa, en donde saben apreciarme. Ingratos: me he de ir; en Francia me quieren; en Inglaterra conocen y reconocen mis méritos; en Alemania tengo vara alta: me he de ir".

¿Y en España, Ignacio de los Palotes...? ¿y en Madrid...? ¿y en la calle del Arenal...? ¿y en el hotel de las Cuatro Naciones, no te saben apreciar, no te conocen tus méritos, no te quieren? Sí te quieren, para alojarte en los pontones de Cartagena o dar contigo en la Carraca. Testigo el marqués de Acapulco, don Mariano del Prado, con quien te mandó afectuosas memorias el italiano Juan Borella. No te vayas: las requisitorias están en París, te echan mano. Puedes irte, el niño: le ablandarás al de Madrid con un buen porqué de unto de Méjico; pues para algo han de ser los quinientos mil pesos que te tienes por ahí, amén de los seiscientos mil que te van a caer del cielo por el ferrocarril de Yaguachi. Puedes irte, amigo, y goza de las consideraciones y el amor que te profesan en Europa. Llorad, ecuatorianos, ¡se va! Derretíos en lágrimas, se fue. Los esquilmos de vuestras haciendas estarán seguros, las alhajas de vuestras hijas no correrán peligro, la vajilla yacerá en su alacena: llorad. Un negro con lazo, un cholo cualquiera con gorra no os insultará en la calle, un jefe beodo no os cubrirá de injurias, un rufián de servicios no os llevará a la cárcel: llorad.

Vosotros, periodistas; vosotros, jueces; vosotros, profesores y catedráticos, llorad. Llorad; ya no tendréis quien os confisque vuestra imprenta, quien os castigue vuestra justicia; quien os reprenda vuestra enseñanza: llorad.

Clérigos, llorad: ya no os sepultarán en húmedas mazmorras, ni os pondrán grillos perpetuos, ni os harán firmar escritos infames el puñal al pecho.

Llorad, sastres, carpinteros, zapateros: vuestras hechuras no os serán defraudadas, ni correréis peligro de ir al cuartel, si tenéis la avilantez de reclamarlas.

Estudiantes, jóvenes que ansiáis por ilustraros, llorad: se va don Alfonso el Sabio, se va el Albulense: llorad. Se va Tritemio, se va Santo Tomás de Aquino.

Poetas, se va Mecenas, se va Augusto, llorad. Se va Cristina de Suecia, se va Luis XIV.

Llorad, agricultores, se va Ollivier de Serres, se va Enrique, el protector del trabajo y la industria.

Maestros de escuela, llorad: se va el dueño de vuestras rentas, se va.

Matronas de alta guisa, llorad: se va el yerno codiciado. Niñas de quince abriles, se va el novio pretendido: llorad.

Llorad, ninfas, se va Silfo. Náyades de las fuentes, napeas de los bosques, driadas y amadriadas, llorad: se va el Amor, el Genio de los fantásticos placeres.

Llorad, Musas, se va Apolo. Flores, llorad: se va el fresco, blando Céfiro.

Pan del hambriento, vino del sediento, vestido del desnudo, qué no era ese San Carlos Borromeo ceñido de invicta espada. Enseña al que no sabe, da buen consejo al que lo ha menester, visita a los enfermos, con la bolsa en la mano, para meter allí lo que encuentra en sus santas peregrinaciones, si gargantillas de perlas, si cucharas de plata. Lloremos, compatriotas, lloremos: se va vuestro libertador, nuestro civilizador, nuestro benefactor. Ingratos, ¿no lloráis? Oh, corazones broncos, oh, pechos áridos, oh, almas de almirez, sacad agua de las piedras, llorad. Ya no oiréis ese paso lento, pesado, fatídico por vuestras calles. Ya no veréis ese pescuezo de meses mayores que está amenazando con una reventazón de hiel y vinagre; ya no sentiréis en las carnes esa uña envenenada. Se va el rey, se va el papa, se va. Se va, se va, se va nuestro padre y madre: llorad, lloremos.

¿Qué llanto deplorable es ese que inunda los ámbitos de la razón? Lloran los hombres, lloran las mujeres; lloran los civiles, lloran los eclesiásticos: se fue...

No lloran porque se va, sino porque no se quiere ir ni morir el bruto: lloran los cobardes, cuando lo que deben es alzar el brazo y dar al través con ese malvado tan sin fuerza contra un pueblo pundonoroso y valiente. ¿Es por ventura su poder obra de su vigor? La flaqueza de los demás, la entereza del ruin que al menor síntoma de cólera popular pone las manos a gentes extranjeras y las llaman en su socorro. ¿Qué fuera de él con la naciónalzada? ¿qué de sus cómplices y esbirros ahogados siempre en bebidas soporíferas y apocadoras? Pueblo, pueblo, la honra ha huido de tu pecho, la vergüenza de tu rostro. ¿Cuándo viste sobre ti alimaña más soez y despreciable que ésta que hoy te está chupando la médula de tus huesos? ¡Y no te enderezas, y no te superas a ti mismo, y no ruges de cólera y sacudes de tu cuerpo el ávido murciélagos que ya te tiene exangüe! Honor, pundonor,

consideración de las demás naciones, bienes de fortuna, todo te lo ha comido, todo. Y le sufres aún; y, esqueleto rechinante, le sirves de caballo, y él te mata. Pueblo, pueblo, pueblo ecuatoriano, si no infundieras desprecio con tu vil aguante, la lástima fuera profunda de los que oyen y te miran. Un tirano, pase: se le puede sufrir quince años; ¿pero un malhechor? ¿pero un salteador tan bajo, un asesino tan infame?... Pueblo, pueblo, pueblo ecuatoriano, ve a la reconquista de tu honra, y muere si es preciso.

Se va a Europa, allí le aprecian, le quieren. Los que no saben cuánto alcanza en las naciones del viejo mundo, en esas capitales opulentas, un desconocido cualquiera que llega sin nombre ni bienes de fortuna, podrían quizá dar alguna significación a la pajarotada de ese farandulero. ¿Quién le aprecia en Europa? ¿la motilona que le lleva a mediodía su pitanza a la cama? ¿la vieja que le recibe la llave, cuando él sale para el café? ¿el mozo de la cervecería que le sirve copa sobre copa? ¿la dama del número 5 que le conoce como a su parroquiano? ¿el dueño del garito que le ve todas las noches? Estos le aprecian, éstos le quieren. Por lo demás, ¿qué relaciones un quídam sin talento ni riqueza? ¿qué distinciones un pícaro de más de marca? Inteligencia superior, grandes obras de la pluma o de la espada, caudales bien o mal invertidos se han menester para hallar puesto entre la gente de chapa de esos mundos. Andar condecorado fraudulentamente, como Ignacio Veintemilla, falsificando cintas y veneras, podrá recomendarle a uno a los policiales e infundir cariño en la gente de la hampa; mas no son estos miramientos ni este amor los que buscan los hombres de bien y trascendencia. No hay duda sino que, si sale con vida de la nefanda aventura en que está metido, se ha de ir a Europa, se ha de llamar conde, ha de tener coches y lacayos, él, el pobrecito del ómnibus, el sopista de Picpus. Pero tras ese gran señor de yeso no podrá ocultarse el criminal, y una vez que el príncipe de Cavalcanti venga a ser descubierto, huir ha con títulos y millones. En su patria una muerte y muchos robos; en Madrid una estafa de... caballero; en París robo de la espada de Solano López, falsificación de símbolos nobiliarios. En esta última ciudad está llamado por la justicia: no ha comparecido; antes escribió al mariscal Mac-Mahón, presidente de la República francesa: "Grande y buen amigo". Si ese egregio magistrado, o la reina de la Gran Bretaña, tuviesen noticia de quién es su *grande y buen amigo*, mandarían sendos buques a castigar con bombardeo al pueblo que tiene la vileza de sufrir sobre él a peñillán como ese, y al mismo belitre que se atreve a hombrarse con presidentes de marca mayor y testas coronadas. Un nubarrón obscuro en forma de corneta se está levantando sobre esa Lapita afortunado: su estrella va a apagarse, se apagó.

*Muchas veces he memoria
Del cielo venir señales,
Que nos daban figuranza
De la mala venturanza
De nuestras cuitas e males.*

Las leyes... Hánsenos ido nuevamente de las manos, pero no hemos hecho infracción de ellas. Una vez que los convencionales las hubieron llevado a felice cima, pusiéronse a rodearlas ellos mismos, y echándolas abajo de raíz. Leyes, buenas o malas, ya estaban hechas: gracias a Dios, la dictadura vio su término, y el peligro inminente que Bolívar estaba señalando en ella para la patria, dejó de amenazarla. Dura labor la de esos legisladores: comer, beber, dormir, jugar muchos de ellos y firmar todos. Constitución y leyes, helas allí. Pero esos Claudios y Papiros, esos Régulos y Catones no habían contado con la huésped: ¡Mensaje del Poder ejecutivo! gritan los ujieres. El señor ministro, un soberbio capón de partirlo con la uña, se presenta, sus papeles en la mano: "Señor presidente, señores diputados: hará cosa de seis días, dos hombres misteriosos llegaron a la casa de posada de Guaranda. De Guaranda, señores, fijaos en la gravedad del asunto. Encerráronse estos hombres, y ni comieron ni bebieron: hombres misteriosos, como queda dicho. Venía el mayor cubierto con uno de esos aparatos de camino que llaman catalán, mascarilla o papahígo: el otro, por el recorte del pelo daba indicios de ser fraile; capuchino, jesuita o dominico, no lo podría decir el supremo Gobierno. Al otro día los hombres misteriosos habían desaparecido. La Cámara, en su provincia, dictará las necesarias para la salvación del país".

"Señor ministro, contesta el presidente, viendo siempre dos candiles donde no había más que uno, según lo expuesto por vuestra paternidad, la República se halla al borde de un abismo. Dos hombres misteriosos en una posada, fraile el uno, con papahígo el otro... la revolución está hecha. Podéis asegurar al excelentísimo señor capitán general de sus ejércitos, que este ilustre consistorio no escatimará los medios de defensa, ni le regateará su co... su co... su co... su cooperación. Al joven Carlomagno le ha de caber de nuevo la gloria de salvar la libertad y los principios".

El honorable presidente se agacha, se agazaja y se esconde tras la mesa de su alta plataforma, echa un trago, se endereza y pregunta: "¿Su señoría, el señor ministro, no tiene otras pruebas que aducir?" "¿Pruebas, señor presidente? eso es lo que sobra; mas antes dignaos advertir que entre *señor* y *señoría* hay pleonasma". "¿Y cómo no? replica el presidente; pues si lo que habemos menester en estas nuestras apuradas circunstancias es un pleonasma, un gran pleonasma, de esos con los cuales Mitridates salva la Francia, y Benedicto XIV pone a raya a... Torre Tagle. Un pleonasma, sí, señores, pleonasma; lo que se llama pleonasma".

Profunda era la admiración de la Cámara por la sabiduría de su presidente; y el señor ministro, no muy seguro en este terreno, pasó a dar las pruebas, y dijo: "Un honrado comerciante de Guayaquil nos escribe que los insurgentes no se dan punto de reposo, y que antes de uno a dos años la revolución será *urbis et orbem*". "*Urbis et orbem*" grita el presidente; lo habéis oído señores diputados, *urbis et orbem*. Andrés Alciato y Justo Lipsio

hubieran dicho quizá *urbi et orbi*; mas el señor ministro y el presidente de la Convención hablan latín corregido, aumentado y perfeccionado; ellos dicen *urbis et orbem*: latín parlamentario, latín oficial.

Los legisladores, por casualidad no estaban ese día tan borrados como su presidente, no juzgaron que el caso del señor ministro fuese de tocar a somatén, y dejaron las facultades extraordinarias para cuando se presentasen más pruebas, siquiera indicios de la conspiración. Esa noche el jefe supremo no les dio de comer ni de beber, y como iban presentándose en su casa, los iba hartando de desvergüenzas y echándolos escalera abajo. La siguiente, un horrible acaecido les abrió los ojos a los diputados, y vieron esos ciegos: libertad, instituciones, patria, húndese todo, sin la advertencia y sabiduría del jefe supremo. ¡Fuego! ¡fuego! ¡arma! ¡arma! ¡Se quema el cuartel del Número Catorce, arde el mundo, se pierde la Francia!

El infame cometió ese día el más bajo de los crímenes, el incendio. Traspuso por la mañana sigilosamente el parque, y de noche mandó meter fuego a un rancho que estaba sirviendo de cuartel. Era éste un armazón de magueyes y paja sobre las paredes de una iglesia caída. Preséntase de nuevo Eutropio en la Cámara legislativa, y dice que los enemigos del Gobierno han incendiado uno de los cuarteles; que la revolución está descubierta con hecho tan audaz y notorio. Los diputados, intimamente convencidos de la superchería, le dieron facultades extraordinarias para toda la vida al incendiario. ¿Cuál es más infame, el malhechor o sus fautores? ¿el malhechor o sus encubridores? Tocado el rebato, acudió el pueblo: el batallón, distribuido en las esquinas, bala en boca, le echó a la espalda. Jefe supremo y presidente de la Convención, con bastones levantados, estaban ahí presidiendo el incendio, sin permitir que nadie acudiese a salvar la ex iglesia. Piensan estos dos histriones que el pueblo es un canasto de titeres, y la nación un retablo donde ellos, rey Marcilio y rey sobrino, han de dar sus farsas en uno como maese Pedro? Los asesinatos castigaría yo con el patíbulo, los robos con el grillete y la escoba, y la patraña del incendio y las facultades extraordinarias, con azotes. Un hombre de sangre en las venas decía no ha mucho, que a los convencionales de Veintemilla y Urbina se les debía transmitir a la posteridad en un cuadro inmortal con sus retratos. Bueno; pero en el cuadro no han de estar sentados, sino echados de... barriga.

“¡Ese no! me ha de venir con leyes”, respondió Ignacio de la Cuchilla a un individuo que para ministro de Estado le proponía un hombre de ley. El estilo es el hombre, dijo Buffón, cuyo axioma están repitiendo todos los días filósofos y moralistas: el estilo es el hombre. Las palabras del hombre son la imagen de su vida, había dicho Salomón, de donde por ventura sacó su principio el gran escritor moderno. Las palabras del hombre son la imagen de su vida: “Me ha de venir con leyes”, dice el menguado sin fe ni ley. El autócrata de Rusia no habla con más atrevimiento, él que por ley es soberano absoluto. Un presidente de una República que se titula democrática ¿puede rechazar a sujetos competentes y de probidad, cabalmente porque son com-

petentes y probos? El quiere uno que no le venga con leyes; quiere eunuco natural y perpetuamente encorvados ante la majestad de su persona, que autoricen sin actuarse en ellos sus órdenes y decretos. Quiere delincuentes sentenciados, para desdoro de la nación y tirria del cuerpo diplomático. Su ministro de lo Interior y Relaciones exteriores actual, es un masón expulsado de una logia de Lima, previa sentencia condenatoria: estafador, impostor, mentiroso, incorregible, calumniante, y otros de estos son los artículos de la acusación por la cual los masones le pusieron de patitas en la calle, un cartel a la espalda, donde estaba dicho en gruesos caracteres: "Infame". El proceso y la sentencia, autenticados, salieron a la luz por la prensa con la estampa del réprobo: todo el mundo los ha visto. Ignacio de la Cuchilla sabe muy bien esto, y por lo mismo le ha hecho ministro de Estado y le tiene en roce infamador con los de las naciones amigas. Estos, a fuerza de pundonorosos, como representantes de gobiernos respetables, deben protestar contra semejante medianero, y negarse a tratar con uno cuyo retrato anda por la nota de inhábil y fallido. Ignacio de la Cuchilla es por lo menos consecuente consigo mismo: secretario del monopolio no puede ser sino Chiquiznaque y Manife-rrro. Hombres de ley le vendrían con leyes; no los quiere.

Por aquí pueden ver las repúblicas vecinas cuáles habrán sido los legisladores de Veintemilla, cuáles los que han puesto una triste nación como la vemos. Elegidos, en unas provincias a furor de espada, en otras a puro fraude, en las de más allá con prescindencia de los ciudadanos, la junta aquella fue una verdadera rufianería. En la capital de la República, los soldados hicieron la elección: desfilando por compañía, iban de mesa en mesa: ellos también son ciudadanos, tienen derecho... derecho de votar cada día cuatro o cinco veces cada uno, sin que la vergüenza ni el respeto público pudiesen algo con el que los mandaba. En Imbabura, un viejo del lazareto de Urbina, charreteras a los hombros, espada al cinto, crímenes e infamias dentro del pecho, se presentaba diariamente en la mesa electoral, y como quien hace un donaire, iba sacando de todos los bolsillos puñados de votos escritos y echándolos en la urna. No contento con esto, llevábasela a su casa por la noche, y rompiéndola sacaba todos los de los buenos ciudadanos. En Tungurahua, uno de esos palurdos que llamamos *chagras*, disfrazado de jefe, sale un día, vísperas de las elecciones, y, "¡Juego, mochachos!" hiere, dispersa liberales, mata un joven distinguido. He aquí las elecciones.

Por si estas líneas llegaren a manos literarias, ahora que en todas nuestras repúblicas hay una porción de humanistas o beneméritos filólogos que están haciendo *agua* por la cultura del lenguaje; por si alguno de esos doctos escolares de don Andrés Bello, esos que las cortan en el aire en esto del hablar pulido; por si un Cuervo, una Caro, un Marroquín, en Colombia; un Acosta, un Calcaño en Venezuela; un Amunátegui en Chile; un Gutiérrez en el Río de la Plata; un Merchán, un Mestre en Cuba; un Icazbalceta, un Ipandro Acaico en México llegaren a echar los ojos sobre estos renglones, habré de decir lo que es un *chagra* en el Ecuador. Chagra es lo que el

guajiro en Cuba, lo que el *sabanero* en Bogotá. Hombre de zamarra, si a caballo; de pantalón si a pie. Chagra sin poncho, no lo hay: la funda de sombrero, cosa suya. El chagra es mayordomo rural de nacimiento; tiene mula, yegua; caballo, rara vez. El Chagra dice *piti* en vez de poco, responde *jau!* cuando le llaman, y en siendo *jefe*, manda: "¡Juego, mochachos!" Si le obligan a sentarse a la mesa, pues hay chagras calzados y tocados, no sabe el infeliz qué hacer de la cara y las manos: come con el cuchillo, hiere el pan con la cuchara, se limpia los labios con el poncho. Cuando este humilde personaje deja *la chagra*, no su *fémica* sino su mansión rústica, y empieza a sacar los pies de las alforjas, es personaje terrible: chagra con botas, presilla, cachucha y galones, *abrenuncio*. El chagra-soldado, chagra-jefe combina mal las piezas de su vestido: pantalón blanco, chaleco de grana, levita verde, sombrero de copa alta o chistera, y hasta guantes de hilo se pone el mancebo. Verle a caballo, un rey de Prusia, sino que pide un *piti* de aguardiente, cuando se le aridece la canal maestra, y dice que *güelta* ha de venir a tomar *trago*. *Güelta*, en lengua viva de chagra, es otra vez; adonde viene a dar por *vuelta*; esto es que ha de volver a ocurrir tal cosa. *Trago* es simple figura de retórica, o la parte por el todo. El chagra habla también figuradamente, y sin saberlo, como monsieur Jourdain, comete hipérbatos, sinécdoques, onomatopeyas de las buenas. Si el *sabanero* de Bogotá y el de Cuba son como éste, hermanos son, y deben convocarse a un congreso continental en Atenas, para darles términos fijos al *piti*, *al jau* y otras alimañas *ejusdem furfuris*, que hoy andan perdidos en comunidades de gente de capa parda.

El chagra llega a ser coronel, Dios misericordioso. Al que le dice coronel, es capaz de darle un ojo de la cara, aun cuando sea tuerto. ¿El *guajiro* será hombre de este fuste? ¿habrá *guajiros* coroneles? Un gran señor libertino es terrible cosa, dice un moralista; un chagra gran señor, con cacofonía y todo, es la cosa más graciosa que puede nadie imaginar. Da convites, y en vez de jamón pone *cúí*, animalejo doméstico de América, de que los indios gustan por extremo. Humboldt, que habla con tanto encomio de la *oca* y el *melloco*, ¿no tiene por ahí un capítulo del *cúí*? Si Humboldt no se desdeña de hacer mención y aun tratar de propósito estas quisicosas peculiares del Nuevo Mundo, ¿habremos nosotros, pobrecitos medias cucharas, de rehuir su contacto, picando en cultos y grandilocuentes? Compra vino el chagra; mas la chicha no falta de su mesa; y el café, que él llama *cuafecito*, no es bueno si no lo hiere con una punta de agua de Colonia. La loza blanca no ha penetrado aún en el palacio del chagra: allí se ven platos de mariposas azules y escudillas moradas como para frailes. Si el chagra baila, rien los prados; eso es salir el sol a media noche, espectáculo brillante. ¡Y miren si son pocas las pernadas que da a modo de danza sutil! En resumidas cuentas, venga el chagra-galán, el chagra-diplomático, antes que el chagra-militar; porque éste, aun cuando se halle él mismo en amena conversación con amigos y señoritas, de repente se acuerda de que es soldado, y "¡Juego, mochachos!"

Chagra no es barbarismo, como ya lo están presumiendo ciertos lingüistas rigurosos; tiene su raíz, es señor de etimología y de devengar quinientos maravedises de lengua castellana, sin más que poner de las orejas en la calle a esa intrusa y salteadora, y reivindicar para la digna *c* el puesto del cual ha sido arrojada fraudulentamente. La *chagra* del diccionario es todo un solar para el *chagra* americano. Ahora que ciertos académicos de la Península, y nombradamente nuestro buen don Eugenio Hartzenbusch, están mirando con tanto favor la parte razonable de nuestro lenguaje indoespañol, allá va el *chagra*, por si acaso tienen a bien darle carta de naturaleza. Quitadle el *chagra* al Ecuador, y le habréis quitado la flor de su idioma: sin el nombre, el sujeto vendría a quedar en contingencia; y una vez desaparecido tan curioso personaje, la nata de la población del Nuevo Mundo se ha perdido.

Dando de mano a este punto cuasi literario, volvamos a nuestra amable política. Viejos del lazareto de Urbina y *jefes* flamantes, *chagra*-soldados, hicieron las elecciones a "¡Juego, mochachos!" ¿Qué mucho que la Convención de Ignacio de la Cuchilla haya sido una junta de dioses, no de los romanos, mas antes de los de Africa, esos monitos pelados, negros y ridículos; esos leones de piedra informes; esos animales extravagantes de que están llenos los templos de los hotentotes y los cafres? Ignacio Veintemilla va a decir que hubo libertad de sufragio, puesto que yo mismo fui electo para la Convención; pero trabuca sus recuerdos: electo, fui, verdad, a *juego, mochachos*. Cuando pálido de cólera, trémulo de miedo, despechado y balbuciente oyó mi nombre, ¿no dijo: "Yo había dado orden de que el más insignificante de los ecuatorianos fuese electo por la más insignificante de las provincias?" Debe ser la más pundonorosa y valiente, cuando a fuero de atrevida pudo elegir al que desde entonces tenía proscrito en su ánimo ese excremento de García Moreno. Eligióle haciendo caso omiso de gobernadores, comandantes de armas, comisarios y sicarios, haciéndoles temblar la barba, como dicen, y metiéndolos en pretina. O fue más bien que no hubo allí apóstoles de la libertad que anduviesen predicando su doctrina con las culatas de los fusiles.

Reparad, señores, os ruego reparéis en esa nefanda agresión a la República, cuando dice el réprobo de las naciones que había dado orden de que yo fuese electo. La mentira es lo que me saca de quicio; la ignorancia desmochada de aguada, esto es lo que me irrita. Dar orden de elegir, ¿es por ventura haber elección?

Si la orden fue cumplida, de su peso se cae que el sufragio popular fue desviado y frustrado. Dio orden de que yo fuese electo... y, según las trazas que se había dado, era para él cosa inconcusa que yo no lo sería en ninguna parte. Cuando se le fue la albarda a la barriga, él había dado la orden. He aquí los fundamentos sobre los cuales levanta su vanidad, llamándose el Bismarck de Sudamérica. Bismarck será pícaro a lo grande, pícaro a lo César Borgia y Maquiavelo: inteligencia superior, sabiduría profunda, don de acierto y don de gentes, estos son los materiales de que se componen Cavoures, Matterniches y Bismares: fuera de ellos, no hay sino ridiculez y apocamiento. Diplomacia es la más peliaguda de las ciencias.

No puedo menos que hacer una salvedad, cuando doy en las galeras con esa canalla delincuente que se llamó Convención de Ambato. Hubo en ella tres o cuatro hombres que pudieran haber pertenecido a una junta grave y majestuosa, y un anciano con cuya presencia brillaría un colegio de senadores virtuosos. Don Pedro Carbo extremó su santidad hasta el punto de sufrir esa danza macábrica, y han de tomar parte en ella; y esto es lo que admiro en él sobre toda ponderación. ¿Hubiera yo visto esa cara de caballo que se asomaba por ahí a intimidar y a amenazar a los legisladores, sin echarle el agraz en el ojo? ¿Hubiera llevado en paciencia ver ese fauno asqueroso, durmiendo y roncando en el sitial del presidente, un palmo de boca abierta, adonde acudían las moscas de los alrededores? ¿Hubiera sufrido el alzamiento de esa manga de urdemales contra la honra nacional y la vergüenza pública? Bien apurada la cosa, podemos decir que hubo en la comunidad de fetiches nueve hombres de conciencia, si no acendrada, no tampoco asendereada; y fueron los que le negaron su voto para presidente de la República a Ignacio Fraudador de los Ardides. Un clérigo pasó tan adelante en el desparpajo, que, encasillado en su mitra, le dijo cara a cara: "Ignacio, te he negado mi voto, porque te juzgo inepto para el mando; y porque has de hacer lo necesario para que te suban a la guillotina". ¿A la guillotina? cepos quedos, ilustrísimo señor: la profecía está cojeando del pie derecho, y envuelve lesión enorme para la cuerda. Rectifique vuestra ilustrísima su vaticinio de este modo: "Y porque has de hacer lo necesario para que te lleven a la horca", y véalo allí fortificado con la sanción de la República. Pues montas que hemos de ir a cubrir de estiércol la cuchilla que tuvo la honra de echar abajo las cabezas de Luis XVI y María Antonia, ¡reyes cristianísimos!

¿Nuestros augustos padres, fundadores de la República, hubieran jamás pensado que así habíamos de bastardear nosotros que apenas somos ahora para distinguir la libertad de la anarquía, la democracia de la demagogia, el adelanto moral de esta preposteración maldita con las cuales vamos trote trote camino de Cafarnaún, poniendo cada uno de nuestras fuerzas en el desquiciamiento de las ideas y el desordenamiento de las cosas? El Congreso de Angostura y el de Cúcuta fueron concilios de padres venerables, sacerdotes de la libertad y civilización, que hubieran estado como en su puesto en el Senado entre Fabricios y Escipiones. La Convención de Ocaña fue compuesta de lo más selecto de Colombia: el Congreso de 1830 resplandeció por la sabiduría y el amor a las instituciones por las cuales tanta sangre había sido derramada en los campos de batalla. En esas juntas intachables cada representante de la nación cifraba su conato en ser útil a la patria, cuándo con una idea luminosa, cuándo con principio de moral convertido en canon de la democracia. Todos esos congresos fueron formados de los hombres más eminentes de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, si por el patriotismo, si por el saber, si por el corazón y alma grande que constituyen grandes ciudadanos. De guerreros, de hacendistas, de juristas lo mejor: hombres al fin que, estaban como estaban más cerca del origen de la República,

sabían más que nosotros que ella no puede levantarse ni quedar sustentada sino sobre la sabiduría y las virtudes, cimiento de toda cosa buena y verdadera. Varón excelso, amigo del procomún, patriota sin mancilla, lepra en estos tiempos en que el crimen y la ignorancia dan la ley en la República. La taberna, ahí está; de ella se sacan legisladores. El cuartel, semillero de diputados. La aldea, la hacienda. Atica donde hierven oradores y hombres cívicos. No será mucho si afirmamos que nuestros congresos y convenciones tienen miembros que no saben entenderse con la pluma ni averiguarse con el libro. El presidente actual del Ecuador no llega sino a firmar, y no es encarecimiento, sino verdad probada; poco es que sus legisladores no sepan ni leer: para discurrir, discutir los altos principios de la asociación civil y del gobierno; para dar leyes y providencias sabias, basta con que el diputado haga las cosas a ojo de buen cubero: en su abaería es un gerifalte para pesar hollín, medir aceite; en su cuartel se pierde de vista para esto de echar un trago y dar de azotes a quien quiera; en su páramo es un brujo para el rodeo, y que le tosan en el correr venados. La mayor parte de los *legisladores* salen de la recámara, son esos parásitos que se llaman palaciegos, rufianes de quienes huyen las virtudes, porque son ellos ministros de prostitución y desorden. El bajo servicial, el ruin adulador, el correveidile del que tiene las armas en la mano, esos son los diputados. Nariños, Pombos, Torres; Zeas, Yanes, Bellos; Olmedos, Merinos, Rocafuertes, enemigos del Gobierno, rojos para los conservadores, godos para los liberales: la suerte de la nación está en las garras de estos Otamendis, blancos o negros, cuya pluma es la lanza homicida, cuya elocuencia el *suplossio pedis* y esos *tacos* furibundos con que hacen temblar provincias y ciudades. Simón Bolívar, a Santa Marta; Antonio José Sucre, a Berruecos: lo que han menester los pedazos de nuestra gran República son facinerosos como Ignacio Veintemilla. Los presidentes de Nueva Granada y Venezuela no se airen; el venablo no es a ellos: como hombres de bien, bien merece cada uno su patria. El Ecuador, realmente, ha sido la parte desgraciada de Colombia.

SEGUNDA

Tanto monta.

MOTE DE LA EMPRESA DE DON FERNANDO EL CATOLICO

UNA TIRANÍA fundada con engaño, sostenida por el crimen, yacente en una insondable profundidad de vicios y tinieblas, podrá prevalecer por algunos años sobre la fuerza de los pueblos. Las más de las veces, la culpa se la tienen ellos mismos: como todas las cosas, la tiranía principia, madura y perece; y como todas las enfermedades y los males, al principio opone escasa resistencia, por cuanto aún no se ha dado el vuelo con que romperá después por leyes y costumbres. La tiranía es como el amor, comienza burla burlando, toma cuerpo y si hay quien la sufra, y habremos de echar mano a las armas para contrarrestar al fin sus infernales exigencias. A la primera de las suyas, alce la frente el pueblo, hiera el suelo con el pie, échele un grito, y de seguro se ahorra asaz de tribulaciones y desgracias. Avino que un hombre de fuerte voluntad mandase azotar un anciano condecorado con el título de prócer de la independencia: hízole azotar, y voló a esconderse, mientras veía cómo la tomaban grandes y pequeños. Un clérigo andaba por esas calles gritando: pueblo vil, ¿no lapidas a ese monstruo? Un coronel se fue para el escondite y le dijo al azotador: salva vucelencia; el pueblo aguanta todo. Su excelencia salió, y fue García Moreno. Ignacio Veintemilla ha salido también: si los ecuatorianos le dejan seguir adelante, serán el pueblo de Capadocia, ese pueblo infame que no aceptó la libertad cuando se la ofrecieron.

Principio quieren las cosas, dice Juan de Mallara. Comer y rascar, todo es principiar, responde el gobernador Griego. Los refranes son advertencias preñadas en sabiduría: el vulgo es el príncipe de los filósofos, que arropado con su manto de mil colores está pasando y repasando en vaivén perpetuo del Pórtico al Liceo, del Liceo a la Academia. Súfranle los primeros desmanes a ese candidato del patíbulo, y por entre los cascos echará uñas el animalito de Dios. Le sufrieron, las echó, y tan largas, que es prodigio: el molino está picado: ahora ha de comer, se ha de rascar hasta que le rasquen a él con el machete. La maldad de un gobernante puede consistir en su

propia naturaleza; del ejercicio de ella, los que padecen en silencio son culpables. Ignacio Veintemilla (¡oh triste fuerza de la necesidad! proferir este nombre es humillación impuesta por los deberes a la patria; es vergüenza que deja ardiendo el alma: ¿qué es, quién es este desconocido que se llama Ignacio Veintemilla?). Ignacio Veintemilla principió engañando, hizo luego algunos ensayos groseros de despotismo: le salieron bien, pasó adelante. La codicia es en él ímpetu irracional, los bienes ajenos carne, y los devora como tigre. A boca llena y de mil amores llamaba yo tirano a García Moreno; hay en este adjetivo uno como título: la grandeza de la especie humana, en sombra vaga, comparece entre las maldades y los crímenes del hombre fuerte y desgraciado a quien el mundo da esa denominación. Julio César fue tirano, en cuanto se alzó con la libertad de Roma; pero ¡qué hombre! inteligencia, sabiduría, valor, todas las prendas y virtudes que endiosan al varón excelso. En Sila había de zorro y de león, de cómico y de rey, de persona mortal y de Dios. Napoleón fue también tirano, y en su vasta capacidad intelectual giraba el universo, rendidas las naciones al poder de su brazo. Tirano sin prendas morales, sin virtudes ni prestigio de ningún género, no se compadece con la opinión que el filósofo suele tener de esos hombres raros que se vuelven temibles por la fuerza, y llenan los ámbitos del mundo con el trueno de su nombre. El individuo vulgar a quien saca de la nada la fortuna y le pone sobre el trono o bajo el solio, por más que derrame sangre, si la derrama con bajeza y cobardía, no será tirano; será malhechor, simple y llanamente.

Hablando de nosotros, achicándonos, descendiendo a la órbita como un arito donde giran nuestros hombres y nuestras cosas, podemos decir que don Gabriel García Moreno fue tirano: inteligencia, audacia, ímpetu; sus acciones atroces fueron siempre consumadas con admirable franqueza; adoraba al verdugo, pero aborrecía al asesino; su altar era el cadalso, y rendía culto público a sus dioses, que estaban allí danzando, para embeleso de su alto sacerdote. Ambicioso, muy ambicioso, de mando, poder, predominio; inverecundo saltador de las rentas públicas, codicioso ruin que se apodera de todo sin mirar en nada, no. Si García Moreno robó, lo que se llama robar, mía fe, señor fiscal, o vos, justicia mayor de la República, que lo hizo con habilidad e manera. Un periódico notable de los conservadores lo acusó de tener en un banco de Inglaterra un millón y medio de pesos¹. El tiempo, testigo fidedigno, aún no depone contra ese terrible difunto: allá veremos si sus malas mañas fueron a tanto; en todo caso, su consumada prudencia para sinrazones y desaguisados al Erario, queda en limpio.

Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late; se revuelca en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida e impulsada por el demonio. El pri-

¹ *La América*, de Bogotá.

mero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo pereza; ésta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla.

Soberbio. Si un animal pudiera rebelarse contra el Altísimo, él se rebelara, y fuera a servir de rufián a Lucifer. “Yo y Pío IX”, “yo y Napoleón”, éste es su modo de hablar. Entre los volátiles, el guacamayo y el loro se acomodan a la pronunciación humana: si hubiera cuadrúpedos que gozasen del mismo privilegio, los ecuatorianos vivirían persuadidos de que su dueño le crió a ése enseñándole a decir: “Yo y Pío IX”, “yo y Napoleón”. Un célebre bailarín del siglo pasado solía decir de buena fe: No hay sino tres grandes hombres en Europa: yo, el rey de Prusia y Voltaire. Pero ese farsante sabía siquiera bailar, tenía su oficio, y en él era perfecto: el rey de las ranas, la viga con estómago y banda presidencial que se llama Ignacio Veintemilla, ¿sabe bailar? Zapatetas en el aire, de medio arriba vestido, y de medio abajo desnudo, puede ser que las haga, cuando amores de la República le escamonden quitándole su vestimento para pedirle cuenta y razón de traiciones y fechorías. Entretanto, puede seguir diciendo: “Yo y el presidente de los Estados Unidos”.

El segundo avaricia. Dicen que ésta es pasión de los viejos, pasión ciega, arrugada, achacosa: excrecencia de la edad, sedimento de la vida, sarro ignoble que cría en las paredes de esa vasija rota y sucia que se llama vejez. Y este sarro pasa a el alma, se aferra sobre ella y le sirve de lepra. Ignacio Veintemilla no es viejo todavía; pero ni amor ni ambición en sus cincuenta y siete años de cochino: todo en él es codicia; codicia tan propasada, tan madura, que es avaricia, y él, su augusta persona, el vaso cubierto por el sarro de las almas puercas. Amor... nadie le conoce un amor; no es para abrigarlo en su pecho, ni para infundirlo en suaves corazones. Orlando por Angélica, don Quijote por Dulcinea pierden el juicio; y don Gaiferos por Melisendra:

*Tres años anduvo triste
Por los montes y los valles
Trayendo los pies descalzos,
Las uñas chorreando sangre.*

¿Qué juicios ha perdido Ignacio de Veintemilla? ¿qué calabazadas se ha dado contra agudas peñas? ¿qué árboles ha arrancado de cuajo, ¿qué ríos ha desportillado, qué pies ha traído descalzos, ni qué uñas le han chorreado sangre, para ser digno émulo de esos famosos enamorados. La parte invisible del amor, la parte espiritual, no es suya; él se queda a los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne, y busca su ralea en las casas de prostitución. El amor purifica, el amor santifica: amor encendido, amor fulgurante; amor profundo, alto; amor que abraza el universo, abrasando lo que toca; este amor hace Abelardos, Leandros y Macías; esto es, filósofos, héroes y mártires, y de él no son capaces esos hombres rudos que no están en los secretos

divinos de la naturaleza. Cuanto a la ambición, pesa a mí si la ha de experimentar ánimo tan bajo y corazón tan plebeyo como los de ese hijo de la codicia. Ambición es afecto de los más elevados, vicio sublime de hombres raros, que no puede concurrir sino en compañía de virtudes grandes. La pasión, la noble pasión de guerreros y conquistadores; pasión de Alejandro Magno, pasión de Pirro, de Julio César y Napoleón, ¿puede caber en pecho sin luz, pecho de vulgo, donde se apagaría al punto que allí tocase la chispa de locura y furor santo que está inflamando de continuo a los varones eminentes? Sed de sangre y de dinero, vanidad insensata, estos son los móviles con que muchas veces la fortuna saca de la nada a los más ruines, y los dispara hacia la cumbre de la asociación civil, como quien hace fisga de los hombres de mérito.

El tercero lujuria. Este vicio nos tiene clavados a la tierra; a causa de él no son ángeles los individuos agraciados por el Criador con la inteligencia soberana que los eleva al cielo en esos ímpetus de pensamiento con los cuales rompen la obscuridad y ven allá el reflejo de la luz infinita. Alejandro decía que en dos cosas conocía no ser dios: en el sueño y en los empujes de los sentidos. Ignacio Veintemilla conoce que es ser humano en esas mismas cosas. Ser humano digo, por decoro de lenguaje; esas dos cosas suben de punto en este Alejandro de escoria, que le sacan de los términos comunes, y dan con él en la jurisdicción de la irracionalidad. El sueño, suyo es; no hay sol ni luz para ese desdichado: aurora, mañana, mediodía, todo se lo duerme. Si se despierta y levanta a las dos de la tarde, es para dar rienda floja a los otros abusos de la vida, para lo único que necesita claridad, pues su timbre es ofender con ellos a los que le rodean. Da bailes con mujeres públicas, y se le ha visto al infame introducir rameras a su alcoba, rompiendo por la concurrencia de la sala. Pudor, santo pudor, divinidad tímida y vergonzosa, tú no te asomas por los umbrales de esas casas desnudas de virtudes, porque recibirías mil heridas por los oídos, por los ojos. El valiente, el héroe tienen pudor: esta afección amable no está reñida con los ímpetus del valor, ni es atropellada por esas grandes obras que se llaman proezas. Soldados hay capaces de dejarse morir, por no exponer el cuerpo herido a las miradas de las hermanas de la caridad, con ser que estas mujeres, cuando siguen los ejércitos al campo de batalla, lo van dejando todo en el templo de la misericordia: juventud, hermosura, atractivos, malicia, todo. Pudor, santo pudor, tú nos liberarás del fuego de Sodoma, sirviéndonos de escudo contra las iras del cielo. Huye, huye de la casa del malvado, pero no salgas ni un instante de la del hombre de bien. Tras el hombre de bien está casi siempre la mujer honesta; y el hombre de bien y la mujer honesta son los fiadores que responden de la salvación del género humano.

El cuarto ira. La serpiente no se hincha y enciende como ese basilisco. Un día un oficial se había tardado cinco minutos más de lo que debiera: presentóse el joven, ceñida la espada, a darle cuenta de su comisión: verle, saltar sobre él, hartarle de bofetones, fue todo uno. La ira, en forma de llama infernal, volaba de sus ojos; en forma de veneno fluía de sus labios. Y

se titulaba jefe supremo el miserable: jefe supremo que se va a las manos, y de coces a un subalterno que no puede defenderse! Viéndole están allí, en Quito: eso no es gente; es arsénico amasado por las furias a imagen de Calígula. Hay ponzoña en ese corazón para dar torrentes a esa boca: agravios, denuesos, calumnias feroces, amenazas crueles, todo sale empapado en un mar de cólera sanguinaria. ¡Qué natural tan enrevesado y perverso! Me llama ladrón, asesino, delincuente en mil maneras, porque, bajo el ala de la Providencia, he podido escapar de calabozo, los grillos, el hambre, la muerte en el aspecto que aterra al más impávido. Siguiéndome está con el puñal; pero yo estoy vestido de un vapor impenetrable, vapor divino, que se llama ángel de la guarda. A un tirano antiguo *se le había escapado* una víctima, con haberse dado muerte por su propia mano: yo, huyendo al destierro, *me he escapado también*; y el destierro es la más triste de las penas. ¿Luego su ánimo era quitarme la vida en el martirio? Nadie lo duda. Dios me salvó sacándome de la mano a mediodía por entre sus enemigos y los míos. Su fin tendrá. ¡Y qué arrebatos los de ese dragón plebeyo! ¿Conque yo no tengo el derecho de la defensa personal? ¿no me competía el salvar la vida propia? Cólera no es muchas veces sino tontera carbonizada al fuego del infierno: pasión injusta, ciega. Los hombres de corazón mal formado nunca experimentan esos empujes de santa ira que los dispara contra las iniquidades del mundo: ellos no sienten sino la fuerza de Satanás que se desenvuelve en su pecho y engendra allí esos monstruos que salen afuera con nombre de asesinatos, envenenamientos, proscripciones: antes de nacer a la luz se llamaban odios, celos, venganzas: sentimientos del ánimo convertidos en hechos; coronación del mal, gloria del crimen.

El quinto gula. Los atletas o gladiadores comían cada uno como diez personas de las comunes: la carne mataba en ellos el espíritu, y así eran unos como irracionales que tenían adentro muerta el alma. La materia no medra sino a costa de la parte invisible del hombre, esa chispa celestial que ilumina el cuerpo humano, cuando éste sabe respetar sus propios fueros. Sabiduría, virtud son abstinentes: los gimnosofistas, esos filósofos indios cuya vida en el mundo partía términos con la inmortalidad, se mantenían de puros vegetales, y algunas gotas de miel, tenue como el rocío. La inteligencia come poco; la virtud, menos: los solitarios de la Tebaida estaban esperanzados en los socorros de los espíritus celestiales. Epicuro fue el corruptor de la antigüedad, y Sardanápalo está allí como el patrón eterno de los infames para quienes no hay sino comer, beber y estarse hasta el cuello en la concupiscencia. Yo conozco a Sardanápalo: su pescuezo es cerviguillo de toro padre: sus ojos sanguíneos miran como los del verraco: su vientre enorme está acreditando allí un remolino perpetuo de viandas y licores incendiarios. Su comida dura cuatro horas: aborrece lo blanco, lo suave: carne, y mucha; carne de buey, carne de borrego, carne de puerco. Mezclad prudentemente, dice un autor, las viandas con los vegetales. Sardanápalo detesta los vegetales: si supiera qué y quién es Pitágoras, mandara darle garrote en efígie. Las sopas son de cobardes, las frutas de poetas, los dulces de mujeres: hombres comen carne; carne

valientes, carne varones de pro y fama. ¿Es perro, es tigre? ¡Oh Dios, y cómo engulle, y cómo devora piezas grandes el gladiador! Ignacio Veintemilla da sogas al que paladea un bocadito delicado, tiene por flojos a los que gustan de la leche, se ríe su risa de caballo cuando ve a uno saborear un albérchigo de entrañas encendidas: carne el primer plato, carne el segundo, carne el tercero; diez, veinte, treinta carnes. ¿Se llenó? ¿se hartó? Vomita en el puesto, desocupa la andarga, y sigue comiendo para beber, y sigue bebiendo para comer. Morgante Maggiore se comía de una sentada un elefante, sin sobrar sino las patas; Ignacio Veintemilla se lo come con patas y todo. “Vamos a la *muquición*”¹, dice; y verle *muquir*, es admirable sin envidia, es perder el apetito.

En casa del fondista Bonnefoi, en París, pedí una vez albaricoques: las frutas, y principalmente las redondas, esos pomitos de color de oro, que parecen del jardín de las Hespérides, me deleitan. Como aún no había plenitud de frutas, cada pieza importaba dos francos, o cuatro reales.

¡Oh dicha, tomar esa pella suavísima en los tres dedos de cada mano, y abrir por la comisura esa esfera rubicunda, en cuyas entrañas están cuajados los delirios y las concupiscencias del dios de los placeres inocentes! Ignacio Veintemilla me estaba tratando de bruto con los ojos. Hombre, dijo al cabo de su admiración, usted nunca ha de ser nada; y pidió estofado de liebre por postres. Había comido res, carnero, gallina, pato, pavo, conejo; raya, salmón, corvina; ostiones, ostras, cangrejo, y de postres pide liebre; ¿hay animal estrafalario? Desde el tiempo de Horacio los ojos han sido comida del verdugo: cuando este santo varón no ayuna ni está de vigilia, come liebre. Esa carne gruesa, negra, pesada, me parece que no sufre digestión sino en el estómago de ese que vive de carne humana. Los españoles y principalmente las españolas, saben lo que son postres: sorbetes para Musas; suspiros leves, que saborean ninfas impalpables, suplicaciones doradas, regalo de almas que se salvan. Los franceses no gustan de los dulces, pero tienen postres con que quebrantarían peñas en el Olimpo, si las diosas adolecieran de hambre ni golosina. El dulce de ellos es el queso, o más bien los quesos de mil linajes con que sus manteles prevalecen sobre todos los del mundo. Un *brie* delicado *le hace honor*, como suele decir la galicana, al paladar de una hermosa de quince abriles; un *chantilly* aristocrático *ineria* a un emperador; un *roquefort* violento hace voluptuosos estragos en el gazarde de los hombres de fierro que se agradan de esa pólvora comestible. Lord Byron, a fuero de inglés de casta pura, *pur sang*, como dicen sus vecinos, comía por postres un tallo de cebolla fuerte, mal que les pese a las lindas hispanoamericanas, para quienes los panales del Hibla no son harto suaves y aromáticos. ¿Cogerían, morderían, mascarían ellas un tronco de cebolla cruda en vez de sus azucarados *chamburitos*? Lord Byron, con ser como era, sueño de las bellas, por ese su talento, su varonil gentileza y las poéticas extravagancias de su vida,

¹ *Muquición, maquir*, germanía: comida, comer. Términos de la cofradía de Monipodio.

hubiera estado en un tris de no hallar quien le quisiera en Lima, Quito o Bogotá. No de otro modo a una joven poetisa admiradora apasionada de Lamartine se le subió el santo al cielo, y ella cayó en un abismo de desengaño y desamor, cuando le vio a mi don Alfonso el día que fue a conocerle, sacar del bolsillo un pañuelo colorado de cuadros azules, bueno por la extensión para colcha de novios de aldea. ¡Gran Dios! exclamó la poetisa, en tanto que el poeta viejo ya, eso sí, sonaba armoniosamente; ¡gran Dios! ¿conque éste había sido Lamartine? Desde que tuve noticia del acaecido, mis pañuelos son el campo de la nieve, y no mayores que un lavabo: por esta parte seguro está que me vaya mal con las dulces nuestras enemigas. Otrosí, no como cebolla, ni en presencia de ellas ni a mis solas. Ignacio Veintemilla pide liebre cuando ha de pedir gragea: si le fuera posible, tomara café de carne de puerco, y se echara a los dientes una cuarta de morcilla negra a modo de puro habano. Los ojos, por no desmentirle a Horacio, siempre han sido de su gusto.

El sexto envidia. Nelson no tenía idea del miedo: cuando en su presencia nombraban este ruin afecto, no le era dable cuál fuese su naturaleza. Hay asimismo seres agraciados por Dios con una mirada especial, que no tienen nociones de la envidia; saben qué es, pero no la experimentan por su parte, con ser como es achaque de que adolecen, cual más cual menos, todos los mortales. La envidia es una blasfemia: envidia es cólera muda, venganza de dos lenguas que muerde al objeto de ella y al Hacedor, dueño en verdad de los favores que irritan a los perversos. Dones de la naturaleza, virtudes eminentes, méritos coronados, son puñal que bebe sangre en el corazón del envidioso. Inteligencia descollante es injuria para él; consideración del mundo, injusticia que no puede sufrir. Virtudes ajenas son vicios a su fosca vista; verdad es hipocresía, austeridad soberbia, valor avilantez: desdichado el hombre de altas prendas entre la canalla del género humano que ni ve con luz del cielo, ni juzga a juicio de buen varón, ni funda sus fallos en el convencimiento y la conciencia. Envidia es serpiente que está de día y de noche tentando a los hombres con la fruta de perdición: ¡Cómela! ¡cómela! La come un desdichado, y mata a su semejante. Envidia, Caín armado de un hueso, tú no mueres jamás.

Por una correlación que se pierde en las tinieblas del pecado, las pasiones criminales y soeces cultivan estrecho maridaje: podemos afirmar de primera entrada que donde se halla una de estas culebras, allí está el nido. Soberbia e ira comen en un mismo plato, lascivia y gula duermen en una misma cama. El soberbio, avaro, libidinoso, caja de ira, glotón, ¿será extraño a la hermana de esas Estinfálidas, la peor de todas, la envidia? Aun los hombres superiores suelen estar sujetos a ese mortal gravamen de la naturaleza humana. Luis XIV, rey poderoso, adornado con mil prendas, experimentaba profundas corazonadas de envidia. Alarga la mano a todos, como todos confiesen su inferioridad: guerreros, hombres de Estado, poetas, escritores, artistas, todos son sus protegidos, puesto que ninguno blasona de echarle el pie adelante, ni en su profesión respectiva. Y con todo, cuando pone en

olvido la soberbia, da muestras de humildad que le vuelven más y más grande. "Señor Boileau, le dijo un día a este famoso crítico, ¿cuál es el primer escritor de nuestra época? —Molière, señor, contestó el maestro—. No lo pensaba yo así; pero vos sois el juez, y de hoy para adelante abrazo vuestra opinión".

Ignacio Veintemilla, más rey y más inteligente que ese monarca, no la abraza. Censura a Bolívar, moteja a Rocafuerte, le da cantaleta a Olmedo. La ignorancia, la ignorancia suprema, es bestia apocalíptica: el zafio estampa su nombre, sin tener conocimiento ni de los caracteres; no sabe más, y hace sanquintines en los hombres de entender y de saber. Que se haya burlado de mí, cogiéndome puntos en *El Regenerador*, riéndose de mis *disparates*, estaría hasta puesto en razón; pero afirma que si él hubiera estado en Junín *la cosa hubiera sido de otro modo*; que Sucre triunfó en Ayacucho por casualidad, no porque hubiese dado la batalla conforme a las reglas del arte; que Napoleón I perdió la corona por falta de diplomacia, y otras de éstas.

Un testigo presencial me ha contado que en Madrid, en una mesa redonda, se puso a departir con suma delicadeza en esto que llamamos buenas letras. Habló, y así engullía tajos de más de libra, como echaba por la boca lechigadas de sabandijas. No sé por dónde fue a dar con el poeta Zorrilla, a quien no ha leído, puesto que no sabe ni deletrear. Las torpezas que dijo, sólo las pueden creer los que le oyeron. Un cuasi anciano que se hallaba a la mesa estaba oyendo a su vez en curioso silencio y viéndole la cara al razonador. El buen viejo se levanta, se va, sin decir palabra. Uno de los concurrentes le sigue, le alcanza, y con el sombrero en la mano: "Señor Zorrilla, no haga usted caso de las necedades de ese hombre, ni juzgue por él de todos los americanos. —¿Es loco? pregunta el viejo—. No; no es sino tonto. Pero de capirote", agrega el aficionado a las musas, y se va con ánimo secreto de ponerle en un entremés el *señor mariscal de Veintemilla*, como andaba titulándose el conde de Gallaruzá. Desde entonces su a látere o compañero de viajes no era dueño de sentarse a la mesa sin esta imprecación, poniéndole las manos: "¡Ignacio, *par de bêtises!*".

El séptimo pereza.

*Ni Dios ama el reposo; de improviso
Sobre las alas de los vientos vuela,
O de las tempestades en el carro,
Atronando los cielos se pasea.*

El movimiento es propiedad del espíritu: la inteligencia vive en agitación perpetua. Tierra, Luna, cuerpos sin vida, giran sobre sí mismos raudamente y se beben los espacios, volando por sus órbitas en locura sublime. Los ríos corren, lentos unos, contoneándose por medio de sus selvas; furibundos otros y veloces entre las rocas que los echan al abismo quebrantados en ruidosas olas. Los vientos silban y pasan sobre nuestras cabezas; los bosques mugen en sus profundidades; y las nubes, holgazanas que parecen estar

disfrutando de la blanda pereza a mediodía, se mueven, helas allí, se encrespan, se hinchan, y enlobreguecidas con la cólera, se dan batalla unas a otras, salta el rayo, y el trueno, en invasión aterrante, llena la bóveda celeste.

¿Ahora el hombre? El hombre todo es actividad, todo movimiento: su corazón palpita: la sístole y la diástole, este vaivén armonioso, aunque precipitado, es fundamento de la vida: la sangre corre por las venas; los humores permanecen frescos, a causa de su circulación perpetua: todo es movimiento en nuestra parte física. La moral, oh, la moral es la más vertible, más inquieta del género humano: inteligencia que no se mueve, se seca, se pierde, como hierba sin lluvias; corazón que no se agita, se corrompe. Sabiduría, cosa que tan reposada parece, es efecto de los torbellinos del pensamiento, pues las ideas van brotando del choque de la duda con la verdad, dura labor que fortifica a los que se andan a buscarla por los abismos de lo desconocido, y regulan al mundo con los conocimientos humanos.

Pereza es negación de las facultades del hombre; el perezoso es nefando delincuente: mata en sí mismo las de su alma, y deicida sin remordimientos, se deja estar dormido a las obras que nos recomiendan a nuestro Criador. No moverse, no trabajar, no cumplir con nuestros deberes ni con una santa ley de la naturaleza; comer, beber, dormir sin término, esto es ser perezoso: no despertar ni erguirse sino para el pecado, esto es ser perverso. Ignacio Veintemilla cultiva la pereza con actividad y sabiduría; es jardinero que cosecha las manzanas de ceniza de las riberas del Asfáltico. Ese hombre imperfecto, ese monte de carne echado en la cama, derramándosele el cogote a uno y otro lado por fuera del colchón, es el mar Muerto que parece estar durmiendo eternamente, sin advertencia a la maldición del Señor que pesa sobre él. Su sangre medio cuajada, negruzca, lenta, es el betún cuyos vapores quitan la vida a las aves que pasan sobre el lago del Desierto. Los ojos chiquitos, los carrillos enormes, la boca siempre húmeda con esa baba que le está corriendo por las esquinas: respirando fortísima, anhélito que semeja el resuello de un animal montés; piernas gruesas, canillas lanudas, adornadas de trecho en trecho con lacras o costurones inmundos; barriga descomunal, que se levanta en curva delincuente, a modo de preñez adulta; manazas de gañán, cerradas aún en sueños, como quienes estuvieran apretando el hurto consumado con amor y felicidad; la uña, cuadrada en su base, ancha como la de Monipodio, pero crecida en punta simbólica, a modo de empresa sobre la cual pudiera campear este mote sublime: *Rompe y rasga, coge y guarda*. Este es Ignacio Veintemilla, padre e hijo de la pereza, por obra de un misterio cuyo esclarecimiento quedará hecho cuando la ecuación entre los siete pecados capitales y las siete virtudes que los contrarían quede resuelta.

¡Oh flaqueza del hombre! este mar Muerto de estampa semihumana presupone de garcón florido, las da de majo, y se anda por ahí a conquista de corazones y caza de supremos placeres. Para hacer ver que *desprecia* cargos y donaires de la imprenta, hacer leer las obras de esta sabia encantadora, rodeándole sus Entropios: callando estuvo una ocasión mientras oía

una verrina de las mejores: cuando el lector hubo llegado a un pasaje donde se le llamaba "cara de caballo", saltó y dijo: "¡Eso no! seré ladrón, glotón, traidor, ignorante, asesino, todo; pero figura si tengo". Figura de caballo, dijo una dama, soltando la carcajada, cuando oyó referir esta graciosa anécdota, o *anidiucta*, como le he oído decir a él doscientas veces.

Dije que Ignacio Veintemilla no era ni sería jamás tirano; tiranía es ciencia sujeta a principios difíciles, y tiene modos que requieren hábil tanteo. Dar el propio nombre a varones eminentes, como Julio César en lo antiguo, Bonaparte en lo moderno; como Gabriel García Moreno, Tomás Cipriano de Mosquera entre nosotros; dar el propio nombre que a un pobre esguizaro a quien entroniza la fortuna, por hacer befa de un pueblo sin méritos, no sería justicia mera mixta. Monteverde, Antoñanzas, Veintemilla no son tiranos; son malhechores, ni más ni menos que Rochaguinarda, que se están ahí en su encrucijada, hasta cuando la Santa Hermandad les echa mano. Roque Guinart es presidente, rey del Ampurdán y Sierra Morena: da leyes, que se aplican; decretos, que se llevan a cabo; órdenes, que se cumplen a la letra. Un Vampa, un Trucaforte son verdaderos *jefes supremos* con facultades extraordinarias. ¿Qué va de estos magistrados a un Melgarejo, un Veintemilla? Si el robo a mano armada es el objeto de la ambición de aquellos sires, el robo a mano armada es igualmente el objeto de estotros vagamundos. Si el puñal es el medio de éstos, el puñal es el medio de éstos: crímenes y vicios, lo mismo en unos y otros; con esta diferencia, que Roque Guinart es valiente, atrevido, generoso; que Roque Guinart conoce la justicia distributiva, y la pone en práctica; que Roque Guinart acomete a pecho descubierto, vence, y del botín le deja al viandante humana, caballerosamente lo necesario para el camino. Ignacio Veintemilla no se contenta con la bolsa: le quita la camisa a la República, la deja en cueros, y allá se lo haya con su desnudez la pobre tonta: ¿por qué no se defiende? El que se deja robar, pudiendo tomarse a brazos y dar en tierra con el saltador, es vil que no tiene derecho a la queja. La República para con Ignacio Veintemilla y José María Urbina, es lo que España para con Roque Guinart y su banda: persígalos, montéelos, derruéquelos, cójalos, ahórquelos: la Santa Hermandad tiene el deber de colgar a los ladrones en dondequiera que les eche la mano al coletito. Los ojos para las gallinazas, la asadura para los perros, he aquí tu merecido, Ignacio de Veintemilla.

Un viejo llamado José María Urbina, el mismo quizá que acaba de ser nombrado, mandó suplicarme un día le hiciese el favor de ir a su casa. Los años tienen facultades que los hombres de buena crianza no ponen en duda. Fui: el viejo estaba en cama: habiendo bebido aguardiente seis horas consecutivas, sus ojos eran ascuas: su aliento vaporoso hubiera puesto en huida a las Musas; y Apolo no estuviera holgándose a la almohada de ese inmundo anciano, en cuyo orinal rebosante nadaban a la sazón puntas de cigarros, cual monitores de guerra en el mar Bermejo. La mareta sorda rugía ya en mi pecho: yo soy capaz de hacer una muerte en el hombre impulsivo y soez, que ora por ignorancia, ora por bajeza y depravación, pierde el respeto a las

buenas costumbres con actos y hábitos indignos. La causa primera del acre desprecio que yo he sentido siempre por Ignacio Veintemilla fue el haberle visto una vez tirarse desnudo de la cama, y ponerse a hacer aguas en presencia de gente, con desenfado de verdadero animal. Después he visto que el asno, que el macho no tiene más vergüenza ni mayores contemplaciones por los circunstantes. Cerrar con él a moquetes, hubiera sido primo muy ocasionado, según es el tracio de huesudo y corpulento; desafiarse por ese motivo, cosa ridícula, y hasta sin razón, pues el infelizote no lo hacía por agraviar a nadie, sino así, como propiedad de su naturaleza. No volver a su pocilga, y mirarlos como a perros, ésta es la providencia que uno toma respecto de esa canalla afortunada a quien ni grados militares, ni títulos pomposos, ni alta posición pueden quitar la grasa de su ruin origen.

“Juan, me dijo el vejarro consabido, el capitán de fragata, la fragata aquella de las puntas; Juan, es preciso que lo arreglemos todo: quiero estar acorde con usted. Veintemilla necesita la cooperación de los buenos liberales”. “Mi cooperación a un traidor que, hecho apenas el pronunciamiento liberal, corre a ponerlo en manos de los jesuitas? contesté subiéndome a las barbas; un cobarde que va a solicitar amparo y certificados favorables de los obispos, porque imagina que sin ellos nadie puede salir bien? Usted mismo, usted me ha referido poco ha los términos que oyó de sus labios: “General, no tenga usted cuidado, “los jesuitas están conmigo”. ¿Y solicita usted mi cooperación para embustero inepto como ése, que no sabe lo que hace?”. “Eso es así, replicó el viejo mansamente; a mí me dijo lo de los jesuitas; me lo dijo”. “Mi cooperación a un infame cuyo primer acto administrativo es defraudar a la República en más de cincuenta mil pesos?” “¿De qué modo?” preguntó el viejo. “Haciendo traer de Nueva York mil fusiles de pacotilla, dije, por ciento veinte mil pesos. La ineptitud, hubiera quizá tolerado yo en ese pícaro; su prurito por las cosas ilícitas, ¡no! Yo no soy de la liga, ni mi revolución ha sido ésta. Hoy mismo sale a luz un escrito mío, cuyo fin es poner a un lado a ese perverso”. “¿Eso no puede ser! gritó el vejezuelo esforzándose, pálido y trémulo ahora: Veintemilla está limpio ahora como una patena”. “Limpio como usted”, dije para mí, y salí todo inflamado. Al día siguiente iba yo navegando por el océano Pacífico al más honroso de mis destierros.

Probididad es en el hombre lo que honestidad en la mujer. Si otros lo han dicho ya, vaya su voto en mi favor, y quede reforzado el principio con la opinión de muchos; principio que no es sino mandamiento de la ley de Dios cubierto con la vestidura de la sociedad humana. *Non furtum facies*, rezan las tablas de la ley; no robarás. El que roba quebranta, pues, un mandamiento e incurre en la cólera divina. El legislador no dice: No robarás a tu padre ni a tu madre; no robarás a tu hermano; no robarás a tu prójimo; dice: No robarás, esto es, no robarás a nadie, ni a tu padre ni a tu madre, ni a tu prójimo, ni al Estado. Robar a la nación es robar a todos; el que roba es dos, cuatro, diez veces ladrón: roba al que ara y siembra; roba al que empina el hacha o acomete al yunque; roba al que se une al trabajo común

con el alma puesta en su pincel; roba al agricultor, al artesano, al artista; roba al padre de familia; roba al profesor; roba al grande, roba al chico. Todos son contribuyentes del Estado; el que roba el Estado, a todos roba, y todos deben perseguirle por derecho propio y por derecho público. ¿Conque el sudor de la frente del pueblo es para los apetitos y gulas de un hombre, un mal hombre, que está cultivando la soberbia y engordando la codicia? Si no puede haber Estado sin contribuciones generales, las contribuciones destinadas de su objeto son fraudes que el magistrado prevaricador comete en contra de los ciudadanos cuyo fuero surte por ley tácita: los ciudadanos, tráiganlos al bando de la República, y si no por bien, por mal, tómenle cuenta y del robo, y de la traición, y de la sangre, y de la infamia convertida por él en princesa de exenciones.

Los hombres de corazón bien formado y juicio recto suelen poner la monta en granjear buena opinión entre sus semejantes; los que por sus méritos suben a gobernación de pueblos, no son ellos si no descienden de su alto lugar abrumados con las bendiciones de los cuya felicidad labraron, cuando pudieron ser carga para todos, si abusan de su poder. Los hijos de la fortuna, broza del género humano, que se levantan en alas del crimen, al soplo de esa deidad mal intencionada, no tienen cuenta sino en su provecho, ni les duele el concepto lastimoso que están beneficiando en los demás con sus abusos y sus latrocinios. El que no ama a Dios sobre ninguna cosa; que jura su nombre en vano; que ni santifica las fiestas, ni honra padre y madre; que mata, y levanta falso testimonio por costumbre, ¿tendrá cuenta con no robar? El malvado de nacimiento y aprendizaje aplica a su vida por la inversa los mandamientos de la ley; él dice: No amar a Dios sobre todas las cosas; jurar su santo nombre en vano, siempre que conviene; no molestarse en santificar las fiestas, ni con las rodillas, ni con el pensamiento; no honrar padre y madre: ¡matar, levantar falso testimonio, robar, robar, robar, robar siempre, robar cuanto se pueda. Réprobo éstos son tus mandamientos, y los cumples. Ignacio Veintemilla, tú eres el réprobo; tú eres el que no ama a Dios; tú el que jura su santo nombre en vano; tú el que no santifica las fiestas con culto interno; tú el que no honra padre y madre, puesto que los deshonoras con crímenes y vicios; tú el que mata con lengua y con puñal; tú el que miente, levanta falso testimonio; ¡tú el que roba, roba, roba! Maldito eres por todo esto, maldito; y por todo has de estar pálido, temblando en presencia del Juez, cuando él te levante de tu propia ceniza con una voz, y te diga: veamos tu vida. Tu vida llena de excrescencias malélicas, negruras, abismos, no le ha de parecer a él, y con la mano, con el dedo te ha de señalar la muerte, y has de ir rodando por la eternidad, echando aullidos lúgubres en medio de las tinieblas que te envuelven y arrebatan sin que sepas a dónde. Tú eres el que mata, tú el que has matado; tú eres el que roba, tú el que has robado. Veamos los documentos, en prosa vil; la prosa vil para los documentos.

Como avios de gobierno entraron a la ciudad de Ambato sucesivamente doscientas cincuenta acémilas cargadas de licores fuertes: gastos de con-

ducción, arrieraje, todo se paga allí por el Tesoro; el infame artículo mismo había sido comprado con las rentas fiscales. La embriaguez de esa horda de eunucos que se bebieron mil botellas de coñac en cuatro días, en cuanto *daban leyes*, no es asunto de este lugar; más aún el robo al Erario, y la imprudencia del picaro que las introduce como elemento público de civilización y progreso. Coñac para la Convención, coñac oficial; en este concepto, era gravamen honroso de los ciudadanos la embriaguez y los maleficios del jefe supremo, el general en jefe y sus legisladores. Yo digo que esa fue simplemente una defraudación crecida a la Hacienda nacional, un robo del que roba para beber. No hay en el mundo ley que vote gordas cantidades para el aguardiente del jefe supremo y el general en jefe.

Doce mil pesos es sueldo razonable en republiquillas cuyos gobernantes han de ser modestos y considerados: doce mil han tenido todos los presidentes en la nuestra, desde su fundación, y a ninguno le había ocurrido pedir el duplo: Ignacio Veintemilla se asignó el duplo, esto es, veinticuatro mil pesos, amén de mil percances, adehalas, alcabalas, pisos, castillerías, montazgos y tributos: erró poco de pedir chapín de la reina. No sabemos para lo que serán los veinticuatro mil ojos de buey, pues coge aparte para comer, para beber, para vestir; aparte para sus criados, sus cocineros, sus echacuervos; aparte para sus caballos: sus caballos, sí señores, sus caballos tienen sueldo aparte. Su sobrina, sueldo de general; su sobrino, idiota a quien dan de comer en pilón de piedra maíz molido, sueldo de capitán. Las tres espías que tanto le han ayudado en su obra de opresión, corrupción y dilapidación, ¿no tienen cada una sueldo de coronel? ¿No sería cosa extraña esta ridiculez en pueblo tan apocado y envilecido que sufre en paciencia las extravagancias injuriosas de ese Cayo Calígula a la rústica? Entretanto las escuelas van cayendo, porque los maestros se van a buscar la vida; las aulas no se cierran, por puro pundonor de los catedráticos; la universidad está amenazada de muerte, por falta de la subvención indispensable. Ecuatorianos, oh ecuatorianos, éste es vuestro dictador; guayaquileños, oh guayaquileños, ésta es vuestra obra.

Y estas son flores de cantueso para con los robos grandes; rapiñas y garrafiñas que no confieren título de ladrón al que las lleva adelante: Ignacio Veintemilla no es sino ratero todavía; para ser ladrón es preciso que desgarre el territorio nacional, y tome para sí diez mil leguas de opulentos bosques: es preciso que se vuelva monopolizador y dueño de los mares de quina del oriente; es preciso que de la noche a la mañana le veamos señor de países, amo de tribus, almirante del mundo descubierto y conquistador por su profunda sabiduría y por su fuerte brazo.

Las diez mil leguas no son para mí, dice el mohatrero; son para mi sobrino. El sueldo de sus caballos tampoco es para él, y él lo toma. Diez mil leguas de territorio al idiota del pilón, ¿para qué? ¿sabe él por ventura de achaque de cascarillas? ¿y a qué título, pregunto yo, agradecer a un muchacho imbécil con una dádiva, grande para un rey? Ciertamente, ser hijo de uno a quien García Moreno echó de su lado con desaire por manos puercas, es hoja de servicios que estaba requiriendo media nación por recompensa.

Ignacio Veintemilla no es todavía ladrón de marca mayor; no es sino de media marca: para ser de marca mayor, y ladrón inteligente, perspicaz, ladrón diplomático, es necesario que sustraiga de los archivos nacionales una contrata perfecta y sancionada, y ríe riendo, baba babeando, la subroga por otra apócrifa, para robar cerca, o quizá más de un millón de pesos. Cuando la barata del ferrocarril haya llegado a conocimiento del pueblo, si éste le sufre aún, oh, ya no merecerá, no digo el sacrificio, pero ni una molestia de los hombres de bien y buenos ciudadanos.

Acaba el Tribunal de Cuentas de resolver un punto litigioso en favor de Ignacio Veintemilla y de su cómplice en otro robo. Llamado el comisario de guerra de la campaña de los Molmos a rendirlas, fue alcanzado en primer juicio en una considerable suma. Ignacio Veintemilla hizo venir a su casa a jueces y revisores, y a fuerza de aguardiente, el punto quedó resuelto: en segundo juicio, el comisario es quien alcanza a la nación en veintiún mil pesos. Preguntado este individuo de dónde los puso en su mendicidad, ha declarado que el señor capitán general de sus ejércitos los suplió de su propio peculio. Veintemilla, para colmo de iniquidad y desvergüenza, pide los intereses: el Tribunal manda pagarlos junto con el capital. He aquí treinta y dos o treinta y tres mil pesos arrancados al Erario a la luz del mundo. Pantaleón más inverecundo que este infame, no hay en la tierra: limosna, tablaje, estafa, su modo de vivir, hasta cuando saltó sobre la República y le arrancó los ojos. El fugitivo de la calle del Arenal de Madrid con dos duros robados; el escondido en la aldea de San Juan de Luz de los Pirineos; el pícaro tras quien van requisitorias a París, tuvo más de veinte mil pesos para echar por su cuenta en la caja de comisaría de guerra? Señor rico, señor opulento, ¿y por qué se tiró desde lejos de rodillas ante García Moreno, rogando por el sueldito de criado con que se presentaba en la mesa de juego? ¿y por qué pedía fiado a todo el mundo? ¿y por qué recibía dádivas humillantes? Vino embarcado por favor, y tuvo para poner de primera instancia en la campaña veintiún mil pesos de su propio peculio. Don Pereciendo hace cada día a la nación gracias imperiales: de la nueva aduana de Guayaquil dijo en cartas a todas las provincias, que ese edificio no le costaría nada a la República; que él iba a levantarlo a costa suya, echando ahí de *su peculio* la bicoca de trescientos mil pesos.

Consta a los guayaquileños que el Tesoro contenía cosa de trescientos mil pesos cuando se verificó la revolución de Septiembre: saben además que a los pocos días Ignacio Veintemilla hizo un crecido empréstito; no se les ignora, por otra parte, que si Urbina llevó cincuenta mil pesos, su *jefe*, pudo haber llevado otro tanto. De cualquier modo sobraban en las cajas de Guayaquil algunos cientos de miles de pesos: ¿qué necesidad tuvo pues el capitán general de echar mano por su *bolsa privada*? Los amigos de este gran señor no dirán a lo menos que está *limpio como una patena*: este robo es manifiesto, como todos los otros; sino que aquí hay más osadía y falta de vergüenza. Tan desprovisto de lo necesario andaba el discípulo de García Moreno, que para hacer su viaje de comandante general, enviado por Bo-

rrero, sus tristes hermanas se vieron en el caso de hacer un préstamo, dando por hipoteca su pegujalito de San Antonio. Este es el caudal que llevó Veintemilla a Guayaquil, mientras le crecían las uñas y principiaban sus derechos al sueldo. Si queréis pruebas de la falta de probidad de este hombre raro, ésta es una, y de mucho vigor. Por escritura pública consta, pues, que Veintemilla no tuvo qué comer hasta las vísperas del favor que hizo a la República poniendo de su peculio en la caja de comisaría la respetable suma de veintiún mil pesos.

¿En qué contrato ilícito, en qué farándula fiscal no tiene parte ese ruin *presidente*? El es el alma de *las cascarillas*; él es el corazón de la plaza de toros; él es la mano, con uñas y todo, en la obra de la aduana susodicha; él tiene su presa, oh infamia de la patria, él tiene su presa en contrabandos que debe impedir y castigar. ¿Qué sed infernal de dinero es ésta? ¿qué codicia convertida en satiriasis de riquezas? ¿qué desenfreno al cual no pudo llegar en la mitología el dios del robo? Consumidas las doce mil botellas de coñac por él y el presidente de la Convención, el excelentísimo señor jefe supremo, capitán general de sus ejércitos, puso venta de limetas vacías, lo que se llama *cascos*. A cuatro por medio real, las tres arpias convertidas en buhoneras, las realizaron en dos semanas bajo la inspección del otra vez excelentísimo capitán general de sus ejércitos. Aquí deja de ser ladrón de marca mayor Ignacio Veintemilla, y se convierte en gitano que hace su agosto con los clavos y botones que pesca en la basura. Ecuatorianos, oh ecuatorianos, éste es vuestro presidente; guayaquileños, oh guayaquileños, ésta es vuestra obra.

Estaba un día poniendo como nuevo al gerente del Banco de Quito, respecto de lesiones que imaginaba haber recibido en su codicia. Grosero, montaraz, un yangües no se echa así con guías y todo, sin ahorrarse con su padre. El gerente, hombre de sangre en el ojo, tuvo cólera, y encendido en llamas de pundonor, respondió: "Vuecelencia sabe que no cobramos ni un centavo por treinta mil soles que tiene puestos en depósito, y así no alcanzo cómo..." El gerente dio en las mataduras, sacando a la luz del día el Aranjuez de las uñas de su majestad. Esa cara de vaqueta, quién lo creyera, cobró semblante de vergüenza, o fue más bien que la prontitud no le dio tiempo de acordarse que él no la conocía. "Ah, dijo, esos treinta mil soles están ahí para... para... para obras pías". A la vuelta de dos meses, las obras pías fueron a dar a su atarazana, pues cargó con los treinta mil soles en uno de sus viajes a Guayaquil, y junto con otros tantos de la aduana de esta ciudad, hizo la undécima remesa a Europa. No pudo tanto el peligro con los jóvenes liberales que no pusiesen el grito en el cielo por este hurto impúdico y notorio, citando al director del Banco. El excelentísimo señor capitán general de sus ejércitos no acertó a decir palabra: Banco y banqueros, ahí estaban; quedóse pues, con esa bofetada de la imprenta.

*Mucho fas el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar;
Face correr al cojo et al mudo fablar...*

Esta ocasión, el dinero le hizo callar *al mudo* del arcipreste.

En yendo de fraudes, rapiñas, estafas, hurtos, abusos de confianza, robos manifiestos del excelentísimo señor capitán general de sus ejércitos, hay tela de qué cortar; mas yo no presumo de nimio, y allí se queda la mina desflorada apenas, para que quien la desee y pueda ahónde y siga el beneficio. Corto he sido por mi parte; pero, amigo, lo que no va en lágrimas va en suspiros; dispensa la cortedad, y recibe a buena cuenta el escaso adelanto de lo mucho que en ley de justicia se te debe. Las hulleras de Chéster no se agotan en día y medio; las hazañas de Monipodio no las apura un solo historiador, aun cuando éste se llame Cervantes Saavedra. Día vendrá en que tu nombre llene por lo menos los ámbitos de Sudamérica, y en que Europa nos abrume con su severa interrogación: ¿Estos son vuestros presidentes?

Azotes, sangre, robo, no son nada; aunque en verdad horrible cosa el espectáculo donde crímenes y vicios están bailando sobre buenas costumbres y virtudes derribadas en tierra. Pero los malhechores, una vez en la horca, no perjudican; su imperio es un hecho, y nada más. Puede una casa ser robada por una gavilla de bribones; sus habitantes no quedan por eso corrompidos. El genio para la obscuridad, esa luz envenenada que beneficia las tinieblas, esa es la mala; tiranía que corrompe a los hombres y pudre hasta las raíces que los estrechan con la eternidad, esa es la espantosa. Los criminales ineptos no se extienden por debajo de la sociedad humana y la abrazan en todas direcciones. Si cabe consuelo en pueblo que tiene sobre sí a un Ignacio Veintemilla, consuélense los ecuatorianos con recordar que, muerto el perro, muerta la rabia: como haya entre ellos un troglodita que no quiera ser su rey, no están perdidos. Donde no hay quien los contrarreste, el impetu de los malvados tiene fuerza de destrucción; el demonio sopla sobre ellos, y los vuelve terremotos y huracanes. En su órbita, nada los resiste: Carrera en Guatemala, Melgarejo en Bolivia, la araña en su tela, el insecto debajo de su hierbecita, el infusorio en su gota de agua, Ignacio Veintemilla en el Ecuador, hacen temblar el mundo. Ignacio Veintemilla en el Ecuador es la araña en su red: allí los tiene crucificados a moscas y mosquitos, secos unos con el hollín de la cocina; pataleando otros, rindiendo el espíritu en manos de algún feo escarabajo. Los viles, los cobardes no lo rinden en manos del Altísimo: para los esclavos no hay cielo: esclavitud es antirrazón que vuelve animales a los hombres.

TERCERA

Tanto monta.

MOTE DE LA EMPRESA DE DON FERNANDO EL CATOLICO

POR MISERABLE que un pueblo sea, nunca le faltan mártires y redentores; y si la virtud de éstos no puede tanto con la misericordia divina que el Juez Supremo revoque los decretos de su justicia, es siempre un testimonio en favor del género humano la excepción que ella hace del hombre justo. Lot huye de Sodoma por orden del Todopoderoso; luego no es el hombre el condenado a las llamas destructoras, sino los hombres corrompidos, cuya perversión está clamando por su ruina. Las cataratas del cielo se han abierto, las nubes se han derretido, los mares se han tragado los montes, levantándose hasta las estrellas: hombres, animales, cosas, nada existe: la cólera de Dios reina sobre el mundo vacío en horroso silencio. Mas ved allí esa nave que toma tierra lentamente sobre la cumbre de la montaña que empieza a despejarse: es la especie humana salvada de la destrucción del mundo. Así los trogloditas se salvaron por la voluntad de Dios y la virtud de un hombre; así los pueblos se redimen y libertan por la virtud de tal cual hijo suyo no inficionado por la servidumbre ni la infamia general. Harmodio y Aristogitón son dos hermosos muchachos que salen de su fuente, como Eros y Anteros, se abrazan con la maga que los evoca, y se vuelven al seno de su abismo luminoso. Esa maga es la libertad; y sabe, como Jámblico, los conjuros que arrancan de la nada a los Genios propicios de las naciones.

Levantáronse un día unos adolescentes, se estregaron los ojos, y vieron: una aurora viva, hermosa, se les entró por ellos, y les iluminó las entrañas. Sintieron con esa luz grandeza en el corazón, fuerza en el brazo, se fueron para el tirano de su patria, y le mataron. El gigante no había sido araña: le pisaron, le aplastaron; movieron feamente doce patas, reventó, y no echó sangre, ni la podía echar; no la tenía. Todo en él era tripas, de las cuales no pudo desprenderse alma ninguna. El alma, según la doctrina de la Academia, reside en el corazón: donde no hay corazón, no hay alma; ¿hay día donde no hay sol? Muerto el tirano, libre debió quedar el pueblo, y no quedó; el

tirano le había quitado el amor a la libertad, no del pecho solamente, sino también de la memoria. Murió el tirano, y ese pueblo no supo qué cosa fuese libertad. Asombrado, aturdido, dio voces que nada significaban. Salíó por ahí un perro, y le ahuyentó a ladridos; vino por otro lado un asno, y le enseñó los dientes. Si las virtudes habían sido convertidas en escoria, ¿qué importaba que el diablo hubiese cargado con su alquimista? Espionaje, traición, delación, obras meritorias para ese; rectitud, firmeza, patriotismo, delitos eran, crímenes digo, que castigaba con presión perpetua, destierro de por vida, patíbulo o azotes. Huido Rosas, Buenos Aires quedó libre; muerto Carrera, libre Guatemala: éstos habían sido tirados de hecho y nada más. ¿Cómo de hecho? Cuanto a Rosas, concedido; pero Carrera, el indio Carerra, ¿no tuvo por alma la Compañía de Jesús? Si ésta sabe de *hechos*, los *principios* son su ciencia. Barrios aún no ha extirpado las raíces desotro despotismo, tan memorable como el suyo; y con haberse dado tanto vuelo que ha caído al lado opuesto, luchando está con los remanentes de Carrera. Sea de esto lo que fuere, la tiranía de ese cuyo nombre no hemos proferido, fue sistema, ciencia profunda, como la sabiduría del enemigo malo, en cuyos dominios arden los cirios de la noche eterna que alumbran a los réprobos de las naciones por los espacios helados de la servidumbre. ¿Qué mucho que ese pueblo, muerto su tirano, hubiese todavía sufrido sus instituciones, sus costumbres políticas y sociales?

Tienen las regiones del Norte ciertos habitantes cuya vida nos parece horrible castigo de la Providencia. Viven en grutas o cuevas de nieve, envueltos y revueltos con sus animales. El aire que respiran en esos subterráneos es viciado, pestilente: se pleitean carnes podridas con los osos y los lobos: su luz es moribunda, su sol un cadáver: desmaya éste y se hunde a los cuatro meses de vida; casi todo el año está muerto para ellos. Sacad de su bodega a un kanchadal, traedle a la zona de la claridad verdadera, regaladle con nuestro aire puro y salúfero, nutridle de buenos alimentos, y a poco morirá: sus miasmas emponzoñados, el hedor de su pocilga, su obscuridad, su pescado corrompido le hacen falta. No de otro modo los pueblos de largo tiempo esclavos vienen a connaturalizarse con las inmundicias de la servidumbre, y les falta pecho para el aire fuerte de la libertad. Los rayos del sol no limpian el fierro orinecido; la luz perece en los cuerpos opacos. "Costumbre es segunda naturaleza", dice un filósofo: lo que viene a ser natural a fuerza de costumbre, difícil es de corregir: nada más sólido que el vicio siete años de lucha con la liga infernal de dos terribles potestades: el claustro y el cuartel; siete años de fatigar a la imprenta con los preceptos de la razón y las exigencias de la libertad; siete años de dar voces a mis compatriotas sobre que se despierten y levanten, ¿no me han servido sino, una vez conseguido el objeto, para verme proscrito nuevamente, después de cuatro días de patria y casa? García Moreno, a la eternidad; Antonio Borrero, al polvo y a la nada: ¡jarrriba los zánganos! ¡jarrriba los ineptos! ¡jarrriba los cobardes que nada han hecho por el bien de la República! Proscrito, cosa rara; rara y en honra mía, que lejos de pesadumbre me sirve de consuelo; en poco está que no me

cause orgullo. En el Ecuador no ha habido revolución hasta ahora: el espíritu de García Moreno, vuela vuela sobre él, le hace sombra; sombra maléfica, profunda, bajo la cual no puede ni debe vivir un hombre libre. Yo soy *advenedizo* en mi patria, me lo han dicho. Los bonaerenses que le acosaron veinte años a Rosas, hasta dar con el monstruo en tierra, fueron advenedizos en sus hogares cuando volvieron a ellos. Los cubanos que andan fuera de Cuba serán advenedizos cuando la madre patria les abra las puertas de su adorada isla. Sí, ecuatorianos, el arminio es advenedizo entre los cerdos: si se da que pise el lodo, muere de asco y humillación. En ese vasto sepulcro de García Moreno, sepulcro abierto donde imperan sus gusanos, fui advenedizo por cuatro días: ya no lo soy. Mi pan es el hambre, mi vino la sed: como y bebo, y si no engordo el triste cuerpo, nutro la buena fama, sin que me afeen injusticias, ni me enfermen vilezas. Polacos, advenedizos, dejad que Mouravieff haga en Polonia lo que quiera: ¿que derecho tenéis a romper las cadenas que os aherrojan?

La pretensa revolución de Guayaquil no ha sido revolución: un lego en lugar de fraile, nada más: un malhechor en lugar de un tirano, un payo en lugar de un hombre de rara inteligencia y vastos conocimientos mal aprovechados. Cuando a modo de cargo de conciencia me dicen los que hablan sin discurrir: Mejor hubiera sido que ustedes dejaran a García Moreno que poner a este ladrón; yo me voy de todas y contesto: ¿Hemos combatido por ventura al tirano en pro del malhechor? ¿soy yo quien ha arrancado del cieno a este bodoque infame? Deber mío era irmele encima al primero, resulte lo que resultare: no es a culpa mía si el pueblo deja pasar la ocasión y no sabe lo que hace. La muerte de García Moreno fue todo un acontecimiento; de su sangre debió haber brotado la libertad, y a su sepulcro debieron haber ido fracasadas sus cadenas. Muere, y *el pueblo libre, el pueblo rey*, Guayas heroico, se contenta con pasearse por sus calles en pelotones inmensos dando voces sin sentido. ¿No fue ese el caso de la revolución? ¿por qué no la proclamó? El cuerpo del tirano estaba bajo tierra; su alma, intacta sobre su trono. El escritor, el agitador, el patriota, el hombre de la idea había hecho su deber; el pueblo no hizo el suyo. Qué había de hacer... sobre el cadáver del tirano el pueblo no halló apóstol ni amigo sino fueron los ministros del tirano, o cosa peor. En pueblo como éste ¿qué importaría que *hubiese un hombre*? No hay un hombre, están diciendo a cada paso, por ofenderme: pues yo digo que no hay pueblo en esa comarca: Bolívar, Sucre, nada hubieran podido en país semejante. Mazzini es uno, Orsini otro. La pluma convence, conmueve, exalta: yo convencí, conmoví, exalté a los jóvenes, y el 8 de agosto fue "La Dictadura Perpetua", la sentencia de García Moreno. Andrade, Moncayo, Cornejo, encerrados con luz artificial a mediodía, leían, leían, y renovaban mil veces su juramento de matar al tirano y libertar su patria: leían, y urdían la conjuración, y hacían prosélitos, y el puñal de la salud andaba en treinta brazos, y entraron en la conspiración jefes de cuartel, y ésta fue vasta y grande, y cayó el tirano, cayó.

No hay un hombre... ¿He de ir yo a despanzurrar personalmente al malhechor? Un león, un tigre; aquí está mi triste vida: pero un perro...! ¡Y por quién! ¿se trata del pueblo romano? ¿de una víctima ilustre? ¿de un pueblo grande, pueblo noble? Empresas contra el actual malvado, dos, y buenas; tres, y muy buenas; perdidas todas, la una por la conmiseración, la otra por la traición, la última por la cobardía. En el patíbulo estaba ya Ignacio Veintemilla: a ese Eloy Alfaro a quien ha quitado más de media vida en el tormento, a ése le debe dos veces la vida... El de la conmiseración, él fue; de la traición, él fue la víctima; el de la cobardía, yo me lo sé. ¡Y qué plan desbaratado por un valiente que a última hora *no se mete en nada* y disuade a los demás! Si así me destejen lo tejido, ¿qué había de hacer yo, aun cuando fuese un Washington de prudencia, un Páez de valentía? ¿Uno que hallándose preso, con enormes grillos, en una caverna oscura, comienza por seducir a los centinelas de vista, subyuga con su ascendiente a los oficiales, pone de su parte a los jefes y combina una terrible revolución en medio de las cadenas con sus propios vigilantes y opresores, ése, me parece, es también *un hombre*? Mas la traición, dueña de almas viles, no podía estar ausente de militares sin pundonor ni patriotismo, y la hazaña del preso fue desbaratada al instante de convertirse en hecho grande. Eloy Alfaro pasó del cuartel al *Infiernillo* para ejemplo de fuerza y valor. Conque, zánganos, libres que murmuráis, que censuráis, que difamáis, ¿nos dormimos en las pajas? ¿no hay un hombre? Bien visto lo tengo, mientras esta pluma no se me vuelva espada, cosa no de poder con los ecuatorianos: razón sin bayoneta es sinrazón para ellos "Dadnos cuatro tribunos como Juan Montalvo y os respondemos de la libertad del Ecuador", acaba de decir un ardiente escritor de un pueblo libre¹. Con rubor y timidez hago este recuerdo, tan sólo por defenderme de ese inicuo *no hay un hombre* con que ineptos y cobardes quieren asemejarse a ellos. Si hubiera un hombre, ¿qué hiciera éste? Los grandes hombres mismos nada han podido ellos solos en ningún tiempo: cooperación, unión, impulso general necesitan para sus obras magnas. El hombre de la idea podrá llegar a ser héroe y libertador, si le sigue un golpe de gente apasionada: en no hallando quien le crea, quien le apoye, quien reciba la fuerza de su espíritu, ese hombre será la voz en el desierto, o el loco que andaba de día y de noche por las murallas de Jerusalén gritando: ¡Jerusalén se pierde! ¡Jerusalén se pierde! Nadie le creía, a nadie conmovía: Jerusalén se perdió: el loco había sido profeta. Bolívar fue Libertador, porque tuvo con quien nos libertase; él solo ¿qué hubiera hecho, aun cuando hubiera ido a matar con su mano al rey de España? Las preesas de Garibaldi no son las de un individuo; son las de una persona moral compuesta de millares de personas: ¿imagináis acaso que este paladín entra la Sicilia y la toma a furor de espada con mil voluntarios? No: al ver levantado el pendón de la libertad, los italianos en grandes acogidas de patriotas corren a limpiarse con esa

¹ Jorge Isaac.

santa sombra de la mancha de esclavitud que los ha envilecido tantos años. Cuando hay uno en el Ecuador que se atreve a levantar ese pendón, los ecuatorianos *no se meten en nada*; ¡y no hay un hombre! ¿Qué hombre ha de haber entre *támenes*¹ que no le pueden sufrir? Abrid los ojos, ciegos, mirad y convenceos: donde no hay pueblo, no puede haber un *hombre*.

Me suelen asimismo preguntar algunos almas de cántaro: ¿Por qué dejaron ustedes que este animal se elevase en Guayaquil? La contestación, miradla, si gustáis.

Sucedió que ciertos sabios se hallasen una vez reunidos para elegir jefe supremo. A falta de león, claro está que debía serlo el elefante, y aun cuando fuese el tigre. Pero el zorro les había la noche anterior ensuciado a todos y perturbado los sentidos con esa su ambrosía que echa, sabe el diablo por qué parte. No contento con rociarlos, dióles a beber elixir de sus entrañas, con lo cual les encalabrino el alma y les apesó el corazón. ¡Viva el jumento! gritaron en un arranque de frenesí divino; y el jumento fue jefe supremo. ¡Dios de bondad! el hijo de la cebada quiso ser también capitán general, como tributo de veneración a los tiempos coloniales; y lo fue. Quiso ser cabo capitán; y lo fue. ¿Napoleón el grande no era para sus soldados *el cabito*? *Le petit caporal* en lenguaje de cariño militar, significaba emperador de Francia, dueño de Europa. Quiso ser agradable nuez moscada, como el sofí de Persia; y lo fue. Quiso ser espada de Bernardo, carabina de Ambrosio; y lo fue. Quiso ser alcaide de los donceles, cardenal de Acupendente; y lo fue. Quiso ser conde del verde saúco, príncipe de Cavalcanti; y lo fue. Quiso ser barón de Montugtusa, marqués de los burdeles; y lo fue. Quiso ser caballero del Milagro, gran maestro de Calatrava; y lo fue. Quiso ser Federico Barbarroja, don Jaime el Conquistador; y lo fue. Quiso ser café con leche, azúcar de Saturno; y lo fue. Fernando Mondego, convertido en duque de la noche a la mañana, no paró hasta no verse con dictados que fueran envidia del gran Turco: Matador, Robador, Mentidor, gracias a un monito que por ahí le iba poniendo entre renglones cuantos títulos le iba él dictando a la sordina, sin conocimiento de la Junta: *meeting* digamos, para no quedar a nos atrás de los que hoy hablan lengua castellana con propiedad y cultura. El bueno del asno había oído que en otro tiempo las ranas pidieron rey al padre de los dioses, y que éste les echó a su estanque una viga: si una viga ha sido rey, dijo para sí, ¿por qué no he de ser yo jefe supremo? Y lo primero que hizo fue llegarle de puntillas a un noble bruto que estaba por ahí durmiendo, y darle una coza por la espalda. Con esto, dijo, los monto a todos, y que me pongan aliagas debajo del rabo.

El autor de esta fábula debe ser Esopo: esperando estoy que el más feo de los griegos me diga si fue su héroe quien montó en sus electores, o éstos le echaron la albarda encima y le enviaron al molino. Aristóteles, padre de la retórica, sostiene que el apólogo es una de las figuras más hermosas, y la

¹ El que quiera saber el valor de este vocablo, puede consultar la historia de la conquista de Nueva España por don Antonio Solís.

más adecuada para convencer. No vayan mis compatriotas a tomar al pie de la letra el cuento del pollino; no es sino una figura, y quizá mal cometida. Por lo que hace al rey de las ranas, sabido es que vino a ser su estercolero. Como es regular que los ecuatorianos no quieran ser menos grandes hombres que esos ilustres reptiles, si no se han subido ya, de presumir es que no tarden en subirse sobre su capitán general, jefe supremo y preste Ignacio de las indias y las negras.

Nunca deja de ser cargo fundado contra los hombres de viso de la República, el ver a los más ruines en la cumbre de los honores, y el más perverso e infame en el remate del Poder y la soberbia. La forma de gobierno que llama al trono al heredero del monarca, no da asidero a los reproches del patriota y el filósofo; pero en esa esencia es la elección, siempre serán para menos los que levantan sobre todos al más bajo, y están sufriendo después las tropelías envilecedoras de la ignorancia y la barbarie. Sin embargo, la dictadura de este Maximino que llaman Ignacio Veintemilla tiene su explicación, cuanto a su origen. Habiendo los liberales determinado la revolución contra don Antonio Borrero, locura hubiera sido en ellos pensar en salir con su empeño sin la cooperación de parte del ejército. Don Antonio, como obstáculo para los dichos liberales, le había entregado puerta y llaves de la República al sicario más empedernido de García Moreno: por mucho que la opinión de los ecuatorianos estuviese bien dispuesta para el cambio, el apoyo militar fue, por desgracia, indispensable. La revolución, hecha la tenía la imprenta: las armas, no estaban en manos de los patriotas. Veintemilla, como instrumento, simple instrumento, no era malo: dos mil veteranos con bala en boca tenía a sus órdenes este marmitón del difunto consabido, y había declarado que si no era él jefe supremo, sostendría a Borrero. Guayaquil, ni por audaz, ni por valiente, hubiera podido nada con las manos vacías, y así tuvo por bien contar con el ahora mortal enemigo de los liberales. Triste necesidad fue, no imprudencia reprobable. El mal no estuvo en esto, sino en que los revolucionarios pasaron por todo, se sometieron asnalmente al despotismo de un echacantos que al despotismo acompañaba las malas intenciones. Pueblo que hace revolución, la ha de llevar a cima conforme a sus propósitos y necesidades: verificarla, y agachar la cerviz ante el mismo de quien debiera servirse para sus fines, es demérito que trae consigo ineptitud y vergüenza. El pueblo casi siempre es burla de los que le guían: si éstos son hombres sin fe ni amor, sin pundonor ni patriotismo, el pobre pueblo es el que se expone, el que vierte su sangre, el que triunfa; ellos los que maman la cabra, haciendo migas con traidores y farsantes.

He dicho que los revolucionarios sufrieron desde el principio los abusos tiránicos de su jefe supremo, y no he dicho nada: no le sufrieron solamente el despotismo; le animaron, le impulsaron por esa vía. No digo a hombre de suyo malo y soberbio, a uno bueno y modesto le hubieran corrompido esas condescendencias, esas humildades, esas tolerancias con que la viga creció en merecimientos a sus propios ojos. El pueblo, lo que es el pueblo, esa multitud compuesta de la parte laboriosa y útil de la sociedad humana,

menos sometido y vil que sus cabecillas, quiso dar la ley en su revolución; los corifeos se opusieron, se lo impidieron. Cuando el rey de las ranas dijo: No quiero ni suplente, menos colega, ¿no dio a conocer sus fines? y con todo, cuando el pueblo quiso indicar, proclamar ministro general, *los sesudos*, los esclavos blancos fueron óbice a tan saludable providencia. "El es el dueño, él hará lo que quiera", me dijo en mi casa un hominico liberal. Vi que no las había con un varón, sino con un eunuco infame, y ahorré palabras. Repudiado por *su dueño*, desesperado, el ruin ha dado en borracho, y hasta en loco. El gobierno temporal de la Providencia, doctrina del conde de José de Maistre, está palpable en ocasiones. Pueblo donde éstos son los principales, éstos que dicen *él es el dueño*, no es mucho sufra las voces con que le están asordando las demás Repúblicas: ¡Esclavo! ¡esclavo!

Veintemilla es obra exclusiva de los guayaquileños; los patriotas, los liberales, los dignos, los orgullosos, los valientes, los libres guayaquileños. Ellos tejieron, a ellos les incumbe destejer: de otro modo, cumplirse ha el término de la promesa, y prostituirse han al sátiro a quien han ofrecido su virtud. A Penélope no la salva su fuerza, pero le sobra industria para ser fiel a su marido. Guayaquileños, pueblo de valientes, si habéis perdido el valor, manifestad por lo menos que no os falta aperebimiento para vuestros deberes y vuestras honras futuras. Abrid lo tejido, deshaced lo hecho, y ved aquí la corona de la virtud con nombre de libertad y patriotismo.

Vegetaba en el Perú un hombre en quien tenían puestos los ojos quince años había los patriotas y liberales del Ecuador. Sus intentonas de libertad, sus expediciones contra el tirano, aunque desgraciadas por su culpa, le habían granjeado la benevolencia de los que no le estaban viendo de cerca. Este liberal añejo, cabeza de partido, ninguna parte tuvo en la revolución de los liberales del Guayas; antes la improbó, de miedo, con increíble acerbidad. Hecha la revolución, túvola por buena y se vino a coger su parte. Una noche, gran gentío en el malecón de Guayaquil: Urbina, el viejo Urbina, se halla a bordo de un buque, va a saltar: con éste, la revolución no será desviada, ni la beneficiarán de su particular ganancia bellacos de la orden de García Moreno, como Ignacio Veintemilla. "¡José María!" los viejos: "¡Mi general!" los militares: "¡General!" sus amigos, todos se le van con los brazos abiertos. El pueblo necesitaba siempre un hombre en quien fincar sus esperanzas: cuando no lo tiene, entalla una quimera, dispone un simulacro, y adora al dios que le hace falta. Pueden los viejos ser recuerdos; esperanzas, no las busquéis sino en los jóvenes: las canas, y eso canas ilustres, son cuando más estímulo de la sangre nueva: en volcanes apagados no pueden los operarios forjar las armas de la patria: el fuego del Etna habemos menester para sacar espadas de buen temple. El tiempo pasado no nos puede brindar con la esperanza; gaje del porvenir es éste. Esperad en el hombre mozo, en el adolescente, en el niño, que éstos van mirando hacia delante: los viejos ven para atrás, y atrás están muerte y olvido. Un gran viejo, de antecedentes gloriosos, puede ser un monumento; una gran esperanza, huid de ir a buscarla al borde del sepulcro.

El anciano recién llegado, en medio de tumultuosa muchedumbre, se dirige para su casa: allí, en ese recinto estrecho, está encerrado un mundo, el mundo del corazón: mujer, hijas, hijos, santo grupo de la familia con sus dioses y sus ceremonias apasionadas, esperan al marido largo tiempo ausente, al padre, al sacerdote del altar doméstico. Colgadas en las barandillas de la escalera, los brazos hacia la puerta, sus lágrimas están bendiciendo esas gradas, ese zaguán por donde ya va a entrar, a subir el hombre en quien está fincada su vida en ese instante. María, Rosita, de felicidad son éstas que se os desprenden de las pestañas y ruedan en largo hilo por el seno. Vuestro padre, hele allí: ya llega, ya entra... ¡Cómo! el tropel sigue adelante: pasó, se alejó, silencio todo. El hombre descastado, el viejo ruin, dejó allí muriéndose de amor, y tuvo por más natural y santo ir primero a echarse de rodillas y besarle los pies al figurón sin alma que se estaba ya llamando jefe supremo. Para volver más notoria su irreverencia a Dios y la naturaleza, tuvo a dicha ir a pasar por su calle, por su casa, recibiendo con esto el fierro, la marca de un amo tan pobre de méritos y virtudes como él mismo. Ahora ya no se puede perder ni confundir entre vacadas ajenas: este buey seco, pelado, garrapatoso, que se mueve y tambalea, es de Veintemilla, dicen todos; y le cogen, y le entregan a su dueño, cuando sale de su majada. Dinero, mucho dinero, a trueque de obscuridad e infamia, éste es el actual Urbina. Poco sabe de derecho este furriel apolillado, pero dijo: *doy para que des, hago para que hagas*. Dio honra, fama; cogió y está cogiendo mazos de billetes de banco, talegos de moneda que se los bebe en forma de aguardiente.

No se me ignora la divisa de los antiguos caballeros, *mi Dios, mi rey y mi dama*; pero el cristianismo mejor averiguado ha hecho una transposición y, nosotros decimos con más aciertos: "Mi Dios, mi patria, mi familia", siendo así que no tenemos rey. Si rey entra por patria, habremos de decir: Mi Dios, mi patria y mi esposa, ¿Pero cómo ni cuándo ha de simbolizar la patria un malvado que no hace sino cubrirla de ignominia y arrancarle dolorosas lágrimas? Sin estos pegotes corruptores que arrodrigonan al opresor, quizá no hubiera tiranos: la soberbia vive de adulación; la adulación hincha a la vanidad, y aduladores y vanidosos caen sobre las naciones desgraciadas a modo de ceniza, y la quemán, y la yerman. Los ciudadanos de chapa, los hombres de trascendencia, en todo caso han de ser contrarresto de gobernantes abusivos. Pero si lejos de ser apoderados naturales de la República, se vuelven fautores de su enemigo y ministros de sus crímenes, ¿cómo no han de llover desdichas y vergüenzas sobre un pueblo? Me han dicho que Urbina, siendo presidente, gustaba por extremo de zalamerías y cucamonas de cortesanos: hombres graves, decorosos, no eran suyos: para cortarles el ombligo convenía mostrarse indigno de un prohombre. Nadie tenga la osadía de alabaros cara a cara, dice un gran autor; no le sufráis, reprimidle, agregoy, pequeñuelo. La adulación corrompe, desvía: la calumnia vestida de alabanza, suele asomarse por los labios del palaciego: el gobernante sordo a los enemigos públicos que se llaman aduladores, ése está libre de mil males. La adulación no se contenta con alabar; su parte principal es indisponer al

poderoso con ciudadanos quizá buenos. Encomios pagados son méritos de hombres sin virtudes: los varones de pro no han menester sino el silencio respetuoso de los dignos, la callada buena fe de los sinceros.

La diplomacia de Urbina es la adulación: si agregamos la mentira, planta espontánea en sus labios, el fraude y el engaño, bien así en las públicas como en las privadas relaciones de la vida, hemos dicho todo lo que sabe. Adulación, y tan extremada, y tan empalagosa, que le da semblante de retrechera sin talento. Hombre que peina canas, militar antiguo, ex presidente, adula, si su alma es baja, pero con aire y modo, y no así como una peliforra. Un poeta indigno de las Musas había dicho que Antígono era un dios. "Miente, respondió el tirano; mi criado sabe que no hay nada de eso". Urbina, a pesar de los secretos de la recámara, que él los sabe muy bien, quiere que Ignacio Veintemilla sea un dios: un dios, pues valiera más llamarle Caco o Mercurio, que Godofredo de Bullón o Carlomagno, como le ha llamado mil veces en sus borracheras. El que cae en los brazos de ese viejo, tenga paciencia; media hora ha transcurrido, y aún no le afloja. Si el dicho Sileno le ha menester para algo, peor: le besa desde la frente hasta la ijada, pasando por el estómago. Le besa los ojos una y mil veces; le besa la nariz por dentro y fuera; se da maña en besarle la nariz por dentro haciendo los labios pico de cigüeña. Le besa la boca: si el sentenciado a ese suplicio infamante no la cierra bien, le ha de hacer irrupciones asquerosas de lengua hasta el galillo. Le besa la quijada, la nuez: la mejilla ya la besó; esa es cosa suya. Le abre el chaleco, le besa la barriga; le vuelve, le besa tras la oreja. Si no hallara resistencia, ¡oh! ¿hasta dónde no llevara esos labios de Judas con los cuales le está vendiendo a uno por todo el cuerpo y cubriéndole de baba tabacosa? Dios sabe si Veintemilla se ha ido al baño cada vez que su mala estrella le ha puesto en brazos de su Mentor: ¿qué ha de ir cuando él mismo está cubierto por dentro y fuera del pringue de los vicios? En la Escritura, justicia y misericordia se encuentran y se besan; en la desescripción, Urbina y Veintemilla, esto es, la corrupción y el crimen, la embriaguez y la imbecilidad, se encuentran y se besan, y de esta cópula indecente nacen deshonor y males públicos. Sin Urbina, sin su traición a la patria y al partido liberal, sin su falange de leprosos antiguos, Veintemilla, Ignacio Veintemilla, cargado de una fanega de cebada, estuviera yendo al molino cada día. ¿Qué pudo este infeliz por sí mismo? Veintemilla, como ejecutor de crímenes y traiciones, ha caído en mal caso y merecido la horca; Urbina, como impulsor y causa, está llorando por la cuerda. El uno es cuerpo, el otro alma de este feo demonio que se está comiendo a bocados honra, bienestar y buena fama de un pueblo. Ideas, propósitos elevados, amor al género humano, impulsos de grandeza, anhelos de gloria, nada; lujuria de dinero, hambre de vanos títulos, sandez, falsía, desvergüenza, he aquí los medios y los fines de esos revolucionarios sin revolución, católicos sin bautismo. Como saben que los principios liberales son cosas grandes que se están dando vuelo por el mundo, se han llamado liberales, ellos: en las galeras hay también partidos: Urbina y Veintemilla, liberales de galeras: liberales de aire libre, liberales de idea y corazón,

no; liberales a lo Thiers, a lo Gladstone, no. Asesinen arzobispos, metan fuego a los edificios públicos, acarreen a sus casas los tesoros de la Iglesia y del Estado, en buena hora: esos no son liberales ni conservadores: son delincuentes a quienes, hasta hoy día de la fecha, y van nueve años, están fusilando en Francia. "General, no tenga usted cuidado; los jesuitas están conmigo". ¿Conque los jesuitas están con él?... ¿y el arzobispo envenenado? ¿y los obispos desterrados? ¿y los clérigos encadenados? ¿y los católicos asesinados? ¿y los canónigos saqueados? ¿y el concordato pisoteado? Dirán Urbina y Veintemilla que estas niñerías, y las otras que constan en su *memorial de agravios comunes*, como son redomazos, clavazón de sambenitos, untos de miera en la casa, lejos de desmentirlos, son prueba de su liga *rodiniana*. Y concluyentes: si nada de eso hubiera sucedido en la República, de su peso se cae que los jesuitas no estuvieran con ellos. No ha quedado un liberal en el Ecuador; no hay sombra de imprenta, ni tribuna, ni sociedades, ni libertad, ni verdad, ni religión pura, ni conciencia, ni Cristo que lo fundó; claro se está que ellos están con los jesuitas: ¡y se llaman todavía liberales! Violencia y crueldad, terror infunden; la impostura es baja de suyo, y no inspira sino desprecio.

Sería yo temerario si afirmase absolutamente que los ecuatorianos son esclavos de nacimiento y por amor. García Moreno hecho pedazos, cayendo de su palacio a la plaza a puntapiés, dando zapatetas en el aire, según que lo había profetizado un humilde Isaías, viene aquí, y depone en favor de sus víctimas perpetuas. Borrero es asimismo testigo favorable, el pobrecito: diga si fue bajo el solio, o en su fuga, donde le pasaron una mañana las botas llenas de... agua, y él tuvo que ponérselas, llevándolo todo en amor de Dios. ¿Ignacio Veintemilla, la soga al cuello la arrancará, y desvanecerá la buena opinión que Sudamérica principiaba a concebir del Ecuador? Veintemilla sin talento, sin poder, sin habilidad; Veintemilla, ignorante como un indio, cabezudo como un vizcaíno, pesado como un galápago, presuntuoso como un Quijote, incapaz de esa tiranía grande que inmortaliza *en el aire* a los bribones de gran talla, ¿estaría ahí para echar el sello a la desgracia de un pueblo, al ruin concepto en que los otros lo han tenido tantos años? La dictadura de García Moreno fue perpetua hasta el día del Machete; la de Veintemilla será más corta: las ranas han visto ya que se le pueden subir encima, y hacer de su rey su estercolero. ¿Te enojas, el amigo? Yo que te estriego, burra de mi suegro.

Desengañense los ambiciosos sin mérito: en los rincones más oscuros las luces obran ya más de lo que les conviene a los opositoristas de la civilización; en los pueblos más hechos a la servidumbre los agentes de la libertad se abren paso, y van alumbrando con su antorcha cien leguas en contorno. Tres números de *El Regenerador*, apoyado por los jóvenes liberales de Quito y Guayaquil, bastaron para quitarle al presidente más popular que habíamos visto en tierra de lirones *sus veintinueve mil votos*. La revolución, hecha la tenía la imprenta, esto es, la razón, el derecho de los pueblos, cosas que se vuelven efectivas en la libertad práctica y sensata, en el progreso

cuyos fundamentos son virtudes. "Ya es tiempo, me escribieron los jóvenes del Guayas; venga usted, vuele usted". Fui, y el pueblo me dio un susto. El aura popular en forma de huracán es simún en cuyo seno viene sonando una música aterrante. La modestia pierde el color y le habla en presencia de ese monstruo hermoso que le abre cien brazos y la saluda con mil voces. Uno a quien hasta hoy no le han cabido sino persecuciones y amarguras, debía darse por resarcido de sus padecimientos, por agradecido de sus afanes, cuando honradamente conturbado, estaba viendo un pueblo todo al pie de sus balcones, oyendo unir su nombre a las santas palabras de patria y libertad. Ante la glorificación ardiente de miles de personas bien intencionadas, ¿qué importan majaderías de tontos, sandeces de borrachos, malas obras de ingratos, desvergüenzas de atrevidos, calumnias de perversos?

El diablo estaba haciendo en ese instante en una cochiguera un tiranuelo de lodo. En embrión lo tenía ya entre los dedos, y este feto del infierno tembló dentro de la obscuridad al oír las voces de la luz. Envidia, celos, aprensiones ruines, temores agudos pasaron por sobre él abrasándole cual llamas infernales. A poco el feto había nacido en un cuartel, fue bautizado por Patillas el canónigo, y llamándose capitán general de sus ejércitos, salió campeando al mundo. Más que campear... campea y aún se pavonea por las calles de Quito, al centro de una muchedumbre de sicarios. Hombres, mujeres; viejos, niños; hidalgos, plebeyos, todos son sus enemigos, de todos se cautela: soldados, lanza en ristre; oficiales, la espada desenvainada. Así campea, así pavonea, así se gallardea ese mezquino. "No me saques sin razón ni me envaines sin honor", es la divisa de la espada noble, espada valerosa que sale de las fraguas de Toledo: esos oficiales que, sin guerra, la llevan desenvainada por la ciudad, ¿la sacan con razón? ¿la envainan con honor? Un hombre del pueblo, un pobre hombre, está sentado sobre el umbral de una tienda, cabizbajo con algún pensamiento, meditabundo con alguna cavilación, triste con algún dolor: su excelencia el presidente de la República, valeroso caballero, se le va encima, le echa a tierra la cabeza, esto es, el sombrero, le harta de injurias. El hombre no le ha visto, no se ha puesto de pie, no le ha saludado. Herido en el cuerpo y en la honra, el triste mira a una y otra parte, ve un palo, se ase con él, salta, descarga, repite el golpe desafortadamente: su excelencia el presidente de la República, con tres gentiles garrotazos en el pescuezo, tambalea, en tanto que sus heroicos edecanes pican de soleta. Pero no es un 6 de agosto: vuelven los valientes, dan en el suelo con el descomedido, pisan sobre él, le matan... No le mataron: apaleado y lastimado, llevaronle al hospicio, *por loco*. Loco, y azotes cada día; loco, y juicio criminal de orden del presidente. Si éste no es loco, él es el ente más bajo y despreciable de la tierra. Como ha visto ya que si le saludan los quiteños es con el palo, no se va sobre ellos con el bastón: los hace presos, los manda al cuartel, les pone gorra a los que no gritan: ¡Viva el rey!

Cuenta un sicario de Juan Manuel Rosas que este gaucho extravagante, cuando no mandaba a sus pretorianos hacer irrupciones en las casas de Buenos Aires y cortar cabezas a discreción, les daba órdenes tan patrióticas,

como la de armarse de grandes tijeras y difundirse por la ciudad: levita que aparecía, ¡tras tras! quedaba de chaqueta en quitame allá esas pajas. En cuanto al frac, lo que llamaba casaca, don Juan Manuel lo aborrecía de muerte: ¡desdichado del argentino que saliera de frac y guante blanco! no las faldas solamente, pero también el pescuezo hubiera perdido. A la puerta está Ignacio Veintemilla de salir contra la levita: la guerra contra el sombrero, ya es a todo trance. No quiera vuestra mala ventura, quirites del Pichincha, que, vencidos sombrero y casaca, vaya por los pantalones, y aun por los calzones, el Gran Pompeyo de José María Botellas. Mas como dicen que muchas veces el que va por lana vuelve trasquilado, puede ser que cuando menos piense salga el Mudo del combate en cueros. En este concepto, mi deber es fomentar la santa guerra a los paños mayores y menores.

Vivir para tormento de nuestros semejantes, y aterrado uno mismo, es negra fortuna de los que nacieron para el infierno. La historia no existe para los ignorantes; para los que no leen, nada ha sucedido en el mundo. Si Ignacio Veintemilla supiera que los tiranos, si no acaban a manos de sus víctimas, acaban a las de sus propios esbirros, no se propasara de ese modo en sus desafueros. Mas él no tiene para qué saber la suerte de los tiranos, si éstos representan el último acto de su comedia en el patíbulo, si en una plaza o una calle; basta con que no olvide que para insignes malhechores, cuerda. ¡Qué vida la de ese tonto! en su casa, un batallón entero invertido en centinelas: centinelas en la puerta mayor; centinelas en el zaguán; centinelas en la escalera; centinelas en la sala; centinelas en la cama: no se pone centinelas en la boca, porque quiere tener libertad de tragadero. Y este ser aborrecido, éste que no puede dar un paso sin mirar por su vida, al tiempo que está siguiendo con el puñal en lo obscuro a los buenos ciudadanos; este reo de todos los delitos, tiene, no sólo por lugar de seguridad, sino también de delicias a Guayaquil; la libre, la valiente, la orgullosa Guayaquil. Guayaquileños, este malvado, o no hace caso de vosotros, u os tiene por sus cómplices: lo primero es humillante, lo segundo denigrante. En Guayaquil andaba solo García Moreno de día y de noche, dormía a pierna suelta sin ensueños ni pesadas; en Quito vivía aterrado; su velar era cautelarse, su dormir atormentarse. Viendo patriotas, jóvenes armados del puñal de la salud, vengadores y jueces por todas partes, saltaba de su lecho, corría por dondequiera dando gritos, pidiendo socorro en sueños. El sonambulismo de la sangre es la más terrible pesadilla. Al fin murió el tirano, murió; no a poder de libres y valientes guayaquileños, sino de esclavos y cobardes *serranos*. Los guayaquileños, cuando saludaron el 6 de agosto con tan grandes procesiones, tuvieron por bueno el hecho, lo prohijaron; pero ellos no habían sido para la empresa. Vamos a ver, hijos del Guayas, los serranos cobardes os libraron y libertaron de Gabriel García Moreno; libertaos vosotros mismos, libertadnos y libradnos a todos de Ignacio Veintemilla. El uno valiente, audaz, temible; el otro, pálido en la menor ocasión, cuitado, despreciable. Y así y todo, éste no piensa sino en Guayaquil: en sus terrores, sus amarguras, sus palos, Guayaquil; en los desprecios que devora, en sus cuitas, sus pesadí-

llas, Guayaquil; en sus peligros, sus ansias, sus caídas, Guayaquil; Guayaquil es su consuelo, Guayaquil su salvación; consuelo y salvación del traidor a la patria, el robador de la hacienda pública, el perseguidor del partido liberal, el bárbaro para quien no hay más Dios ni ley que el vicio, ni más devoción que el crimen: ¡Guayaquil, Guayaquil! Guayaquil, cuna de la libertad; Guayaquil, tierra de hombres fuertes; Guayaquil, madre de hijos libres. Guayaquil, Guayaquil... Rocafuerte, Olmedo, no reconozcáis a esa madre envilecida, echadle al rostro las estatuas con que quiere engañaros. Esa, esa que erige estatuas a un viviente infame, no tiene derecho para levantarlas a difuntos esclarecidos: semejante trastrueque del orden de las cosas pudiera indignar a la Fama y la Gloria, y hacer temblar de ira a esas divinidades. Guayaquileños, ¿estatua a Vicente Rocafuerte, genio de las luces, campeón de la libertad, honra del Guayas; estatua a Rocafuerte en la Capua de Ignacio Veintemilla? Levantadla, sí, levantadla, pero no antes de haber dado en tierra con el Sísifo que fuera infamia de Gomorra. Le apreciáis, le amáis; él lo dice: ¿hasta cuándo seréis merecedores de agravio semejante?

Había en una comarca del Nuevo Mundo una joven llamada Ecuá, hermosa por extremo, y dueña de grandes riquezas. Huérfana de padre y madre, un deudo suyo muy cercano la tomó bajo su amparo, con tanta más solicitud cuanto que, en muriendo, su padre se la había dado por hija. Inocencia, sobrada; experiencia, ninguna; no era ella para cosas grandes, ni hubiera ido derecho, ni nadie la llevara por la mano. Acodicióse un hombre de ella; no tanto por su hermosura cuanto a sus haberes, siendo como era codicioso de suyo y gran amigo de adquirirlas sin el sudor de su frente. Llegóse un día al tutor y curador de la joven casadera, y pidió su mano. El señor Dual, que así se llamaba el padre adoptivo, tuvo por bueno el matrimonio. Consultando con la niña, ésta dijo que no. Insistió él, ella repitió su no con entereza. Madruñero será mucho, dijo Dual; por los tiempos que alcanzamos, los novios no están al escoger; cástate. Hombre bueno, pero aturdido, el señor Dual, medio de grado, medio por fuerza, la casó, y se estuvo a esperar que su pupila viniese a él a verter lágrimas de felicidad y agradecimiento. No fue así; antes la bella Ecuá empezó a quebrar de salud y color: su genial alegría se convirtió en tristeza, su amable verbosidad en silencio de muerte. Ella, tan dada al arreo de su persona, dejó ver un increíble desafeite: la cabellera en abandono, el vestido descompuesto, las manos, las blancas manos, perdidas debajo de negra roña. A las preguntas de su tutor, sus contestaciones eran lágrimas. Dual, profundamente afligido, trató de descubrir el secreto de esos dolores, esa como muerte en vida que estaba presenciando. Vicios, no hubiera sido mucho: halló crímenes en Madruñero, y aun cosas nefandas. El caudal de su esposa, bebido, jugado, disipado; su honra lastimada con injurias y calumnias de su propio consorte; su cuerpo lleno de cardenales, de los golpes que recibía sin quejarse. La ictericia, campeando en ese rostro antes divino, estaba dando fe de sus padecimientos y amarguras. Del escándalo, no había estado libre la pobre Ecuá: en las orgías, las barahúndas, las camorras públicas, ella era el hito de la perversidad de

ese hombre, y la que cargaba con la vergüenza. El señor Dual quiso presentarse pidiendo el divorcio por causa de sevicia; pero cuando Ecuá, deshecha en llanto, abierto el corazón ante su padre, le hubo descubierto las causas ocultas, alocado el cuerdo, enfurecido el manso, se fue para el monstruo y le mató. Su hija, atajada de razones, ahogada por el pudor ofendido, le había confesado que ese hombre infame no gustaba de la naturaleza; que muchas veces, en siendo bella aún, había querido, borracho, ponerla en manos ajenas; y por último que había matado los dos niños provenientes de esa unión deslayada y funesta, con decir que no eran suyos sino frutos de adulterios. Enmudecida por el terror, dominada por el influjo misterioso de ese demonio, la pobre mujer no había dicho nada; Dios lo estaba viendo todo, y eso era suficiente. Su tutor la esclavizó, él la libertó: la justicia de los hombres, dijo éste levantando los ojos al cielo, sea la que fuere; perdóneme Dios, y estoy en salvo.

Guayaquileños, ya os estáis reconociendo en el tutor imprudente: la bella Ecuá en vuestra patria: Madruñero, el horrible Madruñero, es Ignacio Veintemilla. Dual, pundonoroso y valiente, libertó a su pupila; vosotros, tímidos o inhumanos, la estáis viendo expirar en las garras del monstruo.

En cualquier situación de la guerra, las diligencias de paz son títulos de amor para quienes las hacen. En medio del fuego, entre el humo del campo de batalla, la bandera blanca asoma, y todos, valientes y cobardes, la miran con respeto. Los feciales de los romanos, los caduceadores de los antiguos mejicanos, los emisarios de hoy mismo se envían mutuamente los partidos, las naciones, son personas sagradas que alcanzan miramientos de bárbaros y civilizados, lejos de infundir enojo ni desconfianza. En el país del Ecuador se han visto muchas cosas extraordinarias: que se sorprenda dormido a un ciudadano, se le prenda como a delincuente, se le expatrie sin espera ni provisión de lo necesario, porque ha hecho proposiciones de paz a los beligerantes, y esto en los términos más decorosos y adecuados para el caso, ni entre enfermos de la cabeza hubiera sido posible que se viese. Los atenienses lapidaron a un hombre llamado Sircilo porque había propuesto la paz con el rey de Persia; mas fijaos, si gustáis, en que esa guerra era la conquista de la civilización por la barbarie, y en que los griegos trataban de salvar a Palas y Minerva. Europa echó poco ha coronas de flores a un poeta, porque propuso a las naciones restablecer la paz en el Oriente, y ahorrar al mundo sangre turca y moscovita. En América se le echa mano al que habla de paz e insinúa los medios de llegar a un avenimiento en guerra civil entre hijos de una misma madre. ¿Qué dirían de Mac-Mahón los franceses, si éste hubiera enviado a Cayena a Víctor Hugo, haciéndole llamar engañosamente a media noche al Elíseo? Extravagancias son éstas que, referidas en pueblos civilizados del Viejo Mundo, cobran visos de imposturas. Hubo entre mis amigos mismos quienes improbasen mi modo de proceder, y se engañaron tristemente, viéndolo están. Lo que hacemos con buena intención y valor, en servicio de la patria y honra de nuestros semejantes, no son *imprudencias* sino aciertos, aun cuando el puñal del asesino empiece a buscarnos las espal-

das. Pongo en duda el tino y la eficacia de los que reprueban los pasos largos y resueltos, porque envuelven algún peligro para el que los da, aun cuando ellos propendran al bien de todos. Ignacio Madruñero vive todavía, y tiene por suya la nación: si en vez de llevar a mal el corte que yo propuse, hubieran ambas partes acogido mis indicaciones, vivos y útiles actualmente las más de mil víctimas de esa guerra, un hombre bueno y de luces al frente de la República. Pero no: todo fue hartamente de injurias don Antonio, censurar mi política los liberales, y el Mudo echarme el guante. Allí no podían sino triunfar los dos malvados: Urbina y Veintemilla triunfaron, y hoy son asesinos y verdugos de los que le dieron triunfando. ¿Quién lo pensó mejor? ¿quién procedió mejor? Yo, con mi guerra desde el primer día a Ignacio Madruñero, con mi temprana proscripción, quedo libre del cargo que con tanta injusticia y tanta malicia me hacen bobos y hombres de mala fe; cargo de haber elevado a Veintemilla. Poner el hombro por mi parte a despeñar a Borrero fue lo que hice; pero no había contado con la traición y la prostitución del viejo Urbina. Levantar a Veintemilla... ¿No le conocía yo por ventura? ¿no sabía que la parte concupiscible de García Moreno estaba dentro de él, fuera de la espiritual?

En épocas anteriores me había andado rallando este zambombo porque le presentase de candidato para la presidencia de la República en *El Cosmopolita*. Esa carota de animal, trono hoy día de soberbia, cobraba semblante humilde, como quien estuviera en el tribunal de la penitencia: bajos los ojos, sumisa la palabra, esclavo el porte, en poco estaba que no vertiese lágrimas. ¿Quiere usted ser presidente? le dije un día, cansado de su molino; concertemos una revolución, póngase usted al frente de ella como caudillo militar, derueque a García Moreno, y siga por allí adonde le lleve la fortuna. Revolución, ¡eso no! contestó con firmeza, como uno que realmente aborreciese las revoluciones. ¿Pues cómo piensa usted, repliqué indignado, que he de ir a arruinarme en el concepto público, proponiendo semejante candidatura? Es que usted sería mi sucesor, dijo. Canalla... presidente por favor de él, contra el sentir de la nación, ¿no habría sido yo el más despreciable de los mortales? Cuando hubiera tenido que haberlas con un hombre, no fue revolucionario: García Moreno le hacía temblar hasta con la mirada: cuando las hubo con una infeliz beata que le había puesto en las manos las llaves de su pecho, fue revolucionario, y se alzó con *la honra* de la vieja doncella. Echar del pie del confesor al pobre don Antonio, ni grado ni gracias: dar al través con todo un don Gabriel García Moreno, hubiera sido proeza de mármoles y bronce. Y aun así, ¿qué sería hoy de ese marchante, fuerte en el crimen, sin el empeño, el prestigio, el brazo de los liberales del Guayas? ¡Pobres guayaquileños, qué obra la suya! En combatir y triunfar, bien hicieron; no es lo que me pesa: pero si admiro y me duele grandemente ver cómo sufren todavía al traidor, al malhechor, a la elefancia del alma convertida en presidente, empeñada en inficionarlo todo, en hacer supurar la sociedad humana. Engañados fueron; castiguen al embaucador, reivindiquen su fama de pueblo libre y valeroso.

Tres barbiponientes hubo que me siguieron por mi carrera de hombre sin miedo. Cuando los vicios invaden el pecho de los jóvenes en edad temprana, todo está perdido para un pueblo; pero donde hay un muchacho que alza la cabeza y exclama: ¡Tirano, yo no soy de los tuyos! la esperanza palpita en el seno de ese pueblo. Los viejos vulgares no son para acciones eminentes; los hombres comunes pronto empiezan a volverse *sesudos* y no servir para maldita la cosa; los jóvenes son la fuerza, los niños el sueño feliz de la República. ¿Conque no estuve solo en ese caos de servidumbre, bajezas e ineptitudes, efectos generosos? Seguid, no al maestro, sino al amigo: rectitud, pundonor, audacia, santa audacia; patriotismo, amor apasionado a la libertad, éstas son mis lecciones. La prudencia de la cobardía es vicio que apoca y envilece: el egoísmo es callado, el alma ruin cautelosa: ¿cuándo levanta la voz hombre vendido y comprado? ¿cuándo alza los ojos en presencia de su dueño? Ese, ese hombre vendido y comprado, sabe, como *los sesudos*, lo que *no conviene*: sabe que no conviene hacer reparos; sabe que no conviene pedir derechos; sabe que no conviene resistir, porque el azote quebranta peñas. Mas entre hombres, amigos, oh amigos, entre los hombres, conviene que a fuerza de vileza y apocamiento de todos no se vuelva soberbio el humilde, valiente el cobarde, audaz el tímido, grande el pequeño, dictador el carlancón. Este Ignacio Veintemilla, vosotros le habéis hecho, guayaquileños. Pudisteis haber hecho de él un agente, simple agente de vuestras ideas, e hicisteis un amo: soberbio por vuestra humildad, fuerte por vuestra flaqueza, déspota por renuncia voluntaria de vuestras facultades morales y sociales, ahora habéis llegado a temerle, oh vergüenza, si es que no le amáis, como él afirma. Un torrente de sangre útil perdido en un campo infausto; un arzobispo envenenado; un hombre ilustre caído bajo el puñal nocturno; las arcas nacionales trasegadas a las cuevas de dos salteadores; la instrucción pública a punto de ruina; las buenas costumbres espantadas; la honra patria herida; la barbarie triunfante en ese bruto que con bastón de presidente se anda por las calles rompiendo la cabeza al que no le saluda: he aquí la revolución de este Ignacio Veintemilla que vive ciegamente confiado en el amor y el apoyo de los guayaquileños.

No le saludan... ¿y quién le ha de saludar, si el que infunde no es terror sino desprecio? Dadme un presidente adornado de virtudes cívicas y privadas, y veréis si no le saludan sus adversarios mismos. Cuando una persona ve desde lejos a Ignacio Madruñero, un discurso lógico se va desenvolviendo silenciosamente en su memoria como se le va acercando: Ese traje a los colombianos, dice; es traidor a su patria, es cobarde que no puede afrontarse con el enemigo; es hombre sin pundonor, ni vergüenza; es canalla: no le saludo. Este, sigue diciendo, mandó asesinar de noche a un ecuatoriano en quien las luces concurrían con la fuerza del ánimo; es asesino, sus manos están chorreando sangre: no le saludo. Este hace suya la Hacienda común; sin cautela ni rubor se lleva a su casa el Tesoro; es ladrón atrevido y tonto que roba a ojos vistas: no le saludo. Este es de malos antecedentes, está a pregón por estafador en otras naciones; es pícaro consumado: no le saludo.

Este deprime cuanto puede las luces y las virtudes, hace guerra a las escuelas, los colegios, las universidades, quitándoles rentas y subvenciones, llevándose al cuartel a los rectores; es ignorante, bárbaro: no le saluda. Este pierde el respeto a la asociación universal, socava las buenas costumbres con las suyas bajas y perversas; es inmoral, corrompido: no le saluda. Este hombre de mala gracia me mueve al odio; cuando no le aborrezco, le desprecio: no le saluda. Y no le saluda, pues no le puede temer; y se expone a un ultraje de contado, a recibir sus manazas en la cara, o va al cuartel a echarse encima la bayeta del enemigo público.

Ahora mirad por ese lado: allí vienen dos hombres; el uno es el presidente de la República, el otro su ministro. Ni lanzas, ni bayonetas, ni espadas desenvainadas en torno suyo: las virtudes son su fuerza, el amor de sus conciudadanos su seguridad. Honradez, indiferencia por su sueldo; de la Hacienda pública, vigilante guardián. Los bienes ajenos son para él como si no existieran. De éste hubiera podido decir el príncipe de los historiadores: "pecuniæ alinæ non cupidus, suæ prodigus¹, publica avarus". Apasionado por la instrucción general, se anda de colegio en colegio, de escuela en escuela, reparando en todo con exquisita providencia. En el palacio, la dignidad del primer magistrado; en su casa, las buenas costumbres. Se levanta con el sol, tiempo le falta para las mil y mil ocupaciones que gravitan sobre el hombre que tiene a su cargo leyes y gobernación de un pueblo. Al comer, una hora escasa; a beber, ni un minuto: elevación y resplandor en ese ilustre esclavo de sus deberes. Si ocurren discusiones internacionales, trátalas a lo grande; es instruido y sagaz; si conflictos interiores, da un corte en ellos con admirable pulso y energía. A éste no hay quien no le salude. La inteligencia le saluda, el saber le saluda, el mérito de cualquier especie le saluda. "La hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud", dice por ahí un filósofo: el vicio disfrazado de virtud, el vicio mismo, le rinde homenaje, le saluda. Grandes, chicos; buenos, malos; hombres, mujeres, todos le saludan; y al díscolo que desprecia la virtud, al protervo que no le saluda, no le da de palos con su mano; sigue adelante sin mirarle, afligido en silencio de ver que tiene un conciudadano con quien nada han podido sus buenas obras.

Ignacio Madruñero se pasa de torpe y da en loco: su última barraganía en las calles de Quito ha sido tomar del pescuezo a un joven de familia principal, darle contra el suelo, estropearlo malamente, y mandarlo al peor de sus cuarteles, porque no le saludó². ¿Y por qué no le saludó? ¿por qué le tiene por hombre de bien? ¿por qué admira sus virtudes? ¿por qué su ejemplo le tiene santamente conmovido? Respeto, amor a palos; he aquí, ecuatorianos, en qué extremo de miseria habéis caído. Digo habéis porque a mí no me inficiona vuestra servidumbre, vuestro infame sufrimiento. Cuando no os

¹ Tácito dice *parcus*, hablando del emperador Galba.

² Este joven, casi niño se llama Ricardo Paredes. Estuvo en el cuartel del batallón "Convención".

miro con lástima, arrebatos de odio son los míos. Quisiera libertaros por la razón o la fuerza y deciros: Pueblo sin ventura, aquí está vuestra libertad. ¿Me la aceptaríais? No lo creo.

Una noche, paseando con luna por los alrededores de una ciudad del Ecuador, di con un indio ebrio que, ciego de cólera, estaba matando a su mujer. No contento con los puños, se apartó de prisa, cogió una piedra enorme, y se vino para la víctima derribada en el suelo. Verlo yo, dar un salto, echar a mis pies al furioso, pisarle en el pescuezo, todo fue uno. La india se levanta, se viene a mí, sacando de la boca con los dedos un mundo de tierra de que el irracional le había henchido; y cuando puede hablar, suelta la tarabilla y me atesta de vergüenzas: ¡Mestizo ladrón! ¿qué te va ni qué te viene en que mi marido me mate? Hace bien de pegarme; para eso es mi marido. *Shúa, manapinga, huairu-apamushca*, andate de aquí: quiero que me pegue, que me mate mi marido¹.

Oyéndolos estoy a mis apreciables compatriotas: ¡Mestizo ladrón! siquier zambo; *shúa, manapinga, huairu-apamushca*, ni más ni menos que para la india. Será mejor dejar que su marido la mate a esta hembra estrafalaria también; pues todos ellos juntos alcanzan a componer a lo más una hembra; pero bien casada, eso sí.

NOTA COMO FILOLOGICA

Un distinguido escritor cubano, uno de esos que las cortan en el aire en esto del hablar pulido, como hubiera dicho Cervantes, me ha hecho notar que el vocablo *prescendencia* es inusitado en España, y que en Cuba nunca lo ha oído. Tarde, por desgracia, recibo esta lección: ese horrible *prescendencia* que ahora me parece un escarabajo, está campeando en la primera Catilinaría, junto con los monstruos muchos y muy feos, de los cuales debe haber un hervidero en ese cuadernito. He sabido más aún, esto es, que don Eugenio Hartzenbusch escribió a Buenos Aires a don Vicente Quesada, improbando el uso de la palabra *prescendencia*, y haciéndole ver ella no pertenece al caudal de la lengua castellana. Tan común es ese término en las repúblicas del Sur, en Colombia principalmente, que todo un Rufino José Cuervo, todo un Miguel Antonio Caro, se han de ver tirar de la capa por nuestro viejo pedagogo, el buen don Juan Eugenio. En verdad no se me acuerda haber hallado en libro español de los buenos tiempos a ese aventurero, que hasta ahora ha estado pasando por príncipe en América. Aquí te cojo y aquí te mato: el amigo *prescendencia*, por hábil que sea, no volverá a hacer sus milagros conmigo. En rancia y elegante lengua española ¿no llaman *caballero del milagro* al bellaco que entre galos y galiparlistas anda haciendo de las

¹ *Shúa, manapinga, huairu-apamushca*; quicha. *Shúa*, ladrón- *manapinga*, sin vergüenza; *huairu-apamushca*, advenedizo, entrometido. Literalmente, traído por el viento, llovido.

suyas con el nombre de *caballero de industria*? El tali3n es la justicia ensangrentada: al propio tiempo que mi amigo el se1or Merch3n me cogia con las manos en la masa, me ponía un *ojo*, ojo abierto, ojo fatídico, a mi *caballero del milagro*. Si los hombres no cambiaran luces, nada supieran; y yo *no tengo vergüenza de confesar que ignoro lo que no sé*. Cuando Marco Cicer3n no la tenía, y buscaba lecciones hasta en las calles de Roma, ¿la habíamos de tener pobrecitos como nosotros? Si de influir sale influencia, de delinquir delincuencia, ¿por qué de prescindir no ha de salir prescindencia? he dicho. Porque no hay libertad absoluta de formaci3n de palabras; porque la analogía no es fundamento suficiente para los neologismos; porque el uso de las corporaciones autorizadas como la Academia Espa1ola, y el de los grandes autores, es indispensable para la introducci3n de voces nuevas; por esto y por lo dem3s, el falso espa1ol *prescindencia* queda desenmascarado, y lo ponemos de las orejas en la calle.

Verdad es que los castellanos censuran en nosotros dislates o abusos en que ellos mismos caen a cada paso: hablando de la grande lucha con la cual ganamos servidumbre como la del Ecuador, anarquía como la de Colombia, despotismo como el de Guatemala; libertad en todo caso; hablando de esa grandiosa epopeya, decimos "la guerra de la independencia". Los espa1oles cultos reprenden en nosotros este vocablo, nos indican para este caso el *emancipaci3n*, y ellos mismos conocen su gran lucha con el águila napole3nica con el nombre de *guerra de la independencia*, esa guerra hasta la navaja, segun la sublime expresi3n de Palafox en las murallas de Zaragoza. La *independencia* est3 canonizada por el uso general; y tan difícil ser3 que nos quiten la esencia de la cosa como la palabra. Mas la *prescindencia*, el *formato*, el *panfleto*, el *empeloto* y otros avechuchos ridículos que anidan en tierra colombiana, opondrán, nos parece, escasas fuerzas: los amigos del bien público quemaremos estas langostas, y aventaremos sus cenizas por el aire.

CUARTA

Tanto monta.

MOTE DE LA EMPRESA DE DON FERNANDO EL CATOLICO

DE ANTINOO dicen que su muerte fue tan gloriosa como su vida había sido infame. El que vive mal procure a lo menos morir bien, para que los hombres, si le dedican un recuerdo, digan: Murió como bueno. El pusilánime que disfruta de valor al dar el salto inmortal, ese paso largo y último con el cual salimos del mundo y nos metemos en el abismo de las cosas eternas; el flaco de espíritu que rebosa en firmeza cuando las ha con los Genios invisibles de la tumba; el malvado en cuyo rostro pálido está campeando la gloria envuelta en blancas llamas de contrición y perdón; éstos, muriendo así, es como si hubieran vivido noble, santamente. Muerte de filósofo ilumina hacia atrás, y baña de verdad el campo de mentiras; muerte de santo endereza lo torcido, aclara lo obscuro y borra las huellas con que el perverso va señalando su vida reprobada. Ese acto de no tener por cometidos los pecados, por no ejercitados los vicios cuando un triste vuelve los ojos al cielo y llora sus culpas, es uno de los misterios más hermosos con que la Religión vuelve amable a la Divinidad. Verdaderamente, la virtud de los pecadores, las hazañas de los cobardes, la nobleza de los infames, traen consigo un prestigio recóndito que nos llena de admiración. Un malo que se vuelve hombre angélico; un avariento que hereda con sus tesoros a las casas de misericordia y los planteles de educación; un mal patriota que, llegado el caso, se sacrifica por la patria; un ruin que de súbito se siente inflamado por el fuego celestial, y no sucumbe sino después de grandes hechos; un libertino que deja un ejemplar grandioso de magnanimidad y alteza de alma, éstos son héroes que, por lo extraordinario, cautivan la imaginación más que filósofos, valientes y bienaventurados que lo son sin esfuerzos, casi por naturaleza.

Vivir mal y morir mal es lógica del infierno, a cuyas sutilezas no pueden responder los que, sin voluntad para las virtudes, se ven faltos de sabiduría, esa sabiduría con la cual le llevan cuesta abajo a Satanás los que estudian en la escuela de la moral y del temor de Dios. El vulgo vive y muere insignifi-

cantemente: la suerte del vulgo, en la otra vida, debe ser conforme con la presente: si se salva, su gloria es moderadilla, luz pálida, música regular, sensaciones superficiales. La eternidad del vulgo no pasa de cien años; ni es preciso que vivan más en la otra los que ni contribuyen a la glorificación del Todopoderoso, ni causan envidia a los Coros y las Dominaciones. Aun pudiera no morir el vulgo, y nada le importara a la tumba: muere por desocupar el lugar, por hacer campo a las oleadas que van viniendo con la marea de los siglos. Demos que se condena; el vulgo no pierde mucho: los diablos le miran con desprecio, sin honrarle con los calderos donde están hirviendo las almas de los malvados de gran porte, ni con las tenazas, dedicadas a las carnes de los réprobos gigantes. El vulgo no se condena sino para barrer patios y corredores, y para ir con la basura tras la casa. Los hombres altamente distinguidos nacen y mueren para cosas grandes: si buenos, para bien del género humano; si malos para espanto del mundo y gloria del abismo.

Vivir bien y morir bien, aun en el circuito de la modestia, es el destino más apetecible; vivir mal y morir mal, negro destino; ahora, vivir bien y morir mal, ¿no es el colmo de la desgracia? Hay un anciano en cuyas manos estuvo poco ha la suerte de un pueblo: uniéndose a los patriotas, los libres, los amigos del saber, pudo haber labrado la suerte de un millón de sus semejantes. Esto, él lo estaba palpando; y a sabiendas, por odio a la ilustración, la libertad y el patriotismo, hizo liga con ignorantes, esclavizadores y traidores y ha infamado y destruido ese pueblo. José María Urbina, sin esos empujes ciegos que por la espalda le suele dar la fortuna al género humano, nunca hubiera salido del vulgo: por sus facultades personales, o más bien, por sus méritos, oscuro hubiera vivido, como nació, oscuro hubiera muerto. Por sus méritos digo, porque en pueblos sabios y virtuosos, o donde sabiduría y virtud no son escarnecidas, no preponderan sino los individuos de altas prendas; en cuanto a facultades personales, pueden muy bien ser malas éstas, y servirles a los hombres aviesos para levantarse y sacar la cabeza por sobre el mar del vulgo. Talento, nadie le ha negado nunca a Urbina: bien así como una ramera tiene buena cara, así Urbina ha tenido talento. Yo vi una vez en un campo de ruinas una flor bellísima en medio de mil plantas insanas o inservibles: ortiga, nabo, eneldo; y unas ramitas delgadas que iban y venían ridículas, tambaleando a impulso de flaco vientecillo. Sucio estaba todo alrededor: boñiga de res, trapos asquerosos tirados por ahí, huesos de animales. La corneja, volando de un extremo a otro, daba funestos gritos que inundaban de tristeza ese paraje. Y la flor, grande, erguida, roja, estaba descollando majestuosa en medio de tantas lástimas. Eso que vi en las ruinas de Itálica, esa es la imagen de Urbina: su talento descuella solitario entre las mil porquerías de su corazón y su alma; todo repugna y da asco en esa personalidad siniestra. Iba yo a tomar la flor del anfiteatro romano; pero una aprensión misteriosa me contuvo: temí que el Genio de las ruinas me castigase la irreverencia, envenenándose con las exhalaciones de ella. El talento de Urbina ha sido también flor venenosa. Ha sido, digo, porque ya no existe: libertinaje, embriaguez, prostitución de mil maneras y en mil formas, la marchitaron tiempo ha, la echaron al suelo.

Inteligencia es planta delicada; la rosa no brilla ni huele más; pero asimismo parece fácilmente. ¿No dije ya, con la autoridad de un sabio, que una gota de simiente humana equivalía a una onza de sangre? Sin castidad, la inteligencia va cuesta abajo con increíble rapidez. Los sultanes de Constantinopla, los magnates del Oriente, van dejando en sus serrallos los dones de la naturaleza; y a fuerza de felicidad tangible, el que se sienta sobre el trono viene a ser idiota sobre quien la muerte está alargando el brazo. El gran pintor Rafael, el gran poeta Byron, hombres-palomas, almas de Apolo y sangre de Venus, hicieron bien en morir en sus floridos años; si llegan a los cincuenta, hubieran sido ruinas de ellos mismos, incapaces de comprender ni sus propias obras. Rafael, como la mariposa, muere en brazos de su amada: la bella Fornarina tiene la culpa de esa pérdida de las artes; Byron, fragua de sí mismo, muere quemado por sus pasiones. Pero estos muchachos impetuosos dejan obras maestras, nombre claro, y se presentan a la memoria del mundo como dioses ahogados en un océano de inteligencia homicida.

El abono del talento es la instrucción: el ignorante no sabe si la tiene, ni cómo ha de conservar ese árbol sublime. La naturaleza le dio talento a Urbina, engañada por éste; y no pudiéndolo recoger, se vengó con esparcir en su pecho semillas de todos los vicios. Ella sabía muy bien que a un libertino le sería imposible sustentarlo, y le echó lujuria a manos llenas; que un borracho lo perdería dentro de poco, y le cargó de embriaguez que se desenvolviera con el tiempo. Para que fuese más despreciable ese estafador de uno de sus mayores dones, puso en su constitución el órgano de la mentira, el fraude, el engaño; el órgano de la codicia, el órgano del robo, el órgano de la traición. ¿No le hubiera convenido más a ese *hombre de talento* ser tonto con menos desventajas y agravios de la madre naturaleza? El talento, sólo para maldades le ha servido, sólo para ruines cosas; para engatusar a los que le han creído; para hacer traición a los que han puesto en él su confianza; para granjear nombradía de farandulero hábil, de tramposo diplomático. En bien de sus semejantes, de su patria, nada; por la justicia, la equidad, nada; para el progreso, la civilización, nada; todo para él, para sus apetitos, sus incontinencias, sus gulas y sus vanidades. La flor de la inteligencia ha caído; los trapos asquerosos, la boñiga, los huesos, allí están en ese campo de ruinas, en esa alma que es anfiteatro abandonado donde pecados y crímenes tienen sus bacanales con las culebras y las lagartijas de esos matorrales. Si este pobre viejo tuviera educación y escuela de moral, quizá los paralelos de los varones ilustres de Plutarco, las obras de Séneca y Montaigne hubieran conseguido modificar sus malas propensiones y hacer de él un hombre útil, un buen hijo de la patria. Mas si aprendió a leer y escribir ahora sesenta años, cárguele Judas si en su larga vida sabe lo que es libro: nunca, nunca ha leído una página, ni de obras pertenecientes a su profesión, menos a la filosofía, la política, la moral. Ignorante a quien favorece la fortuna, es enemigo mortal de la sociedad humana. Su casa de presidente, gracias a Dios, no la conocí; su casa de desterrado la conocí en Lima. Volviendo los ojos a un lado y otro, me estaba yo preguntando a mí mismo: ¿dónde están los libros? ¿dónde los papeles de este buen viejo? He oído que

las letras son alivio de pesadumbres, consuelo de aflicciones; ¿cómo se alivia y consueta Urbina? Don Angel Saavedra compuso *El Moro Expósito* en su asilo de la isla de Malta; don Diego Clemencín su *Comentario al Ingenioso Hidalgo* en el destierro: quisiera yo ver *El Moro Expósito*, el *Comentario* destotro desgraciado. El moro de Urbina, o más bien la mora, allí estaba sobre la mesa: era una botella de aguardiente casi vacía; el comentario, al lado: era un jarrito de hojalata en que el nuevo Ovidio bebía las aguas del Leteo, esto es, el olvido de sus dolores. Pobre viejo, me infundió lástima, y mucha. Comunicando esta angustiada sensación con más de un compatriota nuestro, todos me dijeron: "No sabe usted lo que es ese viejo infame".

A pesar de tan triste informe, cuando le veía envuelto en su capa mugrienta, ronca roncando en su silla de fraile, mientras el viento le hacía mil burlas en un copetillo suelto de canas; a pesar de los informes de sus amigos, le volvía a tener lástima; y este afecto matador subió de punto un día que su hijo se asomó a la puerta y gritó: "¡Papá, la camisa!" "Hijo de mi alma, no la ha traído la lavandera", contestó el padre desventurado con lágrimas en la garganta. No tenían sino una de remuda para los dos. Y era humilde entonces, no ese archiduque de Austria que pone la pica en Flandes, si le hacen memoria del jarrito, y nos trata de malvados. La *camisa* de Lima es hoy manto imperial con que se arropa majestuosamente la augusta familia. Coñac de a cinco duros la botella, Røederer, honor de la Champaña; Jerez de cincuenta años; Marcó Brouner y Lafite a destajo por esas salas y comedores.

*Mucho fas el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar;
Face correr al cojo et al mudo hablar.*

Poco sabía el arcipreste de Hita: no solamente face correr al cojo y hablar al mudo, sino también rejuvenece al viejo, comunica gentileza al feo, da bríos y poder al agotado. José María Matusalén a fuerza de oro es jovencito, tiene dimes y diretes con las Musas; las tres Gracias le guiñan el ojo: ¡dichoso mancebo! Pero sabe el diablo qué brujas son esas con quienes Mefistófeles, disfrazado de general en jefe, corre sus aventuras en entresuelos y trastiendas. Los israelitas, para prolongarle la vida al rey David, anciano de muchos cientos de años, le pusieron en su lecho a la niña Abigaíl, sin que ésta corriese el menor peligro: los judíos del Ecuador, si quieren conservar a su Caracalón octogenario, a despecho del *delirium tremens*, no tengan miedo de abrigarle con las *mudistas* más bonitas. Lástima es que hombre tan útil, rey David como ese, se acabe de secar y consumir con las arpías a quienes harta de dinero. Rico, riquísimo, de la noche a la mañana el padre Urbina; y sin industria y sin profesión, y sin oficio, y sin trabajo: milagro de las uñas que, metidas en las arcas nacionales, descubren la California cada día. No le miente el jarrito de Lima al gran señor; ante todo quiere haber sido siempre grande, siempre opulento ¿Y el pedir dos soles? ¿y el recibir una peseta? Ruin, la soberbia de hoy está en pugna con la humildad de ayer. Cuando engulles la carne envuelta en ingratitud; cuando apuras el vino

torcido por la maldad, y nos ofendes, y nos insultas, y nos persigues a los que te hemos favorecido y servido, cual con el dinero, cual con la pluma, razón te sobra de temernos, pues a infame como tú vendido lo tenemos a la horca, por un real.

García Moreno tuvo por costumbre llamar ladrón a Urbina: yo me afronté con García Moreno y le di la desmentida muchas veces, exponiendo, como dicen, el pellejo. Urbina se hallaba ausente: los ausentes, si no son del todo desgraciados, tienen siempre un hombre generoso que vuelva por ellos. Urbina, además, es inepto, siempre lo ha sido, a pesar de su reconocida inteligencia. Inteligencia sin cultivo es ineptitud. Urbina nunca ha podido defenderse, por falta de luces, de valor. El talento de Urbina no fue oro sólido, ese metal precioso de que los artistas hábiles hacen preseas regias; latón fue, o papel dorado. Talento para engañar a bobos, deslumbrar a ignorantes, insinuarse con meretrices y predominar sobre sus negros. Dicen que tuvo buena palabra en su buena época: según Quintiliano, no puede haber orador sin caudal de sabiduría: la elocuencia de Urbina fue, sin duda, la de esos arlequines que en las ferias de San Germán, orillas del Sena, desenvuelven discursos sublimes acerca del lápiz, las estampitas, el hilo y más bujerías que quieren vender convenciendo al populacho. Cuanto al arte oratoria del amor, ese torrente de alabanzas sinceras, pretensiones atrevidas, términos ardientes que de rodillas solemos echar sobre el objeto de nuestra pasión, Urbina ha sido consumado en él; yo tengo una muestra de la elocuencia de ese luminoso pecho, de ese don Juan del Nuevo Mundo. Comiendo una vez en Lima en casa de un amigo, sucedió que por festejarme estuviesen campeando libremente en la mesa el famoso Elías, el delicado Cabello. La noche había cerrado, y todo era resplandor en esa amable morada: los buenos vinos son fosforescentes, dejan tras ellos larga estela que ilumina el porvenir, despertando en el corazón las esperanzas. He allí que de repente invade la sala un tropel de señoritas elegantes, amigas de la casa. Las limeñas son el diablo; sin ser hermosas, son el diablo, como las francesas: la sal se les derrama de la cabeza a los pies. Son lo que en América decimos buenas mozas, lo que llaman guapas en España. Bebieron sin ceremonia, bailaron sin hacerse de rogar. Hubo piano, frascos de esos que vienen del monte San Bernardo, por no decir *cartuja*; madera, jerez, anisetes de mil clases. Dicen que los cuervos de Africa acudieron a devorar los cadáveres del campo de Farsalia; es tal el olfato de esas aves, que huelen su ralea de un mundo a otro: así de Africa pasaron en bandadas a Europa. Urbina, el viejo Urbina, olió también: hele allí, ya es de los nuestros: la espuma del champaña tiene humos que vuelan a mucha distancia; y cuando ese cuello largo, cuello de cisne, da su tiro ruidoso echando el corcho al cielo raso, los *aficionados* son capaces de oírlo desde el Cuzco hasta Chorrillos. Nunca viene este viejo ingrato, me dijo el dueño de casa llegándoseme al oído; ¿por qué habrá venido hoy? Si entonces le hubiera yo juzgado como al presente, no habría hecho sino indicarle con el rabo del ojo la cantina.

Mas no era este nuestro asunto, sino la elocuencia amatoria de Pepe Botellas. Sin descuidarse de beber, andaba el viejo muy pegado a una ojinegra

de dos mil demonios; era el parásito de esa Clori limeña. Parásito digo, no parásito: en medio de la guerra, no es mala una lección de lengua castellana. Muchas cosas nuevas, suaves y seductoras le decía, sin duda, el galán septuagenario a la damisela; lo que todos alcanzábamos a ver era cómo de cuando en cuando le azotaba la mejilla con el guante; y lo que le decía sin cautela ni rubor era *badulaque*. La concurrencia más decente y casta será corrompida por ese fauno libidinoso: él se tiene creído que la vejez le autoriza a lo que la honestidad y la buena crianza les prohíben hasta a los jóvenes. *Badulaque...*

Esta es la elocuencia amatoria, la buena palabra de Urbina. Y echando punto a tan ridículo incidente, volvamos al principal, que era llamarle ladrón García Moreno. No, aún no lo era: la inopia en que ha vivido en el destierro es prueba clara: ha pedido fiado a todo el mundo, ha recibido dádivas, ha mendigado; en no habiendo quién le dé, se ha muerto de hambre. Cuando fui a Lima supe que en la fonda donde vivía y comía estaba debiendo cuatro meses de pensión. Para darle a un *terrorista* que fue a pedirle caridad, me prestó a mí dos pesos. Un terrible enemigo de Urbina le hizo una vez notar a García Moreno que el hambre de *ese general* era honrosa; que acusarle de haber robado millones y de mendigar para vivir, implicaba. Y todo era Urbina para García Moreno al propio tiempo: hoy tenía un millón robado; mañana, ni medio real para comer; el asunto era llamarle ladrón millonario u mendigo, según el humor del noble don Gabriel. Urbina no robó cuando fue presidente, y se ha arrepentido de su probidad pasada, se ha arrepentido: hoy roba por hoy, por ayer y por mañana: roba con descaro, con torpeza, pues su cómplice, para robar sin miedo él mismo, deja robar a todos. Yo pienso que si Urbina no robó antes, no fue virtud: equivocación fue; tuvo por cierto que la República no saldría de sus manos, y juzgó innecesario enterrar tesoros. Quince años de destierro, lejos de labrar virtudes en él, han sembrado crímenes en el barbecho de los vicios. Ahora roba Urbina a ojos vistas, no tiene miedo ni vergüenza. El no ha menester orden superior contra el Tesoro; pueblo adonde llega, a *buena cuenta de sus sueldos*, quinientos, mil pesos hoy día; mañana, otros quinientos, otros mil pesos. Pasa a otro lugar, a buena cuenta; en Quito, a buena cuenta; en Ambato, a buena cuenta; en Guayaquil, a buena cuenta. Contribuciones de caballos, él tiene facultad de imponer contribuciones: caballos de estima, de gran valor, veinte, treinta, a los amigos principalmente, a los pícaros liberales: la ley sagrada del asilo es hollada por los *cholos* con gorra, por los negros: el general en jefe lo manda, abajo, guardián invisible de la casa, Genio mudo que custodia la propiedad, el pudor, los secretos de la familia: contra el general en jefe no hay ley humana ni divina: granja, hacienda, mansión de recreo, todo queda abierto, invalido, saqueado. ¿En qué irá el domingo a misa la pobre señora devota? Se le llevaron su yegua, le rompieron su montura. ¿En qué le paseará la calle el enamorado joven a su novia? Se le llevaron su castaño, ese bello animal de cerviz enarcada, ojo ardiente y cola primorosa. El general en jefe necesita para su guardia cuanto caballo bueno hay en el pueblo, la patria no puede ir en bagajes por el camino.

Urbina, ah Urbina... Las rentas de sales de Babahoyo, tuyas son; *los almacenes* de la aduana de Guayaquil, tuyos: por medio de sus hijos, él es guardalmacén, y todo se lo lleva a su casa, en todo comete fraudes en su provecho, arruinando a la nación. Gastos de rey, viajes de recreo a Europa: ¿dirá él también que de Paita trajo un gran peculio, como Veintemilla de los garitos y las tabernas de París? ¿cómo Veintemilla del *Hotel de las Cuatro Naciones*, de Madrid? La contribución de guerra, esa enorme suma arrancada al rico y al pobre; ese pan de huérfanos, luto de viudas, toda fue fraternalmente repartida entre los dos pícaros, sin que el Estado hubiera sacado el menor provecho de esa ruda venganza. La caja de la comisaría de guerra de Galte, Urbina se la llevó a su casa. A la villa de San Juan de Dios de Ambato llegó casi íntegra: ni dirán los jefes y oficiales de esa División que pudo haberse gastado más de mil pesos en los cuatro días que se murieron de hambre en dicha campaña. Urbina la llevó a su casa; no contento con esto, puso los talegos debajo de su cama. Probable es que el comisario tenga recibo del tesoro de Quito; ¿de cuánto es el recibo? ¿de cuarenta y nueve mil? ¿de cincuenta y nueve mil? El día de las cuentas y la justicia lo veremos.

Arrepentirse de la probidad pasada, vengarse de haber cumplido en otro tiempo con un deber, cosa es de hombre raro en los vicios, de corrupción nueva, descubierta bajo tierra en las ciudades malditas. Urbina se ha arrepentido de no haber robado con tiempo, se está vengando de sí mismo con torpeza. Y este es el secreto de su ingratitud, de su traición: sabía él que con Carbo, con Montalvo, con los liberales hombres de bien no podría disponer de los caudales públicos, y buscó, naturalmente, la liga de uno de su propia calaña. Este viejo infeliz que ha vivido por obra de los liberales durante quince años; que ha tenido quien le defienda a lo lejos, contradiciendo las horribles imputaciones del partido enemigo; que ha visto la flor de la República sacrificada por su causa; este viejo infeliz, no ha hallado más correspondencia en la sepultura de su pecho que aconsejar el destierro, los grillos, el asesinato de sus amigos. "Siénteles la mano a los infames liberales", le dijo a un *chagra-jefe* en cuyas manos iba dejando la más patriota de las provincias.

Le dieron pan los liberales, pan cuando tuvo hambre, agua cuando tuvo sed: infames. De dos capas que tenían le ofrecieron la una, se la pusieron en los hombros: infames. Le fueron a ver cuando estuvo enfermo, le asistieron, humana, santamente: infames. Le consolaron en sus aflicciones, le aliviaron en sus tribulaciones: infames. Fieles fueron a su causa, le apoyaron en sus aventuras, murieron por él y por la patria: infames. Tomaron a pechos su defensa, se encararon con sus enemigos: infames. Piden libertad para todos, alivio para los pueblos: infames. Gritan contra los vicios, hacen la guerra a la embriaguez y el robo: infames. Trabajan por el progreso, se empeñan en la difusión de las luces: infames. Se niegan a entrar a la parte en lucros indignos, en latrocinios escandalosos: infames. Hacen uso de la imprenta, denuncian crímenes atroces del enemigo público: infames. ¿Infa-

mes, Urbina, infames? Si nosotros somos infames, ¿tú qué eres? ¿qué calificativo reservas para el más ingrato, ciego y corrompido de los mortales? El general que pide auxilio indebido a extrañas gentes: el proscrito que busca alianza y complicidad con sus enemigos de quince años, para oprimir, perseguir y destruir a sus amigos y benefactores; el militar que hace tiempo en el camino mientras pasa la batalla; el jefe que compra retiradas con los caudales de la nación; el ciudadano para quien nada son leyes ni derechos comunes; el hombre que vive en beodez continua, sin hablar sino para mentir, ni dar un paso sino para hundirse más y más en el cieno, ese es el infame; y ese se llama José María Urbina.

Andando una vez por un huerto de mi padre, gané la heredad contigua por alargar el paseo. Debajo de un grupo de morales centenarios que hacía sombra como para un ejército, un anciano estaba echado sobre la hojarasca. Como sintió pasos cerca de él, alzó la cana cabeza: Don Ignacio, dije, ¿está durmiendo? ¿Dormir? respondió el viejo, lo que hago es estar pudriéndome de cólera. Ven acá, Juanito: ¿sabes el desaire que me hizo ayer el patituerto de Urbina? ¿Qué desaire? Pues fui a encontrarle con varios amigos, como lo habrás visto: saluda a todos, les da la mano, y a mí una mirada de perra parida, y pasa adelante. ¿Y por qué? Porque juzga que soy autor de la sublevación de la columna Tungurahua. Jefe supremo... siguió diciendo el anciano; me viene a mí con esa, a mí que andaba a llevarle al anca de mi caballo a todas partes. Si hubieras visto esos pies... en cada dedo tenía cinco niguas.

(¡Cielos, qué oigo! escritorzuelo audaz, escritorzuelo desaforado, ¿niguas dices, niguas? ¿sabes lo que son niguas? Humboldt, aquí vuelve Humboldt y me saca de estotro mal paso: Humboldt habla detenidamente de ese misterioso insectillo americano, insecto casi invisible, que metido entre uña y carne se convierte en perla, gruesa perla, perla de Golconda, buena para la corona de su majestad el rey don Ignacio *de Veintemilla*).

Patituerto, volvió a decir el viejo, cuando se ponía zapatos eran los rotos que yo le daba, o los que él pescaba en el basurero. Ya te figuras cómo andaría con una bota torcida en el un pie, en el otro un botín de mujer viejo, arrastrando. El pantalón, ¡qué pantalón, hijo, qué pantalón! nunca hacía achicar los que le daban, y era cosa de ver cómo se lo iba atacando a dos manos a cada paso. Don Ignacio, lléveme a los toros de Quisapincha. Ven, patojo; monta, churriento. Ahí me tienes desembocando en la plaza de Quisapincha con mi maleta de trapos al anca de mi yegua. Para pan, medio real; para chicha, medio real; y ahora, jefe supremo, me niega la salutación.

Ha de ser por vengarse de los codazos que usted le ha de haber dado cuando le llevaba a la grupa, dije. Eso sí, respondió el vejezuelo, hirviéndole los ojos en sus órbitas; codazos a caballo, pisotones a pie, que era lo que más le dolía. Si la alfalfa no estaba pronta, las orejas; si no estaba él allí a las cinco de la tarde para ensillar, pan de perro. Venganza, don Ignacio, venganza: tenga cuidado no le aviente luego al Napo. Es muy capaz,

replicó el anciano: cuando se acuerda que ha comido las sobras de mi casa, que se ha vestido de mi ropa vieja, es muy capaz de mandarme al Napo, y aun más adentro.

Pepe Botellas se amostaza, bien lo veo. Si supiera que Pericles en Atenas, Furio Camilo en Roma, salieron de la plebe, no llevara a mal estos recuerdos biográficos. ¡Pues digamos que la cuna del Grab Taborlan rodó sobre alcatifas reales, ni que las niñeces de este insigne bárbaro fueron las de un príncipe! No, señor; sepa don José que el Gran Taborlan, rey de los escitas, había sido pastor de puercos hasta joven maduro. Urbina no me ha de perdonar las niguas y los pisotones de su bienhechor, sino cuando yo le haga ver que Gregorio I, Gregorio el Grande, papa y santo, fue triste hijo del pueblo, y tan pobre, que era un dolor verle traspillado y amarillo, cubierto de andrajos dignos de un *lazzaroni* de Nápoles. Nacer a los pies del tronco, y ser monarca veinte años después por derecho propio, no envuelve méritos ni virtudes; salir de la nada, y a fuerza de talento, valor y tenacidad venir a ser todo, esta es grandeza, cuando su buena fortuna la debe uno a esfuerzos lícitos y plausibles, no a traiciones y picardías. Lejos estoy de echarle en cara a Urbina sus desventurados principios; al contrario, si merecimientos pudieran caber en uno como él, serían el haber salido del albañal y llegado a la presidencia de la República. Mas qué demonio, si en su carrera le seguimos a ese hombrecico, larga huella encontramos tras él de infidelidades y malas obras, de felonías y asaltos infames que le vuelven odioso a los ojos del hombre de bien. Y por nada quiere haber sido *lazzaroni* de Ambato: "Yo soy quiteño, le oí una vez; ahí está mi fe de bautismo en San Blas". ¡Bendito sea Dios que ya no tengo conterráneo tan deshonesto como el feligrés de esa parroquia! Quiteños, allá va Urbina... Me lo devuelven. Tacungueños, allá va Urbina... No lo reciben. Pillareños, allá va Urbin... Cierran las puertas. Pobre grande hombre, no tiene pueblo; ni los *cholos* de San Blas lo quieren; lo niegan, lo repudian. El viejo Pichincha se ha enojado, ruge y amenaza, si le echan ese expósito a los pies. Niño fatídico, algo hay de lamentable en su suerte no averiguada todavía; y como si la deshonra, el dolor y las lágrimas de un pueblo estuviesen recién engendrados por el demonio en ese débil pecho, por instinto de conservación y de vergüenza lo rechazan todos. ¿A dónde irá el hijo de la piedra? Urbina no es de Ambato, no es de Quito; ni Pillaro lo reconoce: ¿quiere ser de Londres? ¿de París? ¿de Viena? ¿de San Petersburgo? Patria no le ha de faltar; en todo caso ahí está Peralbillo¹.

Vivía en casa de mis señores padres una octogenaria, sin fuerzas ya para salir al sol. Mi señora Rosita, le preguntaba yo, ¿le ha escrito su hijo? ¿Cuál, el presidente? no me ha escrito, respondía la anciana con tristeza. Mi Gabriel sí, viene a verme a cada rato; el presidente no me escribe. ¿Qué había de escribir Urbina? El corazón de este hombre singular es un desierto

¹ Lugar en España donde ahorcaron a los malhechores.

de donde están ausentes amor, conmiseración, generosidad: el egoísmo es su mundo, el egoísmo es su vida. Si de la muerte de un protector suyo ha de resultar para él una botella de aguardiente, le deja morir pudiendo salvarle. Estaba presenciando la agonía de Eloy Alfaro en el tormento, y no daba un paso en su favor; los dio, probablemente, en contra. Y a Alfaro le debe muchas hambres remediadas, muchas desnudeces vestidas. Los sanguinarios consejos que le ha dado su autómata respecto de mí, son otra prueba de la negrura de sus entrañas: en la acerba persecución de García Moreno y su partido a su nombre, su fama, no tuvo sino un defensor en su patria; y ese fui yo: razón le sobra para empeñarse en mandarme tras Vicente Piedrahíta camino de la eternidad. Dije una vez que Urbina no había sido malo, esto es, que no había derramado sangre, no se había complacido en las lágrimas de sus semejantes. Efectivamente, Urbina no fusiló ni asesinó a nadie cuando la responsabilidad toda hubiera recaído sobre él: viendo estamos que eso no había sido bondad de corazón ni horror por la sangre humana. Un achispado hablador lleno de talento explicó una vez satisfactoriamente la humanidad de Urbina: "No mata, dijo, de miedo del difunto". Manuel Zaldumbide sabía lo que decía; como edecán suyo, viéndole estaba temblar cuando doblaban por un desconocido, cuando pasaba una rata del un lado al otro del aposento, cuando una interjección militar resonaba por la calle. Dirá Urbina que los héroes más feroces de la independencia son célebres por su miedo a los difuntos. Pues yo vengo a presumir que Urbina tiene miedo a los muertos por ser como los héroes de nuestra emancipación, esos llaneros terribles cuya lanza bebía ríos de sangre goda, y no podían dormir solos en un cuarto. Si esta es la trastienda, nuestro Nabucodonosor está en lo justo: miedo de conquistadores, miedo de valientes. Pero el otro miedo no es de valientes; el miedo del que va con un ejército en auxilio del amigo sitiado, y hace tiempo en el camino, y está esperando el término de la guerra para seguir adelante. Mientras la pobre tía Cornelia agonizaba dentro de sus barricadas, espera, espera al general en jefe que venía a sacarla de manos de los caldeos, el general en jefe, en la villa de San Juan de Dios de Ambato, bebe, bebe y rebebe cinco días, hasta cuando llegaban noticias, del triunfo, para seguir adelante; de la derrota, para volverse atrás. Cuando a los católicos de don Antonio se los hubo llevado el diablo con reliquias y todo, el valiente general monta a caballo a las seis de la tarde, vuela al teatro de la guerra, suya es la victoria. Cinco o seis días en circunstancias tan premiosas, que la tía Cornelia, con la Táctica de Federico II debajo del brazo, estaba metida en una cueva encomendándose, no al Dios de los ejércitos, sino al de los moribundos arrepentidos.

Los que no están bien hallados con el dominio absoluto de Ignacio Madruñero; los que en algo tienen honra y felicidad pública, han de darme gracias por los esfuerzos que hice con Urbina para impedir la dictadura de esotro hijo de Peralbillo. Desvanecidas sus sutilezas, pulverizadas sus argucias, tomado en el reducto de sus mentiras, no tuvo más arbitrio que decir: No puedo estar botando presidentes cada día. Si usted los ha botado no más

que por botarlos, está bien: mas si los ha echado al suelo en servicio de la República, ¿qué razón sufre se quede con el peor de todos? Que es tonto de capirote, usted mismo lo dice; que es ignorante hasta de las primeras letras, no lo niega; que sus antecedentes son indignos, lo sabe usted; que la nación será victima de la soberbia insensata de ese idiota, usted se inclina a confesarlo: conque si sus revoluciones han sido por la libertad y los principios, ahora, ahora es cuando todo hombre de bien y buen patriota tiene el deber de conspirar.

El hombre de talento, atajado de razones, no halló que decir sino: Ah Juan... qué Juan... este Juan... Tomemos un trago. ¡No tomo! repliqué con ira. ¿Derribamos o no a este malvado? No puedo estar botando presidentes cada día, replicó. ¿Qué presidentes ha botado usted? Boté a Flores; boté a Noboa; boté a García Moreno; he botado a Borrero: no puedo botar a Veintemilla.

A más de cuatro cáscaras de nuez de la calaña de Urbina he oído decir: "Cuando boté a Flores". Un vejete apollillado, medio cojo y medio tuerto, que no se llama nada, porque no tiene nombre, me ha dicho cien veces: "Yo, yo boté a Flores". Un negro del Chota venía por el camino con un haz de leña a la espalda; todo él era trapos; andaba por misericordia de Dios, pedía por los dolores de María Santísima. "Mi amito, dijo, mientras yo echaba mano a la faltriquera, cuando boté a ño Flore..." No hay perro que no haya botado a Flores, exclusivamente; no quieren que nadie les ayudara en tamaña empresa. Urbina dice, como el negro: "Boté a Flores"; ¿y Roca? ¿y Olmedo? ¿y Elizalde? ¿y Guayaquil? ¿y los grandes patriotas que contenía esa ciudad heroica, cuando era patriota y heroica? ¿y los valientes de la Elvira? ¿y las *Capitanas* de Babahoyo, esas mujeres fieras, que han dejado nombradía de Juana de Arco, para vergüenza de los hombres de hoy? Nadie hizo nada; Urbina *botó a Flores*; Urbina, el asistente y echacuervos de Flores, el pobre diablo, el subalterno de Manabí. Olmedo el hombre, Roca el corazón y el seso, Noboa la popularidad. Elizalde el brazo, éstos fueron los agentes de esa grande obra. La traicioncilla de Urbina, si sirvió para algo, fue una pequeñez, una miseria.

• "Boté a García Moreno". García Moreno le botó a él a patadas; en Jambelí, en Zapotilla, le molió. En la hazaña del 6 de agosto ¿qué parte tuvo Urbina? ¿había él escrito *El Cosmopolita, La dictadura perpetua*? salió con los jóvenes a buscar al tirano en su palacio a mediodía? ¿Rayo descargaba sus golpes a su nombre? ¿Cornejo se consultó con él? Andrade seguía sus instrucciones? ¿Supo siquiera que tal cosa iba a suceder? El *botó a García Moreno*, y vive empeñado en llamar *asesinos* a los valientes, por congraciarse con los devotos de ese infeliz difunto: Urbina, infame Urbina. Cuando pudo y debió haber dado al través con el tirano, quedó como cobarde, como ruin; sacrificó la flor de los jóvenes guayaquileños, por inepto y por borracho. En tanto que Pepe Marcos y su puñado de héroes se las tenían tiesas en el mar a García Moreno, él estaba del mantel largo, presidiendo a lo emperador su mesa cargada de licores, dando decretos y repar-

tiendo la nación entre los suyos. Cuando el enemigo se hubo echado al bolsillo la escuadrilla, pudo haberlo esperado en tierra, y huyó, y corrió en cabeza, a pie, llegó carleando a tierra de Tumbes, y cayó exánime. Volviendo en sí, sangrando, atendido con fraternal providencia, vio que se hallaba en brazos de su amigo, un compañero de armas, a quien acababa de hacer atroz agravio. ¡Doctor Auz, le había dicho en la mesa con increíble descomedimiento, ese puesto es del ministro! Y le obligó a levantarse al hombre a quien debía servicios y favores, por un pendolista a quien había hecho ministro ese rato, por falta de gente. Auz, compasivo y generoso, le salvó la vida, le dio dinero, le mandó a Paita, sin aludir al insulto de poco ha. Reconvenido después, contestó rascándose el cogote humildemente: "No sé cómo habrá sido eso, doctor Auz; no me acuerdo"; y con el dorso de la otra mano se enjugó una lágrima de... cocodrilo. Rasgos hay en la vida de ese viejo, que le persuaden a uno de que la existencia de las llamas infernales sería una irregularidad en la creación.

"Boté a Borrero". ¡Pobre don Antonio! su amigo leal, su firme apoyo, su comisionista, su administrador, su diácono, su ayudante de misa y olla, su Pólux, su lazarillo, sus andaderas, sus anteojos, Urbina, José María Urbina, *¡le ha botado!* Cuando los liberales del Guayas hubieron urdido su primera revolución, contaron con Urbina, *el enemigo mortal* de las leyes de García Moreno: el hombre de dos caras y ni un corazón, al embarcarse para Lima, le tomó aparte a Eloy Alfaro y le dijo: Entiéndete con Teresa *para todo*. Dejó tendido el lazo: cayeron en él los jóvenes: la denuncia salió de su casa, y todo fue desbaratado. Dejaría de llamarse Urbina, si mi padre entrara en una revolución contra Borrero, dijo una bella señorita. Borrero, que sabe los milagros de santa peseta, puesto que él es quien pide para las ánimas, le había dado cuatro mil pesos por de pronto al viejo troglodita. ¿Plata a mí? exclamó indignado el troglodita; yo sirvo a la República y al Gobierno de mis simpatías por patriotismo. Y renunció el estipendio de *sus servicios* en nota oficial enviada directamente a Quito, al propio tiempo que tomaban por él y para él en la Tesorería de Guayaquil la dichosa cantidad. ¡Hombre indigno! y torpe, y zurdo, pues ¿cómo quería salir bien con semejante engaño? Una vez puesto en Lima, me escribió a Quito pidiéndome con lágrimas en los ojos le defendiese del cargo de los cuatro mil pesos. No puedo negar que en ocasiones soy *tigre*: no me lo engullí al que fue con la carta, suplicándome *por su parte*, porque hasta ahora está corriendo el canallazo. Por la derecha hace renuncia del salario, por la izquierda la apaña; y quiere el libertador de pueblos que hombres de bien y pundonor le defiendan. *Calaverada infame*, llamó la revolución contra Borrero, cuando hubo fracasado; cuando salió bien, la llamó *santa*, y Carlomagno, y Cicerón, y Pío V al calavera infame. Ahora díganme los descreídos, si ese viejo se nos escabulle y se nos va, ¿no es preciso que haya otra vez infierno? Si le podemos haber a la mano, no será necesario ese establecimiento; la horca lo puede suplir. Lo que queremos es que la impunidad constante de los malvados, y el martirio sin tregua de los buenos, los generosos, los creyentes, no nos hagan cavilar respecto de la Providencia.

Hubo en cierta época de la República un anciano que con puño débil asió el bastón del mando. Urbina le apoyó, Urbina la fuerza de ese Gobierno. Señor, le decían al anciano, Urbina no es acreedor a la confianza de vucelencia; preciso es cautelarse de ese hombre tan falso como ambicioso. ¿Mi José María? respondía el ingenuo vejezuelo; ¿no saben ustedes que es mi hijo? Su hijo, por su parte, su José María, le estaba escribiendo de Guayaquil: ¡Véngase, papá; *papacito*, véngase! No se vaya, señor don Diego; Urbina lo amarra; el ejército es suyo: lazo es el que le tienden, señor. ¿Mi José María? ¿mi hijo? no lo crean. Y enseñaba las cartas donde su José María le llamaba *papá, papacito*. Metió la cabeza el pobre anciano, y salió por allí: *su hijo* no le dejó ni tomar tierra: pasó de largo el expresidente a expatriación tan dura como inicua. Urbina empezara a escribirme llamándome *papacito*, ya no me atrevería a salir del Gran Hotel, porque temiera que el puñal de mi José María, de mi Ignacio, me estuviera esperando en el vestíbulo. José María e Ignacio; hijos de don Antonio, después de haberlo sido de don Diego, le *papasean* cuatro meses antes al que han resuelto entregar a la estricnina o al puñal nocturno. Taita le llamaba el Mudo al arzobispo de Quito: otras veces, para mayor ternera, le decía *mama*. Pobre sacerdote, gracias, probablemente, a su hijo, se bebió un cáliz llenecito de veneno. De Vicente Piedrahíta dice también que *lo apreciaba*: no quiera el cielo que Veintemilla os aprecie en ningún tiempo, amigos míos. El gato aprecia con las uñas, el perro con los dientes, el Ignacio con el puñal. Los *papacitos* de Urbina y las *mamas* de Veintemilla están condenados a muerte desastrosa. Conocidas son las cartas de este excelente hijo a su buena madre don Antonio en las cuales le decía mamá, mamita, y le ponía el ejemplo de la doncella cuyo patrimonio es la honra. El, como comandante general del Guayas, era la doncella: volverse contra don Antonio, sería quedar deshonorada. El Mudo ya no es doncella: Demócrito, cuando le encuentre en la calle, no le ha de saludar: ¡*salve, virgo!* sino, *salve, mulier*. Yo quisiera ver la cara que pone don Antonio a estos recuerdos. Este buen hombre es la madre Celestina: él supo muy bien que sólo a fuerza de polvos y hierbas malas podía entregar la muchacha como virgen al embajador de Francia.

De estos comentarios resulta que Urbina no ha derribado sino a un presidente: él dice que *ha botado* cuatro, en lengua tan vulgar como es falsa la ideología de sus asertos. Con traición inaudita sorprendió a un anciano a quien llamaba padre, le desterró, destruyó un Gobierno que él mismo había hecho porque surgiese de la guerra civil; prevaricó, se pasó al partido liberal, dándoles de coces a sus secretarios, enviándolos a las selvas del Oriente. "La historia lo diría", me contestó a la última carta que le dirigí, haciéndole los cargos que merece, horribles cargos. ¿Piensa éste que la historia sale del lupanar, o que él la ha de hacer escribir con uno de sus capones, de sus negros? Las noticias que damos los escritores presentes son elementos de la historia: la de Urbina está contenida en *Las Catilinarias*. Pero no tema; ya él ha dejado de ser personaje de historia. Historia... César Cantú le tiene entre manos: va a entrar en ella junto con Washington y Bolívar. Un delator ¿no

deja de ser persona? un traidor ¿no ha caído en mal caso? un pícaro de siete suelas ¿no tiene por suyo el desprecio de las gentes? Urbina, José María Urbina, entrará en la historia... de Gil Blas de Santillana.

Si Urbina quiere anticipadamente un trozo de su historia, véalo aquí: Pidió al gobierno del Perú un ejército organizado para invadir su patria; en guerra civil, llamó a los colombianos en su auxilio, y después les puso las manos para que se fuesen: esperó en el camino que la guerra concluyese, cuando la invasión de Quito por los conservadores del Norte: he aquí puntos de historia, grande historia. "Censuran mi conducta en Zapotillo, me dijo en Luma, porque no saben lo que hay adentro de ese asunto: día llegará en que yo les dé un tapaboca al parlachín de Moncayo y más detractores míos, descubriéndole el secreto". El secreto es que al general Castillo, que lo desarmó en los límites de la nación peruana, había ido enviado por Pezet a las órdenes de Urbina. Castillo debió pasar la línea, según el pacto, y apoyar a los invasores del Ecuador. Como no pasaba, el traidor tuvo miedo, y se volvió atrás, pudiendo haber hecho frente con los suyos a Pepe Veintemilla; y con horrible sorpresa de su parte, fue desarmado por el general peruano. ¡Y me lo descubre, y me lo dice el torpe, a mí que aborrezco de muerte las invasiones con extranjeros, teniendo creído, como tengo, que todo pueblo debe ser artífice de su libertad y dueño de su suerte! De la tacha de cobarde quería lavarse con la de traidor. He aquí los efectos de la subversión de los principios y la moral adulterada. Ignorancia es fada enemiga que vuelve negro lo blanco y torna en cochinos a los hombres. Pezet no le había engañado a Urbina; pero García Moreno, que a las veces le hallaba el pelo al huevo, se dio sus trazas y consiguió en Lima que el presidente del Perú se arrepintiese. Castillo, realmente, salió como auxiliar de Urbina: a medio camino recibió la orden de desarmarlo. En materia de traiciones, Urbina no le va en zaga a García Moreno: si éste se vio con Castilla, ése se vino con Castillo: los castillanos están corriendo a puto el postre las vegas de la patria.

El proceder de Urbina con los colombianos auxiliares o invasores no puede ser más negro. Excusado es que yo repita aquí mis artículos de *El Regenerador*: los colombianos, más sensatos, ilustrados y pundonorosos, a vueltas de algunos insultillos, se han unido para hacerme justicia; no hay quien no aplauda ahora la guerra que les hice como ecuatoriano: Veintemilla, Urbina y sus capones todavía dicen que he sido un pícaro en no haber aprobado la intervención armada.

En pueblos de escasas luces y abundante mala fe: entre partidos y hombres aviesos, para quienes las virtudes no tienen resplandor, ni la honestidad pública atractivos; que ven las cosas por el aspecto de su interés personal, sin buscarle el viso a la razón, tenemos que explicar las cosas más sencillas, distinguir lo más distinto, dar con el mazo en la cabeza de las verdades más notorias, para que puedan entrar en la de los menguados que no las ven, o que las niegan teniéndolas a la vista. Urbina, verbigracia, no es el *inconsecuente*: lo soy yo. Yo que antes dije que no había robado, no

había matado, y ahora digo que roba, y mata quizá, yo soy el inconsecuente. Cuando yo le defendía, en verdad no era aún ladrón; dadas están las pruebas; hoy roba; tengo que montearlo y cazarlo, como oficial de la sociedad humana, como soldado de la República: ¿dónde está mi inconsecuencia? El juez que no juzga y condena al que ha de hacer un hurto de aquí a diez años, no falta a sus deberes; cuando lo juzga con el cuerpo del delito por delante, cumple con ellos, y no es tenido por *ligero ni voluble*. Si por antes dije que no había robado, me empeñara hoy en negar sus robos manifiestos, ¿no parecería yo su cómplice? Hele también aplaudido el no haber derramado sangre humana: efectivamente, no la derramó en ninguna forma en sus buenos tiempos: hoy, Dios me perdone, estoy convencido de que tuvo conocimiento del proyecto de asesinato en la persona del malogrado Piedrahíta; lo tuvo, y quizá fue el instigador de ese crimen. Su liga con Veintemilla es confidencial, sin reserva; ventajas presentes, temores de lo futuro, arbitrios y providencias, todo es de mancomún. No entrando Urbina a la parte en esa compra y venta de sangre, su maniqué hubiera temido, se hubiera retraído. Hay además contra Urbina indicios tan claros, que son sospechas vehementes: uno de los asesinos ha sido siempre su criado de confianza, su ministro de obras secretas, ciego ejecutor de sus designios; en vísperas de la muerte desastrada de Piedrahíta, los días anteriores, se le vio a ese malvado frecuentar la casa de su amo, hacer viajes continuos a Babahoyo, tener con él encierros y conferencias misteriosas. Urbina, no hay remedio, tiene su parte en ese crimen: guardó la sangre para sus últimos días este desgraciado, para refrescar la vejez con ella rociándose el alma ennegrecida y marchita con los vicios. Cuando me acuerdo de la cara que ha echado Urbina con quince años de desgracia depravada y perversa; de esos ojos comidos por los gusanos del vicio; ese mirar soslayado; esa dentadura cubierta de toba pestilente; ese conjunto sesgo; esa nube siniestra que lo envuelve, no puedo dejar de achacarle en mi corazón mil acciones nefandas. ¡Pobre viejo! ¡cuánto bien le hubiera hecho la Providencia divina con alzarlo ahora treinta años! Sus designios son inescrutables: pudo también la Providencia haber suspendido el fuego que cayó sobre Sodoma, y lo dejó caer: asimismo pudo haber suspendido la vida de este hombre-Sodoma, y le deja vivir, para que esté cayendo sobre un pueblo culpable, y consumiéndolo, y volviéndolo ceniza. Vive Urbina, porque fuego debe caer sobre Sodoma.

He sido también *inconsecuente* con don Antonio Borrero, esta madre Celestina que tanto sabe de filtros y bebedizos. En *El último de los tiranos* pedí la Convención que diese al traste con el despotismo legal del difunto García Moreno: después de esto propuse la candidatura de Borrero. Aceptadas por los guayaquileños mis indicaciones, tomaron ellas cuerpo y se convirtieron en cosas reales. La madre Celestina quiso ser García Moreno armado de la dictadura, y se vino de cara al suelo. ¿Cuál es el inconsecuente, esta bruja que había escrito ayer sus majaderías contra las leyes de García Moreno, y hoy se aferra sobre ellas, o yo que llevo adelante sin alteración ninguna mi política, mi sistema? ¿Porque había propuesto su candidatura,

debi haberle apoyado a capa y espada, aun cuando el cleriganso *liberal* hiciese traición a los principios y ofendiese a las personas, rodeándose de los esbirros más infames de García Moreno? Pues yo, para ser consecuente, le di el puntapié que lo echó patas arriba. ¿Conque una palabra que diga uno en favor de un hombre le esclaviza para siempre a él? Y si el que fue de bien se vuelve delincuente; si el que fue leal viene a ser traidor; si el que teníamos por digno da en infame, ¿para ser *consecuentes* no hemos de perseguir delitos ni afean mala conducta? Pues sepan cuantos son nacidos en esa tierra de murciélagos, que yo no soy consecuente sino con Dios, con la honra y con la patria, y que mis acciones están fundadas en la moral según mi leal saber y entender. Con los malvados no soy consecuente, porque no soy su cómplice. Con los infames no lo soy tampoco: desde el instante que caen en mal caso, no me tengan por amigo: si los saludo es con la punta del pie. Antonio Borrero quería que yo fuera *consecuente* con él; ¿cuándo le había ofrecido apoyarle en su traición? ¿cuándo le había prometido aplaudir su ingratitud? Perdonar a los sicarios de García Moreno, en buena hora; yo también lo hubiera hecho; entregarles nuevamente la República, en agradecimiento de que le habían llamado *rojo, bruto y asesino*, oh, esto ya no era posible llevar en paciencia. Si pensé que su candidatura fue afición a su triste persona, se engañó por la mitad de la barba. Pero es cierto que entonces no sabíamos que don Antonio era notario de la curia, y campanero, y trotaconventos de las ánimas benditas. Buen presidente, gran presidente, con su platito en la mano, pidiendo “¡para el santo entierro de Cristo!” Que estos judíos maten a Jesús cada año, no me saca de mis casillas; que pidan para enterrarlo, esto sí me causa tedio. Piden para enterrarlo, y no lo enterran; luego es estafa la suya. Cuando don Antonio, con su capa verde del tiempo de Carlos IV, su ceñidor de cuero y sus anteojos salvados del terremoto de Riobamba por milagro; cuando este don Antonio, digo, está gritando en la puerta de la Iglesia: “¡Para el santo entierro de Cristo vida nuestra!” sabe muy bien que no han de enterrar a Cristo: fiémonos de ese sepulturero.

Ahora para concluir, venga aquí mi viejo troglodita, el cuatro veces libertador de la patria, y dígame a cuál de las categorías pertenece: ¿a la de los que viven bien y mueren bien? ¿a la de los que viven mal y mueren mal? ¿a la de los que viven mal y mueren bien? ¿a la de los que viven bien y mueren mal? De éste no podremos decir, puesto caso que le sobrevivamos, que su muerte ha sido tan gloriosa como infame su vida; pero es cierto que va a morir mucho peor que ha vivido. Dicen que su período de presidente fue un alto a las truhanerías desafortunadas de Urbina: cuando presidente, se formalizó, fue hombre serio, y hasta decoroso: su Gobierno, si no el mejor, no tampoco el peor de todos; sino que consentía, y hasta fomentaba con la tolerancia, el desenfreno militar. Ni el indio su burro, ni el chagra su yegua, ni la persona principal su caballo: la jurisdicción de los negros se extendía por las calles y caminos: todo era de ellos, todo; y aun los hombres, pues el indio, cosa mostrenca, del *primer taura* ocupante. El *habeas corpus*, sagrado derecho de pueblos libres, era desconocido en-

tonces, como lo es al presente, y ni vida ni hacienda estaban en salvo del uno al otro extremo de la República.

Un día asomándome al balcón de la casa de campo que habitaba, llevé un susto mortal: una *taura* enfurecido estaba allí tronando y relampagueando contra mi hermano Francisco, quien tenía en la mano una lanza formidable: era la del negro, arrebatada de hombre a hombre por un indio gallardo a quien el soldado había querido herir. El punto era que, si el negro recuperaba su arma, los había de alancear a uno y otro, a mi hermano y al indio; pues el bandido estaba echando espuma por la boca. Verlo yo, tirar por mi estoque, ponerme de un salto en el patio y en la calle, fue cosa de un segundo. Al otro hombre armado, aunque muchacho, frente a frente, el negro tuvo miedo. El indio, además, se había hecho ya de un gran garrote: el asesino apagó sus blasfemias, se humilló, y clamó por su lanza. ¡A su cuartel! le dijo mi hermano, entregándosela, tomóla el negro, y empezó a escoger entre nosotros con la vista a cuál despanzurraría desde luego; pero el indio, todo un hombre, como dicen, estaba allí con su maza de Hércules a punto, y la hoja larga de mi estoque no hubiera faltado a su deber. Fuese el *taura* refunfuñando y amenazando con un pronto regreso. Así andaban en Quito los negros de Urbina, con sus lanzas por los alrededores de la ciudad, y la vida de los ciudadanos en un hilo.

Otra ocasión iba yo acercándome a Quito por las verdes planicies de Turubamba, de vuelta de unas vacaciones. Un batallón, que andaba para Guayaquil, venía por allí muy cerca: indios, chagras, señores, todos huyen de *un batallón* en el camino, cuando tienen tiempo; yo no lo tuve, y si lo tuviera, no hubiera huido tampoco, de vergüenza de mí mismo: me hice a un lado, e iba pasando en medio de mil burlas de cuartel y de insultos soeces: ¡Quítenle el caballo a ese tal! gritó un oficial, y lo echa redondo. Cuatro cholos se me vienen encima: ¡Pie a tierra, ca...tólico! ¿A tierra? contesto como bueno; eso será lo que tase un sastre. ¿Estudias para abogado, chiquillo, o eres embrión de clérigo? dice chanceando el oficial: déjate de subterfugios, y echa acá ese alazán, que bien lo he menester para mi Rosa que viene mal montada. De mi nombre, no hubo remedio: ¡Tate! exclamó un jefe: ese doctor es persona: mi general le llama *Pachito*: ¡dejen pasar al estudiante!

Gracias a mi hermano salvé la vida; pues el caballo no hubiera afojado yo sino pasando por las bayonetas de los cholos.

Por lo demás, no dejó de engañar Urbina con la libertad de esclavos, y con cierta deferencia por el pueblo, en odio a la aristocracia. La libertad de los esclavos sería página brillante en la historia de Urbina, si fuera cosa suya; ¿pero qué hizo él sino no objetar el decreto de la Convención? El siglo, el pueblo, las naciones que nos rodean exigían imperiosamente la libertad de los negros; ni podíamos nosotros, en medio de la libre, liberal y propagandista Colombia; en medio del Perú, Bolivia y Chile que habían abolido la esclavitud; no podíamos, digo mantener esa institución nefanda. La libertad de los esclavos en el Ecuador no fue obra de un individuo ni de muchos; resultado necesario fue de mil circunstancias grandes e invencibles.

Se alaba también Urbina de haber expulsado a los jesuitas; mas no dice nada de su liga actual con ellos, ni de los secretos en que anda envuelto con Jacobo Clemente y Ravallac. Concluido su período, Urbina va cuesta abajo hasta llegar al centro de la ignominia. Al suprimirle el sueldo al presidente Pardo, dijo que el Perú no daba pensiones al vicio. De los Gobiernos anteriores había recibido baja limosna; y con todo mandó decir, en la Convención de Ambato, que *había rehusado las pensiones ofrecidas por todos los gobernantes del Perú*, y se presentó por boca de sus *mentidores* como ejemplo de virtudes durante su destierro. El señor Pardo no lo pensaba así. Cuando fue últimamente a Lima enviado por Borrero, al otro día de su llegada amanecieron en las esquinas de las calles carteles que decían: "¡Urbina ha vuelto: hola, acreedores de Urbina!" He aquí el ejemplo de virtudes que honra a su patria como Catón, que la ilustra como Escipión. A mí me darán cien mil pesos, como a Flores, le dijo a Eloy Alfaro. Este muchacho, tan desprendido como austero, se opuso; le hizo ver la vergüenza que sería ir a pedir plata por nuestras hambres, plata por nuestros dolores, plata por nuestras lágrimas, deshonorando la desgracia, vendiendo el patriotismo. Si usted pide mil pesos, le dijo el liberal sin miedo, ¿cuánto debe pedir Montalvo, que ha padecido más que usted? ¿Cuánto debo pedir yo que he gastado más que usted? Patria y libertad han sido la causa y el objeto de nuestros padecimientos: ir a endulzar con un puñado de dinero nuestras amarguras pasadas, sería quedar envilecidos y deshonrados.

El viejo impúdico guardó silencio, y principió su guerra mortal a los liberales patriotas, para excluirlos de la Convención. Considerándole a él la mitad de Flores, no le dieron sino cincuenta mil pesos, para que coma ignominia y beba menosprecio: cincuenta mil pesos que él ha sabido beneficiar y convertir en ciento, doscientos, cuatrocientos mil pesos: las salinas de Babahoyo son inagotables; nunca acaba de cogerlos. Prestigiatador maravilloso, de una botella saca veinte clases de vino, y no deja de estar llena, aun cuando se beba ríos de ella. Urbina, alma del régimen nefando que hoy destruye al Ecuador; participe en escandalosos latrocinios; cómplice de crímenes horrendos, va a morir viejo mucho peor que ha vivido joven. Antinoo, con su muerte sublime, echa un torrente de luz sobre su vida infame.

EL TIMES, EN BOGOTÁ

No es el *Times*, el gran *Times* de Londres, que pudiera cubrir a Brigham Young y sus veinte mujeres, sirviéndoles de sábana o de recel de lujo; no es ese *Times* que tiene de tributarios a los príncipes de la tierra, o hace temblar a los que no quieren sujetarse a su dominio; no es el *Times* que así está campeando en mesas de ministros y embajadores como en el taller del zapatero y el barbero en esa Babilonia donde reinan la libertad y la paz: es otro *Times*, *Taimesito*, pequeñuelo, muchacho, niño recién nacido, pero de barba ya taheña y escabrosa, cuyas hebras son saetas que van derecho al corazón

de los malvados. Nobles propósitos, ideas superiores, lenguaje culto, fino, según los ejemplares de los buenos tiempos del habla castellana, ¿qué más se había menester para llamar la atención de la más ilustrada ciudad de Sudamérica, esa Atenas andina, que allá en su altiplanicie está resplandeciendo con sus sabios, sus oradores, sus poetas, sus mil ingenios que pican en ciencias y artes liberales, sin descuidarse jamás de la política? Adriano Páez, el infatigable husmeador del talento, que con delicado olfato lo siente y lo descubre en el más oscuro rincón de América, ha sentido el *Times*, se ha ido tras él, lo ha descubierto, ha hecho presa, no para devorarlo, sino para sacarlo a paz y a salvo, bien como el delfín sacó sobre su cuerpo a Anfión del medio de los mares. Admiro el talento de Páez, su laboriosidad ejemplar, su ardiente americanismo; su corazón, su carácter, me admiran mucho más. Inteligencia es prenda común; cual más cual menos, como no seamos tontos, a nadie le falta su poquito; prendas como las que le adornan a Páez, son de todo punto raras. Para él no hay vanidad nacional, egoísmo, deseo de prevalecer sobre los otros: no existe el Táchira ni el Carchi: Venezuela, Ecuador, Perú, Chile, Buenos Aires, son su patria tanto como Colombia. Donde brilla un ingenio, allí está él a atizarlo con la sensata alabanza que nunca es adulación; donde palpita un corazón grande, allá está él a contar las pulsaciones de ese órgano del dolor, ese altar de los misterios del alma. Dije ahora poco que Nelson no había tenido idea del miedo: Adriano Páez no tiene idea de la envidia, no sabe lo que ello es: a lo menos ese cruel afecto no le carcome las entrañas en medio de tantos otros martirios que le están santificando su desgracia. Censuras de Páez, no he visto: ese noble joven no nació para ser la pesadilla de nadie, sino de los tiranos: lo que veo a cada rato son apologías de hombres que a juicio las merecen, laudatorias llenas de sensatez y buen gusto, fuera de las ocasiones en que se deja arrastrar por una fuerte preocupación imprimida en su pecho desde que era niño de letras. Cuando habla de mí, verbigracia, su discurso es un arrebatado torrente de hipérboles, de figuras que me levantan mucho más arriba de adonde he llegado por mis merecimientos: Me importará poco hoy día que los malsines hallen punto de murmuración en esto de corresponder según el caudal de mis facultades los repetidos favores de un escritor a quien no conozco siquiera; pero ya estaba rebosando en mi pecho el deseo de hacerle justicia, y solamente el recelo de que digan los malos que hay comercio de alabanzas entre nosotros, me ha contenido. Los hombres oscuros tenemos siempre este linaje de aprensiones; no así los claros, para quienes la urbanidad, la generosidad no hallan contrarresto en la vergüenza. Habiendo llegado a manos del señor de Lamartine uno como poemita, una piecita infantil que yo escribí en París respecto de él siendo muchacho, me dirigió inmediatamente una carta, con autorización de darla a la estampa. Víctor Hugo no fue menos pronto y cortés cuando leyó mi elegía del Terremoto de Imbabura. Yo le hubiera dado las gracias a Páez y manifestádole mi admiración desde que se vino a mí con una corona en la mano; pero ahí estaban los envidiosos, los ruines, para decir que ese era

cambio de lisonjas, y tamaña deuda le he estado pagando con afectuoso silencio.

Todos verán que estas son mis primeras palabras en favor de Adriano Páez: dándome por bien servido, como dicen, ya pasaba por ingrato; no lo soy: sepa ese amigo mío nunca visto, que sus juicios, sus encomios, sus vuelos de admiración acerca de mí, mucho me han conmovido, mucho me han servido en un país donde verdes y azules se levantaron a darme caza, tan luego como hube salido con mi *Cosmopolita* a la luz del día. Lo digo con dolor: hasta cuando empezaron a llegar a Quito las opiniones de Caro, Cuervo, Páez; hasta cuando periódicos del Perú, de Chile vinieron en mi auxilio, yo estaba pasando por loco en mi patria: si tarda ese socorro, amigos y enemigos me meten en la casa de orates. Hoy mismo un capón infame, pagado por Ignacio Veintemilla, dice que *yo mismo soy autor de cuanto en Colombia y otras partes se ha dicho en honra mía* y que *mis manejos se extienden hasta Europa*. Ved, pues, a Lamartine y Víctor Hugo sirviendo de simple instrumento de mis vanidades; y lo que es peor, de mis patrañas. Teniendo para sí que a mí me insulta, el insulto del asiático es a personas de posición elevada, a escritores célebres en América, que son quienes me han favorecido con sus encomios. Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, José Joaquín Ortiz, Jorge Isaac, Adriano Páez, han recibido *los disparates* escritos de mi puño y letra, ¡y hanlos autorizado con sus ilustres nombres! ¿Hasta dónde no llega la insensatez del aborrecimiento fundado en afección tan baja como la de la envidia?

¡Páez... pobrecito! Adriano Páez... Quisiera yo llevarlo a la orilla del lago de Tiberiades, tierra de los milagros, e impetrar uno en su favor, a fuerza de lágrimas a los pies del Todopoderoso. Padece, amigo, y sufre; ¿sabes que entre padecer y sufrir va la propia diferencia que entre la necesidad y la virtud? Padecimiento es gravamen general: buenos y malos, todos padecen: sufrir no saben sino los hombres favorecidos por Dios con esa fuerza oculta que se llama paciencia. Paciencia es bondad, paciencia es valor, paciencia es resignación; y estas virtudes sacan burlada a la desgracia, porque sus golpes caen sobre diamante infrangible donde están grabados en caracteres luminosos los secretos de la gloria. Padezcamos, pero suframos: los que no saben sufrir, esos son los que padecen verdaderamente. "Niño, has venido al mundo para padecer: padece, sufre y calla", estas eran las palabras con que los antiguos mejicanos saludaban al recién nacido. Páez, Adriano Páez...

Un mundo de dolor pesa sobre él, y nada dice: Job se queja, Job levanta la voz al cielo: estotro Job está callado respecto de sus males, porque considera que los del cuerpo no son nada: el espíritu es el todo; y ése está puro en él, está blanco y transparente. Cuando sacuda los miembros que lo aprisionan, y, rota su cárcel, salga libre, ha de volar a la eternidad, y ha de desaparecer en el océano de la luz infinita.

Y así y todo, trabaja Adriano Páez, trabaja incesantemente; el trabajo es una religión para él: corazón activo, inteligencia ardorosa, el movimiento es ley de su rica naturaleza: trabaja por Colombia, por América, por el

mundo: Páez es hombre de inmenso mérito: si le sobrevivo, me he de poner luto por mi propia cuenta y como personero de mi patria.

El *Times* no podía ocultarse a la mirada escrutadora de ese ilustre colombiano: los encarecimientos que hace de ese periodiquito, merecidos son por él; mas supone que es obra mía, a causa de su buena frase, y yo, por lealtad, debo sacar a la luz del mundo al joven modesto que, mereciendo tanto, ha ocultado con tanto empeño su nombre hasta ahora poco. ¿Páez estará curioso de saber quién es esotro castellano que así rasguea tan garbosamente la lengua de Cervantes en país de donde la tiranía, el desenfreno, la barbarie están ahogando la ilustración, y aun la inteligencia? Llámase Federico Proaño ese escritor de papeles chiquitos; chiquitos, pero buenos. Unos son las perlas gruesas; el aljófár sirve para hilos que rodean gargantas de Hermiodes. El café grueso no es el mejor; el de la Moka es menudillo, redondo, y no hay quien no se deje embriagar por esos humos aromáticos. El mérito del *Times*, todo le pertenece a Federico Proaño; yo no tengo ninguna parte en esa graciosa miniatura. Si mis obras, si mi ejemplo han influido algo en él, ya para lo escritor, ya para lo patriota, bien puede ser, y ese sí será mérito mío. Federico Proaño y Miguel Valverde, casi niños, tuvieron la gloria de ser desterrados, por escritores y hombres libres: *La Nueva Era* le causaba singular desazón a García Moreno, quien los hizo callar, aventándolos a las selvas del Oriente, según la costumbre de ese *virtuoso republicano*, como le llamaban sus sicarios. Que padecieron mucho los noveles periodistas en ese mundo enmarañado y terrible del Amazonas, no hay para qué se diga: la honra quedó salva. Brindándoles el tirano con la libertad como descubriesen el autor de una carta que le había escocido por extremo: los jóvenes optaron por el destierro, ¡y qué destierro! En esos dos muchachos hay tela para dos egregios ciudadanos: donde lealtad y firmeza van unidas, ya podemos estar ciertos de que el talento hará sus grandes cosas. Proaño y Valverde, nuevamente desterrados por ese Monipodio que llaman Ignacio Veintemilla, son dos esperanzas para las letras y para la República. Proaño, más feliz, está padeciendo en el destierro; Valverde, más desgraciado, ha vuelto a su casa y, en libertad, está disfrutando de la servidumbre y la ignominia de su patria. Pero tiene, sin duda, el corazón devorado por esas santas fieras que con elocuentes rugidos le llaman a uno a la libertad y a la honra.

Juntad con estos gallardos mozos a Marcos Alfaro, Luis Felipe Carbo, los Gómez, Manuel Felipe Serrano, Mauro Vera y más proscritos de 24 años de edad, y decidme, ecuatorianos, si todo son tinieblas para vuestra patria. Si algo he podido, ha sido en los jóvenes, en las universidades, los colegios: los viejos son materia inerte, los maduros son *sesudos*; los jóvenes mi elemento, los niños mi caudal. Casi todos los del 6 de agosto fueron estudiantes: Manuel Cornejo, apasionado por el estudio de las antigüedades; Abelardo Moncayo, poeta; Roberto Andrade, barbiponiente de la universidad de Quito. Los treinta del 6 de agosto, fueron un coronel que huyó arrojando al suelo sus armas, cuando los valientes se le fueron encima al tirano,

todos fueron muchachos. Una alabanza mía a un niño sin miedo produjo en el colegio de San Vicente de Guayaquil tres o cuatro periódicos de guerra a los opresores. Dicen que los griegos antiguos pulían con los dedos la cabeza, y aun el rostro de los recién nacidos: esa blanda materia se presta a sabios contactos que la modifican favorablemente: así el corazón, así la inteligencia del hombre en sus primeros años son objeto de experimentos y progreso humano. Tocarle la cabeza a un viejo, tanto valdría como tocar un guijarro: del mismo modo el corazón de los hombres encallecidos en la maldad, la servidumbre y el vicio, no admite pulimento. Jóvenes, ¡oh jóvenes! nada esperéis de los mayores; ellos no os ofrecerán sino depravación y cadenas: dueños sois de vuestro porvenir. En pueblos agraciados por la suerte con la libertad, el pundonor y la ilustración, los hombres maduros son ejemplares respetables; donde sometimiento vil, codicia, indiferencia por la cosa pública los infaman, la patria nada tiene que esperar sino de los jóvenes: los libertadores nunca han sido viejos.

QUINTA

Tanto monta.

MOTE DE LA EMPRESA DE DON FERNANDO EL CATOLICO

LAS ALTAS corporaciones civiles son como representantes del Estado, el cual, dividido en muchos cuerpos para el ejercicio de sus funciones, no deja de ser uno e indivisible. Senado, Ministerio, Corte Suprema de Justicia, son la República en sus tres grandes personas, Poder legislativo, Poder ejecutivo y Poder Judicial. El Senado, cuando está poseído por la convicción de su propia grandeza, es esa *junta de reyes* que daba tanto que admirar a los embajadores de los bárbaros en Roma. Esos adustos personajes de larga barba que empuñados en su cetro de marfil, cubiertos con la majestuosa trábea, se están a dar leyes al mundo, tienen semblante de genios ante los cuales rinde su espada la fuerza, y la barbarie, absorta, no alza la voz sino para hacer ponderaciones de su majestad y poderío. Los galos han entrado la ciudad a sangre y fuego: todo lo matan, todo se lo llevan por delante, todo lo asuelan; en presencia de los senadores, ancianos venerables que se han reunido para morir juntos, salvando la dignidad de la República, los bárbaros pierden su furor, y se dejan estar admirando en silencio esa corporación augusta. Uno de ellos alarga respetuosamente el brazo, pasa la mano por sobre la barba cana del viejo Papirio y la acaricia cual si fuera la de un dios: el senador levanta su cetro de marfil, y hiere con él al insolente. El Senado cae a los golpes de sus admiradores, quienes acaban de ver que esos como entes sobrenaturales no han sido sino hombres sujetos a la muerte.

En los tiempos modernos el Senado de Venecia ha sido la más célebre corporación de cuantas en su clase se han hecho admirar por las naciones: sabiduría y prudencia, suspicacia y crueldad le volvieron ese tirano de cien ojos y cien brazos que todo lo veía y todo lo alcanzaba, haciendo temblar el mundo. La Convención francesa, ese poder absoluto que absorbe todos los poderes; que es poder legislativo, ejecutivo y judicial; que da leyes y manda los ejércitos; que juzga a testas coronadas y las derriba en el suelo, es la más tremenda personificación de un pueblo que sacude las cadenas y

se echa furioso a castigar a sus verdugos y vengarse de sus enemigos. En todos tiempos el respeto al colegio a cuyo cargo están las leyes ha sido la medida de la civilización no menos que de la libertad. El Senado, ese Senado que no delibera, sino obedece; que no discute, sino recibe; que no tiene la mira puesta en la conveniencia del reino sino en la de su protector, está diciendo a grito herido que la Gran Bretaña se ha entregado ciegamente a Cromwell. Donde los ministros de la Corona tiemblan, si el Parlamento los llama al banco del imperio; donde un Burke, un Fox sueltan la lengua sin recelo a los torrentes de elocuencia con que inundan los ámbitos del mundo; donde un Chathan es más poderoso que el monarca mismo, allí está la libertad arrojada con su manto.

Supeditar al Senado es proeza de tiranos; servirse de él sin dar qué decir, es secreto de hábiles políticos; viciarlo, corromperlo, es obra de viciosos y corrompidos, tan ajenos a las luces como a la dignidad de ese grandioso cuerpo. Los dominadores fuertes suelen servirse del temor; los ruines, de la corrupción: de la embriaguez, no hubiera sido posible que se viese, no existiendo en el mundo un rincón donde ebrios consuetudinarios llegan a ser dueños absolutos de una que se llama República. El Parlamento obedece ciegamente a Luis XIV; si no, *él volverá a poner las cosas en orden*: sombrero con plumas, espuela de oro, látigo en mano, sale a largo y lento paso el joven que, viéndose rey, se siente gran déspota y grande hombre. Este no les pasa la mano a los diputados y les dice: "Vengan, vengan a casa a tomar una copita"; éste no se emborracha con ellos, ni da empleos por facultades extraordinarias; éste no compra poder absoluto con cajas de coñac y ofertas preñadas en dinero: sale por medio de los representantes de la monarquía estupefactos, y les ofrece volver a poner las cosas en orden. La tiranía de la fuerza mil veces antes que la de la corrupción; el despotismo del genio, no el de los vicios. Ignacio Veintemilla y José María Urbina se han valido del aguardiente para todo, ¡infames! Facultades omnimodas: aguardiente. Redoble de sus sueldos: aguardiente. Donativos insensatos: aguardiente. Todo comer, todo beber en esa gazapina que llaman *el palacio*. Por mal de mis pecados mi casa estaba al frente: ese *amor fino*, ese *alza que te han visto* eran mi pesadilla. Bailaba también *el arrayán* el excelentísimo señor jefe supremo; o más bien le hacían bailar las bellas, cantando y alentando con las palmas, puesto el zoquete al centro de un círculo que formaban diez o doce ninfas del negro bosque. Los que le saborearon dicen que era cosa de ver cómo alzaba las patas alternadamente, volviendo su cara de caballo ora a la izquierda, ora a la derecha, en busca de aprobaciones femeninas.

Un extranjero distinguido se detuvo tres días en el Versalles de Mac-Jarrin; viniendo a casa a despedirse, me dijo que no había pegado los ojos las tres noches, a causa de la vecindad; ¡qué molino, señor! ¡qué presidente! y mire usted, he ido a visitar al general Veintemilla por conocerle.

"¿Y qué tal?"

"Hum..."

"¿Ese hum...?"

"Qué, señor don Juan, si me pregunta cómo queda la familia".

"¿Luego es amigo de la suya?"

"No sabe si la tengo; ni me conoce siquiera: cuando me juzga francés".

"¿En qué vio usted que lo juzgaba francés?"

"En que me saludó al entrar: *Bonsiur, monllur*".

"Quiso decir *Bonjour, monsieur*, el pobre. Dispénsele. Como ha estado en Francia, natural es que hable francés. ¿Y de política?"

"Me preguntó si no traía una encomienda del rey de Prusia, su íntimo amigo, quien le había ofrecido un pantalón de paño blanco y la cruz de Carlos III".

"¡La cruz de Carlos III el rey de Prusia! Vaya usted, señor don José, y publique en su tierra que en la villa de San Juan de Dios de Ambato ha visto a Ulises Grant puesto a la española".

"A la francesa, diga usted"; y desternillándose de risa, o destornillándose, como dice el presidente que tenemos entre manos, se fue a dar a la estampa sus viajes el francés de Cartagena. Ya habrán visto la luz pública. ¡Pobre Ecuador!

Los negros son tenaces en sus tripudios y sus zambas: cuando cogen la *marimba*, si la policía no da sobre ellos, han de cantar, gritar y bailar cuarenta días. Viajando por las montañas de Occidente para bajar de los Andes al océano Pacífico, me detuve una noche en un caserío de cuyo nombre no quiero acordarme. El cura me dijo: "Estos negros vecinos están de chungu; no le han de dejar dormir toda la noche; sería mejor pasase usted adelante".

"Un millón de gracias, señor cura: no estoy por ir a despeñarme a obscuras, ni por quedar sepultado en el primer barrizal que encuentre; ni hacerme picar por equis y corales. Los negros auallarán cuanto quieran, yo dormiré lo que Dios fuere servido". "En fin, repuso el cura, quédese pues; pero no le he de dar de comer: Dios sabe si yo mismo estoy en ayunas hasta ahora". "Hogárame, dije, que vuestra reverencia no hubiera yantado cuatro días, y así tuviera yo la gloria de restaurarle y sustentarle para quince días con mi repostería. A vuestra paternidad no se le oculta que, el que de Sevilla sale, herrada lleva la bolsa: quiero decir que a Barbacoas no echa uno a andar sin harto pan, jamón, pernil, manjar blanco y otras porquerías que hubieran hecho abrir el ojo a Sancho Panza. Pues digamos que es malo el vinito que me han puesto en el canasto". "¿Trae vino? preguntó el cura, trazándose una cruz maestra de la cara al estómago; téngame por su huésped. Ha de saber que ni para el santo sacrificio se presenta el hereje en este despoblado. Pero los negros...".

¡Santo varón, quién le hubiera creído! No digo que me picaran equis y corales, y me mordieran verrugosas; boas hubiera querido me tragasen, antes que la música y el canto que me asesinaron el alma toda la noche. "Señor cura", decía yo de cuando en cuando con voz angustiada y llorosa.

"Ya le dije, señor don Juan: los negros nos han de moler. ¡Gallinazos! Voy allá con un palo".

"Señor cura...".

“¿No le dije? aguante. ¡Negros de Barrabás!”.

¿Señor cura, señor cura...”.

“Ahora verá lo que hago”, dijo el padre, se botó de la cama, y a poco oí que se desquebrajaba el mundo en el rancho del frente, andando el palo por grandes y pequeños. Los negros se deshacían en alaridos; el cura ahogaba sus voces con las muy más altas que él echaba, remitiéndolos a todos a los quintos infiernos. “¿Piensa que algo hemos hecho? dijo a la vuelta; ya verá si tornan a las andadas”. Efectivamente, aún no se había reacomodado el acallador, cuando la marimba con más gana, y el cantazo con más fuerza. Tomaba mi caravana el portante, bien entrado el día, y los negritos estaban al principio de su bureo.

¡Un cura, un cura de estos en la villa de San Juan de Dios de Ambato! Aun cuando no saliera con la empresa de hacer callar al Mudo y sus negros, la tanda yo le hubiera agradecido. La aurora había roto por el horizonte, y el bodorrio iba adelante. Beatas que madrugan a la iglesia, una ocasión, vieron que el jefe supremo, en cabeza, iba corriendo por media plaza tras unas bailantas que al descuido se le habían salido del palacio, cansadas de bailar y zapatear y beber y oír los sotiles enamoramientos de ese mozo Gazul. Alcanzólas, fízolas prisioneras y dio con ellas en el maremágnun del coñac, las burlas pesadas y las ordinarièces de la canalla convencionalista y cuartelesca. Marimba hasta el amanecer, marimba hasta el anochecer: tal fue la Convención, tal es el presidente de la República democrática del Ecuador: así vive, así gobierna ese cerdo coronado; y no echa por largo cuando dice que *él solo puede hacer la felicidad del país*.

Cada vicio es una caída del hombre: el juego, la pasión por el juego, le envilece, le expone al robo, le deshereda: el jugador no tiene palabras, no reconoce obligaciones, no cumple con sus deberes de hijo, esposo ni padre. Su universo es el garito, su género humano los tahúres. Juega lo propio y lo ajeno, se empeña, pierde el alma haciendo pacto con el diablo. Caballo, reloj, ya no son suyos: su mujer conserva unos zarcillitos de oro con gotas de perlas como avellanas, los guarda con cuidado y amor, como prenda de su difunta madre; va el domingo por ellos para adornar a su hijita junto con la cruz de diamantes con que la pone como una infanta real: el cofre falseado, el estuche vacío; lágrimas y más lágrimas; el pobre hombre se los ha llevado, los ha perdido. Veinticuatro eran las cucharas de plata; tres están; vendidas o empeñadas las demás; el pobre hombre no tiene miedo ni vergüenza. ¿Qué jugará? ¿qué perderá? Las tierras, la hacienda, tiempo ha que dio por la mitad de su justo valor; la casa es herencia de su esposa, no la puede vender; y sobre que ésta se rehúsa a facultarle para la enajenación, menudito con ella; insultos y mojicones, el pan de cada día. Mal traído, mal mirado, el infeliz no se atreve a mostrar sus harapos, huye de parientes y amigos; y como ya no puede ser jugador activo, se ha vuelto jugador pasivo, es mirón perpetuo: cuando hay quien se la dé, pide la barata. El garito es la quiebra de la honra y la felicidad; caer en él es hundirse e ir a salir al otro lado, donde infamia y desdicha le reciben a uno con los brazos abiertos.

Judas vendió a su maestro para jugar; Judas fue jugador: el jugador está siempre en potencia propinqua de vender a maestros y condiscipulos: ora provenga de la humillación, ora del delito, el tahúr quiere dinero: pide; si no le dan, roba: ¡hombre desventurado!

Este vicio es el de los incurables; Jesucristo no lo remedia. Propongo esta impiedad con un hecho por fundamento. "Señor, estaba diciendo un hombre, hombre viejo y de cuenta, postrado ante un crucifijo, inundados en lágrimas los ojos; Señor, estoy arrepentido, estoy reformado: me has oído; gracias, gracias te sean dadas. Ya no juego, ya no jugaré. El juego, lo aborrezco; bienes paternos, dote de mi mujer, nada existe; mis hijos sin estudios, mis hijas sin el arreo de su clase; yo miserable, ay de mí, fuera de casa todas las noches; llaman al salterio, y no salgo aún del garito, disputas, pendencias, riñas declaradas; tiros muchas veces, y puñal no pocas. Estas pestañas caídas, estos lagrimales comidos, estos párpados irritados, juego es todo: esa lámpara criminal, esa luz del infierno me deshonoran, me matan: protégeme, sostenme: ¿jugar yo? la muerte mil veces". Y llora que llora el pobre viejo.

En este punto un echacuervos ha entrado al cuarto *pian piano*, se le ha juntado de puntillas, y con la voz y el modo de la serpiente, la serpiente aquella, esa de marras, le está diciendo sobre el hombro: "Señor don Francisco, esta noche se rifa una mula de provincial: negra, herraduras de plata, vuela de paso". Sorprendido por el demonio el reformado, chispeantes los ojos, vuela la cabeza: ¿Cuánto es la puesta? Doce pesos. Cuenten conmigo. Y se levanta dándose una gentil pechada, para designar su firme persona. Vamos a ver, ¿cuál pudo más, el crucifijo o el enviado de las tinieblas?

Juego, concupiscencia y embriaguez son los tres vicios que pudieran llamarse capitales: el juego arruina, pero no socava de contado la parte moral del hombre: concupiscencia y embriaguez van a estrellarse contra el entendimiento: el espíritu y la salud son sus víctimas. He leído en un autor celeberrimo de medicina que una gota de simiente humana vale por una onza de sangre: la esencia pura, esencia primorosa de las sustancias nutritivas, sacada por un sabio invisible en el laboratorio de nuestro cuerpo, no es riqueza de prodigar, porque ni se repone fácilmente, ni lo repuesto es de los propios quilates que lo perdido. Cómo el derroche de esta sustancia material acaba por destruir la inteligencia, es uno de los arcanos de la naturaleza: el alma recibe golpes funestos de los abusos de la carne: por la vía de los placeres vamos inconscientes a la sepultura. Ciertos insectos quedan muertos en el acto de la generación: su vida ha sido traspasada a otro ser, que existirá cuando su generador sea partícula invisible de la nada. El hombre es insecto grande: muere por las mismas causas que la mariposa, sin más diferencia que él muere lentamente: el fruto de la vida es la muerte. Ley rigurosa de los seres terrenales, no nos perdemos por el cumplimiento de ella, sino por el abuso: en tanto que giramos dentro de sus términos, por la órbita de la necesidad y la razón, no hemos incurrido en la pena del vicio; mas al punto que tomamos más de lo que nos corresponde, perdidos somos. Las minas se agotan, los volcanes se apagan; ¿y el hombre, el hombre ha de ser

inexhausto en su pobreza? Los ángeles viven sin fin, porque no están sujetos a los sentidos; la inmortalidad es casta: sus placeres se desenvuelven en el seno de la luz eterna, de donde nacen la gloria y las santas generaciones que rebosan en la mansión divina. Próculo no ha sido útil de ningún modo al género humano; ese poder suyo de desflorar cien vírgenes en quince días, es infructuoso: a Newton le ha confiado la sabiduría los misterios más recónditos del universo: Newton murió inocente como un niño. En esta materia la ignorancia es más viciosa que la instrucción: si todas supieran que los peores achaques de que adolece el misero del hombre provienen de la incontinen-
cia, menos ayes vergonzosos se oyeran por el mundo. La alegre Higía tiene relaciones ocultas con la pura Vesta: castidad y salud se dan la mano.

¿Pues la embriaguez? Vicio infamante, como todos, es el peor de todos, por cuanto pervierte la razón y hurta a la locura sus más feos perfiles. Cólera, furor, inverecundia, de ella nacen; sin contar con los estragos que hace día por día en la organización física del misero que la lleva adelante. Bien como el opio es el azote de ciertos asiáticos, así los licores fuertes son la caída de los pueblos del occidente. El cerebro, en erección preternatural y continua, está desviado de sus funciones; el estómago padece irritación crónica, y rechaza el sustento necesario de la vida: los nervios se aflojan, pierden su resistencia: el corazón, minado de día y de noche, ya no goza, ni de la sensibilidad exquisita con que le dotó la madre naturaleza, ni del amor que era su dicha; los sentidos se entorpecen; el ebrio de costumbre ve dos donde no hay más que uno, oye lo que no suena, pisa en vacío, y da con el triste cuerpo en el suelo. Al borracho no lo incita la hermosura; los impulsos inapelables que nos arrojan violentamente a las heroicidades del carño ciego, son brisa muerta en él; los licores espirituosos han metido fuego a sus pasiones y las han vuelto cenizas; el bebedor no tiene que hacer en Chipre ni en Citera. Hombres que con el uso cabal de su razón hubieran estado para una buena o grande obra, privados de ella, caen en mal caso. Borracho no es sino loco; y tanto más sin ventura, cuanto su demencia es voluntaria. Si el ebrio es tan inútil, ¡qué digo inútil! si el ebrio es tan perjudicial como persona particular, como individuo privado, ¿qué no será en cuanto ministro de justicia, en cuanto gobernador de un pueblo? emperador, rey borracho ¿qué será? ¿quién le sufrirá? Príncipe bebedor pierde sus fueros: embriaguez es renuncia voluntaria de la corona, porque embriaguez constante y locura son una misma cosa. Felipe II tuvo encerrado a su hijo hasta la muerte, por violento y malo: violento y malo es el borracho. El pretendiente al trono de Inglaterra, conde de Albany, fue excluido, y aun perdió su esposa, su adorada Aloysia, por borracho: el papa los separó. El antecesor del viejo Guillermo, emperador actual de Alemania, se vio obligado a abdicar, por enfermo de la cabeza; y sabido es que beber y perder la cabeza son una misma cosa. Sólo nosotros tenemos obligación de tolerar presidentes bebedores, ebrios consuetudinarios que suplen con la embriaguez lo que les falta de inteligencia. Dicen que el hijo de Agripina traía de continuo a los ojos un enorme carbunco, con lo cual todos los

objetos se le presentaban como bañados en sangre: el coñac es el carbunco de Nerón: el que lo usa por costumbre, trae a los ojos ese rubí fatídico que está condenando a muerte a las dos terceras partes del género humano. Furor es lo primero en el que bebe: razón, justicia, reportamiento, al vuelo han huido de ese hombre viudo de su alma: el borracho no es sino cuerpo; cuerpo con vida magnética ingerida por el sabio de las sombras, ése que sugiere maldades y aconseja sacrilegios. Si la familia cuyo padre da en beber es pérdida, ¿qué será de la nación cuyo presidente, cuyo general en jefe son ebrios consuetudinarios? Es también pérdida; más que pérdida, infame; pues debe poner término al predominio de esas bestias cuándo feroces, cuándo risibles, que no saben lo que hacen, o adrede hacen lo peor.

¡Qué liga la de los vicios, qué liga! "Ustedes me sostienen a mí, yo los sostengo a ustedes", les dice Ignacio Veintemilla a sus jefes, sus oficiales, y sellan el pacto cada día con botellas destapadas y vaciadas en un verbo. Ese hombre sin ventura no alcanza más arbitrio para abrirse paso al corazón de sus semejantes, que el licor: entra un militar, una copa; entra un civil, una copa; entra un eclesiástico, una copa; copa al ministro juez, copa al canónigo, copa al obispo; desgraciado del diplomático que entra a esa taberna condecorada; copa le ha de dar, y no solamente copa, sino también cantaleta; pues le muele el moedor en el molino del vulgo: "Acabe, acabe". "¿Qué toma usted? le dijo a uno que entraba a su casa por la primera vez; coñac, italia, pisco?". "Tomaremos de todo, excelentísimo señor", respondió el truhán, que era de esos que pueden arder en un candil. Y tomaron de todo, toda la noche: *Nocte pluit tota*. Al otro día vino a casa el pillo inundado en risa: "Don Juan, anoche le hemos dado un traquilón al Mudo, bebiéndole más de media bodega". "¿Le hicieron bailar?" "No había señoritas quienes alentasen: mas yo tengo vistas por ahí seis u ocho pirujas que le hagan volver al regosto del *arrayán*, que es su delicia".

Jugar, comer, beber, dormir, he aquí la gobernación de ese gran presidente, Lincoln de Sudamérica. ¿Habríamos jamás temido que Sardanápalo se levantase, rompiendo con la cabeza el mundo de pesada infamia que doscientas generaciones han amontonado sobre su sepultura? Pues se ha levantado; allí está con facultades extraordinarias: "Come, bebe, diviértete; lo demás no es nada". ¿No es ésta su divisa? Come, bebe, se divierte Ignacio Veintemilla, y hace algo más que Sardanápalo primero; arma del puñal nocturno a sus sicarios, y le manda: ¡A ése! Sardanápalo ha ganado en prendas y facultades con tres mil de pudrición y podredumbre.

En un pueblo que yo conozco hay un borracho que es dictador perpetuo de la plaza: su voluntad soberana no sufre contrarresto: interjecciones mal sonantes, voces subversivas, injurias públicas y privadas, de todo hay en ese hervidero de insolencias. Hombres cuerdos, mujeres castas, niñas inocentes están oyendo horas enteras a ese loco atrevido, y nadie le dice nada. Harta de desvergüenzas al que por ahí se asoma, tira piedras, juega el palo, arremete al que va a pasar: señor inmune, testa coronada, allí se está arramblando la moral y las buenas costumbres. ¡Vivan los principios! grita; ¡viva

la libertad! y hace uso de ella. Dichosos los pueblos libres... Mas yo digo: si ése tiene libertad de embriaguez, de vilipendio, de perturbación pública, ¿la policía no tiene libertad de represión? Si él es libre para salir borracho a la plaza, ella debe serlo para echarle mano al colete. Mas no es así: en país donde las garantías individuales son cosa real y efectiva, el individuo no admite restricción para las suyas. De forma que si, así como hay uno o dos borrachos públicos, hubiera veinte, cuarenta o mil en ese pueblo, y todos ellos salieran a la plaza a hacer de las suyas, ¿la policía estaría obligada a respetar las garantías individuales de los borrachos? Las de los cuerdos, los morigerados, los de buenas costumbres violadas son por ellos: sea por amor a Dios y los principios. Yo le oí a un ministro plenipotenciario de una República libérrima; le oí con estos oídos que se han de volver tierra: "No hemos de parar hasta no ver establecida la autonomía individual". El establecimiento de la *autonomía individual*, dando de barato que algo signifique esta monserga en dos palabras, sería la abolición de las obligaciones mutuas y de los derechos de la sociedad humana. Los bárbaros mismos, en sus bosques, están unidos con ciertos vínculos que si no son leyes, son costumbres: la *autonomía individual* no reconoce leyes ni respeta costumbres. Tregar con mil fatigas a la cúspide de la civilización, para vernos allí hombres en estado de naturaleza, no me parece triunfo de la libertad ni los *principios*. Por dicha los sensatos abundan en el país de ese loco, para que vengamos a lastimarnos de su suerte. Admirando estuve poco ha el que un pueblo mediano tolerase a un borracho de profesión; y no admiro el que una República entera sufra la dictadura de un borracho, y aguante indefinidamente esa carga infamadora.

Memento Sardanapali, acuérdate de Sardanápalo; sí, no le olvidemos. A la una de la tarde aún no se ha levantado Ignacio de *Veintemilla*; levántase a las dos, con lo cual da a conocer que ha pulido su educación. En París se levantaba a las tres, ni un minuto antes; salía a las cuatro, y que le busquen en Ginebra. Volvía a las cuatro de la mañana, se echaba, y que se hunda el globo terrestre. A las doce del día saca la cabeza por entre las cortinas: mal despierto aún, los ojos están envueltos en una capa de pereza: el pelo caído hacia la frente; la nariz arremangada; el pescuezo al aire, semeja el de un buen desollado. Abre la boca; de ella sale una como voz humana: pide su pienso, come; pan sobre pan, manteca, mantequilla, con los dedos por las esquinas. El agua no es suya, ni para beber, ni para lavarse. He allí que cae sobre la almohada nuevamente: dientes, sucios; ya está roncando, abiertas las mandíbulas, que son la ratonera de la casa. Así el caimán se huelga orillas del Orinoco en los bancos de tierra; así acuden ciertos pájaros amigos suyos a arrancar las tiras de carne que se le han quedado en la dentadura.

En Quito duerme como presidente, nada tiene que hacer: levantarse a las dos, almuerza, no ya café, sino carne en veinte formas, vino de diez clases. "Ni cuando era pobre me faltaba el vino, dijo en una ocasión que la imprenta le afeó su intemperancia; menos ahora que Dios me da más de lo necesario". Ya almorzó: sigue la cerveza, ahora reina la cerveza, coñac,

mallorca, diáconos que ayudan a esa sacerdotisa de la embriaguez. Son las siete de la noche: el nuevo Tito no ha perdido el día: dos cajas de licores vaciadas; dos ciudadanos desterrados; un clérigo al calabozo; un hombre del pueblo metido en el hospicio de orates, por ciertos palos excelentísimos: quinientos pesos perdidos al juego la noche anterior, hoy se han repuesto con mil; allí a la mano está el Tesoro. Son las siete; a comer: los grandes comen de noche: carne y recarne, vino y revino. ¡Oh sublime devorador, bendito seas! ¿A qué hora, de qué modo digieres ese montón de animales muertos? Para cada comida ordinaria de Antonio se derribaban doce jabalíes; pero él no se los comía íntegros. Café, *pousse-café* o sobre café; ¿qué más? Ya comió, ya comieron los grandes; las mesas de juego están allí, repartidas por la sala; hanme dicho que son siete u ocho; su sala es un resumen de garitos. La mesa principal desde luego, donde juega el rey con los altos dignatarios de la corona: mesa para sus jefes; mesa para sus edecanes; mesa para sus deudos; mesa para sus amigos; todos juegan: el rey preside el juego general, con esa cara, ese aspecto de padre de casa de mancebía. Sólo el número 5 le faltaba en la puerta de la calle a ese plantel de prostitución. Nunca y nadie ha jugado a secas; preciso es humedecer las trampas con el brandy animador. A media noche, borracho él, borracha su gente, cien ojos están relampagueando como piedras preciosas de la infamia; y siguen bebiendo y de este modo va adelante la prosperidad de la República. Desgraciado del hombre de bien que le incita la memoria a cualquier hora del día: le come el corazón con sus dientes, le empaña el alma con su aliento: mentiras, calumnias e improperios, en ciego tropel, se amontonan en sus labios: ¿es tonto? ¿es loco? más que todo, es perverso. Si el talento y la virtud cayeran en sus manos, rugiera de placer, como tigre dichoso.

Las tres de la mañana: reyes y emperadores se acuestan a las tres; un pro-hombre como él no puede ir a al cama a prima noche: ya duerme, ya está muerta la gran bestia. ¿No hay diputados de la nación, no hay convencionales que guarden ese sueño augusto en respetuosa vigilia, y estén prontos a alzarle las botas cuando él se las pida dentro de doce horas? Que este garañón lo pase con su *Ministerio* como lo pasa, no es lo que me irrita; que de un cuerpo tan respetable como el Poder legislativo haya hecho una gaza-pina a fuerza de empleos y aguardiente, esto es lo que hombres de buenas costumbres y patriotas llorarán hasta el último día de la virtud y la República. Mientras haya Cortes, Parlamento formados de hombres de bien y templanza, no hay tirano cabal en una monarquía: libertad y dignidad, encastilladas en su sagrado recinto, no están heridas de muerte. Asimismo en una República, en tanto que el Congreso sirve de freno al sargentón que ordinariamente es amo de ella, no están del todo perdidas instituciones y garantías sociales. Mas si los representantes de la nación se convierten en fautores: digo más, en rufianes del quidam sin luces ni virtudes que por desgracia se ha engarabitado en ella, ¿qué le queda al pueblo sino estar balando como oveja, o rugir como león y echarle la garra al delincuente?

El Poder judicial es todavía más santo que el legislativo en pueblos sobre los cuales la civilización derrama su luz inextinguible: puede ocurrir

un desacato contra el Parlamento en Alemania o en Francia; contra la alta Corte de Justicia, no; ni habría cuando, pues el gobierno civil permanece ajeno a los asuntos del juez, cuyas facultades giran en órbita apartada de la gobernación política. ¿Se ha visto nunca a la reina de la Gran Bretaña ni al emperador de los franceses injerirse en lo perteneciente a los tribunales de justicia, conminar a sus ministros con penas arbitrarias, y castigarlas una por una, si la sentencia no cuadra con sus deseos? La Corte Suprema es la corporación más augusta de cuantas reconocen nuestros Estados democráticos: Poder independiente, no recibe inspiración de nadie, ni está sujeto a veedor, sus actos son obras de sabiduría, sus resoluciones dimanar de esa deidad que tienen en la diestra la balanza en uno de cuyos platos van cayendo desafueros de los hombres e insultos al derecho de todos. Temis es soberana: se aconseja de Minerva, pero no recibe influjo exterior, ni los señores de la tierra se dan por lastimados por sus decretos. Minos, Eaco y Radamanto son la trinidad que a lo largo de los siglos están simbolizando, tanto la inflexibilidad como la omnipotencia de la justicia.

En un calabozo húmedo y oscuro está un hombre agachado sobre sus enormes grillos: seis meses lleva de prisión; mas la libertad, la dulce libertad, se le acerca en alas de la justicia. Absuelto ha sido por los tribunales de primera y segunda instancia del delito que se le imputa: su causa está en la Corte Suprema; el último día de su martirio ha llegado. Tristeza en su semblante, palidez mortal en su rostro, dan a conocer que ha padecido mucho en el tormento. Negra la vestidura, abotonada humildemente hasta la nuez, diciendo está que ese hombre es sacerdote. La corona, media borrada, no es ya la santa placa que infunde veneración. El vientre inflado, las piernas hinchadas a fuerza de quietud y prisiones, el recluso va a morir: castigo antes de sentencia, he aquí el flujo de la maldad y la ignorancia apoderadas. Si ese hombre es absuelto, los males que ha padecido ¿quién los remedia? de los perjuicios que ha recibido ¿quién le resarce? Pena sin delito, secreto de la tiranía. La Corte Suprema da su fallo, le absuelve de culpa y pena; ¡loado sea Dios que así mira por sus criaturas! Vuelve, vuelve, infeliz, a la luz que te robaron, al aire de que te privaron hombres inicuos. ¿Tienes madre? corre, tírate de rodillas, recíbelas en sus brazos: sus bendiciones, sus lágrimas de gozo te vuelven salud y fuerzas, te imprimen alegría. ¡Oh beatitud inefable esa del amor puro, esa que para el buen hijo fluye a torrentes del seno de la madre virtuosa! Su hijo ha sido absuelto; la buena señora, dando gracias a Dios, le tiene ya contra su pecho... ¿Contra su pecho? Los grillos están como carne con carne en los pies del sacerdote: el malhechor público ha declarado que la sentencia de la Corte no vale una chita, y que en el calabozo ha de morir el triste, si no firma el papel que él le presenta, si no canta la palinodia, o más bien, si no jura el santo nombre de Dios en vano, llamando mentira la verdad, día la noche. En cuanto le animó el fallo de la justicia que esperaba, fuerte fue el preso, firme se mantuvo el encadenado; desvanecida esa esperanza, se le caen las alas del corazón, flaquea el pobre clérigo. La firma o la vida le han pedido: guarda la vida, entrega la firma el infeliz diciendo lo contrario de lo que ha dicho. Dijo ayer que Ignacio Veintemilla había mandado envenenar al arzobispo de Quito;

hoy sostiene que su excelencia el presidente de la República, lejos de tener parte ninguna en ese crimen, no ha omitido diligencia para dar con los criminales. Poniéndole sus dos firmas contradictorias a los ojos, ¿qué dijera el huésped eterno del calabozo? Dijera, ya le oís: El primer escrito fue obra mía, resultado de mi juicio y mi convicción; escrito dado a luz voluntariamente en pueblo extraño, bajo el amparo de sus leyes; el segundo no es obra de mi conciencia, más aún de mi verdugo, que me constriñe a suscribirlo el puñal al pecho. Flaco es el hombre, fuerte el amor a la vida; oh vosotros que me llamáis infame, poneos en mi lugar; ¿cuál es el héroe, el santo que se quede a expirar en el martirio, antes que entregar su nombre?

Yo siempre le he disculpado a ese eclesiástico sin ventura; es como él dice: de entre dos clérigos, los godos que le llaman infame, ¿cuántos hay que hubieran preferido la muerte en los grillos, a firmar el papel que le presentaban los correveidiles del malhechor omnipotente? Ni uno, de seguro; antes muchos de ellos no hubieran esperado siquiera la sentencia definitiva. Virtud súbita es esa, heroicidad inapelable que están para almas del temple de la de Eloy Alfaro. Este hombre salió del *Infiernillo* en brazos ajenos, medio muerto ya: la obscuridad le había enflaquecido, las cadenas le habían devorado. Ignacio Veintemilla quiso arrancarle, en cambio de la vida, un documento contra Juan Montalvo: cuando fueron sus trotaconventos a solicitarle el preso, éste le llamó infame a boca llena, y se quedó a la muerte. ¿Qué obligación tiene un pobre clérigo de ser como Eloy Alfaro?

Esto cuanto al reo; ahora veamos cuanto a la Corte. La Suprema confirmó el fallo de los tribunales de primera instancia, le declaró al sacerdote libre de culpa y pena. Por menguados y prostituidos que fueran sus vocales, no les hubiera sido dable obrar de otro modo. En realidad no había delito; no lo había, en cuanto los perpetrados fuera de su jurisdicción no surten su fuero. Ignacio Veintemilla no le hacía juzgar al clérigo por conspirador, sino por *calumniador*. Caballero sobre un corcel fogoso, blanco al igual del que montaba el apóstol Santiago en las batallas contra los moros, le habían visto al presbítero guerrero yendo y viniendo por las faldas del Pichincha. La cruz, no la maravillosa estampada en la bóveda celeste a los ojos de Constantino, sino la material y palpable, era la insignia de la santa revolución. Dios es con los cruzados, ya les cae del cielo la victoria. Mas como por desgracia el cielo se arrima casi siempre al mayor número, el ejército de la religión mostró las herraduras, y que le echen un galgo. Esto no es de ahora; rancios católicos lo dan firmado. ¿No los juzgáis heterodojos a los españoles antiguos, yo presumo? pues oidles, si gustais, ortodojos de mi tierra:

*Vinieron los sarracenos
Y nos molieron a palos:
Que Dios ayude a los buenos,
Cuando son más que los malos.*

Los sarracenos de la tía Cornelia fueron más que los cristianos de Don Antonio, y los molieron a palos. El apóstol Santiago mismo no hacía el milagro sin meterse de hoz y de coz en la batalla y exponer el pellejo; más los católicos del don Antonio quisieron que Dios se lo pelease todo, y él no les dio gusto, porque abomina a los tontos, y no está por la sociedad leonina. Sea de esto lo que fuere, el clérigo estaba allí, no lo niega: mas no fue esto lo que le escoció el sarraceno mayor, sino el que le hubiese dado *del jumento, del plebeyo, del cobarde*, y más títulos con que suelen favorecer a sus enemigos barbas tan honradas como un acendrado católico. Dijo también el cura de misa y guerra que *el mudo Ignacio Veintemilla era el envenenador del ilustrísimo arzobispo*; y sobre esto cuartel, grillos y muerte segura, habiendo el bellaco presidente atraído a sus manos con salvoconducto falso. Si envuelve o no calumnia el llamarle envenenador a Ignacio Veintemilla, no es mío el averiguar; mas el clérigo lo había dicho y publicado en Colombia, y no pudo ser juzgado en el Ecuador por actos que no eran delitos en donde acontecieron. Ley de la República es la libertad absoluta de imprenta; y he allí un bobalicón que manda levantarle auto cabeza de proceso en su casa por acciones legalmente inocentes verificadas en ajenos países. Un sabio *in utroque juri*, como Ignacio de la Pandilla, no es reo sino de ignorancia en este caso: quien no sabe leer, ¿ha de entender de derecho de gentes, derecho civil ni Juan derecho, o niño muerto, como dicen en España? El pensó que podía mandar condenar al último suplicio a uno que en Rusia le hubiera llamado tonto, y lo hizo juzgar. Los tribunales de justicia vieron el asunto en otro aspecto, y declararon no haber delito. Sabido es que los franceses, para combatirse de persona a persona, ganan el territorio de Bélgica, a fin de no ser perseguidor judicialmente en Francia; pues aun cuando las costumbres toleran el duelo, las leyes lo prohíben. En este concepto la Corte Suprema puso en limpio la maraña del clérigo y el Mudo, y declaró, como queda dicho, no haber delito: corriente y moliente.

Pero no fue corriente ni moliente el vil aguante de la mencionada Corte, esa humildad con que echó a pedirle perdón al malhechor público, cuando éste le hubo castigado su justicia con suprimirle el sueldo, irrogando de este modo agravio irreparable a una corporación ilustre, y pervirtiendo la moral, fundamento de la sociedad humana. Que Ignacio Veintemilla se hubiese estrellado contra un tribunal eminente, no fue mucho, supuesto que nos hallamos acordes en el dictamen de que los móviles de sus acciones son puramente físicos; pero que todo unos oidores, entidades grandiosas en la República, hubiesen puesto a los pies de un idiota la justicia, diciéndole: "He aquí, señor, nuestra conciencia, nuestra honra y dignidad; haced de ellas lo que fuéredes servido; pero devolvednos nuestro sueldo"; esto es lo que admira y aflige a hombres que, huyendo de esta Sodoma de la política, vuelven los ojos cargados de esperanza al templo de la justicia. ¿Quién se fiará en adelante en la integridad de esos Radamantos enlodados, cuando vaya del interés del verdugo presidente? Cuando se quedaron en la Corte, contrajeron con él un tácito compromiso de imprimir la fuerza de su volun-

tad a sus sentencias; de otra suerte, como hombres de bien, jueces inflexibles y ciudadanos honestos, hubieran dicho: "Suprimimos el sueldo es imponernos multa, porque no hemos fallado a su antojo; es castigarnos la justicia: no quiera Dios vengamos nosotros a ser los fautores que éste necesita para el reinado de la iniquidad y la violencia". Y echando ahí la toga, como reyes ofendidos, hubieran ganado el hogar, iluminados por la resplandeciente pobreza que mantiene e ilustra a los hombres de buen corazón y alma grande. Que la *codicia se arroje al mar*, que la *ambición se ría de la muerte*, no es del todo malo; eso indica atrevimiento y valor. Codicia que se arroja al mar, ambición que se ríe de la muerte, en el umbral están de las virtudes: codicia que se arroja a las plantas de un malvado, ambición que se echa al rostro manadas de estiércol, son vicios que matan al hombre y le sepultan en la vergüenza. Y he aquí los sustentáculos de la tiranía: sin estos viles que pasan por todo, estos buscavidas condecorados, ministros de prostitución y servidumbre, antes que la justicia, los pícaros irían quedando solos, y al fin, por falta de pared donde se arrimen, ciegos, con paso torpe, se despeñarían al abismo. Mas si Congreso, Corte Suprema de Justicia, ciudadanos de cuenta le ofrecen la espalda, puestos de uñas contra el suelo, para que el irracional bordado de oro esté subiendo al solio cada día, ¿cómo no se ha de prolongar, cómo no se ha de perpetuar el reinado del crimen y la barbarie?

Si los ministros de justicia son peonzas con que Ignacio Veintemilla enreda y se divierte, cual otro Galerio que se descuartiza riendo al ver devorar cristianos sus osos amigos, ¿qué no hará de los oficiales de la instrucción pública? El rector de la universidad es persona de mucha cuenta en dondequiera que algún miramiento alcanzan los estudios, el ejercicio de la inteligencia y la sabiduría. Ese plantel venerado que se llama Universidad, es institución tan elevada, que los reyes mismos no se atreven a visitarla sino con el sombrero en la mano. La universidad ha vuelto célebres a ciudades cuyos nombres suenan como el resumen de los conocimientos humanos y la ilustración de un pueblo: La Sorbona, en París; la universidad de Salamanca, en España, son unos como Estados literarios que gozan de exenciones e inmunidades. Los Abelardos, los Budeos no salen del cuartel; y a éstos nadie los arrastra a un calabozo por leve o ninguna causa; antes los reyes se paran delante de sus retratos y sus obras, y, descubiertos, están rindiendo pleito homenaje a la sabiduría. Así Felipe III, quitada la gorra, se dejó estar una buena pieza en presencia del Tostado en la Biblioteca de Valladolid. Ignacio Veintemilla acaba de sepultar en una mazmorra de cuartel al rector de la universidad de Quito, de mano poderosa, sin auto de juez, ni siquiera motivo verosímil. El rector de la universidad se había rehusado a jugar y beber con él en su casa de prostitución; y, sobre que ha corrido las calles un papelucho ruin, al cuartel ese magistrado: ¿quién puede haber escrito la quisicosa sino el rector? Incomunicado, hay más que decir, ¡cual reo de delitos grandes! Y consta en la constitución el artículo de la libertad de imprenta; pero que no constara, ¿cuál es el cargo? ¿quién es el juez? ¿dónde está el juicio? Parte interesada, fiscal, tribunal, todo es Ignacio Veintemilla; y no contento con

ser la sola y única persona de esa trinidad grandiosa, es también ejecutor de sus propios fallos, ministro de sus venganzas, verdugo de su patria y sus mejores hijos. ¿Qué república, qué democracia, qué gobierno es ese donde ni Corte Suprema de Justicia, ni universidad, ni imprenta, ni altar, ni leyes están en cobro de los arranques insensatos de un hombre sin letras, nociones de moral ni rudimentos de política? Siempre sobran ruines en las ciudades populosas, para que vayamos a buscar entre los hombres de pro los autores de obritas despreciables. El que a media noche va a pegar en la estatua de Pasquino esas líneas disfrazadas que rebosan en agravios, no es el rector de la universidad de Roma, sino un poetaastro obscuro de Trastévere. La malicia de los tiranuelos bajos y sin pundonor es achacar a los hombres de más viso las obras que pudieran acarrearlas mala fama, si el pueblo estuviera pronto a dar asenso a sus detractores. La guerra que suelen hacer buenos patriotas es a pecho descubierto: si quieres saber quién te ha herido, oh tú, enemigo de todos, arráncate el venablo que tienes en el corazón, y lee allí su nombre: no dice: “¿Asterio ha lanzado esta flecha mortal a Filipo?” ¿Cuántas veces el torpe Veintemilla ha hecho porque mi crédito venga en disminución, atribuyéndome obritas de cualquier truhán; pero mi nombre está grabado en mis flechas, y con ellas en el corazón mueren tiranos y tiranuelos: díganlo García Moreno y *El Cosmopolita*; díganlo Antonio Borrero y *El Regenerador*. ¿Lo dirán también Ignacio Veintemilla y *Las Catilinarias*?

Más fácil es perdonar la crueldad que la mala fe: mucho, mucho hacen en su propio favor la franqueza y la arrogancia, aun cuando tengan entre manos la ruina de sus semejantes. Ese flujo por la mentira, esa segunda intención que los menguados sin conciencia dejan ver en obras y palabras, son proceso contra ellos mismos, y todos los sinceros, los dignos son jueces que los condenan a la ignominia. Presentóse una vez Ignacio Veintemilla en una casa, y echando mano a la faltriquera, dijo: “Hemos salido de dudas; Montalvo es el autor de *la hoja suelta*: su impresor lo denuncia; he aquí la carta”. Esta diligencia fue repetida con cuantos quisieron oírle, hasta cuando el impresor calumniado dijo por la imprenta: “Es falso que yo hubiese escrito al general Veintemilla sobre ninguna materia; y menos revelándole cosas que no están en mi conocimiento”. El falsificador se quedó con este bofetón del impresor: el cohombro enlodado le dio de lleno en el rostro; mirad esa cara abrutada, cara de animal inmundado, tras la sangre y el cieno que le están chorreando a las marmellas. Si él había hecho fingir la denuncia, ¿qué había de decir el infame? Y ni en cabeza propia escarmienta este relapso de la mentira; no ha mucho hizo comparecer en su casa al presidente de la Corte Suprema: “Eloy Alfaro, le dijo, ha puesto en mis manos las cartas del hermano de usted; cartas que le condenan como a conspirador”. “Sea servido vucelencia de manifestármelas”, respondió el presidente de la Corte. “Las he dejado por olvido en Guayaquil”, replicó el indigno. El indigno estaba calumniando, tanto a Eloy Alfaro como al hermano del juez; no tenía tales cartas. Bien lo sabía su interlocutor, y en su conciencia le estaba llamando *infame*; pero le faltaba valor para traer a los labios ese impetu del alma.

Ignacio Veintemilla no sabe leer ni escribir, y tiene cartas para todo: para difamar a un hombre de bien: aquí está la carta. Para acusar a un inocente: aquí está la carta. Para imponerle multa a uno: aquí está la carta. Para desterrar a otro: aquí está la carta. Malhechor más vil y cobarde que éste, no hay en la tierra. García Moreno no tenía cartas para nada; todo lo hacía con su propia fianza, sin dar autores de cargos ni delaciones; este bribón no quiere responder de nada: todo se lo dicen, todo se lo escriben, y nombra las personas con cuya mano quiere meter el cuchillo.

No extrañaría yo que, si estas noticias llegaran a oídos de los estudiantes de Lima, Santiago, Caracas o Bogotá, curiosos de lo que les pertenece me hicieran esta pregunta: ¿Y los jóvenes de la universidad de Quito qué han hecho, si gustáis, señor don Juan? Yo me quedara muerto, y no respondiera más que uno que nunca ha hablado, por no traer a menos la generación en la cual finca la patria su esperanza. ¡Esperanza! ¿la llenarán éstos? Lo que han hecho ha sido dar a luz un papelucho como una hoja de peral, justificando y ensalzando al obscuro apagador de la civilización, y poniéndole las manos para que, "por Dios, por la Virgen", ponga en libertad a su rector.

Tenía yo no ha mucho un sirviente medio mudo, el más gran bellaco que pueda tocarle en suerte a un desterrado. Para el pan, el vino, un Lazariello de Tormes; para la bolsa, un Rinconete; para trazas y trapazas de más cuenta, un Escudero Marcos de Obregón. Pero humilde como un San Buenaventura, y adicto a mí como si él me hubiera criado. Nunca pasé ni pude pasar de palo y medio con él, ni en sus embustes mayores de marca, pues al primero ya estaba a mis pies el mezquino, echando unos lagrimones como cuentas de vidrio, y llamándome *su padre, su benefactor*. Pues no han hecho los estudiantes de Quito con su mudo, sino lo que el mío hacía conmigo: dales ése más de palo y medio con quitarles el rector, y ellos no descubren otro expediente que echarse a sus plantas, llamándole *su padre, su benefactor*, y pidiéndole "por Dios, por la Virgen" que les suelte a su maestro. ¡Y digo si el papelucho es obra de canallas! El excelentísimo señor presidente es un prohombre; elevado, justo, bueno. Si algo ocurre de malo, no es cosa suya, sino de algún pícaro que lo engaña. Todo esperan de él los ecuatorianos, todo: no quieren sino que ponga en libertad al rector, y suyos son para toda la vida. No es él, ah, no es él; él es ilustrado, equitativo, respetable; son *las víboras* que le rodean. He aquí las hazañas de hombres hechos a la servidumbre, a quienes ni favorece el valor, ni ilumina la verdad. En pueblo semejante, será poco si Ignacio Madruñero no reina quince años, a guisa del amo y señor a quien ha heredado una República.

Y no es todo: al respaldo de ese impresito infame han puesto sus autores de letra de mano unos renglones en que apuntaban lo contrario de lo que dicen por la imprenta, y me lo han remitido, pidiéndome "por Dios, por la Virgen" que castigue este nuevo delito *del infame Veintemilla*, dicen. Al un lado del papelucho, es recto, al otro inicuo; al un lado bueno, al otro perverso; al un lado nada hace él, al otro todo es obra suya; y, "por Dios,

por la Virgen", tome a pechos este asunto, usted que no tiene miedo; que si ellos no lo tuvieron tampoco, vería usted si le ajustaban la golilla.

Yo presencié desde mi balcón una vez una batalla campal entre dos truhanes: a los cuatro porrazos, tomó las de villadiego el menos bravo, y en tanto que las afubaba, iba diciendo: Da gracias, picaro, que no soy valiente; que si lo fuera, ahora vieras si no te hacía cantar el *kiriéléison*.

Dante Alighieri compuso ya *La Divina Comedia*; Balzac ha compuesto *La Comedia humana*; Hoffmann, arriba en su cuarto piso, mirando y siguiendo el género de los mortales, pasaba al papel cuanto veían sus ojos en la calle. Nadie suponga que yo imagino estas aventuras, por venir al pelo de mi intento: mientras está mi frente alzada a la bóveda celeste, con el rabo del ojo estoy pescando en la tierra: en *La Divina Comedia* el mundo es el primer galán. ¿Es culpa mía si tengo tal cual brizna de observador, y si aplico la vida real a la mortal?

Las manifestaciones públicas de los estudiantes son notificaciones que dan en que entender a los gobiernos, dondequiera que los jóvenes son gente de sangre en el ojo y barraganas de pelo en pecho. León Gambetta, actual presidente del Cuerpo legislativo en Francia, era, no ha más de quince años, esforzado guión del barrio latino. Donde Gambetta alza la voz, *la legión* está siempre a punto: si protestas, si reclamamos, llévase todo a cima con audacia y valor de mozos que tienen la mira puesta en la *República* y en los asientos más encumbrados de ella. La suerte de un pueblo está en manos de los jóvenes: los estudiantes son elementos del porvenir. ¡Qué es, mi Dios, ver a los universitarios de las ciudades de Alemania afrontarse con la fuerza armada, medirse con ella y dejar enhiesto el pendón de su alta clase! Los estudiantes tienen fueros; quien los lastima, verá comunidades: vuela el sombrero por el aire, rueda el libro por el suelo: ¿qué turbión es ese que baja llenando la calle y va a pasar el puente? La tropa de línea está allí, al otro lado: bala en boca los infantes, sable al hombro los jinetes, tienen orden de contemplar a los estudiantes hasta el último extremo. Allí, en esa muchedumbre de levitas negras, están los sabios, los hombres de Estado; allí los generales, los ministros; allí los marinos, los descubridores; allí los millonarios, los banqueros; allí los jurisconsultos, los médicos; allí los sacerdotes, los apóstoles; allí los escritores, los poetas; allí los grandes hombres del porvenir, la flor de los franceses; atropellarlos, matarlos, sería delito de lesa patriotismo. ¿Qué quieren, qué piden los estudiantes? Un magistrado superior está ahí; el prefecto del Sena, por ventura. Se levanta sobre todos un mancebo de aspecto de león, un O'Connell de colegio: es el orador. Habló a nombre de todos, convenció, conmovió. El Gobierno está bien con los estudiantes; anhela por complacerlos; concedido. ¡Viva Francia! los estudiantes han triunfado, pues no reclaman sino lo debido, no piden sino lo justo. Cazadores de Vincennes, dragones de a caballo, sonriendo en medio del bosque de sus mostachos, están fraternizando con esa multitud inteligente y valerosa, que dentro de diez años será honra y gloria de la patria. ¡Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo!

INDICE

Vivir en el exilio, tallar en nubes, por Lupe Rumazo

VII

El nuevo Junius I	1
El nuevo Junius II	8
De la ineficacia a la razón	12
El nuevo Junius III	20
El nuevo Junius IV	30

LA DICTADURA PERPETUA. 1874

La dictadura perpetua	39
Nº 3. Lecciones al pueblo	54
Nº 7. La clase militar	64
Nº 9. La guerra civil	70
Nº 10. Sermón del padre Juan, predicado en la Basílica de Juan Mártir	73
Nº 11. Sin partido no hay gobierno	85
Nº 12. Colegio, cuartel y convento	89

LAS CATILINARIAS. 1880 - 1882

Primera	101
Segunda	117
Tercera	133
Cuarta	152
Quinta	174

TITULOS PUBLICADOS

- 1
SIMON BOLIVAR
Para nosotros la patria es América
Prólogo: Arturo Uslar Pietri
Notas: Manuel Pérez Vila
- 2
LEOPOLDO LUGONES
El payador
Prólogo: Clara Rey de Guido
- 3
CESAR VALLEJO
Poemas escogidos
Selección y prólogo: Julio Ortega
- 4
JOSE MARTI
Con los pobres de la tierra
Selección y prólogo: Julio E. Miranda
Notas: Cintio Vitier y Hugo Achugar
- 5
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Los mejores comentarios reales
Selección y prólogo:
Domingo Miliani
- 6
FRANCISCO DE MIRANDA
Documentos fundamentales
Selección y prólogo:
Elías Pino Iturrieta
Notas: Josefina Rodríguez de Alonso
y Manuel Pérez Vila
- 7
FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS
Vida de Cristóbal Colón
Sobre la edición de André Saint-Lu
de *Historia de las Indias*
- 8
HORACIO QUIROGA
Cuentos escogidos
Prólogo: Gustavo Díaz Solís
Glosario: Clara Rey de Guido
Infografía: Fernando Arribas García
- 9
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Antología
Selección y prólogo: Salvador Tenreiro
- 10
ANTONIO JOSE DE SUCRE
Documentos selectos
Prólogo: Alfonso Rumazo González
- 11
ANDRES BELLO
Antología esencial
Selección y prólogo: José Ramos
- 12
JULIO HERRERA Y REISSIG
Nueva antología de sus poemas
Selección y prólogo:
J. A. Escalona-Escalona
Notas: Alicia Migdal
- ## PROXIMOS TITULOS
- JOSE ENRIQUE RODO
Ariel y Proteo selecto
Selección y presentación:
Pedro Pablo Paredes
- Cronistas del Río de la Plata*
Selección y presentación:
Horacio Jorge Becco

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE
CROMOTIP, EN CARACAS
EL 6 DE DICIEMBRE DE 1993
TIRAJE: 10.000 EJEMPLARES